Mi cliché de Navidad



UN MATRIMONIO FALSO POR CONTRATO CON MI JEFE MULTIMILLONARIO

Taylor McQueen

Mi cliché de Navidad

UN MATRIMONIO FALSO
POR CONTRATO CON MI
JEFE MULTIMILLONARIO

Taylor McQueen

Copyright © 2025 TAYLOR MCQUEEN
1ª Edición

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma, por medios electrónicos o mecánicos, sin el consentimiento escrito del autor/editor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida por ningún medio, tangible o intangible, sin la previa autorización del autor. La violación de los derechos de autor es un delito previsto por la ley n° 9.610/98, castigado por el artículo 184 del código penal.

¡Por favor, respeta el arduo trabajo de esta autora! Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o copiada sin permiso, excepto por breves citas utilizadas en reseñas o promociones.

Este libro está licenciado solo para tu disfrute personal. ¡Gracias!

TEXTO REVISADO SEGÚN EL ACUERDO ORTOGRÁFICO DE LA LENGUA ESPAÑOLA.

SINOPSIS
DEDICATORIA
1.
2.
3.
4.
5.
6.
7.
8.
9.
10.
11.
12.
13.
14.
15.
16.
17.
18.
19.
20.
21.
22.
23.
24.
25.

26.
27.
28.
29.
30.
31.
32.
33.
34.
35.
36.
37.
38.
39.
40.
41.
42.
43.
44.
45.
46.
47.
48.
49.
50.
51.
52.
53.

54.
55.
56.
57.
58.
59.
60.
61.
62.
63.
64.
65.
66.
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

Isadora Menezes solo quería un empleo.

Pero en medio del camino había un ascensor averiado, y terminó atrapada con un desconocido de ojos azules, acento irresistible… **y dueño de la empresa donde buscaba trabajo.**

Lo que jamás imaginó fue que el mismo incidente que le costó la entrevista —también conocida como su última esperanza—, pocas horas después llevaría a **un billonario hasta la puerta de su casa** con una *propuesta absurda*:

— Finge ser mi prometida hasta Navidad. A cambio, te doy seguridad. Un futuro. Y el dinero para salvar a tu familia.

Desesperada, Isadora acepta.

Pero **Alessio D'Amico no es solo un billonario controlador**: es el heredero del imperio más poderoso de Italia, rodeado de enemigos, obligaciones y secretos… **y tener a la prometida perfecta a su lado** es la única forma de mantener el trono.

Su plan era simple: dos semanas. Un contrato. Sin sentimientos. Solo que no contaban con:

Toques que encienden chispas;

Un deseo que se convierte en obsesión;

Y una Navidad que se transforma en destino.

En la Villa D'Amico, Isadora tendrá que aprender a llevar máscaras, encantar a la élite italiana y sobrevivir a una matriarca decidida a verla caer.

Y Alessio… tendrá que sobrevivir a la única mujer capaz de derribar sus defensas y tocar la herida que juró que nadie volvería a tocar.

Cuando el contrato termina, la farsa debería acabar. Pero en realidad… es solo el comienzo.

Entre juegos de poder, deseo prohibido y una pasión que ambos intentan negar, Isadora descubre que lleva consigo algo que lo cambiará todo: una nueva vida. Y un nuevo futuro.

Ahora, Alessio deberá enfrentarse a su propia familia, a su propio imperio y a sus propios errores para recuperar a la mujer que ama, antes de que la Navidad que los unió sea también la que los separe.

Un contrato.

Una huida.

Un avión detenido. Una pedida de mano que sacudió Italia.

Y un amor que demuestra que, a veces, el mejor cliché navideño… es aquel que nunca viste venir.

DEDICATORIA

Para ti, que siempre quisiste vivir
un cliché navideño digno de una telenovela…

Aquí tienes uno con contrato,
billonario italiano, drama y final feliz.

Este es para ti.

1.

ISADORA MENEZES

Desperté antes que el despertador, pero no antes que la culpa. Ella siempre despierta primero.

El reloj encima de la puerta marcaba casi las dos de la tarde y yo no debería estar durmiendo. Pero quien duerme no siente el hambre cuando no hay comida para saciarla, así que dormí, aun sabiendo que no debía.

Me quedé unos segundos tumbada, mirando el techo agrietado de mi cuarto de ocho metros cuadrados. La grieta cruzaba la losa justo en el punto donde, la primera vez que llegué allí, imaginé que colgaría unas luces de Navidad.

Nunca las colgué. Nunca sobró dinero para eso. Ni ánimo. Y con mi tercera Navidad en São Paulo acercándose, no conseguía apartar la sensación de que este final de año sería aún más difícil que el anterior.

Porque, quizá, lo pasaría en Itapeva, como alguien que intentó salir de un pueblito diminuto y fracasó, y tuvo que volver a casa.

Era difícil no dejar que la desesperanza se extendiera por mi pecho, pero con la nevera vacía, la cuenta bancaria en números rojos y ninguna perspectiva más allá de la entrevista de aquella tarde, tener esperanza resultaba aún más difícil que no tenerla.

El grifo del fregadero volvió a gotear, marcando el ritmo de mi cansancio.

Ploc.
Ploc.
Ploc.

Esa era la música de mi vida: el sonido de algo que necesita arreglarse y que yo no tengo forma de arreglar. No podía llamar al

fontanero. El alquiler estaba atrasado y ya le debía demasiados favores al portero.

Me incorporé despacio, para no oír la madera quejarse bajo mi peso. Me dolieron las rodillas, otro recordatorio de que la vida adulta llegó antes de tiempo. El aire de la mañana estaba helado y me encogí dentro de la camiseta fina con la que dormía.

Necesitaba levantarme, pero había algo que venía antes de todo.

Cogí el móvil, el único objeto en aquel cuarto que aún me recordaba quién había sido alguna vez: alguien que tenía fe en el futuro.

Cinco por ciento de batería. Genial. Mi cargador había muerto del todo. No de hambre —electricidad todavía tenía, por pura misericordia divina—, sino porque la cinta aislante que mantenía unidos los dos extremos del cable debía de haberse cansado de hacer milagros.

¿Hasta qué punto está alguien en el pozo cuando ni siquiera tiene veinte reales para comprar un maldito cargador? Si no tenía dinero ni para papel higiénico y llevaba dos semanas robándolo del centro comercial, menos aún para un cargador.

La torre de carga del centro comercial me esperaba. Pero más tarde.

Respiré hondo y relajé el rostro, expulsando de él todas las preocupaciones que burbujeaban en mi cabeza. Ya volverían a estamparse en mi cara después.

Hice la videollamada.

El rostro de Rafa apareció tras unos segundos, desenfocado, con el pelo de punta y un diente menos.

—¡Isaaaa! —dijo, con la voz ronca de sueño—. No me llamaste anoche.

El pecho se me encogió.

—Se cayó Internet, Rafinha. Pero mira, aquí estoy ahora.

—Tienes cara de haber dormido fatal.

Sonreí.

—Y tú tienes sonrisa de boca desdentada.

Se rió, mostrando aquella sonrisa torcida que era mitad infancia, mitad supervivencia.

Entonces, detrás de él, oí la tos. Una tos seca, profunda, que llevaba semanas saliendo de los pulmones de mi madre.

Rafa giró el móvil.

—¡Mamá, mira quién está aquí!

Mi madre apareció en la pantalla, fingiendo fortaleza. Su bata vieja parecía más fina cada día. Tiró del tejido para cerrarla sobre el pecho, pero tardó unos segundos en lograr respirar hondo antes de hablar.

—Hola, Isa…

La voz le falló.

La mujer que me enseñó a ser fuerte, a tragarme el llanto, a sobrevivir con la cabeza alta. Esa voz que nunca había fallado. Ver a quien siempre sostuvo el mundo tambalearse… eso nos rompe de una forma silenciosa.

—Mamá, ¿te falta el aire? —pregunté, intentando sonar ligera—. ¿Quieres que reprograme la prueba?

—No hace falta… —tosió—. Va a salir todo bien, hija. Tienes entrevista hoy.

Siempre era así: ignoraba su propio dolor para recordarme la esperanza.

—Si consigo ese trabajo, pago la consulta con el neumólogo —prometí.

Ella sabía lo caro que me resultaba prometer. Y aun así sonrió.

—Siempre prometiste cosas más grandes de lo que podías cumplir… y aun así, siempre las cumpliste, Isa.

Me ardieron los ojos. Miré a Rafa, que ahora jugaba con un coche roto en el suelo, repitiendo para sí:

—Mi hermana se va a hacer rica. Mi hermana se va a hacer rica.

Me contuve.

—Tengo que irme —dije, antes de que la emoción se me quebrara en la garganta—. Deseadme suerte.

—No es suerte —dijo mi madre, firme—. Es merecimiento.

Siempre decía eso cuando quería que creyera que el mundo no era tan cruel como parecía.

—Te quiero, Isa —gritó Rafa.

—Yo te quiero más —susurré, y colgué antes de que vieran cómo se me desmoronaba la cara.

Me quedé allí, con el móvil aún en las manos, sintiendo la pantalla fría contra mi piel caliente.

Yo no lloraba. Nunca lloraba.

La vida no da tregua para ese tipo de cosas. Y mucho menos a quien no tiene a nadie en el banquillo.

Respiré hondo otra vez y me levanté, intentando no pensar en el olor a humedad de la esquina del cuarto. En el cable de luz expuesto. En el azulejo roto del baño.

Puse agua a hervir. Una cucharadita de café soluble, medio sobrecito de azúcar. Y listo. Desayuno.

Me duché y me puse la ropa que había dejado preparada la noche anterior. Sujeté la cremallera del pantalón con un imperdible, porque la vida exige apaños.

Y salí a conquistar la vacante que podía, literalmente, decidir si mi familia sobreviviría al mes siguiente.

Iba a salir bien. Tenía que salir bien.

2.

ALESSIO D’AMICO

La ciudad parecía más soportable desde allí arriba.

Con los ventanales de suelo a techo, São Paulo se extendía ante mí en bloques, líneas y luces. El tipo de vista que arrancaría suspiros a cualquier visitante; en mí, solo despertaba cálculos. Tráfico. Zonas calientes de consumo. Áreas muertas. No veía belleza. Veía números.

El reflejo en el cristal devolvía mi propia imagen mezclada con los edificios: camisa blanca, mangas remangadas hasta los antebrazos, sin corbata. Nunca la usé. Me gusta respirar con libertad, incluso dentro de las prisiones que elijo. La sombra de la barba recortada esa misma mañana. Ojos grises, cansados, pero atentos. Parecía menos peligroso cuando no hablaba. Eso me habían dicho.

Mentira.

Supe la hora por la luz entrando en ángulo, colándose entre los edificios más bajos. Pasadas las tres de la tarde. Abajo, gente llegando tarde a comer, gente justificando retrasos, gente inventando importancia. Aquí arriba, no había espacio para eso.

Alguien llamó una sola vez a la puerta de cristal de mi despacho. Un toque contenido, familiar.

—Adelante —dije, sin girarme.

Sentí la presencia antes que la voz.

—Alessio. —Mariana, mi secretaria, cerró la puerta tras de sí—. Ya te están esperando.

No necesitó especificar quiénes. La planta de reuniones ejecutivas del conglomerado D’Amico no estaba preparada hoy para sorpresas agradables.

Me aparté del cristal, cogí la chaqueta colgada en el lateral de la estantería, pero no me la puse. La apoyé sobre el antebrazo. El calor de diciembre hacía innecesaria cualquier formalidad, y no necesitaba capas adicionales cuando la armadura era otra.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté.

—Llevan diez minutos llenando la pantalla —ajustó las gafas con la punta de los dedos—. Están nerviosos.

—¿Nerviosos o culpables?

Mariana dejó la carpeta de cuero sobre el borde de la mesa.

—En los últimos dos días, la palabra "alineamiento" ha aparecido en más correos que "resultado".

Una comisura de mi boca amagó una sonrisa. Murió antes de formarse.

—Entonces vamos a alinearnos.

Crucé el despacho con pasos medidos y abrí la puerta interna que conectaba directamente con la sala de reuniones contigua. Un privilegio arquitectónico pensado para mí, que rara vez usaba para algo más que acortar distancias.

Hoy, acortar el camino parecía apropiado.

La sala entera olía a café recalentado y a adulación. Detestaba ambas cosas.

El proyector ya dibujaba gráficos de colores en la pantalla: curvas ascendentes, flechas verdes, porcentajes optimistas. El tipo de lenguaje que convierte la incompetencia en PowerPoint.

Los ejecutivos, sentados a ambos lados de la mesa larga, se removieron en sus sillas al verme entrar por la puerta lateral. No hubo sobresaltos ni pánico explícito. Pero sí lo que importaba: un silencio inmediato, pesado, que engulló cualquier conversación moribunda antes de que pudiera completarse.

Dejé la chaqueta sobre el respaldo de la silla en la cabecera y me senté. Sin prisa. Sin sonrisa.

Los dejé hablar.

El director de expansión, Ricardo, tomó la palabra con un entusiasmo que combinaba mal con el brillo de sudor en su frente. Tenía la postura de quien ensayó frente al espejo y aun así no creyó lo que vio.

—Como decía, señor D'Amico… —pulsó el mando y apareció una nueva diapositiva, toneladas de texto y jerga apiladas—. Estas son las proyecciones para el primer trimestre de 2026. Con la reestructuración del área, hemos logrado optimizar recursos, reducir pasivos y…

Dejé que dijeran lo que creían que quería oír.

Palabras como "sinergia", "desbloqueo de potencial" y "modelo escalable" se repetían como un mantra vacío. El tipo de vocabulario que llena la boca de quien ya no tiene nada que ofrecer.

Los dejé mentir para ver hasta dónde llegaba la cobardía.

Un gráfico de barras ocupó la pantalla. Luego otro. Hacía años que no necesitaba esfuerzo para leer datos. Bastaba una mirada rápida para detectar patrones, huecos, repeticiones.

La repetición estaba ahí. No en el dibujo, sino en la lógica.

Ya había visto esa combinación de proyecciones y justificaciones. Exactamente en ese orden.

Me recosté en la silla, entrelazando los dedos sobre el pecho, y guardé silencio hasta que la presentación terminó. Cuando la última diapositiva desapareció y la pantalla volvió al inicio, nadie habló durante unos segundos.

Algunos respiraban por la boca. Otros contenían el aire. El ambiente se volvió denso. Nadie se atrevía a respirar antes que yo.

Me incliné hacia delante y apoyé los antebrazos en la mesa.

—Ricardo.

No necesité alzar la voz. Aun así, se sobresaltó.

—¿S-señor?

—¿Sabe qué me ofende de esta propuesta?

Un silencio todavía más pesado cayó sobre la sala. Uno de los analistas jugueteó con un bolígrafo, oyó el clic y lo soltó como si se hubiera quemado.

—N-no, señor —respondió Ricardo, intentando sostenerme la mirada. No lo logró.

Incliné ligeramente la cabeza, observándolo como quien evalúa un activo que ha perdido todo su valor de mercado.

—La mediocridad.

Tragó saliva. Tenía cuarenta y dos años, un MBA en Londres, un currículum impecable y ninguna capacidad para mantenerse sentado bajo una mirada firme.

—Estos números… —giré levemente el portátil abierto frente a mí, más por el peso del gesto que por necesidad— son una copia mal disimulada de un proyecto que una consultora nos presentó hace seis meses. Una propuesta que rechacé. Usted estuvo en esa reunión. Recibió el informe. Leyó los correos. —Hice una pausa—. Y ahora ha decidido firmarlo como si fuera suyo.

El color abandonó su rostro tan rápido como la proyección de crecimiento de la diapositiva cinco.

—No es exactamente así… —empezó.

Levanté un dedo. Bastó.

—Cuando rechazo un modelo —continué, sin prisa— no lo hago por capricho. Lo hago porque no sirve para lo que estamos construyendo. Copiar esa propuesta, añadir cuatro términos nuevos y meterlo todo en una presentación no es creatividad. —Me incliné un poco más—. Es mala fe.

Alguien respiró con fuerza. La sala recogió el sonido como si fuera un estruendo.

—Señor, nosotros solo… —uno de los gerentes junto a Ricardo intentó intervenir. Se detuvo cuando desplacé la mirada hacia él.

No hizo falta decir nada.

Me levanté despacio. No por dramatismo —no lo necesitaba—, sino porque el tiempo, en ese momento, debía pertenecerme. Cada segundo era una inversión. Y quería que todos entendieran que estaban ante una pérdida anunciada.

—Me han sentado en esta sala para fingir que soy idiota —concluí, devolviendo la mirada a Ricardo—. Pero no lo soy.

Nadie parpadeó.

—A partir de ahora, Ricardo queda fuera del liderazgo del equipo de expansión —declaré, sin elevar el tono—. Y a partir de mañana, queda fuera de la empresa.

Abrió los ojos de par en par.

—Señor, puedo explic…

—Ya lo ha hecho. El problema no es el error. Es el carácter. La reunión ha terminado.

Nadie lo discutió.

3.

ISADORA MENEZES

Si el cielo de São Paulo tuviera sentimientos, hoy lloraría conmigo.

Desde donde estaba —una acera irregular, sucia de lluvia y de prisa— todo parecía gris. El hormigón. El cielo. Los cláxones impacientes. Mi reflejo en un escaparate.

El bajo de los vaqueros estaba empapado; las puntas de mis zapatillas agujereadas dejaban entrar el agua que se acumulaba en las grietas del asfalto, y la blusa social, que se suponía blanca, tenía una mancha de café que no conseguí quitar. Intenté disimularla con la chaqueta, pero la cremallera se había roto el mes anterior.

Estaba ridícula. Y aun así, me obligué a caminar más deprisa. La entrevista era a las cuatro y media. Y, de algún modo, todavía creía que llegar a tiempo bastaría.

Eso fue lo que me hizo bajar del autobús —retrasado por la lluvia — dos manzanas antes. No soportaba seguir viendo cómo el tiempo se escurría en el reloj.

Entré en el metro empujada por la multitud. Un hombre se acercó demasiado. Giré la cara y tragué el asco. Salí corriendo en la estación Faria Lima.

La carpeta con los currículos empezaba a ablandarse por las esquinas, por mucho que intentara protegerla bajo el abrigo. Subí la calle jadeando. Cuando me detuve frente al edificio del Grupo Moretti, casi lloré.

No solo de emoción. También de agotamiento.

Nubes pesadas corrían entre los edificios como si también tuvieran prisa y, durante un segundo, deseé ser una de ellas.

El edificio del Grupo D'Amico parecía una lámina de cristal cortando el cielo, reflejando la ciudad entera en sus fachadas

brillantes. Treinta y ocho plantas. Recepción blindada. Aire acondicionado incluso en las sonrisas.

Respiré hondo, acomodé la carpeta bajo el brazo y entré.

—Buenas tardes —saludé a la recepcionista, pero no levantó la vista del monitor.

Esperé, con los segundos estirándose como goma. Entonces lo intenté de nuevo:

—Tengo una entrevista a las cuatro y media con el departamento de Recursos Humanos. Isadora Menezes.

Tecleó algo con la uña postiza y me lanzó una mirada breve, casi clínica.

—Documento con foto.

Le entregué el DNI. Lo revisó, estampó un sello en una ficha y me lo devolvió sin decir nada. Solo indicó con la cabeza los ascensores.

Cogí la tarjeta, con los dedos sudorosos.

Va a salir bien.
Va a salir bien.
Va a salir bien.

El ascensor más cercano pitó. Una mujer elegante, con un perfume caro que me hizo pensar en París y en revistas de moda, ya estaba esperando. Entré, tragándome la incomodidad. Pulsó la planta treinta y ni siquiera me miró.

Yo pulsé la veinticinco.

Silencio.

El ascensor subió algunos pisos antes de detenerse de nuevo. La puerta se abrió y, por un segundo, el aire pareció volverse más denso.

Entró un hombre.

Traje negro impecable, sin corbata, la chaqueta abierta. Alto, el cabello oscuro peinado hacia atrás con una precisión casi irritante, barba de un día. El tipo de hombre que no esperas encontrarte en la vida real, mucho menos dentro de un ascensor.

Llevaba una carpeta de cuero y el móvil en la mano. Su energía era fría. No exactamente arrogante… más bien la de alguien que estaba siempre a dos segundos de perder la paciencia.

La mujer a mi lado se encogió un poco y murmuró un "buenos días" débil. Él no respondió.

Ella bajó en la siguiente planta, casi huyendo. La puerta se cerró otra vez. Ahora solo estábamos nosotros dos y un silencio… ¿a quién quiero engañar? Muy. Un silencio opresivo.

Sentía el peso de su presencia incluso sin mirarlo directamente. Olía a algo caro, limpio, sin nada que ver con el desinfectante barato del autobús. Permanecimos así varios pisos. El sonido del motor, el panel iluminado, su respiración demasiado tranquila, la mía fingiendo normalidad.

El ascensor dio un pequeño tirón.

Mínimo. Casi nada. Pero suficiente para revolverme el estómago. La luz del techo parpadeó una vez. Otra. Volvió. Apreté la correa de la carpeta con fuerza.

Calma, Isadora. No dramatices.

Dos pisos más. Más silencio.

Entonces todo se apagó.

La luz desapareció, el motor murió y el ascensor se detuvo en medio de ninguna parte con un sacudón que casi me dobló las rodillas.

—¡Ay! —se me escapó.

La luz de emergencia se encendió débil, amarillenta. Sentí que el aire se iba.

—No… —susurré—. No, no, no…

Mis dedos volaron a los botones, pulsándolos todos como si alguno fuera mágico. Nada. Pulsé la alarma. Un pitido. Silencio. Pulsé otra vez. El pitido insistió, fino, irritante, y murió también.

El ascensor seguía parado.

Las paredes empezaron a encogerse. Yo sabía, racionalmente, que no era así, pero mi cuerpo no recibió el aviso. El corazón se aceleró hasta doler. La garganta se cerró. El aire se volvió espeso.

—Esto no está pasando —mi voz salió aguda—. No ahora. Por favor, no ahora…

—Estás hiperventilando —su voz cortó el aire, firme, sin prisa—. Siéntate en el suelo.

Lo miré sin verlo bien. La vista se me nublaba por los bordes.

—¿Qué?

—En el suelo —repitió—. Ahora.

No era una petición. Mis piernas cedieron antes de que el cerebro decidiera. Me deslicé por la pared hasta sentarme, la carpeta apretada contra el pecho como un chaleco salvavidas.

—Respira por la nariz. —Se agachó frente a mí, manteniendo una distancia respetuosa, pero lo bastante cerca como para que volviera a percibir su perfume—. Inspira despacio. Cuenta hasta cuatro.

Lo intenté. El aire entró a trompicones.

—Aguanta. —Levantó la mano, marcando el ritmo con los dedos —. Uno, dos, tres, cuatro. Ahora suelta por la boca. Despacio.

El primer soplo salió torpe, casi un sollozo. Sus dedos siguieron marcando, firmes, hasta que conseguí acompasarme.

—Otra vez —ordenó—. Inspira. Aguanta. Suelta.

Unos segundos después, las manos dejaron de temblarme y pude enfocar sus ojos. Grises. Atentos. No había lástima en ellos. Me

miraba como si yo fuera un problema que sabía resolver.

—¿Mejor? —preguntó.

Asentí, tragando saliva. Estaba sudando frío.

—P-perdón —logré decir—. Yo… no llevo bien… esto.

—¿Ascensores? —se incorporó, apoyando el hombro en la pared opuesta.

—Los espacios cerrados. —Me pasé el dorso de la mano por la frente—. Y la idea de perder la entrevista. Y la de morir aplastada entre dos plantas, pero eso intento ignorarlo.

Soltó un suspiro corto.

—Los ascensores no se desploman sin más —dijo—. Y, si lo hacen, no te da tiempo de entrar en pánico.

—Guau —murmuré—. Reconfortante.

—No era mi intención.

—Se nota.

El silencio volvió, pero ya no era el mismo. El corazón seguía acelerado, aunque ahora, además del miedo, había una vergüenza absurda.

Genial. Además de pobre, retrasada, mojada y ridícula, también era la loca que perdía los nervios en un ascensor delante de un desconocido atractivo.

—¿Crees… crees que tardará mucho? —pregunté, porque la alternativa era callarme y volverme loca.

Miró el panel apagado.

—No lo sé. Puede tardar minutos. Puede tardar horas. Depende del edificio. Y del equipo de mantenimiento.

Horas.

El suelo pareció moverse otra vez.

—Vale… —murmuré—. No nos van a dejar aquí hasta Navidad. Eso espero. No sería una buena estrategia de marketing.

Apreté la carpeta contra el pecho. El plástico estaba blando en las esquinas, las hojas húmedas. Aquellos papeles eran todo lo que tenía. Todo lo que me definía.

—Dijiste que tenías una entrevista —comentó.

Tardé un par de segundos en procesarlo.

—Sí. A las cuatro y media. En Recursos Humanos.

Sacó el móvil y tocó la pantalla.

—Sin cobertura —informó—. El ascensor bloquea la señal.

Claro. Perfecto.

—Necesitaba mucho este trabajo —confesé—. Sé que todo el mundo dice eso, pero… yo de verdad lo necesitaba. Mi madre está enferma, tengo un hermano pequeño, el alquiler venció la semana pasada y…

Respiré hondo.

—Perdón. No tiene nada que ver contigo.

—Tienes claustrofobia —dijo, como si enumerara datos—. Si te quedas en silencio, volverás a entrar en pánico.

Traducción: oírme hablar era mejor que verme desmayar.

—Enhorabuena —solté, con un tono más ácido de lo que pretendía—. Te has convertido en psicólogo de ascensor.

Inclinó la cabeza, analítico.

—No. Solo no quiero que te desmayes y te golpees la cabeza. Eso me retrasaría.

Lo miré, ofendida y, curiosamente, más tranquila.

—Claro —suspiré—. Sería el fin del mundo que yo estorbara.

—Hoy, sí.

Sin rodeos. Sin sonrisa. Y, por algún motivo, me hizo gracia.

Una risa absurda se me escapó, nerviosa. Me tapé la boca con la mano.

—Perdón —dije—. Me río cuando estoy nerviosa.

—Ya me he dado cuenta.

Me acomodé mejor, cruzando las piernas en el suelo.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Tenías una reunión importante?

Me miró como si valorara si responder o no.

—Todas lo son —acabó diciendo.

—Suena agotador.

—Lo es.

Solté el aire con fuerza.

—Yo estaría feliz solo con tener una —comenté—. Cualquiera. Incluso de esas que sabes que van a salir mal, pero al menos el teléfono sonó.

Guardó silencio unos segundos antes de hablar:

—¿Cuántas entrevistas has hecho este mes?

—Cinco —respondí sin pensarlo. Las contaba como quien cuenta monedas—. Esta sería la sexta.

—¿Y cuántas ofertas has conseguido?

—Ninguna. —La palabra me dejó un regusto amargo—. Una me dijo que estaba poco cualificada. Otra, que no tenía suficiente experiencia. Una tercera dijo que le encantaba mi perfil, pero que no podía contratar a alguien "tan cargada de problemas personales". —Sonreí sin humor—. Aún no había mencionado lo de mi madre.

Entrecerró los ojos.

—No pueden decir eso.

—Sí pueden —repliqué—. No pueden escribirlo. Pero decirlo, lo dicen.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue denso de otro modo. Él parecía estar pensando de verdad, y eso me hizo aún más consciente de que estaba derramando mi vida sobre un desconocido de traje.

—¿Siempre hablas así con gente que acabas de conocer? —preguntó al final.

—No. —Me encogí de hombros—. Normalmente no me quedo encerrada en ascensores con desconocidos. Hoy es un día especial.

Asintió una vez, como si le hubiera dado un argumento válido.

—A veces creo… —empecé, sin haberlo planeado. Me detuve—. Da igual.

—Habla.

No lo dijo con dulzura. Lo dijo como una orden disfrazada de invitación.

—A veces creo que solo estoy luchando contra lo inevitable por pura cabezonería —admití—. Que este no es mi lugar. Ni esta ciudad, ni estos trabajos, ni estas entrevistas. Siento que siempre estoy un poco fuera de sitio. Y entonces el universo organiza escenas como esta para confirmarme mis mayores miedos.

No apartó la mirada.

—Si el propio universo te ha traído hasta aquí —respondió, con la misma calma con la que hablaba de horarios—, probablemente tenga una opinión distinta.

Parpadeé.

No era una frase que esperara oír de un hombre que parecía sacado de una campaña de relojes caros.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —preguntó antes de que terminara.

—¿Hablas así con todo el mundo?

—No.

—Entonces, ¿por qué conmigo?

Dudó un instante.

—Porque estás siendo honesta —dijo—. Y eso es raro.

El rubor me subió por el cuello hasta las orejas. No estaba acostumbrada a elogios. Como mucho, me decían que era responsable, que era trabajadora. Honesta sonaba… demasiado grande.

—A veces también es una estupidez —murmuré—. Sobre todo en entrevistas de trabajo.

—La honestidad no es el problema —replicó—. El problema son las personas que la usan contra ti.

—Así dicho, parece que tú eres selectivamente honesto —se me escapó antes de poder frenarlo. Mi cerebro gritó *IDIOTA* al instante —. Perdón. Ha sido… invasivo.

Tardó unos segundos en responder. Los suficientes para que me arrepintiera tres veces.

—No pidas perdón por prestar atención —dijo, al fin.

Aquello me desarmó más que el sacudón del ascensor. No sabía qué hacer con una frase así. Así que hice lo que siempre hacía cuando no sabía qué hacer: hablé de más.

—Mi madre siempre dice que me fijo demasiado en las cosas. Que eso me perjudica. —Solté una risita apagada—. Ella es de las que prefieren no pensar mucho. Dice que así duele menos.

—¿Y tú no puedes? —preguntó.

—No. —Respiré hondo. El aire ya no parecía tan pesado—. Pienso demasiado incluso para cruzar la calle.

El silencio que siguió no fue hostil. Era casi… cómodo. Si alguien me hubiera dicho que decir eso en voz alta dentro de un ascensor estropeado con un desconocido haría que me doliera menos el pecho, me habría reído.

Lo observé de reojo mientras miraba el panel apagado. La línea rígida de los hombros, la mano cerrada alrededor de la carpeta de cuero, la mandíbula tensa. Parecía el tipo de hombre que nunca pierde nada. Tiempo. Dinero. Control.

Y aun así, estaba allí, en el mismo cuadrado de metal que yo, sin poder ordenar a nadie que lo solucionara.

Los minutos se acumularon entre nosotros como una pila. Sin mirar el reloj, supe que la hora de la entrevista ya había pasado.

—¿Sabías que pareces menos intimidante cuando estás callado? —dije, sin pensar.

Alzó una ceja.

—Y más intimidante cuando hablas —corregí rápido—. Pero en el buen sentido. Creo.

—Hay gente que pagaría caro por que dijeras eso —comentó.

—Ah, entonces eres alguien importante. —Sonreí de lado—. Y yo pensando que eras solo otro tipo guapo con traje caro que insulta al tráfico en inglés.

Esta vez, la comisura de su boca subió. Apenas un gesto, pero suficiente para que lo viera. Y para que me inquietara.

—No insulto al tráfico en inglés —respondió—. Me cuesta lo mismo insultarlo en italiano.

Reí. No porque fuera especialmente gracioso, sino porque era tan específico que parecía inventado.

—Entonces eres italiano —dije, señalando vagamente su traje—. Eso explica algunas cosas.

—¿El qué?

—La cara de pocos amigos —me encogí de hombros—. Y esa forma de hablar como si todo fueran órdenes.

Me sostuvo la mirada durante un segundo largo. No parecía ofendido. Parecía… atento.

Antes de que pudiera responder, el ascensor dio otro sacudón. Más fuerte.

Mi cuerpo se fue hacia delante, la carpeta resbaló de mis manos. Habría dado con la cara en el suelo si una mano no se hubiera cerrado con firmeza alrededor de mi antebrazo.

—Tranquila —dijo, sosteniéndome el peso durante un segundo entero—. Ya va a arrancar.

El motor gruñó, una vibración corta recorrió el suelo metálico y el panel se encendió con números parpadeantes. El ascensor reanudó la subida despacio, como un animal viejo obligado a despertarse.

Yo temblaba. No sabía si por el susto, por el contacto o por ambas cosas.

Soltó mi brazo en cuanto recuperé el equilibrio, como si acabara de darse cuenta de que aún me sujetaba.

—Gracias —murmuré.

Asintió sin decir nada.

El visor marcó 20, 21, 22… Cuando apareció el 25, el corazón volvió a dispararseme.

—Es aquí —dije, más para mí que para él.

El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron. Salí casi tropezando, con la carpeta torcida contra el pecho y las piernas extrañas. No había nadie de mantenimiento esperándome. Nadie a quien le importara.

El pasillo era largo, con placas que indicaban *Recursos Humanos* a la izquierda. Corrí hacia ellas, cada paso resonando demasiado alto.

El mostrador de recepción estaba vacío. Pulsé el timbre. Esperé. Una mujer apareció unos segundos después, ajustándose la tarjeta identificativa en el pecho.

—Yo… —respiré hondo—. Tengo una entrevista a las cuatro y media. Isadora Menezes. Me quedé atrapada en el ascensor. El ascensor se averió. Yo…

Miró el reloj. Yo también. Cinco y cincuenta y siete.

¿Habíamos pasado todo ese tiempo dentro?

—El proceso de selección ya ha finalizado —informó, con un tono demasiado neutro para las ganas que tenía de llorar—. La vacante ya ha sido cubierta.

Las palabras tardaron en encajar.

—Pero… yo estaba aquí —protesté—. En el edificio. Atrapada en el ascensor. Puedo explicarlo, yo…

—Lo entiendo —me interrumpió, aunque su mirada decía que no —. Pero el proceso se llevó a cabo en el horario previsto. La empresa no puede responsabilizarse de problemas técnicos del edificio. Si surge otra vacante compatible, nos pondremos en contacto.

O sea: no.

Sentí que algo se rompía dentro del pecho. Algo pequeño, silencioso, pero que dolió más que el sacudón del ascensor.

—Claro —respondí, porque no había nada más que decir—. Gracias de todos modos.

Me giré para marcharme, intentando salvar lo poco de dignidad que me quedaba, cuando vi por el rabillo del ojo un cambio brusco en la postura de la recepcionista.

Enderezó la espalda, se arregló el pelo, abrió una sonrisa que no había tenido conmigo.

—¡Señor D’Amico! —saludó, casi alegre—. Buenas tardes. ¿Quiere que avise al director de Recursos Humanos de que ha llegado?

Fue como si alguien pulsara un botón dentro de mi cabeza.

Despacio, como si estuviera bajo el agua, giré el rostro.

Él estaba allí, a pocos pasos detrás de mí. El mismo traje negro. La misma camisa impecable. Los mismos ojos grises que me habían visto entrar en pánico, hablar demasiado, reírme de tonterías.

D'Amico.

No necesitaba saber italiano para entenderlo. El apellido estaba en la fachada del edificio. En las tarjetas. En la descripción de la vacante que había leído diez veces.

El hombre con el que acababa de desahogarme durante dos horas era el dueño de la empresa.

El "jefe arrogante que manda en todo y ni arregla el ascensor", como yo misma había mascullado en voz alta en algún momento, creyendo que hablaba con un desconocido cualquiera.

La cara me ardió. El cuerpo entero me ardió. Quise que el ascensor se estropeara otra vez solo para abrir un agujero en el suelo y tragarme.

Él me miró. No con sorpresa. No con lástima. Simplemente… me miró. Como si estuviera registrando algo.

No esperé a averiguar qué.

—Gracias —murmuré a la recepcionista, sin saber muy bien por qué—. Perdón por molestar.

Y me fui.

Caminé demasiado rápido hasta el final del pasillo. Luego aún más rápido hasta el ascensor. El panel seguía marcando plantas arriba y abajo. No esperé.

Empujé la puerta de la escalera de emergencia, casi tropezando en el primer escalón.

Cada golpe de mis zapatillas mojadas contra el hormigón sonaba como una carcajada del universo.

Había perdido la vacante. Me había desahogado con el dueño de la empresa. Y lo había llamado jefe arrogante a la cara.

Claro que sí.

4.

ALESSIO D'AMICO

La recepcionista cambió de expresión con demasiada rapidez.

Un segundo antes le estaba diciendo a una candidata que la vacante ya había sido cubierta. Al siguiente, enderezó la espalda, se arregló el pelo y mostró una sonrisa completa, blanca y ensayada.

—¡Señor D'Amico! Buenas tardes. ¿Quiere que avise al director de Recursos Humanos de que ha llegado?

Entré en su campo de visión lo justo para que me viera. La chica frente al mostrador ya me había visto antes.

Isadora.

Se giró despacio, como si su propio cuerpo se negara a completar el movimiento. Sus ojos se encontraron con los míos y lo vi suceder en tiempo real: el reconocimiento, la asociación, el recuerdo del ascensor, la ficha encajando con el apellido.

D'Amico.

El tono rojizo que le subió al rostro habría resultado gracioso en cualquier otra situación. Allí solo me pareció violento.

No dijo nada. Me sostuvo la mirada un segundo, abrió mucho los ojos, murmuró un "gracias" fuera de lugar a la recepcionista y salió casi corriendo.

Podría haberla llamado. Podría haber dicho cualquier cosa. No lo hice.

Me quedé quieto, observando su espalda alejarse por el pasillo. Blusa barata, manchada. Vaqueros oscuros. Zapatillas gastadas. La carpeta de plástico apretada contra el pecho como si llevara oro dentro. Cada paso era demasiado rápido, como si su único objetivo fuera desaparecer de mi campo de visión lo antes posible.

Interesante.

—El director ya ha sido avisado —repitió la recepcionista, como si yo hubiera preguntado algo.

Aparté la mirada de la puerta por la que Isadora había desaparecido y volví a la mujer tras el mostrador.

—¿Ya? —pregunté.

—Sí, señor. Acaba de cerrar la selección de esa vacante. —Giró la pantalla discretamente—. Si es por eso…

—No lo es. —Apoyé dos dedos en el borde del mostrador. Ni siquiera debería haber bajado a esta planta, para ser sincero. Pero… no pude evitarlo. Así que recalculé la ruta verbal para que encajara con la física—. Pero ya que estamos: ha habido un fallo en el ascensor hoy.

Pareció incómoda.

—Sí, señor. Se quedó parado entre la planta veinte y la veintiuna durante… unos minutos. —Añadió enseguida—. El servicio de mantenimiento ya ha sido avisado.

Unos minutos.

Miré el reloj de mi muñeca. Casi las seis de la tarde.

Isadora había dicho, allí arriba, que la entrevista era a las cuatro y media. Cuando el ascensor volvió a funcionar, ya había pasado un pequeño infinito entre una planta y otra.

—La candidata que estaba aquí ahora —pregunté, sin variar el tono—, ¿es la misma que se quedó atrapada?

La recepcionista dudó. No tenía obligación formal de responderme nada sobre un proceso de selección, pero la jerarquía pesaba más que el protocolo.

—Sí, señor —tragó saliva—. Tenía entrevista hoy.

—Y fue descartada porque el ascensor se detuvo.

No era una pregunta, pero respondió como si lo fuera.

—El departamento de Recursos Humanos cerró la etapa en el horario previsto —sus manos se movieron, inquietas.

Durante unos segundos, consideré decir que, en ese caso, no debería haber sido descartada. Que podían encajarla en otra entrevista. Que era responsabilidad de alguien allí —no mía— asegurarse de que un fallo no perjudicara el proceso.

La frase llegó casi a mis labios.

Casi.

—Entiendo —dije al final—. Quiero un informe completo sobre la avería. Horarios exactos. —Enderecé la espalda—. Y que llegue al departamento jurídico antes de mañana.

Asintió con rapidez.

—Claro, señor.

Me di la vuelta antes de que pudiera añadir nada más.

En la práctica, no iba a mover ni una coma en el resultado de esa selección. La vacante, el presupuesto y los informes ya estaban cerrados. Intervenir a ese nivel por una candidata a la que ni siquiera debería recordar no era algo que yo hiciera.

Y, aun así, la molestia seguía ahí.

Entré en el ascensor, solo, y pulsé el botón de mi planta. El panel devolvió mi reflejo, distorsionado por las luces del techo.

Había sido en ese mismo espacio, poco antes, donde una chica con olor a lluvia casi se había desmayado. Y donde yo, por algún

motivo que aún no sabía nombrar, había decidido impedirlo.

«Soy claustrofóbica.»
«Necesitaba mucho este trabajo.»
«A veces creo que no pertenezco a ningún sitio.»

No recordaba la última vez que alguien me había hablado tanto sin filtro. Sin medir. Sin calcular consecuencias.

El ascensor comenzó a subir. Regular. Perfectamente funcional. Por supuesto. Cuando no necesitaba que estuviera averiado, funcionaba.

Pasé la mano por la manga de la camisa, justo en el punto donde su brazo había rozado el mío. ¿Quedaba allí un fantasma de calor o era solo la memoria insistiendo?

Ridículo.

Cerré los ojos un segundo. Al abrirlos, la puerta ya se estaba abriendo y el pasillo de la planta ejecutiva me devolvió a mi mundo.

Carla me esperaba frente a la puerta del despacho.

—Han llamado de Europa dos veces —informó, sin rodeos—. El señor Enrico insistió en que te avisara de que estará disponible aún hoy.

Mi padre. Claro.

—También lo estará mañana —respondí, entrando—. Ponlo en la agenda al final del día.

—Alessio…

—Mañana, Carla.

No insistió. Eso significaba que mi expresión era peor de lo que creía.

Cerré la puerta del despacho y me dejé caer en la silla, junto a la mesa que aún conservaba los restos de la reunión de la mañana: una botella de agua a medias, el proyector apagado, el nombre de Ricardo flotando en algún rincón reciente de la memoria.

Dos personas habían perdido el futuro en ese edificio hoy. Una por mala fe calculada. Otra por azar y por un sistema que no se detenía en los detalles.

No eran equivalentes. Pero la sensación de desajuste era la misma.

Abrí el portátil. Correos. Informes. Hojas de cálculo. Mensajes marcados como urgentes en rojo. Otro asunto en la bandeja:

Re: Evento de fin de año – presencia obligatoria.

Lo abrí.

El equipo de comunicación interna reiteraba lo obvio: como CEO de la unidad, debía estar presente en el evento de cierre del año. Discurso. Fotos. Brindis. Equipo motivado. Las palabras "ambiente navideño" aparecían tres veces en el mismo párrafo.

Lo cerré sin responder.

Era irritante cómo, cada año, bastaba con que diciembre se acercara para que la Navidad se infiltrara en todos los contextos. Decoraciones en las fachadas, listas temáticas en los restaurantes, anuncios en redes sociales con familias perfectas intercambiando regalos caros en salones impecables.

Detestaba la estética, el sonido y el subtexto. Todo.

La Navidad era una fecha que se había detenido a los dieciocho años, en una noche que nunca terminó de cerrarse en mi cabeza. El resto no eran más que repeticiones mal hechas.

Respiré hondo, forzando la concentración de vuelta al trabajo. Mis dedos recorrieron el teclado y abrieron el informe financiero del trimestre. Números. Porcentajes. Columnas. Siempre había sido fácil esconderme en ellos.

Leí la primera página. Luego la segunda. En la tercera, me di cuenta de que lo único que mi cerebro repetía era una frase absurda pronunciada dentro de un ascensor:

«¿Sabías que pareces menos intimidante cuando estás callado?»

Absurda. Pero precisa.

Sabía el efecto que mi presencia tenía en las personas. En reuniones, en presentaciones, en negociaciones. Durante años había cultivado esa distancia con cuidado. Era útil. Nadie intenta hacerse amigo de alguien a quien teme.

Ella no tuvo miedo del modo correcto.

Tuvo miedo de morir aplastada entre dos plantas, de perder la entrevista, de no poder pagar el medicamento de su madre. Miedos concretos. El resto… lo ignoró. O fingió ignorarlo.

«Ah, entonces eres alguien importante.»

Una candidata en busca de empleo no habla así con el dueño de la empresa. No si está bien entrenada. No si intenta impresionar.

Ella no intentaba nada, y por eso se me había quedado grabada.

Una foto suya habría pasado por el archivo de Recursos Humanos como tantas otras. Nombre, edad, formación, pretensión salarial, un resumen breve. Había visto cientos de fichas ser aprobadas o descartadas en segundos.

Ninguna olía a lluvia.

Cerré el informe y me recosté en la silla, presionando el pulgar entre las cejas.

—Tienes peor cara que los números de Ricardo —dijo Carla desde la puerta, segundos después de un golpe suave.

No la había oído llamar. Mala señal.

—Entrar sin llamar se está convirtiendo en un hábito —comenté, sin abrir los ojos.

—Solo cuando pareces a punto de tener una migraña o una idea demasiado drástica. —Se acercó y dejó una taza de café sobre la mesa, sin azúcar, sin preguntarme—. He oído lo del ascensor.

Abrí los ojos.

—Lo ha oído todo el edificio —respondí—. ¿Alguien lo grabó y ya lo ha subido a stories?

—Aún no —replicó, seca—. Pero si quieres, puedo mandar cortar el Wi-Fi de toda la empresa por precaución.

La miré. No retrocedió.

—¿Cuánto tiempo estuvo parado? —pregunté, sabiendo que, en cualquier otro día y con cualquier otra compañía, habría contado cada segundo y reclamado al responsable cada euro perdido.

Consultó la tablet.

—Entre una hora y veintiocho minutos y una hora y treinta, según los registros de mantenimiento. Están redondeándolo a veinte, obviamente.

Había parecido una eternidad. Más de una hora en la cabeza de la chica.

—¿Y los protocolos? —continué—. ¿Avisaron a las plantas afectadas? ¿Anotaron quién estaba dentro?

—Supuestamente —respondió. El tono dejaba claro lo poco que confiaba en ese "supuestamente"—. Lo revisaré.

—Hazlo.

Me observó un segundo.

—¿Y la candidata?

La mandíbula se me tensó sin querer.

—¿A cuál de ellas te refieres? —pregunté, aun sabiendo perfectamente a cuál.

—A la que perdió la entrevista por culpa de la avería —dijo Carla, directa—. En recepción lo comentaron. Dijeron que llegaste justo a tiempo. Que salió corriendo.

Mi humor, ya malo, decidió hundirse un poco más.

—Recursos Humanos cerró el proceso en el horario previsto —respondí, repitiendo la versión oficial—. La vacante ya fue cubierta.

—Eso ya lo sé —cruzó los brazos—. No es lo que te estaba preguntando.

Contuve el impulso de poner los ojos en blanco. No era un gesto propio de mi cargo.

—No voy a reabrir un proceso de selección entero por un ascensor averiado —dije, controlando el tono—. No es así como se gestiona nada.

—No es eso lo que estoy sugiriendo. —Inclinó la cabeza—. Solo me parece curioso que tengas esa cara por un "nada".

Mi paciencia con las indirectas era menor de lo que había parecido dentro del ascensor.

—Problemas técnicos, incompetencia, intentos de hacerme quedar como un idiota… —enumeré—. Motivos no faltan.

Ella no se lo creyó. Bajó la mirada hacia los documentos de mi mesa.

—A veces me pregunto si tú crees que es tan adorable como yo cuando intentas engañarme, Alessio —dijo, y suspiré. El problema de que tu persona de confianza tenga casi veinte años más que tú es que, en algún momento, empieza a comportarse un poco como una madre—. Juras que no ha pasado nada, pero he visto cabezas rodar por mucho menos y no has tomado ninguna medida más allá de pedir un informe. Llevo casi cinco minutos aquí y aún no te he oído calcular cuánto dinero perdiste durante los casi noventa minutos que estuviste atrapado en el ascensor.

—Estás pensando demasiado en algo insignificante.

Entrecerró los ojos y una sombra de sonrisa cruzó la comisura de sus labios.

—O estoy en lo cierto y llevas media hora mirando el mismo informe sin pasar de página.

Miré la pantalla.

Seguía en el mismo párrafo.

Mierda.

—¿Qué quieres que diga, Carla? —pregunté al fin—. ¿Que una chica a la que no conozco casi se desmayó en mi ascensor, habló demasiado, se rió por nervios, me llamó arrogante a mis espaldas y salió corriendo en cuanto pudo… y que eso me está molestando?

El silencio que siguió confirmó que había dicho más de la cuenta. Carla arqueó las cejas.

—No conocía todos esos detalles —observó—. Pero admito que es aún mejor de lo que imaginaba.

Exhalé despacio.

No era el tipo de hombre que se inquietaba por desconocidos. La gente entraba y salía de mi vida, de mi empresa, de mis edificios, de mi campo de visión, constantemente. Recordaba rostros por necesidad, no por interés.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Podría haber dicho que no lo sabía. Habría sido creíble.

—Isadora Menezes —respondí, sin dudar.

No disimuló su interés.

—¿Y cómo lo sabes?

—El identificador —dije—. Recepción.

Era verdad. No toda, pero suficiente. Carla hizo una anotación rápida en la tablet.

—Solo por curiosidad…

—No —me adelanté—. No voy a pedir que la reprogramen con Recursos Humanos.

—No iba a sugerirlo —mintió.

—Sí ibas.

—Vale, sí. —La comisura de su boca tembló—. Pero ya no lo voy a sugerir. —Guardó la tablet—. Solo pienso que, si una candidata logró sacarte de tu eje hasta el punto de que memorices su nombre después de compartir un ascensor…

—No estoy fuera de mi eje —la interrumpí, más brusco de lo que pretendía.

Me lanzó una mirada larga, de esas que solo alguien que te ha acompañado quince años de decisiones acertadas y desastrosas puede lanzar.

—Claro que no —concedió—. Tú nunca lo estás.

Salió, cerrando la puerta con el mismo cuidado con el que se cierra una habitación donde se ha dejado una bomba de relojería.

Me quedé solo.

Repasé el día hacia atrás. La reunión de la mañana. Ricardo apartado. El ascensor averiado. La entrevista perdida. La expresión de humillación en la cara de Isadora al descubrir quién era yo. La forma en que salió corriendo.

No me gustaba la sensación de ser el centro de un desastre que no había provocado. Y, de algún modo, lo había sido.

Si el edificio no fuera mío, quizá habría logrado culpar solo a la mala suerte. Pero el edificio era mío. La empresa era mía. El ascensor que se averió formaba parte de mi estructura.

Y, aun así, la dejé marcharse sin decir una sola palabra.

No sabía si habría servido de algo. Sospechaba que, en el estado en que estaba, cualquier frase mía habría empeorado la situación. «Voy a garantizar otra entrevista» sonaría a caridad. «Puedo arreglarlo por ti» sería condescendiente. «Lo siento» sería mentira.

Yo no lo sentía. Sentía molestia. No era lo mismo.

Cerré el portátil sin haber avanzado una sola línea más y decidí que el día había terminado. Si me quedaba, solo acumularía irritación para descargarla sobre las personas equivocadas.

El tráfico de regreso a casa era tan lento como mi paciencia. El coche blindado avanzaba a trompicones por la Marginal, luces rojas hasta donde alcanzaba la vista. En los viaductos, los adornos navideños ya estaban encendidos, parpadeando con demasiados colores.

Pasé junto al tercer árbol iluminado en menos de diez minutos y apagué la radio cuando empezó a sonar una canción navideña cualquiera. En el silencio, el ruido insistente de mis propios recuerdos ocupó el espacio.

Cenas antiguas. Una mesa demasiado larga. Un chico de dieciocho años intentando parecer un hombre junto a su padre… y fracasando. La madre riendo alto, llenando copas, repartiendo afecto como si nunca fuera a acabarse.

Se acabó horas después, sobre el asfalto mojado.

Parpadeé, expulsando la imagen.

«Si el propio universo te ha traído hasta aquí, probablemente tenga una opinión distinta.»

Había pasado años convenciéndome de que el lugar donde estaba era fruto de decisiones calculadas, no del universo. No creía en destino, ni en coincidencias, ni en señales. Creía en esfuerzo, sangre y control.

Y, aun así, esas palabras habían salido de mi boca. Para ella. Porque las necesitaba.

Llegué al edificio donde vivía, en lo alto de una torre tan acristalada como la de la empresa. El portero me saludó por mi nombre, sujetando la puerta del vestíbulo. Otro adorno navideño en el mostrador. Otro recordatorio.

El apartamento estaba en silencio cuando entré. Luces apagadas. La ciudad extendida tras el muro de cristal del salón, igual que en el despacho, pero sin gente alrededor.

Dejé la carpeta de cuero sobre el aparador y aflojé el botón de la camisa. No encendí la televisión. No puse música. Caminé hasta la cocina, cogí un vaso, lo llené de agua y lo dejé sobre la encimera sin beber.

Debería estar pensando en el siguiente paso de la expansión, en las llamadas a Europa, en lo que diría a mi padre cuando volviera a llamar. En Ricardo. En la empresa. En cualquier cosa que normalmente ocupaba mi mente.

Pero no.

Pensaba en una candidata que no había llegado a su entrevista porque el ascensor se averió. En cómo sujetaba la carpeta como si fuera un chaleco salvavidas. En cómo se reía por nervios. En cómo me miraba sin saber si debía tenerme miedo.

No me gustaban las variables sin explicación lógica. No me gustaba sentir que parte de mi atención estaba anclada a algo que, objetivamente, no importaba.

Quizá por la mañana se habría evaporado de mi cabeza, como tantas figuras aleatorias del día a día. Era lo más probable.

Aun así, antes de ir al dormitorio, me acerqué a la encimera donde dejaba las llaves y el móvil y cogí un bolígrafo.

Saqué la primera hoja en blanco que encontré dentro de la carpeta y escribí dos palabras en la esquina inferior, con la letra fría y precisa que solía usar en los contratos.

ISADORA MENEZES.

Miré el nombre durante unos segundos. Luego cerré la carpeta, como si nada hubiera pasado.

Aún no sabía qué haría con esa información.
Solo sabía que no era el tipo de cosa que se olvidaba.

5.

ISADORA MENEZES

Horas antes, cuando salí del edificio, no miré atrás.

Ni al mostrador de Recursos Humanos. Ni a la subida del ascensor. Ni al rostro del hombre al que había acorralado con mis verdades más feas sin saber quién era.

Simplemente crucé la puerta de emergencia, bajé los escalones como si mis piernas pertenecieran a otra persona y dejé que la puerta metálica se cerrara tras de mí con un estruendo que resonó en el pecho.

El aire de fuera era pesado, húmedo, con olor a lluvia atrapada en el asfalto. Las calles empezaban a encenderse: luces reflejadas en los charcos, cláxones insistentes, autobuses llenos, gente quejándose del tráfico, del calor, del final del día.

Y yo solo caminé.

Sin saber adónde. Sin saber durante cuánto tiempo. Sin saber qué hacer con el nudo apretado en la garganta.

Había perdido la vacante.

Y no solo la había perdido: la había perdido de la peor forma posible. Dentro del edificio. Esperando. Intentándolo. Atrapada casi dos horas en una caja de metal junto al hombre más poderoso que había cruzado mi camino.

El tipo de hombre que nunca debería escuchar las confesiones que dejé escapar, las bromas nerviosas, los desahogos que jamás habría tenido valor de hacer frente a nadie.

Lo llamé arrogante. Jefe mandón. Demasiado importante para responder a un "buenos días". Dije que era una estupidez ser honesta en entrevistas. Dije que no pertenecía a aquella ciudad.

Lo oyó todo.

Y lo peor: lo oyó en silencio.

Una de las cosas más humillantes de la vida es darse cuenta de que abriste el alma delante de alguien que ni siquiera abrió la puerta para salvarte.

La cara me ardía solo de recordarlo.

Crucé Faria Lima como si el fuego me recorriera las venas. La llovizna volvió, empapando aún más la ropa, y los pies me dolían dentro de las zapatillas gastadas. Todo el día estaba estampado en mi cuerpo: la blusa sucia, la chaqueta sin cremallera, los vaqueros con el botón sujeto por un imperdible.

Yo era la versión viva de alguien que lo intentó. Y falló. Otra vez.

Me detuve en la parada. Dos autobuses pasaron demasiado llenos para cualquiera sin entrenamiento militar. En el tercero conseguí subir, apretada entre una mujer cargada de bolsas y un hombre que hablaba demasiado alto por el móvil.

Me sujeté a la barra fría e intenté mantener la carpeta de los currículos contra el pecho. El plástico estaba hinchado por el agua, las hojas dobladas en las esquinas. No sabía por qué seguía aferrándome a ella. Quizá porque soltarla sería admitir que todo había terminado.

Bajé tres paradas después, ya en mi barrio. El olor a grasa de los puestos de comida, mezclado con el de la lluvia, me revolvió el estómago. Las luces fluorescentes de las tiendas baratas proyectaban sombras extrañas sobre la acera.

Subí la calle estrecha. Pasé por el bar del señor Antônio. Por la peluquería de doña Dayse. Por la verja oxidada del edificio.

La llave resbaló una vez en la cerradura antes de girar. La puerta crujió. La luz del pasillo parpadeaba, como si también estuviera pensando en rendirse.

Entré en la minivivienda y todo pareció más pequeño que por la mañana.

El cuarto–cocina–baño–salón era apenas un rectángulo de paredes gastadas. El suelo tenía manchas que nunca desaparecían. El olor a humedad en el rincón se hacía más fuerte cuando el día había sido lluvioso. El grifo goteaba.

Ploc. Ploc. Ploc.

Una insistencia irritante que parecía traducir toda mi vida.

Me quedé de pie en medio del espacio, sin saber adónde ir, porque ya no tenía de dónde caer.

La carpeta por fin se me escapó de la mano y cayó al suelo. Las hojas húmedas se esparcieron en un abanico torcido. Me arrodillé para recogerlas una a una, pero los dedos me temblaban tanto que era como intentar recoger agua con las manos.

Respiré hondo. Una vez. Dos. Tres.

No sirvió.

No sabía si quería llorar, gritar, dormir o desaparecer.

Acabé entrando en el baño y abriendo la ducha. El agua salió templada durante diez segundos antes de caer en el frío desagradable de siempre. Entré igual, con la ropa puesta, porque no tenía fuerzas para nada que exigiera más que seguir existiendo.

El agua me golpeaba la nuca y resbalaba por la cara. Desde lejos, podía parecer llanto.

De cerca, quizá lo era.

Me quité la ropa despacio, pesada, y la dejé sobre el suelo de azulejos rotos. El ruido del agua competía con el goteo del grifo, cada gota amplificada como si alguien hubiera subido el volumen de mi vida miserable.

Cuando salí, me puse una camiseta vieja y el pantalón corto de dormir. Ambos demasiado holgados, demasiado gastados, pero

limpios. La sábana estaba fría cuando me senté en la cama. La madera crujió, fiel a la rutina.

El móvil marcaba un dos por ciento de batería después de una breve carga en el autobús, con un cable que me prestó la chica de delante. Eso era todo lo que quedaba.

Debería llamar a mi madre. Debería ver a Rafa, aunque fuera en una videollamada rápida. Debería avisar de cómo había ido la entrevista.

Pero ¿cómo decirle que perdí la vacante antes siquiera de entrar? Que ni siquiera llegué a ser evaluada. Que me quedé atrapada en un ascensor, tuve una crisis y hablé demasiado.

No iba a añadir otro peso a su pecho. Ella ya cargaba suficiente, intentando sostenerlo todo con un cuerpo que ya no acompañaba a la fuerza de su mente.

Miré el móvil en la pantalla inicial. Los dedos flotaron sobre el botón de llamada. Luego retrocedieron.

No. Hoy no.

No quería que me viera con cara de derrota. Necesitaba veinticuatro horas para recomponer el rostro.

Dejé el móvil sobre la mesilla improvisada —una caja de cartón forrada con tela— y volví al suelo para recoger el resto de los currículos.

Algunos estaban tan dañados que se rasgaron entre mis dedos.

Los tiré a la basura sin pensarlo. Ya no servían para nada.

Abrí la nevera. Dentro: media botella de agua, un huevo, una manzana arrugada que llevaba tres días fingiendo que no existía. Cerré la puerta.

El hambre se retorció en el estómago, pero la había sentido tantas veces que ya era casi una compañía.

Me senté en el suelo y apoyé la espalda en la cama. El frío del suelo me recorrió en forma de escalofrío. Me quedé mirando el techo agrietado, el mismo techo en el que un día imaginé colgar luces de Navidad.

Sentí ganas de reír y, cuando me di cuenta, tenía los ojos ardiendo. Intenté parpadear para apartar la sensación. Intenté tragar, como siempre hacía.

Hoy el nudo era más grande.

Tragué otra vez. Fallé.

Cayó una lágrima. Luego otra.

Y entonces ya estaba llorando.

No alto. No bonito. No dramático.

Un llanto feo, mudo, urgente, de esos que salen porque el cuerpo ya no tiene dónde guardar las cosas.

Dolía. Dolía todo: el día, el trayecto, el azar, la humillación, el hambre, el miedo, la nostalgia, la culpa, el futuro sin forma… y el recuerdo de un ascensor demasiado pequeño para dos personas y dos mundos.

Después de unos minutos, la respiración por fin se reguló. El dolor se cansó antes que yo.

Me levanté despacio, me lavé la cara, me sequé con la toalla fina y me senté frente al portátil viejo. El cargador aún funcionaba, por milagro o por pura obstinación. Encendí la pantalla, que tardó más de lo habitual.

Abrí dos pestañas: ofertas de empleo y *cómo ganar dinero extra en SP urgente*.

Me quedé unos segundos saltando de una a otra. Mi reflejo en la pantalla parecía el de alguien que no había tenido elección.

Y quizá eso era exactamente.

Porque, si hubiera tenido elección, no estaría allí.

Respiré hondo.

Cogí bolígrafo y papel. Reescribí el currículum desde cero, o al menos las partes que aún conservaba en la memoria. Organicé documentos. Separé la ropa que todavía estaba limpia. Anoté horarios de autobús. Y marqué mentalmente que al día siguiente, temprano, iría al centro comercial a cargar el móvil.

No iba a rendirme. No ahora. No después de todo lo que ya había perdido.

Cuando por fin me acosté, subí la manta fina hasta el cuello. El grifo del fregadero volvió a gotear.

Ploc.

Ploc.

Ploc.

Miré el techo agrietado y, por primera vez en todo el día, una frase se me escapó antes de poder detenerla:

—Un día saldré de aquí.

No sonó a sueño. Sonó a promesa.

Y las promesas, en mi vida, siempre habían sido demasiado caras como para no cumplirlas.

6.

ALESSIO D’AMICO

La luz tenue de la mañana atravesaba la cortina translúcida del dormitorio y golpeaba el techo blanco, reflejándose en el ambiente de una forma que siempre me había parecido innecesariamente agresiva.

Todo el apartamento estaba limpio, ordenado y en silencio, exactamente como me gustaba. Y, aun así, mi cabeza era ruido.

La noche había sido corta. Y mal dormida.

Me giré en la cama, con los músculos del hombro protestando por la postura en la que me había quedado dormido, y me pasé la mano por la cara. No había un motivo concreto para el malestar físico; solo restos del día anterior, insistentes, como archivos que se niegan a ser eliminados.

El ascensor. El caos inesperado. La respiración temblorosa de una desconocida. El olor a lluvia. El nombre que no debería haber escrito. Su expresión al descubrir quién era yo.

Ridículo. Despertar pensando en eso era ridículo.

Dejé caer las piernas fuera de la cama y me quedé sentado unos segundos, esperando a que mis prioridades se reorganizaran. Siempre lo hacían al despertar: una secuencia perfecta que empezaba con el entrenamiento, seguía con el café, llegaba a la oficina y se disolvía en el mar de problemas que resolvía antes del mediodía.

Hoy, la secuencia estaba… irritantemente desordenada.

Me pasé la mano por el pelo aún revuelto y me levanté, caminando hacia la cocina. La casa estaba tan silenciosa que podía oír mis propios pasos sobre el suelo.

Serví agua en un vaso y me quedé allí, observando la ciudad a través de la pared de cristal. Coches demasiado pequeños para distinguir. Edificios que parecían maquetas. Personas que no veía, pero que sabía que corrían con retraso.

El mundo funcionaba. Las cosas avanzaban. Y yo tenía que hacer lo mismo.

Dejé el vaso en el fregadero y fui al vestidor. Cogí una camiseta negra, unos pantalones cortos de tejido deportivo y bajé al gimnasio de la azotea, uno de los pocos lugares donde lograba respirar sin interrupciones.

La cinta se encendió con un pitido suave. Empecé a correr.

Quería que el movimiento me limpiara la mente. Quería que aquella molestia en el estómago desapareciera. Quería que el nombre escrito en un papel arrugado —*Isadora Menezes*— se evaporara de mi memoria igual que lo hacían los malos contratos y las personas inadecuadas.

No se evaporó.

Cuanto más corría, más persistía.

La voz nerviosa. La risa contenida. Las preguntas sin filtro. El comentario sobre que parecía menos intimidante cuando estaba callado.

Idiota. Y, por algún motivo, exacto.

La irritación aumentó, pero no lo suficiente como para resultar útil. Seguí corriendo hasta que los músculos ardieron. Hasta que el sonido de la sangre en los oídos ahogó cualquier otro pensamiento.

Cuando terminé, estaba físicamente agotado, pero mentalmente igual de irritado.

Subí al apartamento, me duché, me puse la camisa blanca y los pantalones de siempre, y fui al salón a coger la carpeta de cuero.

El móvil vibró sobre la mesa.

Número internacional. Italia.

Por supuesto.

Respondí.

—Por fin —la voz de mi padre, ronca y arrogante a partes iguales, atravesó el altavoz con la energía de siempre: la de alguien que había pasado la vida exigiendo más de lo que daba—. Pensé que estarías demasiado ocupado para atender a tu padre enfermo.

Ese era su tono. Siempre. La enfermedad no había suavizado nada; solo había afilado la culpa.

—Estaba entrenando —respondí, seco.

—¿Y eso es más importante que atender una llamada?

—Depende de la llamada.

Silencio al otro lado. Uno que conocía bien: el que precedía a sus cálculos sobre cómo reconducir la conversación a su favor.

—Espero que seas consciente —empezó, con esa voz cargada de medio siglo de control— de que esta Nochebuena será distinta.

Suspiré. Claro que lo sería.

—No sé si estaré en Italia en esas fechas —dije sin rodeos.

—Estarás —afirmó—. Y esta vez no estarás solo.

La mandíbula se me tensó.

—No vamos a empezar otra vez con ese tema.

—Tienes una responsabilidad —tosió, y aun a kilómetros de distancia se percibía el peso de ese sonido—. La empresa está preparando la presentación del nuevo plan ante el consejo. Vendrán inversores. Socios importantes. Tu imagen debe alinearse con el futuro del conglomerado.

—Mi imagen es impecable —repliqué.

Rió. Una risa breve, seca.

— Hay quienes no están de acuerdo. Dicen que estás… —hizo una pausa calculada— demasiado frío. Demasiado distante. Demasiado inestable.

Apreté el móvil con más fuerza.

—Esta conversación es irrelevante.

—Lo relevante es que necesitas estar aquí —insistió—. Y acompañado. Una compañera. Una novia, si es posible. Mejor aún si es alguien presentable.

—¿Estamos hablando de apariencias ahora?

—Estamos hablando de continuidad —corrigió—. De evitar rumores. De mantener el control familiar.

Control. Esa palabra siempre aparecía.

—La fiesta será el día veinticuatro —continuó—. Tu abuela exige tu presencia. Y dejó claro que no tolerará que llegues solo.

Por supuesto que lo había hecho. Luciana siempre lo hacía.

Cerré los ojos un instante antes de responder.

—Si eso es todo, tengo reuniones.

—Alessio —su voz bajó unos decibelios—. No me obligues a pedirlo otra vez.

La llamada se cortó segundos después.

El pecho aún me ardía cuando el móvil vibró de nuevo.

Esta vez, el nombre en la pantalla me tensó los hombros.

Nonna Luciana.

Respondí en altavoz.

—Alessio —dijo ella, con su acento marcado y perfectamente articulado—. Qué placer oír tu voz.

Nunca era un placer oírla cuando decidía llamar. Luciana D’Amico solo llamaba para asegurarse de que nadie confundiera una orden

con una sugerencia.

—He hablado con tu padre —continuó—. Me dijo que estás… dudando.

—Si tu intención es hablar de mi presencia, ahórranoslo —respondí—. No creo que queden satisfechos aunque aparezca acompañado.

—¿Ellos? —entonó, con un sarcasmo suave—. ¿O tú?

Suspiré. Era la única capaz de hacerme sonar como un adolescente esquivando una pregunta incómoda.

—Eres el rostro de D'Amico en el mundo —dijo, con veneno envuelto en seda—. Y estás a punto de liderar uno de nuestros movimientos más importantes en años. Necesitas parecer estable. Humano. Alineado. Toda Italia observará cada paso. Y ya sabes lo que significa llegar solo.

—No tengo ningún interés en relaciones fabricadas para una foto —repliqué.

Ella rió, suave.

—Entonces fabrica algo que te resulte aceptable, querido. Pero ven acompañado. O me encargaré yo misma de encontrar a alguien adecuado. Y ya sabes lo bien que elijo.

La amenaza no era simbólica. Sabía perfectamente cómo elegía.

—Pensé que no te importaba la opinión ajena —dije.

—No me importa —respondió—. Pero sí me importa el futuro de la familia. Y eso incluye tu papel. No necesitas amar a nadie. Solo necesitas parecer capaz de hacerlo.

La garganta se me cerró.

Capaz de hacerlo.

Como si fuera una habilidad perdida.

—Es solo Navidad —añadió—. Haz lo que sea necesario. Y ven acompañado.

La llamada terminó.

Me quedé de pie en medio del salón, sosteniendo el móvil y mirando a la nada.

El sol había subido un poco más. Los edificios del horizonte brillaban dorados. El mundo seguía avanzando mientras yo permanecía atrapado en el mismo ciclo: órdenes, expectativas, tradiciones, responsabilidades.

Solo, no puedes. Acompañado, debes.

Como una pieza de ajedrez.

—Esto va a empeorar —dijo la voz de Carla desde la puerta.

No la había oído entrar. Otra vez.

—Tres llamadas internacionales antes de las nueve no son buena señal —añadió—. Ni para ti ni para el planeta.

—No tengo paciencia para bromas hoy —respondí, caminando hacia el escritorio—. Nunca debí darte una maldita llave.

Ella sonrió de lado, como si admitiera en silencio que yo mentía.

—Ya me he dado cuenta. —Dejó una carpeta sobre la mesa—. Noticias frescas del consejo. Y un correo de Relaciones Públicas diciendo que tu imagen pública está… —frunció el ceño— "sufriendo desgaste emocional".

Puse los ojos en blanco.

—¿Quién escribió eso? ¿Un poeta?

—Un consultor muy caro —respondió, seca—. Y sí, tiene que ver con diciembre, con tu ausencia en eventos, con tu inexistente vida social documentable y con rumores sobre tu salud emocional.

—¿Rumores? —pregunté, irritado—. ¿Basados en qué?

—En nada —se encogió de hombros—. Pero los rumores no necesitan base. Solo volumen. Y últimamente, tienen de sobra.

Abrí la carpeta. Documentos. Titulares. Listas de accionistas. Comentarios de tabloides europeos.

Varias frases saltaron a la vista:

"Demasiado frío."

"Soltero desde hace años."

"Distante del equipo."

"Imposible de leer."

"Imagen poco carismática."

Carla observaba mi reacción con atención.

—Sabes lo que significa —dijo, cruzando los brazos—. Tu familia presiona. El consejo presiona. Tus enemigos observan. Y vas a tener que llevar a alguien.

—No voy a hacerlo.

—Lo harás —dio un golpecito al informe—. Porque esta vez no tienes escapatoria. Quieren a alguien a tu lado. Y no tiene que ser amor. Solo convincente.

Convincente.

La palabra me irritó más de lo que debería.

Apoyé las manos en la mesa y respiré hondo.

En mi mente aparecieron nombres y se desvanecieron. Mujeres de eventos. Candidatas perfectas a ojos de la sociedad. Bellas. Educadas. Elegantes. Prácticas.

Todas prescindibles. Todas insoportables.

Ninguna resistiría dos semanas a mi lado sin que yo deseara desaparecer.

Y, por alguna razón que no quería nombrar, la única persona capaz de pasar casi dos horas encerrada conmigo sin irritarme había sido la chica que habló demasiado, rió de nervios y me llamó arrogante sin querer.

Isadora Menezes.

La imagen me atravesó con una claridad irritante. Carla me observaba como si pudiera leerme.

—Ni se te ocurra —advirtió—. Sea lo que sea que estés pensando.

—No estoy pensando en nada —repliqué.

—Siempre dices eso cuando estás pensando en todo.

La ignoré.

Cerré la carpeta, caminé hasta la ventana y observé la ciudad durante unos segundos. Coches diminutos. Demasiada gente. Demasiados problemas.

Y diciembre acercándose.

Mi padre exigiendo. Mi abuela ordenando. La prensa especulando. El consejo presionando.

Una avalancha.

Me giré hacia Carla.

—Ajusta la agenda —ordené—. Y revisa el informe de mantenimiento.

Asintió.

—Y Alessio… —se detuvo en la puerta—. Sé sincero contigo. Si pudieras elegir… ¿irías solo?

No respondí.

Ella salió. Yo me quedé.

Caminé hasta el escritorio, abrí la carpeta donde había guardado el papel arrugado la noche anterior y lo desplegué.

Seguía allí. Dos palabras en la esquina inferior:

ISADORA MENEZES.

Miré el nombre durante un largo momento, irritado con mi memoria, irritado con ella, irritado conmigo mismo.

Luego doblé la hoja… y la guardé de nuevo, sin romperla.

Aún no sabía qué haría con esa información.

Pero sabía que, para mi familia, para la Navidad, para todo lo que venía…

Llegar solo ya no era una opción.

7.

ISADORA MENEZES

No sabía decir si había dormido o si simplemente me había apagado.

Cuando abrí los ojos, la luz tenue de la mañana atravesaba la cortina fina y se colaba en el cuarto como si le diera pereza entrar. El techo agrietado seguía igual, el grifo continuaba goteando —ploc, ploc, ploc— y el olor a humedad parecía más intenso después de una noche sin ventilación.

Me dolía todo el cuerpo.

La cabeza pesada, los párpados hinchados, la garganta áspera, como si hubiera tragado polvo. La camiseta con la que había dormido estaba arrugada y pegada a la piel. El colchón, viejo y fino, nunca me había parecido tan duro.

Durante unos segundos me quedé mirando el techo, intentando recordar por qué me sentía tan destrozada.

Y entonces todo volvió de golpe.

El ascensor. El pánico. El hombre demasiado guapo, demasiado callado, demasiado atento. Las cosas que dije. El tiempo perdido. La entrevista arruinada. La recepcionista. Su nombre. Su apellido. Mi estupidez. La humillación.

Me tapé la cara con las manos.

Quería que todo hubiera sido solo otra pesadilla absurda, de esas que se cuentan por la mañana con una risa sin gracia. Pero no lo era. Era mi vida. Y yo seguía dentro de ella.

Me incorporé despacio, con las piernas doliendo como si hubiera corrido una maratón. Bajé la cabeza e intenté respirar hondo.

La carpeta destrozada seguía en el suelo, cerca de la puerta. Los currículos empapados, en el cubo de basura. La blusa colgada en la silla, aún húmeda, vencida.

Eran casi las once de la mañana.

No tenía fuerzas para llorar otra vez, y eso era un problema. El cuerpo solo aguanta llorar hasta cierto punto; después entra en modo automático.

Me levanté y fui al fregadero. El agua salió débil, helada. Me lavé la cara. No mejoró gran cosa.

El móvil estaba apagado sobre la mesilla. Sabía que tenía que ir al centro comercial a cargarlo.

Y tenía que saber cómo estaba mi madre. Y tenía que hablar con Rafa. Y tenía que buscar más ofertas. Y tenía que sobrevivir hasta final de mes.

La lista era demasiado grande para caber en aquella habitación diminuta.

Me vestí con los mismos vaqueros del día anterior —ya más o menos secos—, me lavé los dientes, me peiné, cogí la mochila, guardé el móvil dentro y salí.

El centro comercial quedaba a tres paradas de autobús. Podría haber ido andando, pero el sol estaba demasiado fuerte para alguien que casi no había comido y necesitaba fuerzas para no desplomarse a mitad de camino. Usé lo que suponía que sería el último saldo del Bilhete Único sin mirar la pantalla. Problemas para después.

El autobús llegó lleno, oliendo a sudor, fritura y prisa. Me agarré a la barra fría e intenté ignorar las náuseas.

Bajé cerca de la entrada, donde el aire acondicionado ya parecía un milagro incluso antes de cruzar la puerta. El centro comercial siempre tenía ese olor a comida cara mezclado con perfume barato. Una combinación extraña, pero reconfortante.

El punto de carga estaba en la segunda planta. Fui hacia allí con pasos rápidos, como si mi vida entera dependiera de ese enchufe… y quizá dependiera.

Conecté el móvil.

La pantalla se encendió.

Tres por ciento. Luego cuatro. Luego ocho.

El corazón se me aceleró, como si cada número fuera una cuenta atrás al revés hacia algo que no sabía si quería descubrir. Cuando llegó al doce por ciento, el móvil se desbloqueó por completo.

Y el pecho se me heló.

Treinta y dos llamadas perdidas. Todas de la misma persona: doña Cida, la vecina de mi madre.

El estómago se me hundió. Las manos empezaron a temblarme. La respiración se cortó un instante. Toqué el nombre y llamé por WhatsApp, conectada al wifi gratuito del centro comercial.

Contestó al segundo tono.

—¿Isadora? —la voz de doña Cida sonaba tensa, jadeante, como si hubiera corrido—. ¡Gracias a Dios! No sabía qué más hacer, niña. Llevo intentando hablar contigo desde anoche.

El cuerpo entero se me enfrió.

—¿Ha pasado algo? —mi voz salió débil—. ¿Ha pasado algo con mi madre?

Al otro lado hubo silencio.

No el suficiente para calmar. El suficiente para el pánico.

—Tu madre se puso mal, hija.

—¿Cómo que mal?

—De madrugada. La tos empeoró, no podía respirar bien. Vine corriendo cuando oí a Rafa llorar.

—Dios mío…

—Llamé a la ambulancia. Se la llevaron al hospital municipal. Dijeron que era un caso de ingreso. Que necesitaba nebulizaciones y oxígeno.

Sentí que las piernas me fallaban.

—Yo… yo…

—Pero, Isa… hay más —añadió, nerviosa.

El mundo se encogió. El aire acondicionado parecía lejano. Todo parecía lejano.

—Dijeron que la van a mandar de vuelta a casa esta noche.

—¿Qué?

—No tienen camas. No tienen equipo. No tienen suficientes médicos.

—¡Pero ella no está bien!

—Lo sé, hija. Lo sé. Pero dijeron que era un "cuadro leve". Leve, Isadora. Tu madre estaba morada, sin aire, desmayándose. "Cuadro leve", dijeron esos desgraciados.

La garganta se me cerró entre la rabia y la desesperación.

—¿Y Rafa? —pregunté, casi ahogándome—. ¿Dónde está?

—Conmigo —su voz se suavizó—. Está aquí. Asustado, pero bien. Me pidió que te llamara toda la noche.

El cuerpo me dio un bandazo. La gente a mi alrededor se convirtió en manchas en movimiento. El ruido del centro comercial desapareció.

—Yo… yo voy a arreglarlo —dije. Una mentira absoluta, pero la única posible—. Si algo cambia, llámeme. Por favor.

—Te llamo —suspiró—. Pero carga ese teléfono, niña. Casi me da algo del susto.

—Lo voy a cargar ahora mismo.

—Mantente fuerte, Isadora.

—Lo estoy intentando.

La llamada se cortó.

No lloré. Todavía no.

Pero algo dentro de mí se quebró de una forma irreparable.

Mi madre volvería a casa aún enferma. Sin tratamiento. Sin recursos. Sin previsión de mejora.

Y yo estaba a cientos de kilómetros, sola, sin dinero, sin trabajo, sin manera de ayudar.

Me senté en el suelo, junto al punto de carga, apoyando la frente en las rodillas. Todo daba vueltas un poco.

¿Qué hacía? ¿Cómo ayudaba? ¿Cómo se salva a alguien cuando ni siquiera puedes salvarte a ti misma?

Me obligué a levantarme. Tenía que volver a casa. Tenía que pensar.

El camino de vuelta se hizo más largo que el de ida.

Bajé del autobús frente a mi edificio y vi una silueta familiar cerca de la entrada.

El propietario.

Claro. Porque últimamente el universo funcionaba como un bingo de desgracias.

Me vio y cruzó los brazos, con esa postura de quien se cree dueño no solo del edificio, sino también de tu vida.

—Por fin —dijo, seco—. Te estaba esperando.

El estómago se me revolvió.

—Señor Roberto… buenas tardes. Yo… ¿ocurre algo?

—Sí. —Sacó un papel arrugado del bolsillo—. Me debes tres meses de alquiler. Tres, Isadora.

—Lo sé —respondí, avergonzada, sintiendo la cara arder—. Estoy intentando arreglarlo. De verdad.

—Intentarlo no paga facturas.

Tragué saliva.

—Tengo entrevistas esta semana. Y estoy buscando trabajos temporales. Puedo pagar una parte antes de que acabe la semana, lo prometo.

Negó con la cabeza, impaciente.

—He sido muy paciente contigo. Pero doña Zelma, del 304, lleva meses queriendo el piso. Y paga al contado.

—Señor Roberto, por favor…

—Voy a ser claro: o me pagas todo en una semana…

—¿Una semana?

—…o desalojas la vivienda.

El pecho se me cerró. La calle pareció estrecharse a mi alrededor.

—No tengo adónde ir —dije, y la voz se me rompió por primera vez—. No tengo a nadie aquí.

Se encogió de hombros.

—Entonces resuélvelo. Tienes una semana.

Y se subió al coche sin mirar atrás.

Me quedé en la acera, sosteniendo el papel arrugado que me había dado, con el cuerpo temblando.

Una semana.

Para pagar tres meses. Con cero reales en la cuenta. Con mi madre enferma. Con Rafa asustado. Con todo desmoronándose.

Subí las escaleras como si atravesara un pantano. Cada peldaño pesaba más que el anterior. Al entrar en la minivivienda, la puerta se cerró de golpe.

Me quedé en medio del cuarto, respirando demasiado rápido.

Ploc. Ploc. Ploc.

El grifo marcaba el ritmo de mi ruina.

Cogí el móvil con la mano temblorosa. Miré la pantalla. Ningún mensaje nuevo. Ningún milagro. Ninguna señal de que mañana fuera a ser mejor.

Me arrodillé y dejé que el cuerpo se venciera hacia delante, apoyando las manos frías en el suelo.

No tenía a nadie allí. No tenía dinero. No tenía meses ni semanas.

Tenía siete días.

Siete días para salvar mi casa, a mi madre, a mi hermano y la poca dignidad que me quedaba.

Y, en ese momento, por primera vez desde que llegué a São Paulo, lo dije en voz alta:

—No voy a poder sola.

La frase quedó suspendida en el aire.

No era una súplica. Era un hecho.

Dolía admitirlo. Pero era verdad.

Necesitaba ayuda. Ayuda real. Ayuda grande. Ayuda imposible.

Solo que no tenía ni idea de dónde iba a venir, porque el cielo parecía haberse olvidado de mí.

8.

ISADORA MENEZES

Pasé gran parte de la tarde caminando por la habitación como un hámster en una jaula.

Iba de la cama al fregadero, del fregadero a la puerta, de la puerta a la ventana, y nada cambiaba. La grieta del techo seguía del mismo tamaño, el grifo continuaba goteando y mi vida seguía en cuenta atrás.

Siete días para no ser desalojada.

Una madre en un hospital público que la devolvería a casa aún enferma porque "no hay camas".

Un hermano de nueve años que creía que su hermana mayor era una especie de superheroína en fase de pruebas.

Y yo allí, quieta, con un identificador colgado de una cinta azul sobre la mesa, mirándome como la prueba de un fracaso que todavía no había cumplido veinticuatro horas.

El identificador.

Debería haberlo devuelto antes de marcharme. Pero en ese momento, lo único que pude hacer fue correr.

Ahora estaba allí, con mi nombre bajo el logotipo del Grupo D'Amico, recordándome que lo poco que yo había tenido en aquel edificio —que era, básicamente, nada— aún no se había cerrado oficialmente.

No quería volver. No quería ver a la recepcionista. No quería recordar las caras. No quería cruzarme con nadie.

Mucho menos con él.

Pero sabía cómo funcionaban esas cosas. Perder un identificador implicaba una multa. Y una multa significaba dinero. Y el dinero era

algo que no tenía ni para pagar el alquiler, y mucho menos para un trozo de plástico que apenas había usado.

Me quedé mirando la cinta durante unos minutos, como si fuera a responderme algo. No respondió.

Al final, me recogí el pelo en el moño más rápido posible, guardé el identificador en la mochila y recé para que el universo tuviera, al menos por una vez, la mínima misericordia de no hacerme cruzar con nadie conocido.

Esta vez no cogí autobús. Bajé la calle hasta la avenida y caminé hasta la estación; por segunda vez en el día pasé el Bilhete Único por el torno sin mirar el saldo. Si no funcionaba, al menos tendría la certeza de que el día había terminado del todo.

Funcionó. Aún quedaba algún crédito perdido allí.

Entré en el metro, dejé que el vagón abarrotado me empujara y, cuando volvió a aparecer la estación Faria Lima, una parte de mí quiso darse la vuelta. El cuerpo no obedeció. Subí por las escaleras mecánicas, el aire caliente me golpeó el rostro y, minutos después, estaba frente a aquella lámina de cristal que parecía cortar el cielo.

El edificio del Grupo D'Amico resultaba aún más imponente cuando una sabía que no tenía la menor posibilidad de entrar de verdad.

Inhalé hondo.

—Solo devolver el identificador y salir —me susurré—. Cinco minutos. Como mucho.

Entré.

El aire frío del vestíbulo me golpeó la piel como una bofetada educada. Los guardias apenas me miraron, ocupados con gente que importaba. La recepcionista era la misma del día anterior: uña postiza, gafas en la punta de la nariz, expresión de quien ya ha visto todos los tipos de problema que yo representaba.

Me acerqué al mostrador, sintiendo cómo el estómago se me encogía.

—Buenas tardes —dije, con la voz más baja de lo que quería—. Vengo a devolver el identificador de la entrevista de ayer.

Levantó la vista despacio. Me analizó de arriba abajo, igual que la primera vez, pero con algo distinto en la mirada. Quizá lástima. Quizá simple aburrimiento.

—Nombre —pidió.

—Isadora Menezes.

Tecleó sin prisa. Luego extendió la mano.

Saqué el identificador de la mochila, dudé un segundo y se lo entregué. Aquel trozo de plástico saliendo de mis dedos parecía mucho más simbólico de lo que la situación justificaba.

Fin de la ilusión. Fin del intento. Fin de lo poco que quedaba de orgullo.

—Listo —dijo ella, tras mirarlo un par de segundos antes de dejarlo en una bandeja junto a otros—. ¿Era solo eso?

Era solo eso.

Como si toda mi dignidad no estuviera mezclada ahí dentro.

—Sí —respondí.

Di un paso atrás, dispuesta a marcharme, cuando oí las puertas automáticas abrirse a mi espalda. Entró un aire distinto. No sabría explicar por qué, pero lo sentí.

No mires. No te gires. Solo sal.

Mi cuerpo no obedeció.

Me giré.

Él estaba entrando.

Traje oscuro impecable, camisa clara, sin corbata, el mismo blazer abierto, el mismo porte, la misma presencia que parecía alterar la

gravedad del lugar. Alessio D'Amico. En carne, hueso, capital y problemas.

Durante un segundo, el cerebro se me congeló.

No debería estar allí. No en ese momento. Existía un universo entero de horarios posibles para que atravesara aquel vestíbulo. Y, aun así, había decidido aparecer justo cuando yo estaba intentando cerrar discretamente la parte más vergonzosa de los últimos meses.

Bajé la cabeza deprisa, como si eso pudiera esconderme. Tal vez, si fingía ser un mueble…

—¡Señor D'Amico! —la recepcionista se enderezó, repitiendo la misma transformación del día anterior—. Buenas tardes.

El sonido de su apellido resonó más alto que todas las voces del vestíbulo. Contuve la respiración.

Atravesó el detector de metales con la naturalidad de quien cruza portales desde niño. Podía sentir su presencia acercarse sin necesidad de mirar. El sonido de los zapatos firmes sobre el suelo. El silencio distinto que se instala cuando alguien importante entra en un lugar.

Quería que el suelo se abriera. Quería convertirme en aire. Cualquier cosa.

Mi cuerpo eligió la peor opción: quedarse quieto.

—Bienvenido, señor —dijo la recepcionista, solícita—. ¿Puedo ayudarle en algo? Estoy a su disposición.

Yo seguía de espaldas, pero sabía que ya me había visto. No sabría explicar cómo. Era… una certeza pesada.

Sentía su mirada en la nuca. En el pelo mal recogido. En la blusa sencilla. En los vaqueros demasiado gastados.

Respira, Isadora. Camina. Vete.

Di un paso, intentando salir de su campo de visión, pero los pies parecían pegados al suelo. El cuerpo rígido, como si moverse fuera

llamar demasiado la atención.

Odiaba esa sensación.

Odiaba aún más saber que no había una forma elegante de salir de aquella escena.

Respiré hondo y obligué a las piernas a funcionar. Caminé hacia la puerta.

No lo miré directamente. Miré el suelo, el mostrador, el cristal, cualquier sitio menos los ojos grises que sabía que estarían allí si me atrevía a levantar la mirada.

Pero, aun sin mirar, lo vi.

El contorno. La altura. La forma en que ocupaba el espacio. La tensión de aquel silencio.

Pasé a su lado, lo bastante cerca como para percibir de nuevo el perfume caro, lo bastante lejos como para fingir que éramos completos desconocidos. Esa era mi única estrategia: fingir.

Fingir que el ascensor nunca se había estropeado. Fingir que yo no había dicho nada.

Al llegar a la puerta de cristal, tuve que alzar la cabeza para no chocar. Y entonces cometí el error de girarla apenas un poco.

Nuestras miradas se cruzaron durante menos de un segundo.

Pero fue suficiente.

Suficiente para saber dos cosas:

1. Él se acordaba de mí.
2. De alguna manera, me estaba viendo.

No como "candidata frustrada". No como "la chica del ascensor". No como "otra persona cualquiera del mundo que empieza por debajo de la planta veinticinco".

Me miraba como si intentara leer algo escrito en mi frente.

Y eso me dio ganas de esconder la cabeza dentro de la mochila.

La cara me ardió. Bajé la mirada tan deprisa que casi tropecé con mis propios pies.

—Con permiso —murmuré, sin saber muy bien a quién iba dirigido: a él, a la recepcionista, al edificio o a todas mis humillaciones juntas.

Y salí.

El aire caliente de fuera me golpeó como un choque térmico. Respiré hondo, apoyando la mano en la rodilla durante unos segundos, como si acabara de cruzar la meta de una carrera absurda que solo existía en mi cabeza.

Muy bien, Isadora. Volviste. Devolviste el identificador. Pasaste junto al hombre que querías fingir que no existía. Y solo estuviste a punto de caerte una vez. Felicidades.

Me enderecé y bajé los escalones del edificio.

La avenida estaba tan llena como siempre. Coches, cláxones, gente mirando el móvil, vendedores de paraguas incluso sin lluvia. Saqué el móvil de la mochila más por reflejo que por necesidad.

Ningún mensaje nuevo de doña Cida. Ninguna llamada del hospital. Ningún milagro.

Sabía que, en algún momento del día, mi madre sería subida a una camilla, a una ambulancia o a un coche cualquiera y devuelta a casa con la misma falta de aire con la que había llegado.

Y que, dentro de exactamente siete días, un hombre con cara de pocos amigos y corazón de hoja de cálculo volvería para cobrar un dinero que yo no tenía.

¿Qué más podía hacer?

Cruzar la calle. Seguir caminando. Volver a la minivivienda. Volver al grifo goteando. Volver a la pantalla del portátil con páginas de empleo a las dos de la madrugada.

Eché a andar, sintiendo ese peso familiar en el pecho que ya no era dolor ni impacto. Era solo duda. Una especie de anestesia.

Aún no había "solución". Solo supervivencia.

Una cosa cada vez. Un autobús cada vez. Una humillación cada vez.

Ya no creía en golpes de suerte, ni en encuentros que cambian destinos, ni en coincidencias con sentido. Creía en facturas, en colas de hospital, en procesos de selección injustos, en caseros impacientes y en grifos que gotean.

Y, aun así, incluso sin creer…

Una parte terca de mí sintió que aquel encuentro fugaz en el vestíbulo había sido una especie de sello invisible.

Algo se había decidido allí.

Yo solo no tenía ni idea de qué.

9.

ALESSIO D’AMICO

Pasé toda la mañana intentando ignorar la molestia.

Intenté ahogarla en informes. Intenté enterrarla en reuniones. Intenté sustituirla por irritación; la irritación siempre funcionaba mejor que pensar.

No funcionó.

Nadie me irritó lo suficiente. Y pensar fue exactamente lo que mi cerebro insistió en hacer.

No había dormido bien. La mañana empezó desajustada, aunque no en el horario. Nada fluía como debía. La imagen de ella en el vestíbulo del edificio —blusa sencilla, cabello recogido, el identificador en la mano, intentando desaparecer dentro de su propia piel— insistía en volver.

Y eso era un problema.

No recordaba la última vez que me quedé atrapado mentalmente en alguien irrelevante. A los demasiado relevantes los recordaba por necesidad. Los irrelevantes desaparecían solos.

Isadora no desapareció.

Era irritante.

La devolución del identificador había sido rápida, objetiva, rutinaria. La mayoría de los candidatos hacía eso en menos de un minuto. Ninguno conseguía que el pecho se me cerrara como si algo en aquella escena hubiera estado, desde el principio, mal.

No debería haber bajado a esa hora; no formaba parte de mi rutina. No debería haber pasado por el vestíbulo; siempre usaba el ascensor interno de ejecutivos. No debería haberla visto.

Pero la vi. Y, peor aún, vi demasiado.

Vi la forma en que sujetaba el identificador como si fuera lo último que le quedaba para demostrar que lo había intentado. Vi el rostro pálido, cansado, marcado. Vi el temblor casi imperceptible en la mano. Vi el modo en que trataba de evitarme sin que pareciera una huida. Vi la vergüenza extendiéndose por su cuerpo cuando comprendió que yo también me había dado cuenta.

Vi… vulnerabilidad.

Y no quería ver eso en nadie. Mucho menos en ella.

—Alessio —Carla entró sin llamar, como siempre—. El consejo ha pedido que revises la presentación del viernes. Quieren ajustar las cifras para incluir a los nuevos socios europeos.

No levanté la vista.

—Después —respondí.

Alzó una ceja.

—¿"Después" dentro de una hora… o "después" cuando dejes de quedarte mirando el techo?

La ignoré. Me llevó unos segundos más de lo necesario cerrar el archivo que, en realidad, no estaba leyendo.

—Necesito que envíes a revisión el documento final de los recortes, Carla.

—Ya lo envié —cruzó los brazos—. ¿Quieres que haga algo más que ya hice antes de que lo pidieras?

Cogí una carpeta, intentando reorganizar el caos mental a través del orden físico. Un recurso antiguo que solía funcionar.

No funcionó.

—Estás más callado de lo normal —observó—. Y no es ese silencio concentrado. Es el silencio… distraído.

—Estoy trabajando —repliqué, seco.

—Claro. Trabajando. —Sonrió apenas—. Llevas diez minutos sin pasar página y ni siquiera te diste cuenta de que estuve dos minutos completos en la puerta mirándote.

La mandíbula se me tensó.

—Carla, no es un buen momento.

—Precisamente por eso estoy aquí. —Se acercó—. Estás actuando como alguien que ha recibido un golpe emocional. Y eso no te ocurre desde… —buscó una referencia y desistió— desde nunca.

—Exageras.

—¿Sí? —inclinó la cabeza—. Entonces dime por qué estás sujetando esa carpeta como si fuera a escaparse algo entre los dedos.

Miré mis manos.

Tenía razón.

Apreté la carpeta como si intentara evitar que algo —algo que ni siquiera sabía nombrar— se me escapara. La dejé sobre la mesa con más brusquedad de la necesaria.

—La chica con la que me quedé encerrado en el ascensor —dije, rindiéndome, porque quizá decirlo en voz alta haría que saliera de mi cabeza—. La vi hoy. Otra vez. En recepción.

Exhalé despacio. Carla ladeó la cabeza, demasiado perspicaz para su propio bien.

—¿Y? ¿Volvió a suplicar otra oportunidad?

—No. Que yo sepa.

—Entonces… ¿qué?

No respondí.

Ella esperó. Tenía esa paciencia irritante de quien ya me conocía demasiado.

—Y me di cuenta —añadí al final— de que no debería estar así.

Carla parpadeó.

—¿Así cómo?

—Derrotada —la palabra salió antes de que pudiera filtrarla—. Cansada.

—¿Derrotada?

—Parecía… —busqué otro término— como si algo la hubiera aplastado desde ayer.

—Perdió una entrevista de trabajo y, según el "radio pasillo", estaba pálida cuando por fin se abrió el ascensor —señaló Carla—. Yo también me sentiría aplastada.

Pero no era solo eso.

Yo sabía que no era solo eso.

Era la forma en que apretaba la mochila como si temiera soltarla. Era cómo apenas levantaba la cara, como si la vergüenza pesara. Era el cuerpo encorvado, no por sumisión, sino por agotamiento. Era la prisa por alejarse de mí, no por miedo, sino por humillación.

Y no me gustó.

No me gustó verla así en mi edificio. No me gustó verla así por algo que estaba, directa o indirectamente, relacionado conmigo. Y no me gustó lo que eso provocó en mí.

Carla entrecerró los ojos.

—¿En qué estás pensando?

—En nada —respondí demasiado rápido.

Rió. Esta vez de verdad.

—Claro que estás pensando en algo. Veo las ruedas girando desde aquí.

Me giré hacia ella.

—Carla.

—Alessio. —Dio un paso más—. Ya has dado este discurso antes. "Nada". Y dos días después estabas comprando una empresa entera porque su CEO intentó engañarte en una negociación.

—Aquello fue estrategia empresarial.

—Por supuesto —ironizó—. ¿Y esto? ¿Qué clase de estrategia empresarial es repetir mentalmente el nombre de una candidata desde ayer?

Me giré despacio.

—No estoy repitiendo nada.

—¿No? —cruzó los brazos—. No sabía qué te había descolocado, pero ahora todo encaja. Tú no eres un hombre que se aferre a nada, Alessio. Así que dime: ¿por qué? ¿Qué pasó en ese ascensor?

Endurecí la expresión. Un músculo latió en la sien.

No había ninguna razón lógica para pensar en Isadora Menezes.

Era una candidata descartada. Una desconocida. Alguien que habló demasiado. Alguien fuera de mi mundo.

Y, aun así, había algo que rompía todas esas líneas.

Era la única persona, en años, que me había hablado como si yo fuera… normal.

No CEO. No D'Amico. No "señor". No "magnate". No "jefe arrogante".

Solo alguien.

No debería haber significado nada. Pero lo hizo.

Parpadeé despacio y me giré hacia la ventana. Carla entendió que no diría más y recogió la carpeta.

—Ajustaré tu agenda —dijo, recuperando el tono profesional.

Suspiré.

—Asegúrate solo de que nadie del consejo me llame hoy.

—Sigue soñando.

Salió.

Yo me quedé.

El resto de la mañana avanzó espeso, como si caminara dentro de barro. Revisé gráficos, respondí correos, repasé contratos. Pero, entre una tarea y otra, los pensamientos regresaban.

La verdad era simple: no me gustaba la injusticia. No me gustaba cuando alguien pagaba las consecuencias de fallos que no le correspondían.

Y ella estaba pagando consecuencias.

¿Por mi culpa? No exactamente.

Pero en mi edificio. En mi ascensor. En mi empresa.

Y no podía ignorarlo.

Cerré el portátil tras el sexto intento fallido de concentrarme. La silla se deslizó hacia atrás y me froté la cara con ambas manos.

Necesitaba salir antes de descargar la frustración en alguien que no tenía culpa.

Cogí la carpeta, el móvil, las llaves y salí. Carla ni siquiera intentó detenerme; sabía reconocer cuándo yo estaba al límite.

Bajé por los ascensores internos, crucé el vestíbulo ejecutivo y, al llegar a las puertas de cristal del nivel inferior, el cuerpo se me detuvo.

No fue voluntario.

En el suelo, cerca del mostrador, brillaba una bandeja metálica con identificadores devueltos.

El suyo estaba allí.

Seguí caminando.

Pero tres pasos después giré la cabeza hacia la salida, el mismo camino que ella había cruzado ayer y hoy, siempre con prisa.

Y entonces ocurrió la decisión.

Silenciosa. Inevitable. Firme.

No porque yo la necesitara. No por ella. No por compasión.

Era otra cosa.

Algo más cercano a: quiero entender por qué esto sigue aquí.

Carla tenía razón.

Yo nunca me distraía sin motivo.

Y ahora tenía dos.

Una Navidad que se acercaba cargada de exigencias más pesadas de lo que estaba dispuesto a tolerar.

Y una mujer que no tenía ninguna obligación de ocupar espacio en mi cabeza… pero lo ocupaba.

No iba a poder fingir que no existía.

No después de todo. No después de verla así. No después de comprender que la única persona que me había desarmado en años era, precisamente, alguien que no pertenecía a mi mundo.

Entrecerré los ojos y caminé hacia el coche, sabiendo con absoluta claridad qué haría al día siguiente.

Iba a encontrarla.

10.

ISADORA MENEZES

No recordaba cuándo había sido la última vez que me desperté con un objetivo claro. Hoy tenía uno: sobrevivir.

Y, para sobrevivir, a veces hay que tragarse cosas demasiado grandes para pasar por la garganta.

La noche anterior, después de llorar hasta que me dolían las costillas, le envié un mensaje a doña Nazaré, una especie de mujer-orquesta del barrio: cuidaba de una pensión, cocinaba, tenía tres trabajos y conocía todos los *bicos* posibles de la zona.

Le pedí. Rogué. Supliqué cualquier cosa.

Ella me respondió solo esto:

Doña Nazaré: Mañana hay una fiesta infantil en el club del barrio. Necesitan gente. Llega a las siete y di en recepción que vas de mi parte.

No pregunté cuánto pagaban. Solo di las gracias.

Y ahora… con la peluca torcida sobre la cabeza, el aplique blanco resbalándome por la nuca, el mono rojo rozándome los muslos y la cara ardiendo por el maquillaje barato que usé para improvisar el colorete… recibía un sobre marrón con tres billetes doblados dentro.

Aunque estuviera vestida de Mamá Noel, no sentía que la Navidad hubiera llegado antes de tiempo.

Doña Nazaré, que también estaba allí repartiendo brigadeiros en la mesa de los dulces, me puso el sobre en la mano con un suspiro cansado.

—Es solo esto por hoy, Isa.

—Lo sé —y de verdad lo sabía—. Gracias. De corazón.

Me apretó el brazo con firmeza. Como quien dice: hoy no te rompes.

—Si sale otro turno, te aviso. Pero necesitas descansar, niña.

Descansé cinco minutos aquella mañana, sentada en el suelo del cuarto de apoyo mientras los niños comían tarta. Probablemente eso no contaba.

Pero fue mi primera comida decente en días, con un sándwich que sobró de la mesa de los adultos. Así que me sentía casi afortunada cuando salí de allí con la mochila al hombro, el sobre en la mano y el corazón latiendo a un ritmo irregular.

El banco quedaba a dos manzanas.

Ese dinero tenía que ir entero a Itapeva. Y, con suerte, un préstamo podría pagar el ingreso de mi madre en un hospital privado de una ciudad cercana. Había buscado la noche anterior, desesperada, y ofrecían ambulancia propia si el pago se confirmaba.

Era absurdo. Era imposible.

Y, aun así, era la única posibilidad real de que no pasara otra noche ahogándose en un hospital sin recursos… o en casa.

Si quería llegar antes de que la agencia cerrara, no tenía tiempo de cambiarme.

Tendría que devolver el disfraz al club al día siguiente. Por suerte, la recepcionista que me lo había entregado por la mañana no pareció preocuparse cuando le pedí el favor.

Caminé hasta la sucursal con el sobre sudándome entre los dedos. El aire acondicionado me envolvió al entrar, pero no hizo nada por calmar el calor que me hervía por dentro.

Las colas eran interminables. Era principio de mes.

Esperé casi treinta minutos detrás de una mujer que hablaba por teléfono de una fiesta de graduación, y otros treinta detrás de un hombre que olía a tabaco barato. La lágrima que amenazaba con caer no era de emoción. Era de pura irritación.

Cuando por fin llegué a la ventanilla, las piernas me temblaban.

—¿Depósito? —preguntó el empleado.

—Sí. Para esta cuenta —le entregué el papel con el número de mi madre—. Y… también quería solicitar un préstamo.

Ni siquiera levantó la vista.

—Documentación, por favor.

Le di el DNI. Tecleó. Tecleó más. Luego hizo esa pausa trágica de quien está a punto de darte un golpe con palabras.

—Lamentablemente, no es posible en este momento.

—¿Cuál es el límite? —pregunté, sabiendo ya que no era cuestión de límite.

—No hay límite. Hay restricción.

El estómago se me hundió.

—¿Restricción?

—Sí. Su CPF figura como negativo. Y no tenemos ninguna garantía asociada a su nombre.

Reí. De nervios. De desesperación. De rabia.

—Yo… solo necesito un pequeño préstamo —mentí—. Es una emergencia médica.

Repitió la frase como un robot:

—Sin garantía, no es posible.

—Puedo intentar otra modalidad, o… —la voz se me quebró— o presentar justificantes de un trabajo temporal…

—Sin garantía, no es posible.

La tercera vez. Igual de cortante.

—Está bien —susurré—. Gracias.

El depósito para mi madre estaba hecho. Alcanzaría para pagar las primeras veinticuatro horas de medicación cuando, inevitablemente, la mandaran de vuelta a casa: enferma, agotada, sin aire.

Necesitaba salir de allí antes de desplomarme.

Empujé la puerta de cristal. El calor de la calle me golpeó como si evaporara el alma. Coches pitando, gente caminando con café en la mano, vendedores ambulantes, bolsas, prisas. El mundo seguía igual mientras el mío se desmoronaba.

Saqué el móvil para avisar a doña Cida de que el dinero se liberaría antes de que acabara el día.

La pantalla no se encendió.

Probé otra vez. Nada.

Botón lateral. Nada.

Soplé la entrada del cargador como si eso fuera magia.

Nada.

Aquel trasto murió. En mi mano. En mitad de la calle. Precisamente hoy.

La gota no colmó el vaso. Lo hizo estallar.

Me quedé allí, en la acera, sosteniendo el móvil como si fuera un billete rechazado hacia otra vida. La gente me esquivaba, y cada paso suyo parecía más firme que el mío.

Sin móvil, no podía hablar con Rafa. Ni con mi madre. Ni con doña Cida. Ni enviar currículos. Ni pedir turnos. Ni buscar trabajos temporales.

Nada.

Estaba ciega. Sorda. Muda.

Demasiado viva y sin vida alguna.

Respiré hondo. Con fuerza. Hasta que dolió.

No podía sentarme a llorar en plena acera. La gente hace vídeos de quien hace eso y los sube a TikTok con subtítulos irónicos.

Tenía que ir a algún sitio.

¿A casa? ¿Para qué? ¿Para mirar las paredes y esperar a que la vida volviera a agarrarme por el cuello?

¿A Itapeva? Sin dinero para el billete, tendría que ir a la terminal a implorar un descuento que solo existe en la ficción.

Pero era a Itapeva adonde necesitaba ir. Antes de que mi madre volviera a casa sin poder respirar. Antes de que Rafa volviera a llorar de miedo. Antes de que el propietario sacara mis cosas a la calle.

Necesitaba volver a casa. Y, por mucho que doliera admitirlo, iba a hacerlo como un fracaso.

Fui hasta la parada más cercana. Pasé el Bilhete Único.

Luz roja.

Saldo insuficiente.

Claro. Por supuesto.

Me aparté del torno y vi el autobús alejarse mientras sostenía la tarjeta en la mano.

Dos horas caminando hasta mi barrio. Dos horas para pensar. O para no pensar. O para intentar recomponer los restos del día.

Ajusté la mochila y empecé a andar.

El sol quemaba la nuca. La acera irregular golpeaba los tobillos. Los coches levantaban polvo. Un vendedor gritó una oferta de agua, pero ni para eso tenía dinero.

Pensaba en mi madre. En su respiración forzada. En cómo decía "todo bien" cuando no lo estaba.

Pensaba en Rafa, en su miedo, en una infancia devorada por nuestra realidad.

Pensaba en el propietario y en la semana que me había dado para pagar tres meses de alquiler. Seis días, en realidad.

Y todo el tiempo, una frase golpeaba sin tregua:

La ciudad grande no es para ti.

Quizá fuera verdad. Quizá estaba luchando contra algo más grande que mis fuerzas. Quizá no encajaba. Quizá nunca encajaría.

El sudor me corría por el cuello. La garganta ardía. El cuerpo pesaba como piedra.

Planeaba.

Volver al restaurante. Pedir —rogar— otro turno. Bajar los estándares hasta que rogar dejara de doler. Ahorrar para el billete. Volver a Itapeva.

Fin del sueño. Fin de São Paulo. Fin del plan.

El camino hasta mi edificio siempre había sido feo, pero aquel día parecía una despedida: el bar del señor Antônio, la tienda de fundas de móvil usadas, el mercadito de fruta pasada con descuento.

Cuando doblé la esquina…

Me detuve.

Despacio. Como si el cuerpo se hubiera detenido solo.

Había un coche aparcado frente a mi edificio.

No un coche.

Un coche.

Negro. Lujoso. Brillante. Silencioso. Del tipo que nunca aparca en ese barrio porque no pertenece a ese barrio.

La puerta del copiloto se abrió.

Por un segundo pensé que era una coincidencia.

No lo era.

Porque, al instante siguiente, él bajó.

Él.

Alessio D’Amico.

Impecable. Completo. Absolutamente fuera de lugar en aquella calle de hormigón agrietado, como si la ciudad hubiera cambiado de nivel de realidad solo para subrayarlo.

Me miró directamente. Sin dudar. Sin titubear. Como si hubiera esperado encontrar exactamente lo que estaba viendo: yo, sudada, agotada, rota, con la mochila vieja al hombro y el móvil muerto en la mano.

Dio dos pasos hacia mí.

El corazón me golpeó en el pecho.

Y entonces habló, sin demora, sin sonrisa, sin formalidades:

—Hola, Isadora.

11.

ALESSIO D’AMICO

Yo no creía en el destino.

Creía en la decisión, en la fuerza, en la consecuencia. En personas que se colocan donde quieren estar o, como mínimo, lo intentan. Todo lo demás siempre me había parecido una excusa cómoda para no asumir responsabilidades.

Aun así, cuando la esquina reveló aquella calle estrecha y el coche se detuvo frente al edificio viejo, de fachada descascarillada, una parte de mí —la parte que despreciaba— pensó:

Claro que es aquí.

Claro que la dirección que el equipo de Carla había encontrado para *Isadora Menezes* correspondía a aquel edificio con rejas

oxidadas, paredes manchadas y un olor a humedad que atravesaba incluso el cristal del coche.

Bajé antes de que el conductor apagara el motor.

—Espere aquí —ordené.

Asintió.

No tenía del todo claro qué iba a decirle al encontrarla. Había estructurado varias versiones de la propuesta en la cabeza, con variaciones de tono según su reacción. Profesional. Directa. Fría, si era necesario. Más suave, si entraba en pánico.

Lo que no esperaba era verla doblar la esquina en ese preciso instante.

Vestida con… ¿una especie de disfraz de Mamá Noel?

Avanzaba despacio. La mochila colgándole de un hombro. El rostro demasiado pálido para culpar a la luz. El paso arrastrado.

Parecía más pequeña de lo que la recordaba.

No de estatura. De presencia.

Como si el mundo hubiera pasado por encima de ella, hubiera retrocedido y hubiera vuelto a pasar.

Di dos pasos hacia delante, ajustando la postura casi sin pensarlo. Si había un momento para parecer bajo control, era ese.

—Hola, Isadora.

Se detuvo en seco.

Fue como ver a un animal acorralado congelarse ante los faros. El cuerpo entero se tensó, los ojos muy abiertos. Durante un segundo pensé que iba a huir.

No lo hizo.

Se quedó allí, mirándome, como si la materialización de mi apellido hubiera puesto delante de ella un problema nuevo, del tamaño de todos los anteriores.

—Señor… —la voz le salió ronca. Tragó saliva—. Señor D'Amico.

Noté cómo decía *señor*. No con respeto. Con miedo a equivocarse.

—Alessio es suficiente —respondí.

No era amabilidad. Era precisión. Si quería que me escuchara, reducir la barrera ayudaría.

Respiró hondo. O lo intentó. El pecho subió en un movimiento corto, incompleto. Había pequeños temblores en sus manos, casi invisibles para cualquiera que no estuviera acostumbrado a leer signos de agotamiento extremo.

Mi mente hizo un cálculo rápido: deshidratación. Cansancio físico. Exposición al sol. Falta de ingesta.

Ya había visto ese cuadro antes. En empleados exprimidos por turnos dobles. En trabajadores descartados por empresarios sin escrúpulos como piezas defectuosas.

Isadora no debería estar en ese grupo.

—¿Qué está…? —empezó a decir y se detuvo a mitad de la frase. La mirada le vaciló, como si intentara enfocar y no pudiera—. ¿Qué está haciendo aquí?

Las pupilas demasiado dilatadas. La piel demasiado fría para el calor de la calle. El brillo del sudor que no era solo calor: era esfuerzo.

Era como observar una bombilla a punto de fundirse.

—He venido a hablar contigo —respondí—. Sobre una propuesta.

Frunció el ceño.

—¿Una… propuesta? ¿Un… trabajo?

La esperanza que tembló en su voz habría bastado para hacer retroceder a un hombre mejor que yo.

Yo no era un hombre bueno.

Su cuerpo osciló levemente hacia la derecha. Un movimiento pequeño, pero suficiente para disparar mi alerta.

—Isadora, ¿cuándo fue la última vez que comiste? —pregunté.

Parpadeó, confundida.

—Yo… no importa. No tiene que… —la voz se le quebró en el "no"—. No tiene que preocuparse. No voy a… no voy a molestarle. Ya me voy de São Paulo.

La frase salió atropellada.

No era solo emoción. Era el cuerpo cediendo.

De cerca, era evidente.

Las ojeras profundas. Los labios resecos. La forma inútil en que apretaba el móvil muerto.

Di un paso más.

—Estás indispuesta.

—Estoy bien —aseguró.

Sonó automático. Como lo que se dice a los demás, pero no se cree.

Intentó reforzar la mentira con un movimiento… y fue ahí cuando el cuerpo decidió oponerse por completo.

El mundo le giró.

Lo vi antes de que ocurriera.

Las rodillas se aflojaron, la mirada se perdió, la cabeza quedó sin sostén. Dio medio paso atrás, como si buscara apoyo en el aire.

La sujeté antes de que cayera.

Mi mano se cerró sobre su brazo en el instante exacto en que el cuerpo entero cedía. Se desplomó contra mí, demasiado ligera, la cabeza inclinándose hacia delante.

—Isadora.

Nada.

Los ojos cerrados. La respiración corta, irregular. El corazón acelerado bajo la tela fina de la camisa.

No era dramatismo. No era exageración. No era una escena.

Era extenuación.

Pura. Cruda. Peligrosa.

—Mierda.

No era una palabra que yo usara a menudo en voz alta.

La levanté en brazos. No fue difícil. Era demasiado ligera para alguien que debería tener más reservas. La mochila quedó colgando; la acomodé como pude.

—Señor… —el conductor se acercó, tenso—. ¿Puedo…?

—Abra la puerta trasera. Ahora.

Obedeció.

Colocarla sin golpearle la cabeza exigió una coordinación que solía reservar para cosas mucho más frías: negociaciones tensas o sexo. Sujeté la nuca con cuidado, alineé la columna, mantuve el mentón elevado.

No despertó.

—Clínica Affari —ordené al subir—. Avise de que llevo una paciente. Quiero un médico preparado.

—Sí, señor.

El coche arrancó.

No aparté la mirada de ella.

Nada tenía sentido.

Yo no llevaba desconocidos a clínicas privadas. No cuidaba cuerpos que no estuvieran vinculados a mi nómina.

Y, aun así, allí estaba: con una joven inconsciente a mi lado, preguntándome qué tipo de vida empuja a alguien a caer así en plena calle.

¿Cuántas horas llevaba sin dormir? ¿Cuándo había comido por última vez? ¿Cuántos "no" había acumulado antes de que el cuerpo dijera basta?

Intenté alejar esas preguntas. Fracasé.

Cuando llegamos, el equipo ya nos esperaba. Bajé primero, indiqué, y en segundos una camilla estaba junto a la puerta. La trasladamos con cuidado —seguía sosteniéndole la nuca— y caminé a su lado hasta la sala de atención.

—¿Familiar? —preguntó la recepcionista, lista para bloquearme.

—Responsable del pago —respondí—. ¿Es suficiente?

Retrocedió.

El médico llegó enseguida. Lo conocía de otras urgencias corporativas: sesenta años, mirada curtida, traje bajo la bata.

—¿Qué tenemos? —preguntó mientras conectaban un monitor.

—Se desmayó en la calle. Pálida, temblorosa. Parece llevar tiempo sin comer ni hidratarse bien. Ayer tuvo un día… complicado.

Evaluó. Midió. Preguntó. Ordenó pruebas rápidas.

Diez minutos después me llamó al pasillo.

—Nada irreversible —dijo—. Pero suficiente para tumbar a cualquiera.

—Sea específico.

—Deshidratación. Agotamiento. Estrés prolongado. Falta de sueño. Mala alimentación. Hipotensión. —Hizo una pausa—. Ya está con suero. Observaremos unas horas. Luego, descanso e hidratación.

—Eso no es normal para su edad.

—No —asintió—. Pero es frecuente en quienes viven más de lo que el cuerpo aguanta. El cuerpo siempre cobra.

—¿Y si nadie estuviera cuando cobre?

Me miró con gravedad.

—El riesgo aumenta —dijo—. Ha tenido suerte.

Odié la palabra.

—¿Puedo llevármela?

—Está sedada. El suero irá despacio. Despertará cansada, pero mejor. Observación recomendada, aunque sinceramente… es cuestión de tiempo.

Asentí sin dejar de mirarla.

Dormía como alguien que llevaba semanas sin dormir. Como alguien que había forzado el cuerpo más allá del límite.

Cuando el médico se fue, otra presencia ocupó el espacio.

Carla.

Siempre sabía cuándo estaba a punto de cruzar una línea. No era intuición. Era experiencia.

Se colocó a mi lado y miró a través del cristal el cuerpo inmóvil de Isadora, ya con camisón hospitalario.

—Esto —dijo al fin— no es algo que suelas hacer.

—Lo sé.

—Y no lo haces por cualquiera.

—No.

Esperó unos segundos antes de preguntar:

—¿Qué te ha despertado esto, Alessio?

No respondí de inmediato.

No era rabia. No era culpa. No era interés romántico. No era lástima.

Era… familiar.

La última vez que sentí algo parecido tenía dieciocho años. Un cuerpo frágil conectado a máquinas en una sala fría, esperando una ayuda que no llegó.

La memoria dolió.

Tragué saliva.

—Ya sabes —murmuré—. No hace falta fingir.

Carla suspiró.

—Tu madre.

Asentí.

—También se desmayaba —dije en voz baja—. Primero por cansancio. Luego por dolor. Después… —me detuve—. Nunca parecía grave al principio.

Ella no apartó la mirada de Isadora.

—No estás sustituyendo a nadie —dijo con suavidad—. Estás evitando que vuelva a ocurrir.

No respondí.

No hacía falta.

Respiré hondo.

—Ella no vuelve a eso.

Carla me miró.

—¿Es una orden para mí o para ti?

—Para los dos.

Guardamos silencio. Luego, sin dramatismos, sin énfasis innecesarios, dije:

—Prepara el alta. Se viene conmigo.

Carla asintió despacio. No había reproche. Solo comprensión.

El equipo trasladó a Isadora a la ambulancia privada. Subí con ella.

Había evitado ambulancias desde los dieciocho años. Ese día, solo importaba que estuviera donde yo pudiera garantizar que nada le ocurriría al despertar.

Durante el trayecto, observé su rostro. Sin tensión. Sin culpa. Sin vergüenza.

Solo cansancio.

Y una pregunta martilleó mi mente:

¿Qué clase de mundo permite que alguien llegue a este punto?

Al llegar al ático, el portero abrió de inmediato. Carla ya había avisado. No hubo sorpresas.

La trasladaron al ascensor privado y después al dormitorio de invitados.

La cama la recibió como si hubiera sido hecha para ella. El suero seguía goteando. El médico dio las últimas instrucciones:

Silencio. Luz baja. Hidratación. Comida ligera al despertar. Nada de estrés.

Escuché.

Pero la decisión ya estaba tomada mucho antes.

Me acerqué. Un mechón de pelo le caía sobre la frente. Lo aparté con un gesto tan suave que apenas me reconocí.

No se movió.

El cuarto estaba en silencio. El mundo, suspendido.

Y entonces la certeza atravesó todo:

La sacaré de esa vida.

No era caridad. No era amor. No era impulso.

Era reparación. Protección. Control, sí… pero control para impedir una repetición que conocía demasiado bien.

El plan dejó de ser opción.

Isadora aceptaría mi propuesta. Viajaría conmigo. Comerá. Dormirá. Respirará.

No porque yo lo deseara. Sino porque no permitiría que el mundo siguiera rompiendo a alguien que había caído, directamente, en mis manos.

Me giré para salir.

Antes de cerrar la puerta, la miré una última vez.

Tan pequeña. Tan vulnerable. Tan fuera de lugar.

Y, aun así… exactamente donde debía estar.

Cerré la puerta despacio.

Ahora solo faltaba que despertara.

Y, cuando lo hiciera, nada en su vida —ni en la mía— volvería a ser igual.

12.

ISADORA MENEZES

Lo primero que sentí fue el olor.

No era el olor ácido de mi minivivienda. Ni el moho incrustado en las paredes. Ni el aceite viejo del restaurante donde había trabajado por la mañana.

Era… limpio. Frío. Discreto.

Un aroma que parecía caro, de ese que viene de ropa que nunca conoció el viento o de hogares donde no hace falta improvisar.

Lo segundo fue la ausencia de dolor.

Mi cuerpo llevaba semanas doliendo, pero allí, tumbada, el colchón envolvía los músculos como si estuviera diseñado para impedirme recordar el peso de la vida. La sábana era suave, lisa, casi sedosa entre los dedos.

No tenía sentido. Nadie que yo conociera tenía una cama así.

¿Estaba soñando que despertaba?

Cuando abrí los ojos, la claridad fue amable. Nada de bombillas quemadas. Nada de luz fría. Solo una lámpara tenue reflejándose en paredes claras, marcos discretos y un techo alto, sin grietas.

No era mi casa. No era un hospital público. No era un hotel —nunca había estado en uno, pero sabía que no era así—.

El corazón se me aceleró.

Me incorporé despacio y sentí un tirón en el brazo. Una aguja clavada en la piel. Un tubo fino conectado a un soporte de suero junto a la cama.

Mierda.

¿Estaba ingresada? ¿Estaba…?

Antes de que el pánico tomara forma completa, oí pasos.

Pasos tranquilos. Firmes. De esos que no necesitan correr por nada.

La puerta se abrió y él entró.

Alessio D'Amico.

Camisa negra. Mangas remangadas hasta los antebrazos. Esa tranquilidad irritante que solo tiene quien controla su propio mundo.

Se detuvo a unos dos metros de la cama, como si evaluara si yo estaba entera, consciente, estable… o a punto de romperme otra vez.

—Por fin has despertado —dijo, sin elevar la voz.

La respiración me falló.

Miré alrededor, desesperada, buscando explicaciones en cualquier rincón de aquel cuarto demasiado grande para mí.

—Hola… ¿dónde…? —la voz me salió áspera—. ¿Dónde estoy?

—En mi casa —respondió.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mí, aunque seguía sentada.

—¿En tu… qué? —la voz se me disparó—. Yo… ¿por qué? ¿Cómo…?

Intenté arrancarme el suero, pero el tubo tiró de la piel. Él levantó la mano. Un gesto simple que, de algún modo, hizo que todo mi cuerpo se congelara.

—No hagas eso —dijo—. Aún estás débil.

—¿Qué me has hecho? —pregunté.

El temblor en mi voz no era miedo a él. Era miedo a todo.

Respiró hondo, como si escogiera cada palabra con precisión quirúrgica.

—Te desmayaste, Isadora.

La memoria volvió de golpe.

El banco. El "préstamo denegado". El calor. La caminata interminable tras el fallo de la tarjeta. La sensación de flotar al acercarme al edificio. El coche negro. Su voz. Las rodillas cediendo.

Y nada más.

—Yo… —tragué saliva—. Me desmayé delante de ti.

Asintió.

—Y estabas sola —dijo, como quien enuncia un hecho, no una tragedia—. Deshidratada. Exhausta. Con el cuerpo completamente al límite.

La cara me ardió.

Vergüenza. Humillación. Impotencia.

—Deberías haberme dejado en el hospital —murmuré—. O… no sé. En cualquier sitio. No debería estar aquí.

Algo cambió en su mirada.

No fue suavidad. No fue lástima.

Fue convicción.

—Estás exactamente donde debes estar —afirmó.

Mis manos se cerraron sobre la sábana.

—Y cuando esté mejor, me iré —dije deprisa, aferrándome a la única cosa que todavía tenía sentido.

Él dio un paso adelante.

Solo uno. Pero bastó para que el cuarto pareciera más pequeño.

—No.

La palabra cayó entre nosotros como una puerta cerrándose.

—¿Cómo que "no"? —pregunté, sin aire—. ¡No puedes retenerme aquí!

—No voy a retenerte —respondió, firme—. Voy a ofrecerte una salida. Y la vas a aceptar.

Todo mi cuerpo se tensó.

—No sé de qué estás hablando.

Se acercó un poco más. Lo justo para que notara su perfume caro, el calor que irradiaba, esa presencia que hacía el aire más pesado.

—He venido a verte hoy con un propósito —dijo—. Y casi no he podido decir una palabra antes de verte caer al suelo. —Hizo una pausa—. Eso cambió las prioridades. No el objetivo.

—¿Qué objetivo? —susurré.

Me observó durante largos segundos. No había duda alguna en él.

—Quiero que vengas conmigo a Italia —dijo, directo—. Para las fiestas de fin de año. La Navidad, principalmente.

Parpadeé.

Parpadear no bastó.

Los pulmones olvidaron cómo respirar.

—¿Qué? —logré decir—. ¿Esto es una broma?

—No —respondió—. Es un contrato.

Contrato.

La palabra me golpeó el cerebro como un puñetazo.

—¿Un… un qué? —balbuceé—. ¿Y por qué yo?

Se inclinó ligeramente, metiendo las manos en los bolsillos, como quien va a explicar algo que preferiría no tener que explicar.

—Necesito a alguien que no esté intentando aprovecharse de mí —dijo—. Alguien sin intereses personales. Sin ambiciones ocultas. Sin segundas intenciones. —Clavó la mirada en la mía—. Y eres la única persona que conozco que cumple eso.

El corazón se me saltó un latido.

—Eso… eso no tiene sentido.

—Lo tiene —corrigió—. Especialmente después de hoy. —Sus ojos se oscurecieron—. No voy a permitir que vuelvas a la vida que estabas llevando.

La ofensa me quemó la garganta.

—¡No tienes derecho a decidir nada sobre mi vida!

—Y tú no tienes condiciones para seguir viviendo como lo estabas haciendo —replicó él.

No elevó la voz. Pero partió el mundo en dos.

Las lágrimas subieron sin permiso.

Rabia. Cansancio. Orgullo herido.

—No sabes nada de mí.

—Sé lo suficiente —respondió—. Vi a tu cuerpo pedir auxilio. Y no voy a ignorarlo.

—No puedes simplemente… salvarme —la voz me salió pequeña.

Dio otro paso.

Y otro.

Hasta estar tan cerca que pude ver las líneas finas alrededor de sus ojos.

—No te estoy ofreciendo salvación —dijo—. Te estoy ofreciendo un acuerdo. —Otro paso—. A cambio, vendrás conmigo a Italia. Fingirás ser mi prometida durante las fiestas. Recibirás una suma suficiente para resolver tu vida y tener estabilidad hasta decidir qué hacer después.

No podía respirar. O sí, pero mal. Esa respiración rota que entra a medias y sale convertida en tos.

—¿Tu qué? —chillé—. ¿Tu prometida?

Abrió la boca para responder, pero levanté la mano como si pudiera pausar a un multimillonario.

—No hables todavía, por favor —dije rápido—, porque creo que mi cerebro se ha colgado. —Parpadeé—. ¿Es una cámara oculta? ¿Un experimento social? ¿Estoy en TikTok?

—Isadora…

—Por el amor de Dios, dime que no me estás proponiendo un matrimonio falso en la UCI de un rico. —Me tapé la cara—. Esto es tan absurdo que mi cuerpo quiere apagarse otra vez.

Él no se inmutó.

Eso fue lo verdaderamente aterrador.

—No es una broma —dijo.

—Claro que no —murmuré, histérica—. Porque los ricos no hacen bromas. Los ricos hacen contratos internacionales ficticios. Obvio. Me desmayé tan fuerte que he despertado en una realidad paralela.

Me llevé las manos a las sienes.

—¿Por qué necesitas una novia falsa? —pregunté—. Tú eres… tú eres tú. —Hice un gesto torpe señalándolo—. Hombres como tú no necesitan mujeres como yo. Ni de verdad ni de mentira.

Respiró hondo.

—Tengo motivos.

—No, no, no —lo interrumpí—. "Motivos" no explica nada. "Motivos" puede ir desde "necesito una foto bonita" hasta "mi abuela no me deja heredar un castillo si no llevo novia".

Entrecerró los ojos.

Mierda. Había acertado demasiado.

—Es más complejo —admitió.

—DIOS MÍO, ENTONCES ES EL CASTILLO. —Me tapé la boca—. Perdón. Estoy delirando. Sabía que no debía salir del banco sin comer.

Yo hablaba demasiado rápido. Demasiado. Imparable.

—Alessio —tragué dos veces para decir su nombre—, tú no necesitas a alguien como yo. No necesitas a nadie como yo. Entras en un restaurante y la mitad de las mujeres quieren ser tu novia real. ¿Por qué yo? ¿Por qué justo yo? Yo soy…

Me sostuvo la mirada.

—Honesta —dijo—. Y eso es lo que necesito.

Parpadeé. Muchas veces.

—Vale. Estoy oficialmente convencida de que estoy en coma. —Me llevé una mano al pecho—. O muerta. Y esto es el purgatorio exclusivo para pobres que hablan demasiado en ascensores.

Seguía ahí. Tranquilo. Convencido.

Ese fue el verdadero susto.

—Alessio… —mi voz bajó al fin—. ¿Me estás pidiendo que vaya contigo a Italia fingiendo ser tu prometida delante de tu familia? ¿En Navidad?

Asintió.

—Sí.

Me hundí en la almohada.

—No estoy preparada para este nivel de locura.

Él no apartó la mirada.

—Lo estarás.

Solté un sonido entre risa, llanto e incredulidad.

—Dios… yo solo quería aprobar una entrevista. —Cerré los ojos—. Y ahora me ofrecen un matrimonio falso internacional por un hombre que da demasiado miedo como para decirle que no rápido. Y que, además, básicamente me secuestró mientras estaba inconsciente.

Guardé silencio tres segundos.

Luego mi cerebro volvió a arrancar.

—¿Y cómo funcionaría? —pregunté—. ¿Tendría que… besarte? No respondas. Me voy a desmayar otra vez. No respondas.

Me tapé la cara.

—Mi madre me va a matar. No. Va a pensar que estoy loca. No. Que soy una estafadora. —Me detuve—. No, estafadora no… para estafar hay que engañar. ¿A quién estaría engañando? ¿Al Vaticano?

Cuando por fin respiré, él seguía allí.

Sereno. Inamovible.

—No te he secuestrado —aclaró—. Te ayudé. Y sigo ayudándote.

Reí nerviosa.

—Entonces puedo irme, ¿no?

—No. Aún no he terminado de ayudarte.

Otra risa nerviosa.

Definitivamente era un sueño.

—Esto es una locura.

—Esto es práctico —corrigió.

—¡Esto es imposible!

Inclinó la cabeza, analizándome.

—Nada es imposible cuando decido que va a suceder.

La arrogancia debería haberme irritado. Dicha con esa calma… sonaba a verdad.

Giré el rostro, tragándome la lágrima que se escapó.

¿Por qué este sueño tenía que ser tan real?

Porque, aunque absurdo, tocaba todos mis puntos débiles: alguien que de verdad quisiera ayudarme, no estar sola contra el mundo, tener a alguien que se importara.

—No puedo aceptar —dije, esperando que la frase rompiera el hechizo.

—Puedes —corrigió—. Y lo harás.

Las manos me temblaban.

—¿Por qué haces esto? —pregunté, casi suplicando.

Respondió sin pestañear:

—Porque no permito que la gente se desmaye delante de mí y luego muera por falta de alternativas.

La frase cruda, impaciente, honesta… me atravesó el pecho.

Respiró hondo.

—Descansa. Mañana hablaremos de los términos.

Y entonces hizo algo que me desarmó más que todo lo anterior.

Ajustó el suero. Comprobó que estuviera cómoda. Atenuó la luz. Y salió.

Sin esperar respuesta.

Como si ya la conociera. Como si ya estuviera tomada. Como si yo ya hubiera dicho que sí sin abrir la boca.

Obedecí.

Cerré los ojos y dejé que la extenuación me arrastrara como una ola pesada.

Quizá, si dormía dentro del sueño, tendría la misericordia de dejar de soñar.

13.

ISADORA MENEZES

El toque en el hombro fue suave, pero insistente, como si no quisiera asustarme… o como si la persona supiera que yo me asusto con facilidad.

Mis párpados pesados se abrieron con un esfuerzo perezoso. La luz de la lámpara seguía baja, dorada, casi acogedora. La cama estaba caliente. Las sábanas, suaves. Durante un segundo me permití creer que aún estaba soñando.

Entonces lo vi.

Alessio.

De pie junto a la cama, camisa oscura ajustada al cuerpo, mangas remangadas, expresión neutra. Neutra solo para quien no sabe leer los matices del peligro y la determinación. Para mí, aquella expresión significaba dos cosas muy claras:

1. La conversación de ayer no había sido un delirio febril.
2. Yo estaba, de verdad, en su casa.

El corazón me dio un salto tan violento que casi me rebotó en el pecho. Me incorporé de golpe, arrastrando el cuerpo sobre el colchón hasta que la espalda chocó con el cabecero.

—Tú… —la palabra me salió áspera—. ¿Tú eres real?

Sabía que debía de parecer absurdamente asustada. Y lo estaba. ¿Qué demonios…?

Una de sus cejas se elevó apenas medio centímetro.

—Sí, Isadora. Soy real.

Cerré los ojos un par de segundos, como quien intenta reiniciar el cerebro.

—Entonces… esto… —alcé una mano, señalando el dormitorio lujoso, el suero, la cama— ¿no es un sueño?

—No —respondió, como quien enuncia una obviedad—. Estás en mi ático. Estás mejor. Y necesitas comer.

Sostenía una bandeja.

Una bandeja con comida de verdad. Preparada por personas reales. Que no venía de un táper reutilizado, ni de una oferta de aplicación, ni de una lata abollada de refresco.

Mi estómago emitió un sonido lo bastante alto como para que yo quisiera desaparecer allí mismo.

Él no comentó nada. Por suerte.

Alessio dejó la bandeja sobre mis piernas.

—Come —ordenó.

En un tono que debería ser ilegal.

Intenté procesar cualquier cosa coherente, pero las ruedas de mi cerebro seguían oxidadas.

—¿Alimentas a todas las mujeres que se desmayan delante de ti? —se me escapó, sin filtro.

Parpadeó despacio.

—No. Solo a las que necesito contratar.

Cayó un silencio breve.

Y mi mente, poco a poco, reconstruyó exactamente lo que había dicho antes de que yo me desplomara:

Navidad. Italia. Su familia. El contrato. El… compromiso.

El corazón me echó a correr y ya no volvió.

—Dios mío… —susurré, llevándome la mano a la frente—. Entonces esto pasó de verdad. Tú realmente me pediste… eso.

—Te lo pedí —confirmó.

—En serio.

—Sí.

—Y yo… yo dije un montón de cosas sin sentido.

—Las dijiste.

Quería evaporarme.

—Genial —murmuré—. Simplemente genial.

Arrastró una silla y se sentó junto a la cama, frente a mí.

Entré de inmediato en modo *animalito asustado siendo examinado por el veterinario*.

Y él lo notó.

—Comes —señaló el plato— y luego hablamos de los términos.

—¿Los términos? —repetí, horrorizada—. Alessio, lo más complicado que he firmado en mi vida fue un contrato de prácticas que casi ni leí porque estaba demasiado feliz.

—Esta vez lo leerás todo.

—¡Eso no ayuda! Y yo… yo no he dicho que acepte tu propuesta.

Ignoró mi protesta y continuó:

—Empecemos por lo esencial. Necesito una prometida por contrato durante un periodo corto: tres semanas.

—¿Tres semanas? —casi me atraganté con el aire—. ¡No aguanto tres semanas ni en casa de mi tía! Me obliga a quitarme los zapatos para entrar en el salón.

—En Italia no tendrás que quitarte los zapatos —aclaró, con excesiva seriedad—. Pero tendrás que desempeñar un papel. Y necesito que entiendas exactamente lo que implica.

Tragué saliva.

—Primero: confidencialidad absoluta —dijo—. No podrás comentar este acuerdo con nadie, salvo con tu madre y tu hermano.

Ni amigos. Ni vecinos. Ni desconocidos.

Pensé en Rebeca. Rebeca se desmayaría si me viera con un multimillonario italiano llamándome "prometida".

—¿Eres multimillonario? —el pensamiento intrusivo se convirtió en pregunta antes de que pudiera frenarlo.

Los ojos de Alessio se entrecerraron.

—Algo así.

Me bastaba.

Rebeca moriría de envidia igualmente.

—Vale… supongo —respiré hondo—. Pero, otra vez, ¿por qué?

—¿Por qué soy multimillonario? —replicó, arqueando una ceja.

Puse los ojos en blanco.

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

—Porque mi familia es un campo de batalla con cubiertos de plata —respondió—. Y, si se filtra cualquier detalle, la prensa convertirá tu vida en algo que no podrás controlar.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—De acuerdo… —murmuré—. ¿Qué más?

—Tu papel será claro: ser vista como mi prometida por todos. Mi abuela. Mi padre. El consejo. La prensa.

—¿La prensa? —la voz se me quebró—. Alessio, yo ni siquiera sé subir una foto decente a Instagram. La última vez parecía que me acababan de sacar una muela.

Ignoró mi confesión.

—Te prepararé para todo. Comportamiento, postura, vestimenta, diálogo, protocolo básico. Nada se improvisará.

—¡Esto ya es improvisado!

Siguió como si no me hubiera oído:

—Tendrás un equipo. Estilistas. Preparadores. Formadores. Todo a mi cargo. Falta un mes y medio para Navidad. Hay tiempo.

—Esto suena ilegal —murmuré.

—Es logístico.

Solté una risa nerviosa. Él no.

—Ahora, la compensación económica —prosiguió, abriendo una carpeta que yo ni había visto.

Casi me atraganté con mi propia saliva.

—Alessio, si dices "bono transporte", me tiro por la ventana.

Me sostuvo la mirada durante un par de segundos eternos.

—Te pagaré el equivalente a lo que ganarías en cinco años de un empleo bien remunerado —dijo—. Es el valor base. El bonus será mayor si todo sale bien. Libre de impuestos.

Mi cuerpo se congeló.

—¿Cinco… cinco años? —me temblaba todo—. ¿Cuánto es eso en dinero real?

—Quinientos mil reales —respondió con absoluta naturalidad.

Yo morí.

Morí allí mismo, en su cama, con el suero aún en el brazo y el alma saliendo por la coronilla.

—Alessio… —susurré—. Con ese dinero puedo comprar medio Goiás.

—No quiero que compres Goiás —corrigió—. Quiero que compres seguridad. Para ti. Para tu madre. Para tu hermano.

La garganta me ardió.

—Yo… aún no he dicho que acepto, pero si acepto… tengo condiciones —dije, con la voz frágil pero firme—. Necesito algunas cosas.

Inclinó la cabeza, evaluando.

—Dime.

—Primero, mi madre. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunté al darme cuenta de repente—. ¡Mi móvil! Necesito mi móvil.

Frunció el ceño, pero cogió un dispositivo nuevo y me lo tendió.

—Un poco menos de un día. Son las doce. Pensé que necesitabas dormir.

—Ese no es mi teléfono.

—Ahora lo es. He transferido todo del otro.

—Mi teléfono tenía contraseña.

Alzó una ceja. Burla evidente.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco.

Bufé y cogí el móvil.

Cincuenta y dos llamadas perdidas.

Dios bendito.

Llamé de inmediato a doña Cida.

—¡Hija! —contestó—. ¿Tú y tu madre estáis compitiendo por ver quién me saca más canas?

—He tenido problemas con el móvil —mentí—. ¿Cómo está mi madre?

—La mandaron a casa anoche. Compré las medicinas con el dinero que mandaste, pero solo durarán una semana. Esa tos suya no está nada bien. Lo que necesita es un hospital.

Sentí el pecho encogerse.

—¿Y Rafa?

—Está bien, dentro de lo posible. Glória está con ellos.

La gente del barrio estaba haciendo más por mi familia que yo en meses.

Eso estaba a punto de cambiar.

—Voy a arreglarlo —dije, mirando a Alessio—. Solo necesito unos días.

—Cuídate, hija —respondió ella—. Aquí hacemos lo que podemos.

Colgué.

Alessio esperó.

—¿Malas noticias?

Solté una risa amarga.

—Hace tiempo que no sé reconocer las buenas.

—¿Me dejas ayudarte?

Me mordí el labio.

¿Por qué no?

Llevaba demasiado tiempo sin una buena noticia.

—Acepto —dije de golpe.

No sonrió. No se jactó.

—Pero tengo condiciones —añadí—. Mi madre será trasladada hoy mismo a un hospital privado.

—Se hará.

—Necesito verla antes de viajar.

—La verás.

—Y si ocurre cualquier cosa, vuelvo inmediatamente.

—Volverás conmigo en el mismo avión.

El corazón me falló un latido.

—Y mi hermano. No puede quedarse solo.

—Ya he organizado apoyo completo para él.

Se me nublaron los ojos.

—Es… mucho. Muy grande. Muy absurdo. Pero gracias.

—No es mucho —dijo—. Es lo básico. Estabas viviendo con menos de lo que cualquier persona merece.

No supe qué responder.

—Entonces… —dije al fin— está decidido.

Algo mínimo se relajó en su rostro.

—Lo está.

Se levantó.

—Come. En unos minutos vendrá una enfermera. Descansa. Mañana firmamos el contrato y luego verás a tu familia. Cuando vuelvas, empezamos.

—¿Empezamos qué?

—A prepararte para Italia.

Italia.

—Y para mi familia —añadió—. Y para mí.

Olvidé cómo se respiraba.

Salió, atenuando la luz.

Me quedé sola, con el corazón desbocado, un contrato imposible flotando sobre mi cabeza y una certeza absoluta:

Nada volvería a ser igual.

Y todavía no sabía si eso me aterrorizaba…

…o me salvaba.

14.

ALESSIO D’AMICO

No estaba acostumbrado a esperar.

No era una actividad compatible con mi naturaleza ni con mi rutina. Mis decisiones movían departamentos, ejecutivos, filiales y husos horarios enteros; todos se ajustaban a mi ritmo, no al contrario.

Y, aun así, allí estaba yo.

Sentado en la mesa más amplia de mi despacho en casa, con varias carpetas abiertas frente a mí, esperando a que Isadora terminara de desayunar para que pudiéramos discutir el contrato.

Y, por algún motivo irritante, no estaba impaciente.

Estaba… alerta.

Atento.

Atrapado en aquella sensación extraña del día anterior: la misma que apareció cuando la vi desplomarse delante de mí, como si la gravedad hubiera alterado su fuerza solo para derribarla.

Ahora, descansada, alimentada y lúcida, parecía otra persona.

O, mejor dicho, parecía más ella misma.

La chica habladora y ligeramente insensata, pero sorprendentemente perspicaz, que había conocido en el ascensor.

Lo que hacía todo más peligroso de lo que debería.

La puerta del despacho se abrió despacio.

Isadora entró.

El pelo aún un poco húmedo por la ducha, recogido en un moño improvisado. Una camiseta demasiado grande —una de las mías, probablemente— que resultaba ridículamente fuera de lugar en su

cuerpo pequeño. Una sonrisa nerviosa, pero sincera, que aparecía y desaparecía como si tuviera miedo de existir.

Y algo en mi estómago se contrajo.

No era incomodidad. No era irritación.

Era otra cosa.

Algo que prefería ignorar.

—Buenos días… —dijo, como si necesitara permiso para usar la palabra.

—Siéntate —respondí, señalando la silla frente a mí.

Lo hizo.

Las manos inquietas en el regazo. Los ojos grandes, atentos. Como alguien que espera malas noticias incluso cuando el mundo empieza a mejorar.

—¿Lista? —pregunté.

Soltó una risa nerviosa, absurdamente encantadora.

Jamás admitiría eso. Ni bajo tortura.

—Siento que no hay forma de estar lista para esto, pero… aquí estoy.

Asentí.

—Empecemos por el contrato.

Deslicé la carpeta principal hacia ella.

La abrió como si fuera la caja de Pandora.

Sus ojos recorrieron las primeras páginas. Se agrandaron.

—DIOS MÍO. —Se llevó las manos a la boca—. Alessio… esto… ¡esto tiene DEMASIADAS letras! Esto parece… ¡parece un testamento jurídico en griego!

—Es italiano —corregí.

—¡PEOR AÚN!

Mi mandíbula se tensó para no reír.

—La traducción está en la segunda parte.

Pasó varias páginas hasta encontrar la versión en portugués. Y volvió a abrir los ojos como platos.

—Alessio… esto es un acuerdo de convivencia… un contrato civil… un acuerdo de imagen… ¿un plan de medios estratégico? —Siguió hojeando—. ¡Esto es un MAPA SOCIOPOLÍTICO de tu familia!

Deslicé la mano hacia el documento.

—Es un organigrama.

—¡ES UN MAPA SOCIOPOLÍTICO, ALESSIO!

Inhalé despacio.

—Necesito que entiendas cada riesgo implicado.

—¿Riesgo de qué? —preguntó, desconfiada—. ¿De ofender accidentalmente a tu abuela y que me deporten para siempre?

—No —respondí, serio—. Riesgo político, financiero, de imagen pública y de interferencias internas y externas en la sucesión empresarial.

Parpadeó.

—Soy una chica de Itapeva. ¡No sé ni interferir en una reunión de vecinos!

Me froté el puente de la nariz.

—Por eso lo he preparado todo para ti.

Abrí otra carpeta.

—Manual básico de la familia.

Se la entregué.

—Manual avanzado.

Otra carpeta.

—Estrategias de comportamiento en comidas, eventos, entrevistas y fotografías.

Se dejó caer hacia atrás en la silla con un gemido dramático.

Me levanté por reflejo para sostenerla.

No era necesario —solo había resbalado unos centímetros—, pero mi cuerpo reaccionó antes de que mi cerebro interviniera.

Ella me miró, sobresaltada. Solté su brazo despacio.

—Perdón —murmuró—. Tengo la sensación de que voy a desmayarme otra vez.

—No va a ocurrir —respondí, firme—. Estaré preparado para impedirlo.

Estaré preparado para impedirlo.

La frase resonó más de lo que debería.

Isadora respiró hondo.

—Vale… sigamos.

Abrí otra carpeta.

Sus ojos amenazaron con salirse de las órbitas.

—¿QUÉ ES ESTO?

—El acuerdo prenupcial.

Se quedó inmóvil.

—¿El pre… DIOS MÍO, ALESSIO, ESTO ES REAL?

—Sí.

Se pasó las manos por la cara.

—¿Has oído hablar de coquetear? ¿De salir? ¿De hablar? ¡Tú te saltas TODAS las etapas sociales y vas directo al prenupcial! ¡No quieres casarte conmigo, quieres ADOPTARME!

Carraspée, quizá demasiado fuerte.

—Isadora… —intenté mantener el tono profesional—. Como te dije, nadie creería que me casara sin un prenupcial.

—Pero esto es tan… tan… tan enorme que he sentido mi alma abandonar el cuerpo durante tres segundos.

—Es necesario.

Respiró hondo.

—Vale… ¿qué contiene?

—Cláusulas que nos protegen a ambos. —Señalé páginas—. Protección frente a deudas familiares, interferencias de terceros, garantías económicas en caso de rescisión, límites claros de responsabilidad legal.

Me miró despacio.

—¿Ya te has casado alguna vez?

—No.

—Pero tienes un prenupcial COMPLETO.

—Sí.

Se frotó la frente.

—Vivís en un universo paralelo.

—Correcto.

Suspiró.

—¿Qué más?

—El anillo.

Se quedó petrificada.

—¿El QUÉ?

Abrí la caja sobre la mesa.

Cuando el diamante brilló —enorme, de corte impecable, con una tradición italiana absurda detrás—, Isadora emitió un sonido inédito.

Algo entre un *uñgh*, un *¿qué es esto?* y un *voy a tirar esto por la ventana*.

Se llevó ambas manos a la cabeza.

—Alessio… ESTO VALE MÁS QUE MI VIDA.

—Es simbólico. No tienes que llevarlo siempre.

—¡NO PUEDO NI TOCARLO! —retrocedió—. ¿Y si lo pierdo? ¿Y si se me cae por el desagüe? ¿Y si tropiezo y ME LO TRAGO? ¡Tengo historial de accidentes domésticos, ESTO ES UN RIESGO BIOLÓGICO!

Tuve que toser para disimular una risa.

Una risa.

Yo.

—No lo vas a perder —aseguré—. Habrá seguros, vigilancia y un equipo encargado de su custodia.

—Dios mío… —susurró—. Soy una operación militar.

—Básicamente.

—¡HACE DOS DÍAS ESTABA LIMPIANDO BAÑOS!

Su voz temblaba entre pánico, indignación y humor desesperado.

—Falta una cosa —anuncié.

Sus ojos se abrieron aún más.

—NO CABE MÁS PÁNICO EN MI PECHO, ALESSIO.

Le entregué una tarjeta.

Negra. Sin nombre. Sin límite.

La sostuvo como si fuera un dinosaurio recién nacido.

—¿Esto es…?

—Tu tarjeta personal —expliqué—. Para todas tus necesidades. Ropa, transporte, comida, medicinas, regalos para tu familia.

—¿Todo?

—Todo.

—¿Todo tipo… todo el menú de un restaurante?

—Sí.

—¿Y un sofá?

—Compra dos.

Parpadeó.

—¿Y una tortuga africana gigante?

—Solo si se adapta al clima italiano.

No sabía de dónde había salido esa frase.

Pero ver su sonrisa —real, luminosa, frágil— hizo que algo encajara.

Ella miró la tarjeta. Luego a mí.

Y susurró:

—Esto es demasiado… sensual.

Todo mi cuerpo se tensó.

—¿La tarjeta? —pregunté.

—No. —Se mordió el labio sin darse cuenta—. La idea de que alguien cuide de mí así. No estoy acostumbrada.

El aire entre nosotros cambió.

Denso. Eléctrico. Cálido.

Durante un segundo la vi como mujer.

No como contratada. No como problema. No como responsabilidad.

Como mujer.

Y eso era peligroso.

Me recompuse.

—Isadora —dije, firme—. Necesitamos terminar el contrato.

—Sí, sí. ¡Contrato! —aplaudió nerviosa—. Nada de sensualidad. Solo legalidad.

Leyó página por página.

Preguntó. Cuestionó. Releyó.

Hizo preguntas tan precisas que habrían hecho sudar a mi abogado.

En un momento, levantó la vista.

—Aquí dice que, en eventos públicos, debo… estar cerca de ti. Pero cerca tipo… MUY cerca.

—Sí. Es creíble.

—¿CREÍBLE PARA QUIÉN? ¡TENGO 19 AÑOS!

—Es necesario.

Tragó saliva.

—¿Hay beso?

Silencio.

Pesado. Eléctrico.

La miré.

Ella bajó la mirada enseguida.

—Solo si es absolutamente necesario —dije—. Y solo con tu consentimiento.

Se mordió el labio.

—Vale… solo si es necesario.

Continuamos.

Treinta páginas después, respiró hondo.

Pero antes de que dijera nada, volví varias hojas hacia el final.

—Falta un punto.

Cerró los ojos.

—Claro. ¿Qué es ahora? ¿Renunciar a mi alma?

—Tu mudanza.

Parpadeó.

—¿Mi qué?

—Cuando regreses de Itapeva, vendrás a vivir aquí.

Silencio.

—¿Aquí dónde?

—Aquí. En este ático.

Se quedó inmóvil.

—¿QUIERES QUE ME MUDE AQUÍ?

—Sí.

—¿POR QUÉ?

—Coherencia narrativa —respondí—. Las parejas comprometidas conviven. O pasan mucho tiempo juntas.

Me miraba como si le hubiera pedido pilotar un avión.

—Además, necesitamos adaptación. Convivencia. Rutina. Familiaridad.

—¿FAMILIARIDAD CORPORAL?

—Gestos. Proximidad. Lenguaje no verbal.

—¡CUANDO ESTÁS CERCA ME DESMAYO!

—Estamos trabajando para evitarlo.

Me miró como si yo fuera un manual de instrucciones con patas.

—Eres muy bueno en contratos —dijo—. Porque, contado así, esto no parece ni un noviazgo.

—Porque no lo es —precisé—. Es una transacción.

Se quedó muda. Luego suspiró.

—Esta es la peor propaganda romántica de la historia.

—No es romance. Es contrato.

—¡LO DICES COMO SI FUERA SEXY!

—No con esa intención.

—¡PUES LO ES!

Se cubrió el rostro.

—¿Tienes idea del caos que estás provocando en mi cabeza?

—La tengo.

Me observó.

Por primera vez, no miraba al jefe.

Me miraba a mí.

Algo reaccionó dentro de mí.

Algo peligroso.

Parpadeó, cerró la carpeta y respiró hondo.

—Creo que… lo he entendido todo.

—¿Segura?

—No. Pero lo suficiente.

Le entregué la pluma.

—Esto lo va a cambiar todo, ¿verdad?

—Ya lo ha cambiado.

Firmó.

Página por página.

Cuando terminó, dejó la pluma y suspiró largo.

—Listo. Oficialmente he vendido mi alma.

—No —corregí—. La has protegido.

Me miró unos segundos.

Y sonrió.

Una sonrisa pequeña. Real.

Sentí el impacto donde no debía.

Lo ignoré.

15.

ISADORA MENEZES

La primera vez que me senté en un coche que no olía a gasolina vieja fue aquella mañana. O, al menos, la primera vez que lo hice sin estar inconsciente.

Ni siquiera sabía que los coches podían oler a algo. O mejor dicho: a cuero caro, limpieza profesional y *nunca he tenido un pasajero sudado en mi vida*.

El conductor me abrió la puerta —algo que solo había visto en telenovelas— y dijo:

—Cuando la señorita esté lista.

Señorita.

Si mi madre oyera eso, soltaría un *«mira dónde llegó mi hija»* y se desmayaría antes incluso de preguntar cómo o por qué.

Entré.

El asiento abrazó mi espalda. Solo eso ya habría sido suficiente para hacerme llorar. Pero entonces noté otra cosa.

Había otro coche detrás.

Negro. Discreto. Detenido a una distancia que no llamaba la atención… pero que no dejaba lugar a dudas.

—¿Qué coche es ese? —pregunté al conductor.

Respondió con total naturalidad:

—Seguridad, señorita.

Señorita. Seguridad.

Me negué a mirar atrás por miedo a ver láseres saliendo de la carrocería.

El conductor ajustó el retrovisor.

—¿Cómoda?

Estaba sentada en un asiento que probablemente costaba más que mis tres meses de alquiler atrasado, así que respondí:

—Claro. Normalísima. Tranquila. Esto es… esto es… —busqué una referencia— un poco mejor que el 918 Butantã.

No se rió. Creo que no entendió.

El coche arrancó y, mientras São Paulo pasaba por la ventanilla como un cuadro carísimo que nunca podría comprar, el corazón empezó a latirme demasiado fuerte.

Iba a ver a mi madre.

Mi madre enferma. Mi madre que había vuelto a casa sin poder respirar. Mi madre que creía que yo no había llamado porque estaba demasiado ocupada.

Una culpa caliente me subió por el pecho.

Apreté el móvil nuevo —¿mi móvil nuevo?— como si pudiera obligarlo a vibrar.

Alessio: Avisa cuando llegues.

Me mordí el labio al leerlo. No era necesario. Su conductor, su seguridad o medio planeta lo avisarían igual. Aun así, respondí:

Isadora: Ok.

Solo eso.

Porque, si pensaba demasiado, vomitaba. Y eso significaba que, por supuesto, ya había pensado demasiado.

Había pasado media madrugada haciendo lo que cualquier persona sensata haría después de firmar un contrato de prometida por conveniencia con un multimillonario: destrozar internet.

Primero, busqué *Alessio D'Amico* en Google.

Resumen de resultados:

Alessio en reuniones. Alessio en eventos. Alessio cortando cintas de inauguración. Alessio junto a ministros. Alessio estrechando manos de directivos cuyos trajes costaban más que mi edificio entero. Alessio bajando de un jet privado con cara de odiar los jets privados. Alessio recibiendo premios con nombres que no sabía pronunciar. Alessio elegido *«soltero más codiciado de 2023»* por una revista que yo no podría pagar ni para envolver pescado.

Alessio descrito como demasiado frío. Demasiado rígido. Demasiado inteligente. Demasiado poderoso. Demasiado todo.

¿Y yo?

Yo estaba con el pelo recogido, un suero en el brazo y tumbada en una cama que valía más que toda mi vida junta.

Luego abrí el organigrama familiar del contrato.

Porque, claro, también me había enviado una versión digital con enlaces, notas y referencias cruzadas.

Aquello tenía más flechas, nombres italianos y ramificaciones que mis tres árboles genealógicos juntos.

Lo leí.

Todo.

Perdida como un diente en un desagüe, pero lo leí.

Busqué cada nombre. Cada foto. Cada escándalo de la familia D'Amico desde 1972. Cada mención del apellido en revistas, blogs, chismes y noticias económicas.

Me convertí en una investigadora criminal sin título.

Y cuanto más leía, más pensaba:

Dios mío, ¿en qué agujero acabo de meter mi vida?

Cuando ya estaba entrando en páginas que preguntaban *«¿aceptas cookies?»* y yo ni siquiera sabía quién era…

Abrí ChatGPT.

Sí. Apoyé el móvil en la pierna y escribí:

«Hola, ¿me puedes explicar la probabilidad de que un multimillonario italiano le pida a una mujer pobre que finja ser su prometida?»

Las respuestas iban desde:

«Extremadamente improbable» hasta *«Quizá deberías comprobar si ese multimillonario es real»* y *«Eso se parece mucho a una novela de romance contemporáneo adulto».*

La última dolió.

Porque era verdad.

Luego busqué:

«Cómo funciona un contrato de novia por conveniencia» «Es delito aceptar dinero por fingir una relación» «Cuánto vale un anillo de compromiso de tres quilates»

Google respondió: más que mi existencia entera.

También busqué:

«Cómo saber si estoy en una realidad paralela» y *«Cómo controlar un ataque de pánico sin parecer que estás teniendo un ataque de pánico».*

Pasé tres horas en esa espiral.

Cuando cerré los ojos, ya amanecía.

Y yo seguía intentando entender por qué un hombre como Alessio había mirado mi vida y decidido que yo era una solución viable para los problemas geopolíticos de su familia.

Y lo peor…

Por absurda, improbable, cinematográfica e insana que fuera la situación, algo dentro de mí creía que él no había mentido.

Que de verdad me necesitaba.

Que lo que había visto en aquellas carpetas era real.

Yo no era idiota. Solo estaba completamente sin opciones.

Y él había aparecido con la única salida.

Esa era la diferencia. Esa era la parte que necesitaba grabarme en la piel para no volverme loca.

La carretera se me hizo más corta aquella mañana. O quizá era el coche caro. O la anticipación. O el miedo.

Todo estaba apretado dentro de mí.

Cuando entramos en Itapeva, la ciudad parecía más pequeña de lo que recordaba. O quizá era yo la que había crecido problemas de más para caber allí.

El coche se detuvo frente a casa.

Una casita sencilla. Pintura torcida. La valla improvisada por mi tío años atrás. El olor a polvo y pan del día flotando en el aire.

El coche de atrás se aparcó discretamente en la esquina.

—Estaremos cerca —avisó el conductor.

Cerca. Hombres trajeados en una calle de tierra. Si los vecinos veían eso, inventaban extraterrestres.

Bajé.

La puerta se abrió al instante.

Rafa salió corriendo. Descalzo. Camiseta arrugada. Un diente menos.

—¡ISA!

Saltó a mis brazos con una fuerza que casi me desmontó el alma.

El olor a champú barato, a niño que había jugado demasiado, a casa donde el cariño compensaba todo.

Lo abracé.

Respiré.

Y el pecho se me rompió en cien pedazos.

—Hola, amor… —susurré.

Por un segundo, el mundo estuvo bien.

Solo un segundo.

Porque, detrás de él, apoyada en el marco…

Mi madre.

Pálida. Respiración corta. Ojos cansados.

Y aun así, sonriendo para mí.

Su sonrisa siempre había sido mi primer hogar. Y dolió ver lo frágil que estaba.

—Hola, hija…

Corrí hacia ella antes de que terminara la frase. La abracé con cuidado. Miedo de apretarla demasiado. Miedo de tocar donde dolía. Miedo de romperla.

Ella rió bajito.

—Estoy bien, Isa… —mintió fatal.

Cerré los ojos y respiré en su cuello, como cuando tenía diez años y ella me abrazaba tras caer del columpio.

—No, mamá… —susurré—. No estás bien.

Cuando me aparté, me tocó la cara.

—Estás bonita.

Intenté reír.

—Estoy destrozada.

Sonrió… y tosió.

Una tos fea. Profunda. Del lugar del pulmón que no perdona.

El corazón se me vino abajo.

—Mamá —la miré a los ojos—. No vas a pasar ni un día más así.

Frunció el ceño.

—Isa…

—Hablo en serio. Te voy a llevar a un hospital. Privado. Hoy.

Abrió la boca para discutir. Levanté la mano.

—No. Esta vez no. Yo me encargo. Te lo prometo.

Su mirada cambió.

De resistencia… a alivio.

Y algo dentro de mí volvió a romperse.

Ella confiaba en mí. Incluso cuando yo no confiaba en mí.

Lo que ella no sabía era que yo solo podía prometerlo porque Alessio había dicho tres palabras:

Se hará.

Él no estaba allí.

Pero estaba.

En el coche al fondo de la calle. En la seguridad invisible. En el hospital preparado. En el dinero que yo nunca tendría y que ahora pesaba como salvación.

Y eso me asustaba más que cualquier propuesta absurda.

Porque no era normal.

Y tampoco era malo.

Era… otro tipo de peligro.

***

Pasé la mañana entera con mi madre.

La ayudé con la medicación. Limpié la cocina mientras Rafa narraba dibujos animados en velocidad dos. Hablé con doña Cida. Con Glória. La abracé más veces de las que pude contar. Y evité llorar en cada una.

Pero, conforme avanzaba el día, algo se volvió claro:

Yo ya no estaba luchando sola.

Y eso… lo cambiaba todo.

Cuando llegó la hora de llevar a mi madre al hospital privado de la ciudad vecina, el conductor ya esperaba. El guardia también. Lejos para no llamar la atención. Cerca para que nada se descontrolara.

Todo ocurrió rápido.

Demasiado rápido.

Tan rápido que mi madre murmuró:

—Hija… ¿cómo hiciste todo esto?

Respondí lo único que cabía:

—Tuve suerte, mamá.

Porque no sabía cómo explicar a Alessio. Ni quería arruinar el milagro intentando entenderlo demasiado.

Esa noche, cuando Rafa se durmió abrazado a mí y mi madre quedó ingresada con oxígeno, medicación y dignidad —dignidad— me senté en la acera, bajo el cielo de Itapeva, y respiré hondo.

Tan hondo que dolió.

Saqué el móvil. Dudé. Escribí.

Isadora: La han ingresado. Está bien. Gracias.

La respuesta llegó enseguida.

Alessio: Perfecto. Duerme y aprovecha estos días con tu familia.

Simple. Directo.

Y, por algún motivo…

…me calentó más de lo que debería.

Entré en casa. Rafa durmió sobre mí, brazo flaco en mi cintura, respiración tibia en el cuello.

Despertó a las seis.

—Isa… ¿el señor del coche va a volver? —susurró.

Tardé un segundo en entender.

—¿El conductor?

Asintió.

—Parecía rico. La gente rica devuelve a la gente al trabajo temprano, ¿no?

Solté una carcajada, aunque el pecho me doliera.

—El conductor no devuelve a nadie. Solo conduce.

—Ahhh —dijo, satisfecho.

Pasé el día con él. Cociné. Lavé ropa. Arreglé el grifo con el método ancestral —fuerza y fe— y fingí no pensar en contratos, jefes italianos, cenas formales, mudanzas o Italia.

Fingí.

Al final de la tarde del segundo día, el hospital llamó:

—La señora Margarida ha respondido muy bien a la medicación. La saturación está normal. Puede volver a casa mañana con servicio de *home care*.

Casi lloré.

La recogí temprano.

El conductor estaba allí. El guardia también.

Cuando la vi caminar sin parecer que iba a caer, sentí un alivio que me golpeó el pecho.

—Creo que me despertaron los pulmones —rió ella.

En casa… algo era distinto.

Rafa corrió a la cocina.

La puerta estaba abierta.

Y la cocina…

Parecía un programa de cocina caro.

Bolsas llenaban la encimera. Verduras frescas. Carne envasada al vacío. Frutas con nombres que no conocía. Yogures de anuncio.

—Buenas tardes —dijo una mujer sonriente con delantal—. Soy Jurema. Me ocuparé de las comidas estos días.

Mi madre parpadeó.

—¿Esta es nuestra casa?

Casi dije que no.

Rafa entró en crisis:

—¡ISA! ¿¡NOS HEMOS VUELTO RICOS!?

Me reí como no lo hacía en meses.

—No, Rafa. No somos ricos.

—¡Pero hay yogur duro!

La cocinera le dio uno más cuando nos giramos.

Lo vi. Fingí no verlo.

Mi madre, por primera vez en mucho tiempo, se sentó a la mesa con apetito.

Esa noche, después de todo, me senté sola con el móvil entre las manos.

Escribí:

Isadora: Está mucho mejor. Gracias.

Alessio: Perfecto. ¿Y tú?

¿Y yo?

Cansada. Asustada. Agradecida. Esperanzada.

Escribí:

Isadora: Creo que, por primera vez… va a salir bien.

Él respondió:

Alessio: Va.

Una palabra.

Y, por algún motivo, se quedó. Me dormí abrazando el móvil. Por primera vez en mucho tiempo…

…ya no estaba sosteniendo el mundo sola.

16.

ISADORA MENEZES

Yo ni siquiera tenía maleta.

Solo eso ya debería haber sido la primera gran pista de que no pertenecía a ese mundo.

Antes de salir, me quedé inmóvil en medio de la minivivienda, observando aquel cuarto que me quedaba como una ropa demasiado estrecha. La cama torcida. El ventilador con ruido de helicóptero. La pared manchada de humedad que tapaba con una sábana vieja. El grifo goteando, como si llorara conmigo.

Allí dentro viví todo: miedo, hambre, esperanza, fracaso, terquedad. Allí me hice adulta demasiado pronto. Allí aprendí a ser fuerte porque no había alternativa.

Y ahora… lo estaba dejando todo atrás en una mañana cualquiera.

No tenía cajas. No tenía maleta. No tenía muebles que empaquetar.

No tenía nada más que una mochila medio rota y la sensación absurda de que, quizá, el universo me estaba sacando de aquel lugar porque yo ya había aprendido todo lo que podía aprender allí dentro.

Suspiré, pasando la mano por el pomo oxidado de la puerta.

Pensé en mi madre, respirando mejor por primera vez en meses gracias al hospital. Pensé en Rafa, abrazándome tan fuerte que casi me dejaba sin aire. Pensé en cómo había dicho *«ahora sí va a salir bien, ¿verdad?»* con esa confianza infantil que me destrozaba y me recomponía al mismo tiempo.

Estaba dejando atrás toda mi vida, pero no se sentía como una huida.

Se sentía como… una transición.

Cuando cerré la puerta, un escalofrío me recorrió la espalda. Salir de aquel edificio ruinoso también era entrar en otro mundo. En el mundo de Alessio. En el mundo de lo imposible. En el mundo donde tendría que aprender a comportarme, a existir, a no perder la cabeza.

No sabía si estaba preparada.

Pero fui igual.

El conductor me vio salir por la verja y se apresuró, como si creyera que iba a necesitar ayuda. Nos encontramos a mitad de camino y observó mi vida entera… contenida en una mochila.

—¿Solo eso? —preguntó, con una cortesía perfectamente ensayada.

—Sí. —Levanté la mochila como prueba del delito—. Soy bastante portátil.

No se rió. Probablemente pensó que hablaba en serio.

Genial.

El trayecto hasta el ático de Alessio fue silencioso. Intenté no pensar demasiado en lo que estaba a punto de ocurrir. En que iba a vivir con un hombre al que apenas conocía. En que había firmado un contrato delirante para fingir ser la prometida de un multimillonario.

Así que, cuando llegamos al edificio —aquel monolito de cristal arrancado del futuro—, respiré hondo y me repetí:

Es por ellos. Es por mi madre. Es por Rafa.

El portero abrió la puerta. Agradecí. El ascensor privado subió hasta el último piso y, de pronto, entré oficialmente en el ático.

Y lo odié al instante.

Porque mi mandíbula se descolgó.

Ya había estado allí, sí. Pero había entrado inconsciente y salido con prisa, desesperada por volver a ver a mi familia. No lo había visto de verdad.

Ahora sí.

Era precioso. Ridículo. Enorme. Minimalista. Frío.

Y tan caro que probablemente hasta los enchufes tenían máster.

El suelo brillaba. Las paredes no tenían ni una grieta; de hecho, no tenían nada. Parecían hechas de cemento pulido y silencio costoso.

Alessio apareció en la sala como si el propio edificio lo hubiera esculpido: camisa oscura, mangas remangadas, pantalones perfectamente cortados y esa mirada clínica de quien ve todo lo que no debería ver.

—¿Buen viaje? —preguntó.

—Sí —mentí—. Mi único conflicto existencial fue darme cuenta de que todo mi patrimonio cabe en esta… —levanté la mochila— … mochila escolar.

Observó la mochila como si fuera una reliquia arqueológica.

—¿Siempre viajas así?

—No. A veces llevo dos calcetines de más. —Me encogí de hombros—. Depende de la vida.

La comisura de su boca amenazó con un gesto que no supe descifrar. ¿Una casi sonrisa? ¿Un microespasmo?

—Recibirás todo lo que necesites —dijo.

—¿Tipo… almohada también? —pregunté—. La mía tiene unos ocho años.

Me miró un segundo más.

—Sí, Isadora. Almohada también.

Intenté no poner los ojos en blanco. Fracasé. Él lo ignoró.

—Ven —indicó—. Vas a instalarte, lo cual imagino que no será complicado dadas las circunstancias. —Señaló la mochila—. Después tenemos nuestro primer compromiso oficial.

El corazón se me detuvo.

—¿Qué compromiso?

—Compras.

Eso fue todo.

***

El coche nos dejó frente al centro comercial más lujoso de São Paulo.

Me quedé mirando la fachada como si fuera un templo griego redecorado por Chanel.

—Alessio… —susurré—. Creía que la gente rica no iba a centros comerciales. Pensé que comprabais por… no sé… telepatía.

No rió. Por supuesto que no.

—No solemos venir —confirmó—. No para volumen.

Abrí los ojos.

—Perfecto. Entonces… ¿por qué estamos aquí?

Se acercó un paso. Demasiado cerca. Lo suficiente para que su perfume activara algo primitivo en mi sistema nervioso.

—Porque no es casual —dijo en voz baja—. Si enviara estilistas al ático, nadie nos vería juntos. Y necesitamos que nos vean.

El estómago se me desplomó.

—¿Esta es… nuestra primera aparición pública?

Asintió.

—La primera de muchas.

Y entonces entendí que lo que me recorría el cuerpo no era ansiedad.

Era otra cosa.

Cálida. Densa. Ascendente.

—Relájate —murmuró.

Y luego cometió el peor error posible.

Apoyó la mano en mi zona lumbar.

Caliente. Firme. Decidida.

Me convertí en una torre eléctrica.

—¿Eso ayuda? —preguntó, demasiado cerca de mi oído.

—NO —respondí. Demasiado alto.

Alzó una ceja. Luego tomó mi mano y ya estábamos entrando.

Yo no caminaba. Era conducida.

Y no sabía qué hacer con eso.

Las lámparas brillaban más que toda la iluminación pública de mi antiguo barrio. Las tiendas parecían museos. Y Alessio… Alessio encajaba allí como si el lugar hubiese sido diseñado alrededor de él.

Caminaba como quien ya fue dueño del espacio en otra vida.

Yo intenté seguirle.

Intenté.

—Vamos —dijo, guiándome hacia la primera tienda con ese toque en la espalda baja que, honestamente, debería ser ilegal en medio planeta.

La tienda olía a pétalos y madera pulida. Todo brillaba. Yo… sudaba.

—Ella necesita una selección completa —ordenó.

Tres dependientas aparecieron de la nada.

Mientras sacaban vestidos de seda y gasa, Alessio cruzó los brazos y me observó con la mirada de un CEO analizando un informe trimestral.

Objetiva. Fría. Distante.

La mirada que jamás debería afectarme.

Me señalaron el probador.

Entré.

El primer vestido era azul claro, como si el cielo hubiera decidido coserse a sí mismo. La tela se deslizó por mi piel como agua tibia.

Me giré.

Estaba guapa.

Salí.

La mirada de Alessio empezó profesional. Me evaluó con precisión clínica.

Y luego… algo se escapó.

Un músculo de su mandíbula se tensó. La respiración cambió. Sus ojos se detuvieron un segundo de más en mi cuello, en la curva de mi cintura, en mis piernas.

El calor me subió sin pedir permiso.

—Ese no —dijo—. Es demasiado corto.

Solté una risa nerviosa.

—No me diga que es del tipo prometido celoso. Pensé que a su edad esas cosas ya no importaban.

Su respuesta fue baja. Densa.

—No deberías provocarme si no quieres descubrir qué cosas importan o dejan de importar a mi edad.

Tragué saliva.

—Y no necesito hacer de celoso —añadió—. Soy tu prometido. Prueba el siguiente.

Obedecí.

El siguiente. Y el otro.

Hasta que, en la segunda tienda, me probé un vestido rojo vino.

La falda larga fluía. El escote mostraba más piel de la que mi estabilidad emocional aprobaba.

Salí.

Y Alessio se quedó inmóvil.

No fue sutil.

Respiró hondo. Su mano se cerró dentro del bolsillo. Algo parecido a un hambre contenida cruzó su mirada durante menos de un segundo.

Pero bastó.

—Siguiente —ordenó.

Sonó a advertencia.

Y yo la sentí en todo el cuerpo.

Debería haber sospechado cuando se detuvo frente a otra tienda y dijo solo:

—Es necesaria.

Casi muero.

—Alessio… esto es lencería.

—Sí.

—No puedo comprar lencería contigo aquí.

—¿Por qué no?

Hice un gesto amplio.

—Porque es íntimo. Porque es raro. Porque es…

Su calma fue letal.

—¿Más íntimo que dormir en mi cama?

Mi cerebro colapsó.

—Desde que firmaste el contrato —continuó—, para cualquiera que no seamos tú y yo, ese es tu lugar.

No supe qué responder.

Entré.

Me arrepentí.

Cada vez que salía del probador, su mirada cambiaba. Se volvía más lenta. Más intensa. Más peligrosa.

No me miraba como un contrato.

Me miraba como mujer.

Y lo peor…

Me gustaba.

Cuando salí con un conjunto negro, sencillo, delicado…

Él se quedó completamente quieto.

—Siguiente —repitió.

Pero su voz salió áspera. Casi ronca.

Salimos del centro comercial con las manos temblándome.

Su mano volvió a mi espalda baja.

Yo ya no era la misma.

—¿Ha sido demasiado? —preguntó.

—Lo ha sido —admití.

Asintió.

—Acostúmbrate. Esto es solo el principio.

Tragué saliva.

Porque una parte de mí le creyó.

Y la otra…

La otra quiso más.

Y sabía que ser avariciosa con algo así era, sin duda, la peor manera de empezar.

17.

ALESSIO D’AMICO

Necesitaba trabajar.

Pero trabajar exigía concentración, y mi concentración se había quedado esparcida por el centro comercial, junto con cada una de las expresiones de Isadora mientras se probaba la ropa.

Ninguna hoja de cálculo tenía sentido. Ningún informe retenía mi atención más de diez segundos. El cursor parpadeaba en la pantalla como si se burlara de mí.

Ridículo.

Yo no era un hombre distraído. No podía permitirme serlo.

Y, aun así, desde el momento en que salimos de la última tienda, mi mente se había quedado atrapada en ella.

En la forma en que se observaba en el espejo, despacio, como alguien que no está acostumbrada a mirarse con amabilidad. En la sonrisa que apareció cuando comprendió que la ropa no la escondía, sino que la revelaba. En cómo su piel reaccionaba a los tejidos caros, casi como si floreciera bajo ellos.

Y, sobre todo, en la manera en que su cuerpo reaccionó a mi toque.

Aquello había sido… peligroso.

Lo peor era que no hacía nada a propósito. No coqueteaba. No provocaba.

Simplemente existía.

Y eso parecía suficiente para desestabilizar el eje entero de mi casa.

Ahora estaba en su habitación, organizando la ropa nueva, y el ático —normalmente silencioso, impecable, perfectamente

controlado— se sentía distinto.

Menos vacío. Menos… estéril.

Había luz donde antes había sombra. Un murmullo suave donde antes reinaba el silencio absoluto. Y una presencia, ligera pero persistente, ocupando espacios que siempre había reservado solo para mí.

Intenté volver al trabajo.

Fracasé.

Fui a la cocina a por un vaso de agua —un gesto banal que llevaba meses sin hacer personalmente— y me detuve en el pasillo al ver una de las bolsas de Isadora junto a la encimera.

Un trozo de tela roja asomaba por un lateral.

El mismo tejido del vestido que casi me había dejado sin aire.

Lo miré demasiado tiempo y, cuando me di cuenta, ya tenía la bolsa en la mano.

Regresé al salón antes de cometer algo realmente imperdonable, como abrirla. Me senté en la butaca junto a la ventana, intentando pensar en otra cosa.

En cualquier cosa.

El consejo europeo. El informe trimestral. La fusión pendiente. La llamada de mi padre que llevaba ignorando todo el día.

Nada funcionó.

Todo quedaba ahogado por una imagen:

Isadora en el probador, apartándose el pelo del cuello, dejando al descubierto la línea delicada de su piel.

Su piel parecía… invitante.

Tuve un impulso real, crudo, inmediato, de tocarla. Y necesité una fuerza considerable para no hacerlo.

Esa constatación se me clavó como una astilla.

Deseaba a una mujer a la que no debía desear. Una mujer que tenía que permanecer a mi lado durante cuarenta días sin romper el contrato. Una mujer que no era consciente del efecto que causaba.

Y, peor aún, una mujer que no conseguía leer del todo.

Odiaba eso.

—¿Alessio?

Su voz llegó desde el pasillo.

La oí antes de verla y, por alguna razón que no conseguía explicar, el sonido dejó un eco en el pecho.

Entró despacio, como si temiera interrumpir algo importante.

Y, técnicamente, lo estaba haciendo.

—¿Todo bien? —pregunté.

Quise sonar neutro. No soné neutro.

—Yo solo… —señaló la bolsa en mis manos, confundida—. Pensé que la había perdido.

La solté al instante.

—Estaba aquí —expliqué—. Supuse que era tuya.

Por supuesto que era suya. Lo sabía. Pero no tenía una excusa mejor. Otra incomodidad más de una situación que debía ser puramente funcional.

Yo siempre tenía respuestas. O, al menos, solía tenerlas.

Ella sonrió.

Una sonrisa pequeña, espontánea, sin cálculo.

Algo dentro de mí encajó.

—Gracias —dijo, cogiendo la bolsa.

—De nada.

Dudó antes de irse.

Durante un segundo pensé que diría algo más, que haría una pregunta, que construiría un puente que yo no necesitaba. Pero se limitó a mirar la ciudad a través del cristal.

—Esta vista… —murmuró— es tan grande que da miedo.

La observé reflejada en el vidrio.

Piel morena envuelta en luz. Cabello ligeramente despeinado. Ropa nueva sobre una postura antigua.

Un rostro aún marcado por la pobreza, la resistencia y la sensibilidad.

—Te acostumbras —dije.

—Lo sé —respondió—. Y eso me asusta más que la propia vista.

Giré el rostro.

Esa frase golpeó más hondo de lo que debería.

Acostumbrarse a estar lejos de donde creciste. Acostumbrarse a un mundo que no es tuyo. Acostumbrarse a un confort que no parece merecido.

Conocía esa sensación mejor de lo que me gustaría admitir.

Isadora soltó el aire, como si cargara con demasiado peso.

—Mi madre está incluso mejor que cuando me fui de Itapeva —dijo en voz baja.

—Lo sé.

Parpadeó, sorprendida.

—¿Lo… sabes?

—Pedí a la cuidadora que me enviara actualizaciones.

Guardó silencio unos segundos.

Luego sonrió.

Pero no fue una sonrisa ligera. Fue una que atravesó como un corte limpio: gratitud, alivio… y peligro.

Porque ese tipo de gestos crea lazos.

Y yo no quería lazos.

Los lazos complican. Los lazos distraen. Los lazos atan.

Se volvió hacia mí.

—Gracias.

Había demasiado contenido en esa palabra.

No respondí de inmediato. Cualquier respuesta equivocada abriría un camino que no debía recorrer. Así que dije lo único seguro:

—Cenamos en treinta minutos.

Asintió, un poco cohibida.

—Lo sé… solo voy a guardar esto —dijo con una risita—. Estoy disfrutando del vestidor. Siempre quise tener uno. Es como ser Barbie, ¿sabes?

Y, sin esperar respuesta, se giró y volvió al pasillo.

Cuando desapareció, dejé escapar un pensamiento que no debería haber tenido:

Si no tengo muchísimo cuidado, esto va a convertirse en un problema real.

Un solo día con Isadora había sido suficiente para que empezara a ocurrir algo que no pasaba desde hacía años:

Estaba ocupando espacio en mi mundo.

Podía vivir en mi casa. Sentarse a mi mesa. Cumplir su papel.

Pero no debía ocupar mis pensamientos. No debía hacerme hablar de cosas triviales. No debía hacerme escuchar frases que se adherían a la piel, como aquella de sentirse Barbie.

Y, aun así, lo había hecho.

Y yo…

Lo había permitido.

18.

ISADORA MENEZES

Juraba que no iba a ser capaz de abrir la puerta de mi habitación.

Me temblaban tanto las manos que necesité tres intentos para encajar el dedo en el pomo. Absurdo. Era solo una cena. Con mi jefe. Mi contratante. Mi… ¿mi qué, exactamente?

Cuando por fin salí al pasillo, el olor de la comida me golpeó como una bofetada. No era el olor pesado de mi casa. Ni el olor aceitoso. Ni el olor a quemado. Era sofisticado. Mantecoso. Casi sensual.

Atravesé el pasillo despacio, respirando hondo para no perder el control, y entré en el comedor.

Alessio ya estaba sentado a la mesa. Postura perfecta. Mangas remangadas. Un reloj caro en la muñeca. Y los ojos alzados justo en el instante en que crucé la puerta, como si estuviera esperándome. A mí. Solo a mí.

Por un segundo, el aire de la sala se volvió más pequeño. Casi tropecé con mi propia respiración.

—¿Lista? —preguntó.

Quería responder «no», pero el «sí» salió antes.

Se levantó —no supe si por cortesía o por costumbre— y me indicó la silla a su lado.

A su lado. No enfrente. No lejos. A su lado.

Me acercó la silla con naturalidad, como si fuera parte de la rutina. Tal vez lo era. Me senté, y ahí fue cuando las cosas se complicaron. Aún más.

Él también se sentó. Demasiado cerca. Lo bastante para sentir el calor de su brazo. Lo bastante para saber que, si me inclinaba dos centímetros, mi hombro rozaría el suyo.

Mierda.

Solo entonces reparé en los empleados que se movían por la sala: tres. Dos mujeres y un hombre. Márcia, Osvaldo y Alice.

Los había conocido más temprano, justo antes de ir al centro comercial. Alessio me había presentado como su prometida.

Me explicó que todos estaban bajo contratos de confidencialidad y que, dentro de casa, no hacía falta mentir, pero que serían un buen entrenamiento para nosotros. Los primeros a los que tendríamos que convencer.

No conseguí decir mucho en ese momento. La información zumbaba dentro de mi cabeza como un enjambre de abejas. Pero lo recordé ahora y les sonreí con educación mientras servían agua y, enseguida, el primer plato de la cena.

—Buenas noches —saludé—. Muchas gracias —añadí cada vez que alguno se acercaba.

Me sentí orgullosa al reconocer que tener varios platos vacíos delante significaba que habría varios tiempos en la comida.

El primero era una sopa que parecía sacada de un menú donde los nombres son tan largos que necesitas respirar dos veces para pedirla.

Cogí la cuchara. Alessio hizo lo mismo. Durante un momento comimos en silencio, y casi logré creer que todo estaba en calma.

Hasta que él dijo:

—Te adaptaste rápido.

Casi dejo caer la cuchara.

—¿Adaptarme? ¿Yo? —reí, nerviosa—. Casi abrazo la lámpara pensando que era un calefactor. ¿Eso cuenta como adaptarse?

Me miró. No clínico. No frío. Curioso. Como si intentara diseccionar algo dentro de mí sin bisturí.

—No pareces asustada —observó.

Abrí mucho los ojos.

—Alessio, estoy aterrorizada. Lo que pasa es que no tengo una banderita para levantar y avisar.

Inclinó ligeramente la cabeza, como si estuviera prestando más atención de la que debería.

—Pues lo estás haciendo bien.

Tragué aire, sintiendo cómo se me calentaba la cara. No era un elogio. Era… reconocimiento. Y descubrir que ese reconocimiento me afectaba fue una novedad que preferí fingir que no notaba.

—Yo solo… —intenté explicar— hago esto para sobrevivir. Aprendí a no parecer desesperada. Incluso cuando lo estoy. —Suspiré—. Especialmente cuando lo estoy.

Su mirada cambió. Un milímetro. Pero cambió.

—¿Y cómo fue Itapeva? —preguntó, cambiando de tema.

—Bien —respondí. Pausa—. Quiero decir… fue difícil. Pero bien.

Esperó. Alessio presionaba más con silencios que con palabras.

—Como ya sabes, mi madre está mejorando —continué. Sus ojos se fijaron en los míos. Demasiado cálidos para ser neutrales—. Mucho. Más de lo que pensé posible tan rápido.

Asintió.

—Era un buen hospital.

—Gracias —respondí, más emocionada de lo que pretendía.

Apartó la mirada un instante. No para evitar el contacto. Para procesarlo.

—¿Y tu hermano? —preguntó.

—¿Rafa? —sonreí inevitablemente—. Está convencido de que me convertí en secretaria presidencial. Cree que el conductor es de la policía federal.

Alessio tosió. No lo miré, pero estoy segura de que estaba conteniendo una risa.

—Tu familia te importa mucho —observó.

No era una pregunta. Era una constatación.

—Es todo lo que tengo —dije.

Y dolió admitirlo.

No respondió. Pero su silencio no era vacío. Era profundo. Como si guardara mi respuesta en algún lugar propio.

El segundo plato llegó. Y con él, mi peor enemigo: la proximidad.

El aroma era tan refinado que me dieron ganas de pedirle perdón a la comida por entrar en contacto con la misma boca que ya había comido fideos crudos por falta de gas.

Alessio, en cambio, no parecía complacerse ni siquiera con la comida. Como si el plato fuera solo el escenario de lo verdaderamente importante.

Esperó a que los empleados terminaran y dijo:

—Pueden dejarnos solos.

Alice, Márcia y Osvaldo se retiraron como sombras entrenadas.

El salón se volvió enorme. O diminuto.

Sin testigos. Sin amortiguadores sociales. Solo él y yo.

Alessio giró el cubierto con la precisión de un bisturí.

—Háblame de ti, Isadora.

Segunda orden directa. Y esta, exclusivamente para mí.

Reí, baja y nerviosa.

La forma en que dijo mi nombre casi me hizo soltar el tenedor. No fue dulce. No fue suave. Fue enfoque. Enfoque absoluto.

—¿De mí? ¿Qué parte? ¿Mi tipo de sangre? ¿Mi plato favorito? ¿Mi trauma infantil?

—Todo —respondió—. Con el tiempo. Pero poco a poco.

—¿Por qué tengo la sensación de que esto es una entrevista?

—Porque lo es. —Cortó la carne con método—. Pero para un puesto que ya has conseguido.

Sentí el calor subir por el cuello.

—Vale —respiré hondo—. Será más fácil si tú haces las preguntas.

Asintió.

—¿Qué es lo que más odias de São Paulo?

—El autobús lleno —respondí sin pensar.

—¿Y lo que más te gusta?

Pensé. Pensé de verdad.

—La sensación de que podría llegar a ser alguien. Algún día. —Me encogí de hombros—. O… que quería creerlo.

Guardó silencio. Un silencio pesado.

—¿Y qué te da miedo que la gente descubra de ti?

La pregunta fue un corte limpio.

Profundo. Preciso. Cruel de tan honesto.

Abrí la boca, la cerré. Y luego dije:

—Que yo… —tragué saliva— no tengo nada que ofrecer más que esfuerzo.

El silencio que siguió no fue juicio.

Fue peso.

Porque Alessio volvía a mirarme con esa intensidad que parecía atravesar piel, ropa, postura, todo, buscando algo más hondo.

Aparté la mirada.

—Tienes más que eso —dijo, en voz baja.

Sentí las mejillas arder hasta las costuras de los calcetines.

—¿Podemos pasar a las preguntas fáciles ahora? —pedí, casi suplicando—. Color favorito, tipo de sangre…

Tuve la impresión de oír una risa breve escapársele.

—De acuerdo. Tu color favorito. ¿Cuál es?

—Azul. Oscuro. Profundo. Como la medianoche. —Sonreí—. Me gustan más las estrellas, pero no sé de qué color son, así que digo azul.

Entrecerró los ojos, pero asintió.

—Y mi tipo de sangre es O+, irónico, lo sé —bromeé.

No reaccionó.

—¿Comida favorita?

—Churrasco. Mi sueño es ir a una churrasquería grande. Nunca he ido, ¿lo puedes creer? Y soy del Palmeiras. No muy fanática, pero… mi corazón tiene una mancha verde.

Inclinó levemente la cabeza.

—¿Y tú? —pregunté.

—¿Mi equipo?

—¡Sí! ¿Alguno de Italia? Solo conozco dos: Milan e Inter. Ah, y Roma. Y solo los conozco porque llevan el nombre de las ciudades. —Puse los ojos en blanco—. ¿Conoces todas las ciudades de Italia?

Me miró como si hubiera hecho una pregunta completamente inesperada.

Abrió la boca para responder, pero no le dejé.

—Porque yo solo conozco tres, Alessio. Tres. Y puede que esté equivocada. A lo mejor Roma ni siquiera es Roma-Roma. —Agité el tenedor—. Imagínate que llego a tu familia y digo: «Me encanta Toroma, italiana de corazón». Me lanzan por un acantilado.

Una de sus cejas subió apenas un milímetro. Pero viniendo de él, fue casi una carcajada.

—Nadie te va a lanzar por ningún acantilado —respondió, contenido.

—¿Ni después del postre? —pregunté, para no parecer realmente aterrorizada.

Rió.

De verdad.

Una risa breve, controlada… real.

Y mi cuerpo lo sintió antes que mi mente:

Yo había hecho reír a Alessio D'Amico.

—No, Isadora —dijo—. No conozco todas las ciudades de Italia.

—¿En serio? —arqueé las cejas—. Pero es Italia. ¿No nacen con un mapa instalado? ¿Un chip?

—No soy un GPS —respondió, con una seriedad suavizada por la mínima curva de su boca—. Y Roma es la ciudad de Roma.

Suspiré, cortando la carne.

—Menos mal. Ya es un comienzo no hacer el ridículo en un continente entero.

—No vas a hacer el ridículo —afirmó—. No conmigo.

El tenedor se me quedó suspendido en el aire.

La frase cayó entre nosotros como algo cálido, inesperado, casi protector.

Me llevé el bocado a la boca demasiado deprisa y casi me atraganté.

Él se inclinó apenas.

—Despacio —murmuró—. Te vas a atragantar.

Obedecí.

Porque no sabía si estaba huyendo… o si quería quedarme.

—Ahora me toca —dije, recordando que él apenas había respondido—. ¿Tu equipo?

Bebió un sorbo de vino antes de hablar. Elegante. Mecánico. Bello.

—No soy muy de deportes.

—¿Nada? ¿Ni uno?

—Ninguno.

Bufé, pero sonreí.

—Siguiente pregunta —dijo él, limpiándose las manos. Y noté que, sin darnos cuenta, estábamos sincronizados: gestos, pausas, respiración.

—Pero si solo hice una —protesté.

—¿Qué tal una para mí y una para ti?

—Vale.

—¿Quieres ir a la universidad?

El golpe fue inmediato.

La ligereza desapareció. Los ojos me ardieron.

—Por eso vine a São Paulo —admití, en voz baja—. En Itapeva no podía. Creí que aquí sería más fácil prepararme. Pero… sobrevivir se volvió más urgente.

Y lo dije.

Todo.

El curso técnico. El trabajo. El alquiler. El plan. La lucha.

—Fui estúpida —murmuré.

Y justo entonces, unos dedos tocaron mi barbilla.

Su mano.

Inclinó mi rostro hacia el suyo con una suavidad que no sabía que era capaz de usar.

—¿Por qué sentirías vergüenza de eso? —preguntó, frunciendo el ceño, genuinamente confundido.

—Ahora son dos preguntas —dije—. Te debo dos respuestas extra.

—¿Esto es una negociación ahora?

—¿No quieres las respuestas extra?

Puse los ojos en blanco. Y, aun así, sonreí.

—Quiero —cedí.

—Entonces… —me animó—. Eres joven, Isadora. Vas a cometer errores, y no todos serán culpa tuya. Como lo que sea que te llevó a la situación en la que estabas antes: no lo fue.

Tragué saliva, reuniendo valor.

—Yo… —respiré hondo— tenía un trabajo cuando llegué a São Paulo, a principios del año pasado.

—Yo no… —empezó, pero levanté la mano y lo interrumpí.

Tenía que decirlo todo ahora, o no podría decirlo nunca.

Dios mío… aquella cena acababa de volverse peligrosa.

—Siempre quise estudiar medicina. Pero no es un sueño que una chica del interior pueda tener sin un plan realista. Y yo tenía un buen plan. En el instituto hice un curso técnico en administración. Me gradué como la mejor de mi clase y, como recompensa, conseguí un trabajo aquí, en São Paulo. El sueldo no alcanzaba para pagar una universidad privada de medicina, pero sí un buen curso preparatorio, con descuento, que con esfuerzo me ayudaría a entrar en una pública. El año pasado me adapté tras la mudanza y todo iba bien. Podía pagar la mensualidad, el alquiler y vivir con algo de dignidad.

El ceño de Alessio se fue endureciendo a medida que avanzaba hacia lo realmente importante. Continué:

—Yo… —tragué saliva una vez más— no me despidieron por incompetente. Al contrario. Era la mejor del departamento. Todo el mundo lo decía. Pero yo… denuncié a alguien. —La garganta se me cerró—. Denuncié a mi jefe por acoso. Y él… se ofendió muchísimo con eso.

El silencio que cayó no fue vacío. Fue denso. Casi físico.

Alessio había retirado la mano de mi barbilla, pero yo seguía sintiendo el calor allí.

—Él… difundió cosas sobre mí —continué, clavando la mirada en el plato, porque mirarlo habría sido demasiado—. Dijo que yo era difícil. Que inventaba problemas. Que era inestable. —Respiré hondo —. La empresa le creyó. Y… otras empresas también. —Solté una risa débil—. Me convertí en "la chica problemática del programa de prácticas". Nadie quería arriesgarse a contratar a alguien que, supuestamente, causaba escándalos.

Sentí que los ojos me ardían otra vez.

—Desde entonces… nadie me contrata. Ni para servir café. La entrevista… en tu empresa era prácticamente mi última esperanza.

Un golpe seco resonó sobre la mesa.

Cuando levanté la vista, Alessio sujetaba el tenedor como si fuera un arma medieval a punto de ser arrojada. La mandíbula tensa. Dura. Precisa.

—¿Cómo se llama? —preguntó, con una calma tan peligrosa que me erizó la piel.

—Alessio… —intenté reír—. Eso es pasado. No importa.

—Dame su nombre —repitió—. Si no me lo dices, lo descubriré igual. —La voz baja, controlada, devastadora—. No te lo estoy pidiendo.

El corazón me latió más rápido. No de miedo.

Sino porque, por primera vez desde que aquello ocurrió… alguien —alguien con poder— estaba indignado por mí.

Negué con la cabeza.

—Eso no va a cambiar nada —susurré—. Le creyeron porque es hombre. Porque tenía un cargo. Porque tenía amigos en la dirección. Yo era solo… yo. Una becaria.

Los ojos de Alessio se oscurecieron de un modo distinto.

No era ira. No era desprecio.

Era dolor.

Un dolor silencioso, comprimido, que no era por mí… sino porque aquello tocaba alguna herida suya.

—No debería haberte pasado —dijo, firme—. No debería pasarle a nadie.

—Pasó —me encogí de hombros—. Y… después de un tiempo aprendes a solo… sobrevivir.

—No —me corrigió al instante—. No sobreviviste. —Resististe. —Y venciste.

Aquellas palabras me atravesaron como un fragmento incandescente. La respiración se me quebró.

—Yo no vencí nada, Alessio —susurré—. Ayer me estaba muriendo de hambre.

Sus ojos se afilaron. Apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó ligeramente hacia mí.

—Pero hoy estás viva.

Tragué saliva.

—Gracias a ti.

—No —respondió, convencido—. Gracias a ti. Yo solo empujé una puerta que tú ya estabas intentando abrir.

La visión se me nubló. Parpadear no ayudaba.

Él lo notó. Alessio siempre lo nota. Y, contra todo pronóstico… no retrocedió. No convirtió la conversación en hielo. No se escondió

detrás del CEO.

Simplemente… estuvo allí.

Presente. Entero.

Como si esa verdad hubiera abierto un espacio entre nosotros que ninguno sabía nombrar, pero ambos sentíamos.

Entonces, para romper —o salvar— el momento, volvió al acuerdo:

—Te debo dos respuestas extra.

Reí, con ganas de llorar.

—Vale —asentí, secándome las lágrimas con la servilleta—. Entonces tengo tres preguntas. Empecemos por una importante: ¿cuál es tu sabor de helado favorito?

—¿Esa es tu pregunta importante?

—Puedes saber muchísimo sobre el carácter de alguien por su sabor de helado.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es el tuyo?

—Nada de eso. Son mis tres preguntas. Si quieres hacer alguna, espera tu turno.

Alessio rió. Una risa breve, contenida… real.

Y aun así, aquella sombra de determinación en sus ojos me dejó claro que, aunque hubiera cambiado de tema, no había olvidado el anterior.

—Limón siciliano.

Entrecerré los ojos.

—¿Tu helado favorito es limón?

—No es cualquier helado. Es *gelato*. Y no es cualquier limón: es el siciliano.

—¿Y hay diferencia?

—¿Nunca has probado *gelato*?

Me encogí de hombros.

—Probé helado.

—Mañana lo solucionamos —sentenció—. Sí, hay mucha diferencia. ¿Y qué dice mi sabor favorito sobre mi personalidad?

—Eso solo lo sabré después de probarlo, pero que sea limón no juega mucho a tu favor. —Hice una pausa—. Siguiente pregunta: ¿te gusta tu trabajo, Alessio? —Me mordí el labio—. Y… en realidad, ¿qué haces exactamente?

Abrió la boca para responder, pero la cerró, sorprendido de no tener una respuesta automática.

—Dirijo la división latinoamericana del conglomerado D'Amico —respondió, neutro.

—Eso es el cargo, no el trabajo —repliqué, con la temeridad suicida de quien olvida con quién está hablando—. ¿Qué haces de verdad?

Me miró.

—Resuelvo problemas.

—Eso no es un trabajo, Alessio. Es el eslogan de una película de acción.

El borde de su boca se elevó apenas —no lo suficiente para llamarlo sonrisa, pero sí para hacer que mi corazón perdiera el compás—.

—Paso más tiempo apagando incendios políticos y financieros del que quisiera —admitió—. Y también intento impedir que ciertas personas destruyan más de lo que ya destruyeron.

—¿Y te gusta? —pregunté, muy bajo.

—Que me guste no es relevante.

—Para mí sí —solté, sin pensar—. Las personas a las que admiro son buenas en lo que hacen porque les gusta, no a pesar de ello.

Silencio.

Me miró como si nadie le hubiera hecho jamás esa pregunta. O, al menos, no de esa forma.

—Soy muy bueno en lo que hago —dijo, directo. Sin arrogancia. Solo verdad.

—No tengo ninguna duda —respondí. Inmediato. Imprudente. Y casi me atraganté después.

No apartó la mirada.

—Pero que me guste… —terminé, tímida— es otra cosa, ¿no?

Dejó el tenedor sobre el plato.

—No he tenido tiempo de descubrirlo —admitió—. Nunca fue una elección. Fue… el camino.

La palabra *camino* sonó a condena.

Dolió oírlo. No por tristeza… sino por la honestidad. Una honestidad que siempre traía más peso del que yo sabía sostener.

—Entonces te hago otra pregunta —propuse—. No cuenta como una de las tres. Es extra. Un regalo de la casa. —Alzó una ceja—. ¿Qué trabajo tendrías si pudieras elegir?

Alessio… no tenía respuesta.

—Nunca lo pensé.

—¿Ni de niño?

—Los niños D'Amico no sueñan —dijo, seco—. Se los moldea.

La frase me golpeó.

No porque entendiera exactamente lo que significaba… sino porque la dijo sin escudo. Sin ironía. Sin distancia.

Comprendí que era una llave.

La llave de una puerta que había mantenido cerrada toda su vida.

Y, por alguna razón, me había dejado acercarme a ella.

—Entonces… —intenté suavizar, volviendo a bromear— eso explica lo del limón siciliano.

Resopló.

Él. Resopló.

Estuve a punto de aplaudir.

—Por cierto —retomó, firme— estás comiendo el segundo plato como si fuera una batalla.

Miré mi mano. Sujetaba el tenedor como una palanca.

—Así es como como.

—Está mal.

—¿Cómo que "mal"? ¿Existe una forma correcta de comer?

—Sí. —Tomó mi mano con la punta de los dedos. Un gesto rápido, técnico… pero mi cuerpo reaccionó como si me hubieran encendido por dentro—. Así. —Ajustó mis dedos—. El tenedor no es un arma.

—Depende del hambre —murmuré.

Soltó mi mano despacio.

Demasiado despacio.

El silencio que siguió no fue incómodo.

Fue… cálido.

Los silencios cálidos existen. Y son peligrosos.

—Tu turno —dijo, rompiendo el clima, o intentándolo—. Tu última pregunta.

Pensé. Pensé de verdad.

Había tantas… sobre su familia, Italia, el contrato, la Navidad, quién era él detrás de la armadura.

Pero solo una escapó antes de que pudiera detenerla:

—¿Qué te hace… feliz?

No lo esperaba.

Lo vi.

La sorpresa real.

No parpadeó. No respiró. No apartó la mirada.

Se quedó allí, atrapado en la pregunta como si fuera una mano presionando su pecho.

Cuando respondió, su voz salió más baja que cualquier cosa que hubiera dicho aquella noche.

—No lo sé —dijo—. Pero… —añadió, mirándome como si acabara de descubrir algo peligroso— hoy tuve algunos segundos que se acercaron.

La respiración me falló.

Quise preguntar cuáles. Quise saber si eran los mismos.

Pero fue él quien apartó la mirada primero. Como si hubiera dicho demasiado.

—Ahora respóndeme tú —dijo, retomando el control como quien recoloca las piezas de un tablero—. La misma pregunta.

Pensé.

Y me di cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo… yo sabía la respuesta.

—¿Sabes que había olvidado cuál era? —confesé—. Pero tengo la sensación de que voy a empezar a recordarla.

Me miró como si esa fuera la cosa más peligrosa que podía haber dicho esa noche.

Y quizá lo era.

19.

ALESSIO D’AMICO

No debería recordar todo lo que ella dijo durante la cena, pero lo recordaba. Mucho más de lo que quería admitir.

«Mi corazón tiene una mancha verde.» «Voy a volver a recordar qué me hace feliz.» «Mi sueño es ir a un rodizio de churrasco.»

Pero, por encima de todo, recordaba cuando dijo, con la mayor naturalidad:

«Me convertí en la chica problemática del programa de prácticas. Nadie me contrata. Ni para servir café.»

Eso sí se metió donde no debía.

La mañana empezó como todas las demás: reunión con el financiero a las nueve, enlace con el jurídico a las nueve y cuarenta, videoconferencia con la matriz a las diez.

Pero, a diferencia de todas las demás, mi cerebro no encajaba en los números como un engranaje obediente.

Mientras el director financiero presentaba las proyecciones del flujo de caja, la imagen que surgió en mi mente no fue una hoja de cálculo. Fue Isadora sujetando el tenedor como un arma, preguntándome cuál era mi sabor favorito de helado.

Apreté el bolígrafo con más fuerza de la necesaria.

—¿Señor? —el director se interrumpió—. ¿Quiere que retome la previsión del cuarto trimestre o pasamos al impacto de la fusión?

—Avance —respondí.

Él avanzó. Yo no absorbí ni la mitad.

Porque la otra mitad de mi mente estaba atrapada en la idea de que, en el mundo de Isadora, todavía había gente con el descaro

suficiente para llamarla problemática… y seguir empleando al agresor.

Una parte de mí quería el nombre de ese hombre. La otra sabía que no sería suficiente.

—Estás… peor que ayer —comentó Carla, entrando sin llamar a primera hora de la tarde.

No levanté la vista del informe.

—¿Eso es un diagnóstico o estás intentando repetir tu dramatismo habitual?

—Es una actualización —cerró la puerta detrás de sí—. Ayer estabas distraído. Hoy estás distraído e irritado. Aún no sé con qué.

—Con la insistencia de ciertas personas en ignorar puertas cerradas —repliqué.

Ella ignoró la provocación.

—Solo he venido a recordarte que, si quieres estar en casa a las dieciséis horas para tu primera sesión con la consultora de postura e imagen —consultó la tableta—, contigo y tu prometida, necesitas salir de aquí en un máximo de setenta minutos.

Respiré hondo. Lo había aceptado. Era lógico.

Isadora tenía que aprender a moverse en mi mundo sin parecer descolocada. Y yo tenía que aprender a moverme con ella sin parecer… involucrado.

—¿Ella está preparada? —preguntó Carla.

—Siempre lo estuvo —respondí—. El mundo fue el que decidió fingir que no.

Carla me miró como quien subraya una frase para revisarla después.

—Si no supiera de quién hablas, diría que estás hablando de ti mismo.

Puse los ojos en blanco.

—Trae el informe actualizado de la fusión.

—Ya está en tu escritorio —sonrió de lado—. Y avisaré a la consultora de que pretendes fingir que nada te afecta.

—Nada me afecta.

—Claro que no —dijo, saliendo.

Intenté volver al trabajo. O eso era lo que quería creer.

A las quince cincuenta y siete ya estaba en casa. Algo que rara vez ocurría en un día laborable.

Márcia avisó de que la consultora esperaba en la sala que había elegido para los entrenamientos: un espacio amplio, casi inutilizado, con butacas y una mesa lateral para el café, donde había mandado instalar varios espejos esa misma mañana.

Cuando entré, encontré a una mujer de mediana edad, postura impecable, blazer claro, tacones medianos y una mirada evaluadora.

—Señor D'Amico —saludó con una leve inclinación—. Soy Helena. Gracias por recibirme.

—Me hablaron bien de usted —respondí.

—La señora Carla me dio el contexto completo —sonrió, profesional—. Trabajaremos postura, desplazamiento en pareja, lenguaje corporal, etiqueta familiar y de gala, y ensayaremos microexpresiones creíbles de afecto en público.

Microexpresiones creíbles de afecto. En eso se resumía todo.

Contratos. Cláusulas. Estrategias. Hacer que el mundo creyera en una mentira que tenía que comportarse como verdad.

La puerta se abrió de nuevo.

Isadora entró.

Llevaba un pantalón oscuro sencillo y una blusa lisa en un azul que no gritaba, pero murmuraba. El cabello recogido en una coleta

alta, con algunos mechones sueltos.

Parecía… joven. Luminosa. Desarmada. Peligrosa.

—Buenas tardes —dijo, con algo más de confianza que ayer. No mucha. Pero más.

—Buenas tardes, señorita Menezes —respondió Helena—. Soy Helena, consultora de postura e imagen.

—Consultora… —repitió Isadora—. ¿De postura?

—Y de imagen —completó Helena, amable—. Todo lo que la ayudará a ser vista como la prometida del señor D'Amico. No se trata de ser otra persona. Se trata de mostrar quién es usted… del modo correcto.

Vi cómo los hombros de Isadora se relajaban un milímetro. Le gustaba esa idea. Era casi una autorización.

—Empecemos con algo sencillo —anunció Helena, situándose en el centro de la sala—. Caminar juntos.

El estómago de Isadora no recibió la parte de «sencillo». Me lanzó una mirada rápida, como pidiendo ayuda sin admitirlo.

—Ustedes dos —continuó Helena— serán observados todo el tiempo. En eventos, cenas, aeropuertos, hoteles, iglesias. La forma en que caminen juntos comunica tanto como cualquier palabra. —Nos señaló—. Si parecen distantes, nadie creerá en este compromiso.

Tenía razón. Desagradablemente razón.

—Entonces… —Helena se colocó frente a nosotros— pónganse lado a lado.

Nos acercamos. Demasiado.

Sentí el calor de su cuerpo antes incluso de moverme.

—Señor D'Amico —indicó Helena—, su papel es conducir. No a una sala de reuniones, sino a una sala de estar, a una cena… a un

altar. —Luego miró a Isadora—. Y el suyo es dejarse conducir… sin parecer perdida.

Isadora soltó una risita nerviosa.

—No es exactamente mi especialidad.

—Lo será —aseguró Helena—. Ahora, manos.

Me miró a mí.

—Tome su mano —ordenó, como quien pide que recoja un documento.

Mi cuerpo no estuvo de acuerdo. Pero obedecí.

Extendí la mano. Isadora dudó medio segundo antes de darme la suya.

Pequeña. Caliente. Suave.

Cerrar los dedos sobre esa mano fue como cerrar una trampa sobre mí mismo.

—Y la otra, en su zona lumbar —indicó Helena.

Isadora se tensó. No mucho. Pero lo suficiente para que yo lo notara.

—Es solo un ensayo —dije, más bajo de lo que pretendía.

—Lo sé —respondió ella. También en voz baja.

Mi mano encontró su espalda baja con demasiada facilidad. Caliente. Firme. Natural.

Demasiado natural.

—Muy bien —dijo Helena, retrocediendo—. Ahora caminen hasta aquella pared y vuelvan. Despacio. Como si salieran de un restaurante bajo muchas miradas.

Primer paso. Segundo.

Isadora ajustó su ritmo al mío. Yo desaceleré un poco. Ella aceleró otro tanto.

En pocos pasos, estábamos sincronizados.

Mi mano guiaba. Su cuerpo seguía.

Y esa simple acción… era más peligrosa que cualquier fusión empresarial.

—Ojos —avisó Helena—. Isadora, mírelo. Cuando necesite seguridad, mírelo. Eso comunica confianza.

Ella obedeció.

Y cuando sus ojos encontraron los míos… algo se movió dentro de mí. Algo que no quería analizar.

Apreté un poco su mano. No demasiado. Solo lo suficiente para transmitir algo que yo mismo desconocía.

Ella respondió. Lo sentí en su espalda.

Un leve estremecimiento. Un pequeño sobresalto.

Avanzamos así hasta la pared.

Pero el regreso fue distinto.

Su tacón se enganchó en el suelo —un fallo mínimo, ridículo—. Lo vi antes de que ocurriera. Pero ocurrió igual.

Perdió el equilibrio.

O lo habría perdido…

Si yo no hubiera reaccionado demasiado rápido.

Mi mano en su espalda se convirtió en ancla. La otra soltó la suya para rodear sus hombros.

En menos de un segundo, estaba inclinada contra mi pecho.

Pequeña. Caliente. Ligera. Demasiado cerca.

Su respiración golpeando mi cuello. Su cabello rozando mi mandíbula. El olor a jabón y nervios invadiendo mi pecho sin permiso.

—Tranquila —dije, con una voz que no reconocí—. Te tengo.

Ella se aferró a mi antebrazo con fuerza.

Por un instante, la sala desapareció.

Desapareció Helena. Desaparecieron los espejos. Desapareció cualquier rastro de contrato.

Solo quedó: Cuerpo. Calor. Física.

Y la voluntad súbita, absurda, prohibida… de inclinar la cabeza un centímetro y descubrir cómo sabía su boca.

Mis dedos se cerraron un poco más sobre su cintura.

Cada centímetro entre nosotros era una provocación. Y cada centímetro que quería borrar… una amenaza.

Helena rompió el trance:

—Perfecto —dijo—. Excelente. Aunque, idealmente, sin el tropiezo.

La solté despacio. Isadora dio un paso atrás. El rostro encendido. La mirada baja.

Yo tampoco estaba preparado para enfrentar lo que mis propios ojos debían estar mostrando.

—Vamos a repetir —propuso Helena.

—No —dije demasiado rápido.

Ambas se giraron hacia mí.

—Quiero decir… —ajusté el puño de la camisa— necesito hacer una llamada antes.

Para mi sorpresa, Helena no insistió.

—Claro. —Se volvió hacia Isadora—. Y lo estás haciendo muy bien.

Isadora murmuró un «gracias».

Yo ya estaba casi fuera de la sala.

Tenía que salir antes de hacer algo que no pudiera justificarse con ninguna cláusula.

Caminé por el pasillo con el corazón en alerta —un estado que no recordaba desde los dieciocho años—.

Yo, que había construido una vida entera sobre el control, estaba huyendo de una sala de mi propia casa porque una chica de diecinueve años había tropezado y caído contra mí.

Pero la verdad era simple:

Si me quedaba cinco minutos más allí, no confiaba en cómo reaccionaría mi cuerpo ante aquel maldito entrenamiento. Uno que, dadas las circunstancias, era más necesario que nunca.

Arruinarlo no era una opción. Ni siquiera aunque Isadora me mirara así.

Hacer que el mundo creyera nuestra mentira no sería el problema.

Recordarme a mí mismo que los límites de la farsa eran límites que yo no podía cruzar…

Ese era el problema.

Ridículo.

Isadora no solo estaba ocupando espacio en mi mundo.

Estaba moviéndolo.

Y yo… yo estaba empezando a parecer ridículo.

20.

ISADORA MENEZES

Cerré la puerta de mi habitación y apoyé la espalda contra ella como si estuviera intentando impedir que entrara un huracán.

El problema era que el huracán ya había pasado. Por mi cuerpo. Por mi cabeza. Por todo mi sistema nervioso.

Las manos me seguían temblando.

Las miré como si fueran las culpables directas. No lo eran. El culpable era otro. Más alto. Más peligroso. Más silencioso.

Alessio D'Amico.

Me dejé caer sobre la cama sin ninguna elegancia. La sensación de él seguía adherida a mi piel: su mano en mi cintura, cálida, firme; la otra sosteniéndome el brazo cuando tropecé; su cuerpo siendo el único obstáculo entre el suelo y yo.

«Tranquila. Te tengo.»

Tenía casi la certeza de que aquel *te tengo* no había sido literal. Al menos, no solo literal.

Mi cuerpo no sabía qué hacer con ese recuerdo. Mi mente tampoco. Mi instinto de autoprotección, menos aún.

—Todo bien, Isadora —murmuré a la habitación vacía—. Es solo un contrato. Estás reaccionando a un entrenamiento. Eso es. Entrenamiento. Academia de pareja. No estás llevando nada al plano personal…

Mi alma entera me miró con expresión de burla.

Suspiré y me tumbé boca arriba, hundiéndome en la cama de hotel cinco estrellas que, técnicamente, era mía ahora.

El techo era blanco. Liso. Perfecto. Sin una sola grieta en la que fijar la mirada.

No ayudaba.

Cerré los ojos y lo único que vi fue el instante exacto en que mi tacón se enganchó en el suelo y casi me desplomé hacia delante… y él me atrapó.

El impacto contra su pecho. Su brazo cerrándose alrededor de mi cintura. El olor: jabón caro, algo amaderado y algo que mi cuerpo archivó de inmediato como *zona de peligro*.

No me desmayé, pero podría haberlo hecho.

En lugar de eso, mi cuerpo eligió otra reacción: temblar.

De esos temblores que empiezan en el estómago y bajan hasta las rodillas.

Alessio se había quedado rígido. Tenso. No solo en la postura… en el aire a su alrededor. Como si hubiera dejado de respirar durante un segundo.

Si Helena no hubiera hablado, no sabía qué habría pasado.

Y eso era lo que me aterrorizaba.

No porque no quisiera imaginarlo.

Sino porque una parte muy fea, muy honesta, muy peligrosa de mí… quería.

Me di unas palmadas en las mejillas.

—No —susurré—. No es ese tipo de historia, Isadora. Estás aquí para trabajar. Para fingir. Para sobrevivir. No para… sentir.

Mi cuerpo preguntó en silencio:

¿Segura?

Lo ignoré.

Fui al baño, me lavé la cara, me até el pelo en un moño alto que no combinaba en absoluto con *prometida de multimillonario*, y regresé a la cama.

El dossier familiar me llamó desde la mesilla como si silbara para provocarme.

Claro.

Ese archivo PDF que parecía contener terabytes de drama familiar italiano se había transformado en un volumen físico cuando el departamento jurídico de Alessio decidió imprimir «las partes esenciales» para que yo estudiara.

Lo acerqué sin darme cuenta.

NOMBRES. LINAJES. CONFLICTOS. ACCIONISTAS.

Primos que conocería. Tías que me daban miedo sin haberlas visto. Una abuela que parecía salida de un tribunal celestial.

Y Alessio en el centro de todo.

Miré su foto en el organigrama. Frío. Serio. Impecable.

Intenté reconciliar esa imagen con el hombre que había corregido mis dedos en el tenedor. Con el hombre que sostuvo mi cintura con demasiada fuerza y me soltó demasiado despacio. Con el hombre que decía *descansa* en el tono exacto que hacía que mi cuerpo obedeciera.

No pude.

Ambos eran él. Y yo estaba lidiando con los dos al mismo tiempo.

Llamaron a la puerta. Suave.

Me incorporé tan rápido que la vista se me oscureció un segundo.

—Adelante —dije, intentando sonar normal.

No funcionó. La voz me salió áspera.

La puerta se abrió.

Era él. Por supuesto.

—¿Estás bien? —preguntó.

Estaba tan controlado que dolía. Camisa alineada. Cabello en su sitio. Expresión limpia.

Como si no hubiera pasado nada. Como si mi cuerpo no hubiera estado pegado al suyo. Como si el aire no hubiera cambiado de densidad entre nosotros.

Respiré hondo.

Fracaso absoluto.

—Todo perfecto —mentí con la convicción de alguien que necesita terapia urgente—. Súper normal.

Alessio arqueó una ceja.

Claro que sí.

—Perfecto —asintió—. Necesitamos empezar nuestra sesión de lectura del dossier familiar.

Sesión. Como si fuera yoga. O estiramientos.

Y no el equivalente socioemocional de estudiar *Game of Thrones – edición mafia italiana*.

—Claro… —sonreí, tensa—. Ya estaba leyendo.

Miró la carpeta abierta junto a mí. Luego me miró a mí.

Durante un instante —mínimo, microscópico— estuvo a punto de sonreír.

Casi.

—Vamos a la sala —ordenó, con ese tono suave que era peligrosísimo.

Lo seguí, intentando no derramar mis sentidos por el pasillo.

Nos sentamos en el sofá.

Error.

Error absoluto.

Porque el sofá era enorme, cabía una familia entera… y él eligió sentarse a unos ocho centímetros de mí.

Vale, puede que no fueran exactamente ocho. Pero no estaba lejos.

Intenté ajustar la postura. Él no se movió ni un milímetro.

Abrió el dossier. Yo abrí el sistema respiratorio. Ambos sufrimos.

—¿Por dónde empezamos? —pregunté—. ¿Por tu abuela asesina con cubiertos de plata?

—No es asesina —corrigió con excesiva seriedad.

—Aún —murmuré.

Un medio suspiro, parecido a una risa reprimida, se le escapó.

—Empecemos por ella, entonces.

Y empezamos.

Luciana D'Amico. Matriarca. Viuda joven. Pragmática. Fría. Temida por medio continente. Respetada por el otro medio.

—¿Te daba miedo de niño? —pregunté.

Tardó en responder.

—No —dijo—. Yo era quien la asustaba.

Me sorprendió.

—¿Cómo así?

—Yo hacía preguntas. —Pasó el dedo por el borde de la página—. Las familias D'Amico enseñan reglas. Yo… las cuestionaba.

Sonreí.

—¿Siempre fuiste así?

—Sí.

—Me gusta eso.

Me miró, curioso.

—¿El qué?

—Que fueras el tipo de niño que hacía preguntas en una familia que solo quería respuestas prefabricadas.

Algo en su mirada se suavizó. Apenas. Pero se suavizó.

Seguimos.

Y entonces sucedió el primer roce.

Su hombro tocó el mío.

Un contacto mínimo. Insignificante. Catastrófico.

Mi piel reaccionó como si alguien hubiera enchufado mi esqueleto a la corriente eléctrica. Él fingió no notarlo. Yo fingí no estar entrando en combustión espontánea.

—Esta es mi tía Angela —continuó—. Evita hablar de política. Y de religión. Y de arte. Y de cocina. Y de…

—¿Discute todo? —intenté rescatar el humor para no arder viva.

—Discute la existencia humana.

Su voz grave me atravesó como un cable de alta tensión.

Seguimos avanzando. Nombres. Escándalos. Anécdotas.

Y cada página era una excusa para acercarnos sin querer.

Mi rodilla rozó la suya. Mis dedos tocaron los suyos al coger un papel. Nuestros hombros casi se apoyaban.

Cada roce activaba una alarma en mi sistema nervioso… y otra cosa.

Curiosidad.

Curiosidad por qué más, además de mis tonterías, lo hacía reír. Curiosidad por qué había arruinado su relación con la Navidad. Curiosidad por qué un hombre como él había elegido a una chica como yo.

—¿Puedes pronunciar este nombre? —preguntó.

—¿Matteo…?

—Mat-tê-o. Con énfasis en el *tê*.

Se inclinó. Demasiado cerca. Para demostrarlo.

La palabra salió de su boca baja, suave, con ese leve acento italiano que… que me hizo querer mudarme a Saturno.

—Inténtalo —murmuró.

Lo intenté. Primero intenté no temblar. Luego intenté hablar.

—Mat-tê-o…

Asintió.

Y no se apartó.

La distancia entre nosotros era absurda. Él miró mi boca. No por accidente. No por descuido.

Yo lo noté. Él lo notó. Desvió la mirada enseguida.

Mi corazón golpeó tan fuerte que casi derribó el dossier.

—Siguiente página —dijo, con la voz áspera, como si se estuviera reajustando.

Seguimos avanzando por ramas familiares.

Hasta que, sin filtro, sin permiso, sin pensar, pregunté:

—¿Te sientes solo?

Se congeló.

Esa no era una pregunta contractual. Ni profesional. Ni inteligente.

Era íntima. Demasiado íntima.

Pero ya estaba hecha.

Tardó unos segundos. Demasiados.

—A veces —respondió.

No esperaba que lo hiciera. Mucho menos con honestidad.

—Yo también —admití.

Me miró.

—No lo pareces.

—Tú tampoco.

No sé cuánto tiempo pasamos así. Hablando. Riéndonos. Rozándonos sin querer.

Cuando levanté la vista, ya era de noche. La luz suave iluminaba solo nuestras piernas, nuestros brazos, nuestros perfiles.

Y entonces sucedió.

Él giró la cabeza para responder algo. Yo también.

Nuestros rostros quedaron demasiado cerca.

Su respiración tocó la comisura de mi boca. El aire se volvió espeso. Vivo. Caliente.

Mi cuerpo se inclinó un milímetro.

Un mí-ni-mo.

Él se levantó como si hubiera tocado un cable desnudo.

—Creo que es suficiente por hoy —dijo demasiado rápido, atropellando la frase.

Me quedé inmóvil. Aturdida.

Él estaba rígido. Mandíbula tensa. Puños cerrados. El aire alrededor… peligroso.

Retrocedió medio paso.

Parpadeé diez, veinte, cincuenta veces.

Porque una verdad se impuso:

No era solo yo luchando por respirar.

—Alessio… —intenté.

Ya estaba saliendo cuando se detuvo. Se giró. Sus ojos buscaron los míos.

Y entonces salió de mí, sin permiso:

—Tengo miedo de no ser suficiente.

El silencio fue tan profundo que casi pedí disculpas al aire.

Alessio sostuvo mi mirada.

—Ya eres más que suficiente —dijo—. Y lo dijo así, crudo, directo, sin defensa—. Y que no te des cuenta de eso es incluso más perturbador que la verdad en sí.

Desvió la mirada, como si hubiera mostrado demasiado. Luego salió.

La puerta se cerró con un clic suave.

Me quedé allí, inmóvil, sin saber cómo recomponerme.

Ese hombre va a destruirme.

Y el pensamiento siguiente me hundió en el sofá con el peso de un secreto:

Y no sé si quiero huir de eso.

Del otro lado de la puerta, juraría —ju-ra-rí-a— que escuché una respiración contenida.

O una mano apoyándose demasiado fuerte contra la pared.

21.

ISADORA MENEZES

Intenté dormir. Lo juro.

Pero cada vez que cerraba los ojos, una secuencia concreta insistía en repetirse dentro de mi cabeza, como si se hubiera convertido en mi nueva lista de reproducción mental:

El casi roce en el sofá. El aire caliente entre nosotros. La boca de Alessio demasiado cerca. Su silencio antes de levantarse. La frase: «Ya eres más que suficiente».

Y aquel sonido, apagado, al otro lado de la puerta.

¿Una respiración contenida? ¿Una mano contra la pared?

No lo sé. Pero lo oí.

Y mi cuerpo estaba contando historias que mi mente no estaba preparada para admitir.

Me giré hacia un lado por tercera vez. Luego hacia el otro. Hundí la cara en la almohada. La levanté. Suspiré tan fuerte que temí despertar al edificio de enfrente.

No servía de nada.

El insomnio estaba decidido a destruirme antes de que la familia D'Amico tuviera siquiera la oportunidad.

Me levanté de la cama y miré mi reflejo de pasada en el espejo.

Moño torcido. Camisón claro, de seda fina —según la vendedora, una pieza "esencial" del ajuar básico que Alessio había pedido. Básico. Claro. Para ellos.

Yo parecía alguien que había invadido el vestuario de una actriz de telenovela y había robado lo menos absurdo.

Me puse las zapatillas sin entusiasmo. Solo necesitaba agua. O té. O algo que calmara mi alma antes de que ella también decidiera rendirse.

Las luces del ático estaban apagadas, salvo el pasillo largo y silencioso. El suelo brillaba como si lo hubiera pulido una hada doméstica millonaria.

La cocina tenía una luz tenue bajo los armarios, suficiente para que todo pareciera *demasiado* íntimo.

Empujé la puerta con cuidado.

Silencio. Perfecto.

Abrí un armario. Luego otro. Hasta encontrar los vasos.

—Si no puedo controlar mi vida —murmuré—, al menos puedo controlar mi tentempié.

Cogí un vaso, abrí la nevera y serví agua. La botella emitió un sonido bonito, casi terapéutico. Cerré los ojos, intentando convencerme de que aquello era una madrugada normal.

No lo era.

Y, como si el universo quisiera subrayarlo, escuché pasos.

Me giré demasiado rápido y casi dejé caer el vaso cuando Alessio apareció en el umbral.

Camisa negra, abierta en los dos primeros botones. Mangas remangadas. Sin americana. Sin armadura.

Doméstico.

Como si aquel fuera un lado suyo al que nadie —nadie— tuviera acceso.

Mi corazón perdió una palpitación entera. O cinco.

—Tú… —tosí, agarrando el vaso con una fuerza indecente— casi me matas. Del susto, quiero decir.

Sus ojos descendieron. Sutil. Instintivo. Durante un segundo.

De mi rostro. A mis hombros. Al camisón.

Luego regresaron a mis ojos.

No fue descarado. Pero fue suficiente para que mi piel se convirtiera en un campo eléctrico.

—¿No puedes dormir? —preguntó.

La voz le salió distinta. Más baja. Menos CEO. Más… Alessio.

Tuve que parpadear antes de responder.

—Es difícil desconectar después de descubrir que voy a cenar con una familia que parece el reparto de una serie política italiana.

Entró en la cocina como si fuera dueño no solo de la casa, sino de la madrugada. Pasó a mi lado sin tocarme, pero el aire cambió de temperatura.

—El té ayuda —dijo, abriendo un armario sin mirar.

Su mano encontró una caja metálica como si tuviera memoria muscular.

—Nunca te imaginé preparando té —comenté, intentando recuperar mi dignidad, que seguía tirada en la entrada—, pero ahora que lo pienso… tiene sentido.

—¿Qué tiene sentido?

—Que quieras controlar eso también —murmuré.

Puso agua en la tetera eléctrica. *Clic*. El sonido me atravesó.

—Los viejos hábitos no mueren —respondió.

Seco. Pero no cortante.

Me senté en el taburete, intentando no parecer una adolescente observando a su *crush* abrir un paquete de galletas.

Colocó una taza en la encimera, pero necesitaba coger otra detrás de mí.

Detrás. De mí.

Se inclinó un poco, extendió el brazo sobre mi hombro. El calor de su cuerpo rozó mi espalda sin tocarme realmente. El perfume me envolvió como un juicio final.

Mi respiración tropezó.

Él lo notó. Él siempre lo nota.

Pero fingió que no.

Cuando dejó la segunda taza sobre el mármol, se giró hacia mí. Brazos cruzados. Toda su atención sobre mí.

—El dossier te dejó… inquieta —dijo.

Reí sin humor.

—Alessio, el dossier me dejó aterrorizada. Tu familia parece una mezcla de mafia y realeza británica.

Respiró hondo. Lento.

—Pueden ser hostiles —admitió—. Pero son previsibles.

Arqueé una ceja.

—No sé si *previsible* es tranquilizador.

Un músculo en la comisura de su boca se movió. No llegó a ser una sonrisa. Pero, viniendo de él… era mucho.

La tetera emitió un sonido suave. Preparó dos tazas con precisión quirúrgica y me entregó una.

—No voy a mentirte diciendo que no hay de qué preocuparse —dijo—. Pero si te sirve, recuerda que todo esto es una farsa. Y, por muy desagradable que sea, en el momento en que volvamos a Brasil… terminará.

Miré la taza. Luego a él.

Algo dentro de mí hizo *crack*.

—Vale —asentí.

—Y yo estaré a tu lado. Todo el tiempo.

La frase cayó en el centro de la cocina como una verdad que nadie había pedido… pero que, de pronto, era la única que importaba.

Mi pecho se apretó de un modo que no era miedo. Ni ansiedad. Ni confusión.

Era otra cosa.

Un peso bueno. Un peso peligroso.

Tragué la sensación.

—Pues nada —dije, levantando la taza—. Té con garantía extendida.

Un sonido bajísimo escapó de él. No era risa, pero era… algo.

Volví a la habitación con el pecho más ligero y más pesado al mismo tiempo. Sin razón racional. Solo porque dijo que estaría a mi lado.

Y mi cuerpo lo creyó antes de que mi mente pudiera impedirlo.

Dormir aún tardó en llegar. Mi cabeza seguía escandalosa.

Pero lo primero que noté al despertar fue… silencio.

Desde que me mudé, todo era así. Un silencio que no parecía abandono, como el de mi antigua minivivienda. Era paz. Una paz cara. Sábanas limpias. Colchón blando. Aire acondicionado susurrando. Luz filtrándose a través de cortinas gruesas.

La segunda cosa que noté fue que, a pesar de todo, había dormido bien.

Peligrosamente bien.

Me senté despacio. Ligera. Sin dolor. Sin ojeras pesando toneladas.

Respiré hondo y cogí el móvil.

Dos mensajes.

Uno de la enfermera. Otro de doña Cida.

El primero era una foto de mi madre sonriendo. El rostro con color, el cabello arreglado, brillo en los ojos.

Deslicé el dedo sobre la imagen, como si así pudiera conservarla.

El segundo decía:

Doña Cida: *Bom dia, filha. Sua mãe comeu direitinho. Rafa tá impossível. Ligue quando puder.*

Llamé de inmediato.

Tres segundos después, la pantalla conectó… y allí estaban.

Mi madre recostada en la almohada. Rafa a su lado, en estado permanente de caos organizado.

—¡¡¡ISAAAA!!! —gritó, pegando la cara a la cámara—. ¡MIRA MI DIBUJO!

El dibujo ocupó toda la pantalla: un coche gigante, una casa gigante, un perro gigante y… yo. También gigante. Escandalosamente blanca. Con pelo de espagueti.

—Está precioso, Rafa —reí—. Da un poco de miedo. Como la gente rica de las pelis de terror.

Soltó una carcajada.

—¡La cocinera nueva hizo tortitas! ¡CON RELLENO! —enseñó los dientes que le faltaban—. Y zumo sin agua del filtro. Mamá dice que es fruta de verdad.

El pecho se me llenó de un calor raro. Dulce y doloroso.

Mi madre sonrió. Débil, pero luminosa.

—Hija… esa mujer cocina mejor que los cocineros del centro.

Los ojos me ardieron.

—Qué bien, mamá. Me alegra tanto que estéis bien. Hace que estar lejos sea un poquito menos difícil.

—Todo esto me parece cosa de gente importante —bromeó ella.

—Mamá —fingí indignación—, yo *soy* importante.

—Lo eres —respondió con esa sonrisa que me desmonta desde niña—. No sé qué has hecho ahí en São Paulo, pero… gracias. Por todo.

Dolía. Porque ella agradecía como si yo hubiera escalado una montaña.

Cuando la verdad era mucho más complicada. Cuando la verdad era… Alessio.

—¿Y el sitio donde estás…? —preguntó—. ¿Es bonito?

Pensé en el mármol de la cocina. En el vestidor más grande que mi antiguo apartamento. En la cama que me engullía como una nube industrial. En el silencio caro. En el ascensor privado. En el hombre que me preparó té a las dos de la mañana.

—Ah… es solo un piso grande —respondí, mordiéndome el labio.

—¿Grande cómo, Isadora?

Suspiré.

—Lo bastante grande como para perderme yendo de la cama a la nevera.

Rafa explotó en carcajadas.

—¡Entonces cuando vaya a verte voy a tener que llevar GPS!

—No te vas a perder —prometí—. Te lo juro.

Mi madre me observó unos segundos. Un silencio suave. Una mirada que decía *yo te veo*, aunque creas que estás ocultándolo todo.

—Pareces… bien —dijo, despacio.

—Estoy… —empecé. Y me detuve.

La verdad estaba atrapada entre dos realidades:

Estoy viviendo un contrato absurdo con un hombre que altera la gravedad de la habitación. Gracias a eso, estás respirando mejor.

—Estoy, mamá —dije al fin—. Estoy ocupándome de las cosas. Te lo prometo.

Asintió.

Rafa saltó del sofá, pura energía.

—¡Mamá, voy a jugar con Davi! —y desapareció de la pantalla.

Mi madre rió.

—Ese niño me envejece y me rejuvenece el mismo día.

—Lo sé —sonreí.

El silencio entre nosotras fue breve. Y estaba lleno de todo lo que yo no podía explicar.

—Va a salir bien, hija —dijo con esa fe que siempre me faltó—. Sea lo que sea que estés haciendo ahí… va a salir bien.

Sentí los ojos arder de nuevo.

—Voy a hacer que valga la pena —prometí—. Todo. Cada parte de esto.

—Yo sé que sí —respondió.

Colgamos.

La pantalla se volvió negra.

Dejé el móvil sobre la cama y respiré hondo.

Por primera vez en mucho tiempo, dentro de mí no había solo miedo.

Había… foco. Promesa. Un valor nuevo y extraño, con forma de té caliente en la madrugada y una frase que aún vibraba en mi piel:

«Voy a estar a tu lado.»

22.

ALESSIO D’AMICO

Estaba en mi territorio. Y, aun así, nada parecía estar completamente bajo mi control.

La sala de reuniones de la planta treinta y uno tenía paredes de cristal, vistas a la marginal y una mesa rectangular lo bastante grande como para albergar consejos enteros. Las pantallas ya estaban encendidas, los gráficos congelados en la diapositiva inicial, y el aire acondicionado soplaba con esa temperatura clínica capaz de anestesiar cualquier emoción.

Excepto las mías.

Carla estaba a mi lado, tableta en mano. El jefe de relaciones públicas, Augusto Pina, sentado tres sillas a la derecha, con una carpeta tan cargada de estrategias que parecía a punto de prenderse fuego. Una asistente de imagen, Camila, terminaba de ajustar el proyector.

—¿Empezamos? —preguntó Augusto, cauto, como siempre que sabía que iba a decir algo que yo no quería oír.

—Empiece —respondí.

La diapositiva se iluminó.

EVENTO BENÉFICO • D’AMICO FOUNDATION Fecha: dentro de diez días

Las imágenes del lugar aparecieron en la pantalla: un salón amplio, techo translúcido, decoración minimalista, alfombra en el vestíbulo, patrocinadores y logotipos discretos.

—Señor D’Amico —comenzó Augusto—, este es uno de los eventos con mayor cobertura mediática del semestre. Ya tenemos confirmada la presencia de inversores internacionales, prensa económica, *lifestyle* y políticos de impacto medio.

Traducción: personas capaces de moldear narrativas. O destruirlas.

Guardé silencio. Era mi forma de decir: continúa.

—Nuestra sugerencia —se acomodó en la silla— es que este sea el primer evento público en el que el señor aparezca junto a su prometida.

La palabra *prometida* cayó sobre la mesa como metal.

Carla no fingió sorpresa. Había aprobado aquello antes incluso de que yo entrara en la sala.

Camila abrió otra diapositiva:

RECEPCIÓN DE PRENSA / PROTOCOLO DE ENTRADA

—Cuanto antes los vean juntos —añadió Carla, cruzándose de brazos—, más tiempo tendremos para corregir narrativas torcidas antes de Navidad.

Sabía que tenía razón. Y odiaba que la tuviera.

—El evento es perfecto para eso —continuó Augusto—. No es demasiado íntimo ni excesivamente masivo. Un punto medio socialmente aceptable para presentaciones de este tipo.

Permanecí inmóvil. Por dentro, calculaba riesgos: presión familiar, presencia del consejo, cámaras, proximidad física con Isadora rodeados de periodistas… y, sobre todo, la imprevisibilidad humana.

—Pasemos a la logística —dijo Augusto, cambiando de diapositiva —. El señor entraría con ella por la alfombra de prensa. Una breve parada para fotos. Treinta segundos como máximo. Después, un recorrido corto por el vestíbulo hasta la recepción formal.

Carla me lanzó una mirada rápida antes de añadir:

—Es más fácil hacer que el mundo crea algo cuando existe imagen. Una foto de ustedes dos juntos vale más para esta narrativa que cualquier guion.

Golpeé la mesa con un dedo. Una sola vez.

—Ninguna pregunta espontánea —dije.

Augusto respiró hondo. Ya sabía que aquello iba a salir.

—Lo intentaremos —respondió—, pero es imposible controlarlo todo. La prensa querrá al menos una frase de ella. Un *"encantada de participar"*, un *"estamos ilusionados"*, algo ligero. Cuanto más rígida esté, más sospechas genera.

Carla se inclinó hacia delante.

—Isadora tiene espontaneidad natural —dijo con acidez elegante —. Lo cual puede ser excelente… o desastroso. Dependerá de cómo la guíes.

Mi mandíbula se tensó.

Espontaneidad natural. Perfecto.

—Quiero todo mapeado —ordené—. Quién estará allí. Quién entra. Quién habla. Lista completa de periodistas. Preguntas previstas. Flujo del evento. Nada de sorpresas.

Augusto dudó antes de decir:

—Alessio… si parece demasiado guionizado, la prensa se lanza a la yugular. Ya sabes cómo funciona. Quieren creer que han cazado algo real. La ilusión de espontaneidad es casi obligatoria.

Carla sostuvo la tableta con una mano.

—La parte espontánea la dejamos en manos de Isadora. —Hizo una pausa breve—. Ella tiene eso de sobra, para tu suerte… o tu desesperación.

Cerré los ojos un instante.

Isadora en una alfombra de prensa. Luces. Gente observando. Cámaras captando cada microexpresión.

Y yo a su lado.

Un problema para el que, sorprendentemente, no tenía fórmula.

—¿Y la familia? —preguntó Carla, tocando justo donde no debía —. ¿Alguna posibilidad de que aparezcan?

Mi expresión se endureció antes de poder evitarlo.

—No —respondí—. No quiero a nadie allí sin aviso previo.

—Tu padre llamó esta mañana —informó, neutra, aunque el tono ocultaba una advertencia—. Preguntó por *"la novia brasileña"*.

Augusto se congeló. Camila fingió teclear algo. Cerré el puño bajo la mesa.

—No es asunto suyo —corté.

Carla me observó un segundo más de lo necesario.

—Parece… interesado —dijo con cautela irritante.

—No importa lo que parezca —respondí, frío—. Este evento lo controlamos nosotros. No Italia.

Augusto carraspeó y pasó a la siguiente diapositiva: el cronograma.

—Con su autorización, anunciaremos su presencia confirmada junto a su prometida en un plazo de tres días. Genera expectativa sin presión excesiva y nos da tiempo para medir repercusiones.

Analicé la línea temporal.

Diez días.

Diez días para convertir un contrato aún húmedo de tinta en algo que el mundo aceptara como verdad.

Respiré hondo.

—Hágalo —autorice por fin—. Pero quiero informes diarios. Y Carla…

—Ya lo sé —me interrumpió con una media sonrisa—. Nada de sorpresas.

Exacto.

La reunión terminó. Los demás salieron. Carla se detuvo un instante en la puerta.

—Alessio…

—¿Qué?

—Estás… menos resistente de lo que esperaba.

La miré con la frialdad entrenada de años.

—Estoy siendo estratégico.

Sonrió como quien oye algo distinto detrás de la frase.

—Claro que sí —dijo antes de marcharse.

Me quedé solo en la sala.

Miré la pantalla. El cursor parpadeaba sobre la frase:

ENTRADA DE LA PAREJA — ALFOMBRA

Diez días.

Diez días para ensayar naturalidad. Para moldear narrativa. Para domesticar el caos.

Diez días para asegurar que Isadora no fuera devorada por mi mundo. O peor: que yo no fuera devorado por su presencia en él.

Murmuré para mí, demasiado bajo para que las paredes lo oyeran:

—Diez días. Perfectamente posible.

Cerré la presentación.

Quise cinco minutos de silencio. Solo cinco.

Pero la pantalla se iluminó antes de que pudiera tocar el panel.

Una llamada.

Origen: Roma.

Respiré hondo. Enderecé la postura. Respondí.

—Alessio —la voz de mi padre llenó la sala con ese timbre que siempre fue una mezcla de arrogancia y enfermedad contenida—. Por fin. Llevo intentando hablar contigo desde la mañana.

—Estoy ocupado —respondí.

—Siempre lo estás —bufó, como si mi agenda fuera una ofensa personal—. Esta vez, al menos, parece que es con algo que importa.

La sutileza venenosa de siempre.

—Estoy trabajando —dije.

—Incluso los hombres ocupados suelen avisar a la familia cuando deciden presentar una prometida al mundo.

—No hay nada que discutir aún.

—Aún —repitió Enrico, con interés cínico—. Una brasileña, eso dicen. Joven. Muy joven. —Pausa medida—. De un contexto… sencillo.

La palabra *sencillo* sonó como quien describe una mancha.

Mi mandíbula se tensó.

—¿Qué quieren saber exactamente? —pregunté.

—Todo, naturalmente —sonrió sin alegría—. Tu padre tiene curiosidad. Tu abuela también. Ya sabes cómo es Luciana cuando siente que ha perdido el control de una narrativa.

Sí. Lo sabía.

—Preguntó —prosiguió— por qué no recibió el nombre de la joven directamente de ti. —Otra pausa—. Y por qué tanta… iniciativa repentina. Sueles ser demasiado selectivo para eso.

Más veneno. Más control. Más recordatorio de que, para ellos, yo era propiedad familiar.

—No tengo obligación de enviar informes sobre mi vida personal —respondí.

—No es un informe, Alessio —su tono se volvió suave, lo que empeoraba todo—. Es proteger la imagen de la familia. Conoces la historia. Todos recordamos lo que ocurre cuando las decisiones sentimentales se toman sin supervisión. —Se inclinó hacia la cámara —. No queremos repetir el… episodio de tu madre.

Un golpe directo. Calculado. Cruel.

—Cuidado —dije, helado.

Enrico fingió no notar.

—La familia solo quiere asegurarse de que estás actuando con claridad —sonrió—. Nadie querría que eligieras a alguien… inadecuado.

La palabra *inadecuado* cargaba todas sus implicaciones: clase, origen, poder, control.

Respiré por la nariz. Calmo. Quirúrgico.

—La diferencia —respondí— es que esta vez, quien elige soy yo.

Una ceja suya se arqueó.

—Elegir es admirable —dijo con burla encubierta—. Pero elegir no garantiza acertar. Y las elecciones equivocadas pueden costar caro. Para todos.

—Sé exactamente lo que estoy haciendo.

Me estudió varios segundos.

No encontró grietas.

—Entonces esperamos conocer a tu prometida pronto —concluyó —. Tu abuela está ansiosa.

—Cuando llegue el momento —respondí—. Y no antes.

Sonrió como quien cree que aún tiene ventaja.

—Ya veremos.

La pantalla se apagó.

Me quedé solo. Otra vez.

Nada de aquello era nuevo. Era la repetición del patrón:

Ellos exigen que yo lleve a alguien. Pero quieren controlar quién. Cómo. Cuándo. Y por qué.

Quieren el poder de validar. Como hicieron con mi madre, hasta destruirla bajo ese peso.

No esta vez. No con la mujer por la que asumí responsabilidad. No con Isadora.

Nunca.

Apoyé los pies con firmeza en el suelo para disipar la tensión acumulada.

Ellos querían supervisión. Control. Narrativa.

Pero esta vez, todo en mí decía una sola cosa:

No voy a permitir que la historia se repita.

***

La cobertura estaba en silencio cuando llegué. Un silencio bueno. Vivo. No ese silencio muerto que me había acompañado durante años.

La puerta se cerró detrás de mí con su sonido habitual: preciso, amortiguado.

Crucé el pasillo amplio, ese corredor que separaba el mundo que yo controlaba… del mundo que estaba empezando a escaparse de mis manos.

Y allí estaba ella.

Sentada a la mesa del comedor, de perfil, las piernas cruzadas, leyendo algo en la tableta que Carla le había dejado con el cronograma del viaje. El pelo recogido en un moño más ordenado que el de la madrugada anterior. Leggings negros, jersey claro de punto fino.

Cómoda. Arreglada. Hermosa.

Y absolutamente ajena al impacto que causaba.

—Has llegado temprano —dijo Isadora, levantando la mirada con una sonrisa demasiado ligera para ser ensayada.

Eso era: tenía un encanto accidental. No performativo. No exagerado.

Un problema enorme para mí.

—El tráfico estaba mejor hoy —respondí, dejando el blazer sobre el respaldo de la silla—. Preferí terminar el resto del trabajo mañana.

Ella inclinó la cabeza, como diciendo *lo sé*. Enderezó la espalda cuando me acerqué.

La cena ya estaba servida: pan artesanal, una ensalada colorida y un plato principal cuyo aroma reconocí antes incluso de leer el nombre.

Me senté a su lado. Elección deliberada. Lo bastante cerca para funcionar. Lo bastante lejos para evitar el desastre.

—Entonces… —dijo, entrelazando los dedos sobre la mesa como si estuviéramos en un bar— cuéntame algo bueno de tu día.

Me quedé inmóvil medio segundo.

—¿Es un examen? —pregunté.

—Es una conversación, Alessio —replicó—. ¿O siempre tenemos que empezar con preguntas específicas?

Suspiré.

—La reunión de relaciones públicas avanzó —respondí—. Tendremos nuestro primer evento público antes de lo previsto.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Y eso fue lo bueno del día?

—No dije que fuera bueno para mí. Es bueno para la narrativa.

Rió. Y mi cuerpo lo sintió antes que mi mente.

—Te toca —dije—. Cuéntame algo bueno de tu día.

Pensó tres segundos, exagerando para hacerme reír.

—Probé unos vaqueros que parecían hechos para mí. Hasta los volví a guardar porque me pareció una falta de respeto usarlos solo para estar en casa. —Pausa—. ¿Eso cuenta?

La miré dos segundos.

Sonreí. Muy poco. Muy rápido. Casi invisible.

Pero ella lo vio.

Y eso lo complicó todo.

Empezamos a comer. Esta vez sostenía bien los cubiertos.

Mientras hablábamos, observé cada uno de sus gestos: la postura curiosa, la forma en que reía sin darse cuenta, cómo me miraba sin intención de medir impacto… pero produciéndolo igual.

Isadora era convincente. En el tipo más peligroso de convicción: la involuntaria.

Y mientras hablaba de vaqueros, helado y de su mañana, comprendí algo con una claridad irritante:

Si llevaba exactamente ese modo suyo al evento, la mitad del trabajo ya estaba hecho.

La prensa lo compraría. Los inversores lo comprarían. Mi familia… quizá.

Ella era espontánea. Genuina. Natural.

Y absolutamente letal.

—Bien —dije, dejando los cubiertos—. Vamos a ensayar.

—¿No es eso lo que estamos haciendo ahora? —preguntó, fingiendo indignación.

—Sí —respondí sin parpadear.

Rodó los ojos, limpió la boca y me miró directamente. En modo *todo o nada*.

—Vale. Dispara. Soy toda tuya.

Un escalofrío me recorrió la columna con esas palabras.

—¿Cómo nos conocimos?

Ella enderezó la espalda y adoptó tono de reportera.

—Señorita Isadora, ¿cómo conoció usted al poderoso Alessio D'Amico?

Levanté una ceja. Ella sonrió, descarada.

—Nos… —empezó— quedamos atrapados en un ascensor. Él intentó evitar que yo me desmayara. Y falló. Estrepitosamente.

—No fallé.

—¿Ah, no? ¿Y cómo llamas *me desmayé sobre tu traje*?

—Circunstancia adversa. Y, además, no fue en el ascensor donde te desmayaste vestida de Mamá Noel. Fue en la acera. Otro día. Así que no, no fallé.

Rió de nuevo. El ambiente se volvió peligrosamente cálido.

—¿Por qué aceptaste casarte conmigo? —pregunté.

Ella hizo una pausa. Miró el techo. Luego a mí. La sonrisa creciendo mientras recorría mi cuerpo con la mirada.

—Bueno… ¿no es obvio?

Su tono era sugerente de un modo que hasta entonces no sabía que Isadora dominara.

Y entonces soltó una carcajada.

—Por tu personalidad encantadora. ¿Por qué si no?

Respiré hondo. Aliviado. Y ligeramente irritado.

Tal vez fue eso lo que me hizo inclinarme hacia delante.

No debía. Lo sabía.

Y aun así, lo hice.

La risa de Isadora se cortó de golpe. Sus ojos se abrieron. Sus labios también. La respiración se le quedó atrapada en el pecho.

—¿Y qué es exactamente, Isadora, lo que más te gusta de mi personalidad?

La pregunta salió más grave de lo que pretendía. Más cerca. Más cálida. Más peligrosa.

Se quedó rígida. No apartó el rostro. Me miraba como quien no sabe si está jugando o cayendo en una trampa.

La duda cruzó sus ojos como un relámpago.

Intentó refugiarse en el sarcasmo.

—Ah… yo… me gusta tu… tu… —giró la mano en el aire buscando una palabra menos comprometida— impresionante capacidad de dejarme sin respuesta.

Seguí inclinado hacia ella. Sin tocarla. Demasiado cerca para que pudiera pensar.

Su mirada descendió a mi boca durante un segundo.

Un segundo excesivo.

—No suena a una respuesta objetiva —comenté.

Mordió el labio.

Mi autocontrol gritó. Lo ignoré.

—Me gusta que no sabes sonreír bien —dijo, primero en tono irónico. Pero esa capa cayó enseguida—. Y me gusta —añadió, más bajo— que prestes atención a lo que digo. Incluso a lo que no digo. Nunca tuve eso antes. Es… nuevo.

Me quedé inmóvil.

No había respuesta para aquello. No en ningún manual. No en ningún contrato.

Isadora conseguía desarmar un guion incluso cuando yo ya lo había abandonado.

—Es que… tienes esa forma de mirar… —continuó, como si necesitara liberar la frase antes de arrepentirse—. Como si intentaras descifrarme. O desmontarme. —Rió, nerviosa—. Lo cual es irónico, considerando que tú eres el enigma aquí.

Parpadeé despacio.

—¿Y eso te incomoda?

—No —respondió, en un hilo de voz. Luego añadió, aún más bajo —. Me pone alerta.

—¿Alerta cómo?

Tragó saliva. Su mano se cerró sobre su pierna. Sus ojos brillaban demasiado.

—Como si… cualquier movimiento equivocado pudiera… no sé… hacer explotar algo.

Silencio.

Largo. Denso. Peligroso.

Sabía que debía retroceder. Un segundo más a esa distancia y el contrato sería papel mojado.

—Tal vez —dije por fin, en un susurro aún más bajo que el suyo— estés más cerca de explotar de lo que imaginas.

No se movió.

El cuello se le enrojeció.

Y antes de que pudiera decir nada más, su expresión cambió por completo.

Como si su cuerpo hubiera activado una alarma de emergencia.

Isadora se levantó tan deprisa que casi volcó la silla.

—Yo… creo que necesito agua —soltó.

No esperó respuesta. Se alejó casi tropezando con su propia sombra.

A medio camino se detuvo, consciente de lo ridícula que era su huida improvisada, y retrocedió medio paso.

—Quiero decir… ¿tú quieres agua también? Porque puedo traer. O… o no. Tienes gente para eso. Pero… o sea… no es que necesites ayuda para beber agua. Obviamente.

Me limité a mirarla.

Sin mover un solo músculo.

Pero por dentro, algo sonrió.

Parpadeó dos veces, rápida, derrotada por sí misma, y levantó las manos en señal de rendición.

—Voy a… traer —murmuró—. Agua. Eso. Agua.

La seguí con la mirada mientras cruzaba el pasillo, el jersey de punto moviéndose suavemente con sus pasos, el cabello cayendo sobre su cuello.

Desapareció por la puerta como si huyera de sus propios demonios internos.

Me quedé allí, frente a la jarra de agua, con un único pensamiento martilleándome la cabeza:

No tiene ni idea. Ninguna. Del efecto que causa.

Y quizá… esa fuera la única ventaja que me quedaba.

Una mentira perfecta.

El control ya se estaba escurriendo entre mis dedos.

23.

ISADORA MENEZES

La mayor parte de los muebles de la sala de entrenamiento había desaparecido. Las sillas estaban colocadas en forma de semicírculo. Un espejo enorme —que juraría que no estaba allí el día anterior— cubría una de las paredes. Y, sobre la encimera lateral, descansaban una pila de cuadernos finos, blocs de notas, bolígrafos, una carpeta rosa pastel con mi nombre y… una regla.

Una regla.

Aún no sabía qué iban a medir con aquello, pero ya estaba segura de que sería mi orgullo.

—¿Estás segura de que vienen hoy? —pregunté a Márcia, que terminaba un arreglo floral como si estuviéramos esperando la visita de la realeza.

—Sí, señorita —respondió con la serenidad de quien no tendrá que mantener la espalda recta durante dos horas—. Carla confirmó que llegan esta mañana.

—Genial —murmuré—. Hoy toca aprender a no lanzarle el tenedor a nadie, ¿no?

Me arrepentí en cuanto terminé de hablar. Afortunadamente, Márcia fingió no oírme.

Me senté en la silla central, acomodé la camiseta cómoda que llevaba y crucé los dedos sobre el regazo, como si eso fuera a evitar que pasara vergüenza.

Dos minutos después, sonó el timbre. La puerta se abrió.

Y ellas entraron.

Primero Carla, impecable como siempre. Hasta conocer a Alessio, yo pensaba que eso de *jefe de gabinete* era cosa exclusiva de

políticos, pero, sorprendentemente —para un total de cero personas — estaba completamente equivocada.

Por lo visto, jefe de gabinete era cosa de gente importante. Incluso de quienes no ocupan cargos políticos. Y formar parte de la vida de Alessio significaba que Helena formaría parte de la mía.

Carla vestía un blazer blanco, sonrisa leve y peligrosa. Detrás de ella, Helena —a quien ya conocía— y, por último, una mujer desconocida hasta ese momento.

Una señora algo mayor, elegante hasta el último pelo del moño perfectamente apretado, vestido beige estructurado, collar de perlas y una libreta de cuero entre las manos.

Miré a Carla pensando: *¿De dónde sacáis a esta gente? ¿En qué catálogo los encontráis?*

—Buenos días, Isadora —saludó Carla, como si estuviéramos empezando una reunión ejecutiva y no una operación de reprogramación comportamental.

Se sentó en un sofá en la esquina de la sala y sacó una tableta del bolso.

—No os preocupéis por mí —avisó—. Podéis fingir que no estoy.

No conseguí reírme. El nerviosismo no me dejó.

—Buenos días… —respondí, intentando sonar casual.

Helena esbozó una sonrisa mínima. La otra mujer se presentó:

—Soy Beatriz. Consultora de etiqueta, especialista en comportamiento social de alto nivel.

Alto nivel. Yo bastante tenía con tener algún nivel.

Asentí como quien no está entrando en pánico.

—Nosotras dos seremos responsables de tus próximas sesiones —explicó Helena—. Las dividiremos en módulos: postura, expresión, desplazamiento en eventos, saludos formales e informales, protocolo fotográfico y gestión del nerviosismo visible.

—Estupendo —sonreí, irónica.

Solo faltaba que me implantaran un chip en la nuca.

—Empezaremos con el módulo uno: caminar como si pertenecieras al entorno —anunció Beatriz, ajena a mis pensamientos, con la autoridad de quien ya ha entrenado a princesas, espías y ejecutivas retiradas.

—¿Y no podemos empezar por sentarse bien? Eso creo que puedo fingirlo —pregunté.

—Sentarse es el módulo tres —respondió, sin emoción.

—Ah. Claro. El módulo de los culos. Es importante.

Carla me lanzó una mirada. Helena contuvo la risa. Beatriz… elevó el mentón como si hubiera visto a un perro hacer sus necesidades en la alfombra del palacio.

—Quizá debamos añadir un módulo sobre vocabulario inadecuado —sugirió Carla.

Pensé que era una broma.

Helena no. Lo anotó.

¿Perdón?

—De pie, por favor —ordenó Beatriz.

Me levanté.

—Ahora camina hasta el otro extremo de la sala como si entraras en un salón formal.

—¿Como en una boda?

—Como en un evento político, cultural y financiero, con ministros, accionistas y prensa internacional.

—Ah. O sea que… Miss Itapeva.

Beatriz abrió los ojos, pero yo ya había empezado a caminar.

Cadera firme. Mentón alto. Sonrisa discreta. Ese movimiento de cadera que gritaba *candidata número tres representando la zona rural con orgullo*.

Di una vuelta completa, posé frente al espejo y regresé.

Helena se tapó la boca. Beatriz soltó un suspiro de resignación.

—Menos telenovela mexicana —dijo por fin—. Más seguridad silenciosa.

—¿Y qué es exactamente la *seguridad silenciosa*? —pregunté.

—Es la convicción de que perteneces al lugar… sin necesidad de anunciarlo.

Fruncí el ceño.

—Entonces, antes de enseñarme a caminar bien, tendrás que enseñarme a creer que puedo caminar bien.

Esperaba una reprimenda. Beatriz simplemente asintió.

—Es un entrenamiento. Y empieza ahora.

Y, por motivos que desconocía, quise hacerlo bien.

Aunque mi primer paseo pareciera la intro de *La Usurpadora*.

Respiré hondo. Me coloqué.

Lo intenté de nuevo.

La sala de comedor también estaba irreconocible.

La mesa larga, extendida al máximo, estaba puesta con precisión militar: tres tipos de plato, servilletas dobladas como abanicos, cinco cubiertos a cada lado —sí, cinco—, copas de tres tamaños… y un centro floral con más presencia que mi autoestima.

Tras casi cuatro horas trabajando el módulo uno, descubrí que caminar era infinitamente más difícil de lo que parecía.

Cuando por fin Beatriz dijo *pausa*, casi lloré de emoción.

Pero su concepto de pausa era… distinto al mío.

Nada de descanso: pasamos a la siguiente sala.

Me senté en la silla asignada como si mi cuerpo fuera una barra de hierro.

—Jesús —murmuré—. Como toque algo de cristal, declaran una crisis diplomática.

Beatriz apenas dejó que la comisura de su boca temblara. Helena soltó un suspiro que podía traducirse como *pobrecita*.

—Empecemos desde la base —dijo Beatriz, ahora con la regla en la mano—. Orden de los cubiertos.

Me los enseñó uno por uno.

—¿El pan tiene cuchillo propio? —pregunté, horrorizada.

—Algunos panes son duros —respondió, seria.

Ah, claro. El problema aquí eran los panes. No mi coordinación motora.

Me enseñó la copa. La cogí por el cáliz.

Beatriz estuvo a punto de entrar en combustión.

—Siempre por el tallo —indicó—. Sujetar por el cristal es… inapropiado.

—Perfecto. Hashtag: no parecer que estoy brindando en un bar —dije.

Helena rió. Beatriz… no.

Después, cortar sin hacer ruido. Fallé. Otra vez. Mejor.

—Esto es como una coreografía de manos, ¿no? —pregunté—. Si me equivoco, ¿alguien se dará cuenta?

—Muchas personas han sido entrenadas para notarlo —respondió Helena.

Me quedé paralizada.

El evento. En nueve días.

Alessio me lo había dicho la noche anterior.

Intenté no entrar en pánico.

Spoiler: fallé.

Beatriz tuvo que repetir las instrucciones tres veces.

Cuando por fin ejecuté todo sin hacer ruido… la puerta se abrió.

Y no necesité mirar para saber quién era.

Alessio.

Entró despacio. Sin anunciarse. Blazer en el antebrazo. Camisa oscura. Mangas remangadas. Cansancio elegante.

Sus ojos se detuvieron en mí. Uno. Dos. Tres segundos.

Demasiado.

—Continúa, Isadora —ordenó Beatriz, como si él no estuviera presente.

Y continué.

Perfectamente consciente de que, si me equivocaba, no sería el plato el que sufriría… sino mi dignidad.

Alessio se sentó junto a Carla. Observó. No habló.

Y cuando salió, fue como si alguien soltara la cuerda que me mantenía rígida.

Seguimos entrenando hasta que mis profesoras dieron su veredicto silencioso: por hoy, basta.

La puerta se cerró. Y el silencio volvió al ático.

Un silencio bueno. Cansado. Real.

Salí a la terraza y me dejé caer en el sofá como si hubiera corrido una maratón en tacones.

El sol se despedía, tiñendo los edificios de oro. Me solté el pelo y respiré.

Estaba agotada… pero bien.

Y así me encontró Alessio.

Sin hacer ruido. Sin armadura. Solo él.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Como una cuchara —respondí—. Pulida.

Soltó un sonido parecido a una risa.

Se sentó frente a mí, inclinado hacia delante. Sin invadir. Solo… presente.

—Lo has hecho muy bien —dijo—. Mejor que mucha gente criada en cenas de gala.

Hice una mueca.

—Sé fingir que no tengo miedo. Es mi superpoder.

Negó con la cabeza.

—No finges —corrigió—. No dejas que el miedo tome el control. Eso es distinto.

La frase me golpeó por dentro. Como algo que necesitaba oír y no sabía pedir.

Mi móvil vibró. Una foto de mi madre. Pijama de franela. Color en la cara. Ojos vivos.

Sonreí. Le enseñé la pantalla.

—Mira.

Alessio tomó el móvil. Miró. Sin prisa.

—Mejor cada día —dijo, devolviéndomelo.

—Sí —respondí. Y, sin filtro—. Por tu culpa.

No dijo nada.

Pero el silencio que dejó… dijo más que cualquier frase.

Miré la foto otra vez.

Y lo entendí.

No era solo gratitud. Era una deuda que jamás podría pagar.

Alessio no solo había salvado mi vida en São Paulo. Había salvado a mi madre. Mi casa. Mi pequeño mundo.

Y, sin saberlo… estaba convirtiéndose en una parte esencial de él.

Miré el cielo. Luego el móvil. Luego a él.

Yo estaba allí fingiendo que pertenecía a su mundo.

Pero viendo a mi madre respirar mejor…

supe que una parte esencial del mío ya le pertenecía a él.

24.

ISADORA MENEZES

No sabía qué me asustaba más: si el hecho de que el vestidor pareciera invadido por una sesión privada de la *Fashion Week*… o que yo estuviera disfrutando de aquello.

De algún modo.

Vestidos colgados en perchas, en las puertas, en un burro portátil que había aparecido misteriosamente por la mañana. Tacones alineados en una esquina, bolsos que me daba miedo tocar en otra.

Y yo… en el centro.

Descalza. Con la cremallera del vestido a medio subir y el alma más desordenada que aquel armario improvisado.

Frente al espejo, observé mi reflejo con absoluta desconfianza.

—Vale… —murmuré—. Es bonito. Muy bonito. Es… peligrosamente bonito.

El vestido era burdeos oscuro, ajustado, con un escote cuadrado que en mí parecía exagerado, largo elegante, espalda descubierta hasta la mitad. El tipo de prenda que, meses atrás, habría jurado que solo existía en telenovelas o en alfombras rojas. El tipo de ropa que jamás imaginé tener que usar como… herramienta de trabajo.

Mi estómago se retorció.

Tres días de clases. Tres días de cubiertos, copas, discursos simulados, inclinaciones sociales, pasos medidos y palabras ensayadas.

Y ahora, la primera prueba real.

¿Qué clase de escuela para novias te pone un examen en el cuarto día?

Pasé la mano por el tejido con cuidado, como si tocarlo mal pudiera romper el hechizo. Pensé en la camiseta que llevaba en el autobús hacía semanas. En mis zapatillas rotas. En los vaqueros con la cremallera sujeta por un imperdible.

Si mi madre me viera allí, dentro de ese vestidor, con ese vestido… se desmayaría. O lloraría. O me pediría quedarse con la percha de recuerdo.

Sonreí sola.

A pesar del pánico creciendo en mi estómago como masa mal fermentada, una parte de mí disfrutaba de aquello. Del desafío. De verme así, con miedo, sí, pero también… entera.

—Y bien —le dije al espejo—. ¿Vas a enfrentarte a esto?

La respuesta llegó en forma de llamada a la puerta. Un golpe seco. Una pausa.

Luego:

—¿Puedo entrar?

Mi columna se petrificó.

Miré la cremallera a medio subir, mis pies descalzos, el caos detrás de mí.

—¡Un minuto! —grité, tropezando con un tacón mientras intentaba parecer menos… cruda.

La puerta se abrió igual.

Por supuesto que se abrió.

Alessio se detuvo en el umbral. Y durante un segundo no dijo nada.

Sus ojos recorrieron la habitación. Luego se fijaron en mí. Primero con su modo técnico habitual: evaluando cortes, medidas, riesgos.

—El corte es bueno —dijo con esa calma clínica suya—. Favorece tu postura. Es adecuado para el evento.

Me quedé quieta, intentando no morir por dentro.

Pero entonces…

Él dudó.

Apenas un instante. Un segundo tan largo que me mostró que ya no estaba juzgando solo el vestido.

—Estás… —su voz bajó— perfecta para hoy.

Mi piel reaccionó antes que mi cabeza.

La garganta se me cerró durante dos segundos.

Me recompuse como pude.

—Perfecta versión beta. No subas mucho las expectativas. Igual me bloqueo en el momento clave y tropiezo con el CEO más importante de São Paulo… bueno, ese serías tú, ¿no? Sería horrible tropezar con cualquiera, pero contigo sería peor, aunque… ¿qué dijo Helena ayer? ¿Que tropecé con gracia? Menos mal, porque soy tan buena tropezando que…

Alessio arqueó una ceja.

—Puedes tropezar cuanto quieras, Isadora. Yo te voy a sujetar.

Mi corazón dio un vuelco.

Se acercó despacio. Siempre tan calculado.

—Directores. Inversores. Tres miembros del consejo de la fusión. Un columnista de *Forbes* y una mujer que intentará descomponerte con solo mirarte. Todos estarán allí esperando cualquier tropiezo tuyo, literal o metafórico. Pero ninguno importa. ¿Sabes por qué?

Negué con la cabeza.

—Porque tú no vas a estar allí para impresionar a ninguno de ellos.

—¿No?

—No.

—Entonces… ¿para qué es todo esto?

—Para que estemos juntos. Frente a ellos. Ese es el único propósito de esta cena. Ensayaremos nuestra sincronía, pero el resultado solo importa para nosotros dos. Para nadie más.

Me mordí el labio y asentí.

—Si te hacen preguntas incómodas, mírame. Yo lo corto.

Tragué saliva.

La forma en que lo dijo no dejaba lugar a dudas. Él acabaría con cualquier ataque. De raíz.

Y, por un instante absurdo, quise creer que nada podría tocarme si él estaba a mi lado.

Alessio extendió la mano hacia mí.

—¿Quieres practicar la entrada?

Dudé. Asentí. Luego me giré y señalé mi espalda.

—¿Puedes… cerrar la cremallera? Por favor.

Le ofrecí la espalda.

Y entonces lo vi todo a través del espejo.

Alessio acercándose. Eliminando la distancia como si nunca hubiera existido. La cabeza inclinándose. La mirada recorriendo mi columna hasta el punto exacto donde la cremallera esperaba.

Y sus manos…

Se posaron en mis caderas.

Sus palmas eran cálidas. Firmes. Y su tacto… duró un segundo más de lo necesario. Un segundo que me desarmó por dentro.

No fue un toque práctico. No fue directo.

Fue… deliberadamente lento.

Como si primero lo hubiera hecho en su cabeza y luego lo estuviera ejecutando.

Sus dedos se movieron por la curva de mi cintura. Ajustando. Luego subieron por mi espalda. Hasta encontrar la cremallera. Justo donde el tejido terminaba y mi piel empezaba a arder.

Mi respiración se detuvo.

Por el espejo vi cómo inclinaba la cabeza para seguir el recorrido. Su mentón quedó a centímetros de mi hombro. El aire caliente de su respiración rozó mi piel sin tocarla.

Y el escalofrío que me recorrió la espalda no pidió permiso.

Cerré los ojos.

No para evitar nada.

Sino porque era imposible sostener aquello consciente.

El sonido de la cremallera subiendo pareció más bajo de lo normal. O quizá era el mundo entero el que se había callado.

Cuando llegó arriba, su mano se detuvo en la base de mi nuca.

No para ajustar el vestido.

Sino como si necesitara cerrar un circuito invisible entre nosotros.

Seguí con los ojos cerrados. Intentando recordar que ese hombre era mi jefe por contrato. Y no… esto.

Él dio un paso atrás.

Pequeño. Sutil.

Y aun así, el calor se retiró como un golpe de aire frío.

Abrí los ojos.

Alessio ya había recuperado la postura.

Pero no el control.

Se giró ligeramente.

—Lista —dijo.

La voz más baja. Un punto ronca.

Asentí.

Mi cuerpo aún intentaba entender por qué me sentía como si me hubiera atravesado un rayo… y agradecida por ello.

Acepté la mano que me ofreció.

Ensayar la entrada. Que Dios nos acompañe.

Tomé su antebrazo. Nuestros codos se alinearon.

—Cuando entres… no pidas perdón por estar allí —dijo—. Ese espacio es tuyo tanto como de cualquiera.

La frase se instaló en mi pecho como algo que no era solo sobre el evento.

Era sobre… todo.

Encajé mi brazo en el suyo como Beatriz había enseñado. Codo ligero. Muñeca alineada. Distancia calculada.

Pero el calor…

El calor era improvisado.

Y aunque todo fuera mentira, esa frase…

esa frase sonó más real que cualquier cosa que yo hubiera vivido fuera de aquel vestido.

25.

ISADORA MENEZES

Tardé más de lo humanamente aceptable en girar el pomo de la puerta de mi habitación. No porque no estuviera lista. Lo estaba. Al menos, en teoría.

En la práctica… el vestido parecía haber sido cortado con láser. Un brillo discreto, un corte perfecto, una osadía elegante; nada gritaba, pero todo decía *mírame otra vez*.

El estilista lo había llamado «sofisticación contemporánea». Yo lo llamaría *peligro ambulante*.

Cuando por fin reuní el valor para salir, Alessio ya me esperaba en el salón. Estaba de espaldas, ajustándose la manga del blazer, hablando en voz baja con Carla sobre algún detalle de la agenda. Pero entonces se giró…

Y se detuvo.

No fue un tropiezo. No fue un sobresalto. No fue exagerado.

Fue silencio.

Un silencio que cortó el aire, pesado, cálido, lleno de cosas que ningún contrato mencionaba.

Sus ojos recorrieron el vestido como quien memoriza, no como quien evalúa. Del escote discreto a la línea de mis caderas, de la caída del tejido al brillo de mi piel. Bajaron despacio. Subieron aún más despacio.

Lo sentí. En todo el cuerpo. Como si hubieran conectado mi sistema nervioso a la corriente eléctrica.

Inspiró hondo. Tan hondo que lo oí.

—Isadora… —su voz estaba más grave, más baja, más arrastrada — estás…

Esperé *adecuada*. O *lista*. O *correcta para la cena*.

Pero dijo:

—…deslumbrante.

Mi cuerpo entero —traidor profesional— reaccionó al instante. Calor subiendo por la nuca. Aire corto. Estómago hundiéndose. Piernas a punto de dejar de existir.

Hice lo que siempre hago cuando estoy a punto de evaporarme:

—Versión final, ¿no? —murmuré con un humor flojo—. La versión beta la viste ayer.

No sonrió.

Pero sus ojos… se suavizaron.

Carla carraspeó discretamente. Había sido olvidada en la habitación. Y desapareció antes de que cualquiera de los dos recordara girar la cabeza hacia ella.

Creí que lo peor sería bajar en el ascensor hasta el garaje, pero bastó con que la puerta del coche se cerrara para descubrir lo equivocadísima que estaba.

Ahora había un vestido ajustado a la perfección, un perfume de Alessio que parecía intensificarse en la oscuridad… y un silencio que acariciaba mi piel.

—¿Nerviosa? —preguntó con sencillez.

Yo mentí sin ningún pudor:

—Un poco.

—Eso es bueno —respondió—. Significa que no estás entumecida.

—¿Y si prefiriera estar entumecida?

Giró el rostro hacia mí, y la manera en que me miró… ardió.

—Te prefiero despierta.

Mi cuerpo entero reaccionó a esas palabras. Mi cerebro, mientras tanto, pidió la baja médica.

—Sobre aquella lluvia de cubiertos en la mesa… ¿crees que recordaré el orden correcto? —pregunté, desesperada por distraerme de mis propios pensamientos.

—Lo harás —dijo, demasiado tranquilo—. Tu cuerpo aprende rápido.

Tu cuerpo.

Perfecto.

Una parte de mí consideró abrir la puerta del coche y salir corriendo. Pero el chófer seguramente lo encontraría extraño.

Los minutos siguientes fueron silencios densos. De esos que no deberían compartirse entre dos personas que, teóricamente, no están involucradas.

Cuando por fin el coche se detuvo frente al restaurante, solté el aire sin saber que lo había estado conteniendo. Alivio. Y pena. Las dos cosas.

La *hostess* reconoció a Alessio en cuanto lo vio.

—Señor D'Amico… es un honor tenerle aquí.

Su voz ganó un brillo inmediato, pero cuando sus ojos bajaron hacia mí, sentí su juicio silencioso.

Alessio también lo notó.

Puso la mano en mi espalda baja.

Firme. Cálida. Protectora.

Mi columna entera respondió, recordando a Helena, a Beatriz, a Carla, al entrenamiento entero: postura, mentón alto, pasos medidos.

Él dijo:

—Esta es Isadora, mi prometida.

La palabra cayó en el aire como algo sólido. Un objeto demasiado caliente para sostenerlo con las manos. Y aun así… me cayó directo en el pecho.

Mi prometida.

Debería recordar que era contrato. Entrenamiento. Propósito. Juego.

Pero no sonó así.

No como él lo dijo.

La *hostess* parpadeó rápido, escondiendo la sorpresa, luego sonrió.

—Bienvenida, señorita.

Asentí y nos guió hacia dentro con la sutileza de quien sabe que está escoltando a alguien importante.

Caminé intentando recordar los pasos, la postura, las instrucciones de Beatriz y Helena…

Pero nada importaba.

Porque Alessio estaba a mi lado. Y el mundo parecía inclinarse hacia él.

Su mano siguió en mi espalda baja. Solo eso. Solo una mano.

Tardé dos segundos en darme cuenta de que estaba regulando mi respiración según su toque, como si mi cuerpo hubiera decidido que así era como se existía en público con él.

Y lo peor… no se sentía mal.

El restaurante no era grande. Al contrario, parecía exactamente el tipo de sitio que la gente rica vacía para tener conversaciones privadas.

Y casi me reí, porque era exactamente lo que había pasado esa noche.

Las cabezas empezaron a girar. Algunos saludaban. Otros observaban. Nadie disimulaba especialmente.

Estaban viéndome… a su lado. Como su elección. Como su promesa. Como si yo perteneciera a un mundo que jamás había hecho espacio para mí.

Mi corazón latía en el ritmo equivocado.

Pero Alessio… Alessio parecía hecho para aquello. Saludaba con el mínimo de palabras y aun así todos respondían, se reorganizaban, sonreían.

Cada gesto suyo comunicaba poder, control, seguridad.

Yo debería estar aterrada.

Y lo estaba.

Pero había una corriente cálida entre nosotros que no tenía nombre. Ni excusa.

Alessio me guió hasta la mesa reservada, inclinándose ligeramente para que yo me sentara primero. Una cortesía que resultó íntima. Demasiado íntima para ser fingida.

Cuando me senté, sentí su perfume descender conmigo. Su mano rozó mi hombro durante un segundo —solo un segundo— al ajustar la silla.

Y ese segundo… valió por horas.

Las conversaciones comenzaron enseguida. Gente que no conocía. Gente que conocía a Alessio. Gente que me estudiaba como si fuera una ecuación mal resuelta.

Debería haberme quedado paralizada. Debería haber tropezado. Debería haber pedido disculpas por existir.

Pero cada vez que alguien me lanzaba una pregunta… cada vez que una mirada intentaba atravesarme… cada vez que mi inseguridad levantaba la cabeza…

La mirada de Alessio encontraba la mía.

Calma. Firmeza. Baja, para que nadie lo notara. Profunda, para que yo sí lo hiciera.

Un mensaje sin traducción posible:

Estoy aquí.

Y eso… eso era lo único que me sostenía.

Cuando preguntaron de dónde era, respondí:

—De Itapeva.

Lo dije con orgullo. Con fuerza. Como si toda mi ciudad estuviera detrás de mí.

Entonces llegó la pregunta venenosa:

—Debe de ser un cambio… grande. ¿Difícil acostumbrarse, no?

Sentí la intención afilada detrás de la frase. Como si estuviera fuera de lugar por existir allí.

—Algunas cosas asustan. Otras… alivian —respondí.

Era verdad. Dolorosamente verdad.

Y Alessio lo oyó. Lo vi en sus ojos.

—Se adapta rápido —intervino—. Es algo que admiro mucho de ella.

Debería haber olvidado esa frase en quince minutos.

No lo hice.

Porque no sonó como algo dicho para los demás.

Sonó como algo dicho para mí.

La conversación siguió: nombres, acciones, cifras, el vasto imperio que él manejaba. Yo flotaba, asentía en los momentos correctos, bebía agua con calma ensayada.

Modo supervivencia: activado.

Una mujer de cuarenta y tantos, con joyas que pesaban más que toda mi familia junta, sonreía con superioridad.

Hasta que habló.

—Es fascinante, señor D'Amico —dijo, dirigiéndose a él pero analizándome—. Isadora es… un soplo de juventud en su círculo. Para una chica de su edad debe de ser difícil adaptarse a un entorno tan… serio, ¿no?

La frase era una puñalada disfrazada de preocupación.

La vergüenza antigua me hizo contener el aire.

Pero no llegó la humillación.

En su lugar, sentí la presión de la mano de Alessio en la curva de mi silla.

Sutil. Firme. Decisiva.

Él miró a la mujer con la calma afilada de un depredador interrumpido.

—La responsabilidad no recae sobre Isadora, señora Morelli —dijo —. La responsabilidad de protegerla y asegurar que tenga todo lo necesario para adaptarse es exclusivamente mía. Yo la elegí. Y, con todo respeto, Isadora posee una honestidad y una integridad que, por desgracia, escasean en ambientes como este.

El silencio fue un golpe seco.

Protección.

¿Cuándo había sido la última vez que alguien hacía eso por mí?

El calor que subió por mi cuello no era vergüenza.

Era seguridad.

Ese hombre frío, que me había contratado como fachada, acababa de declarar públicamente que yo era su prioridad.

Su territorio.

La confusión no se había asentado cuando otro hombre intervino, un joven ejecutivo que me había mirado demasiadas veces:

—Es cierto, Alessio. Ella es una joya rara. Tan joven, tan inocente… lo que atrae es la pureza, ¿no?

No supe cómo reaccionar.

Alessio sí.

Giró la cabeza lo justo para que solo él y yo viéramos la intensidad de sus ojos grises.

—La atracción no es relevante, Riccardo —replicó—. Lo que me importa es la lealtad. Y la señorita Menezes es leal. Te sugiero que te centres en tu cartera y no en los detalles de mi relación.

Riccardo palideció.

No hubo segunda insinuación.

Y otra vez… no lo dijo para la mesa.

Lo dijo para mí.

El resto de la cena pasó como una neblina.

Solo veía a Alessio.

La forma en que movía el cuchillo. Cómo no bebía demasiado. Cómo controlaba cada gesto.

Al salir, volvió a colocar la mano en mi espalda baja.

Esta vez no era actuación.

Era un ancla.

—Lo has hecho bien —dijo—. No has perdido la compostura.

—Gracias por… defenderme —susurré—. No tenían por qué saber lo de Itapeva.

Se detuvo un instante. Su mano presionó un poco más.

—No te defendí por ellos —dijo—. Te defendí porque no me gusta que rebajen lo que es mío.

Mi respiración se detuvo.

Lo que es mío.

Sabía que hablaba del contrato.

Pero así, en su voz… sonó a algo más primario.

El chófer abrió la puerta. Subimos.

El coche no arrancó de inmediato.

Diez segundos.

Diez segundos en los que su perfume llenó mis pulmones y mi piel ardía bajo el recuerdo de su mano.

—Alessio, yo…

Giró el rostro hacia mí. Lento. Deliberado.

Estaba demasiado cerca.

Mi mano subió y se aferró a su camisa buscando equilibrio.

Él la interceptó. No la apartó. La envolvió.

Su pulgar rozó mi palma.

—No digas nada ahora, Isadora —susurró.

Inclinó la cabeza.

El mundo se detuvo.

Cerré los ojos.

A un milímetro. Solo un milímetro.

Clac.

La puerta delantera se cerró. El coche arrancó.

La burbuja se rompió.

Alessio se apartó. La distancia fue un latigazo.

Antes de soltar mi mano, la apretó una última vez.

Un mensaje mudo:

No ahora.

Miré por la ventana, respirando con dificultad.

Y sentada en el asiento trasero de un coche deslizándose por la noche de São Paulo, pensé —con absoluta honestidad— que quizá era una locura…

…pero una parte de mí empezaba a desear que ese contrato se rompiera.

26.

ALESSIO D’AMICO

Me puse el traje antes de las siete.

Era rutina; la disciplina era la única ancla que tenía. Pero aquella mañana, la armadura estaba resquebrajada.

El perfume de ella —el mismo que yo había elegido con precisión quirúrgica— seguía flotando en el aire de la cobertura, impregnado en el recuerdo de un milímetro de distancia que casi había destruido mi autocontrol.

Necesitaba a Carla. Necesitaba lógica.

Y, como si lo hubiera previsto, mi jefa de gabinete ya me esperaba en mi despacho cuando llegué. El tablet abierto, las líneas y cifras reflejadas también en la pantalla de mi ordenador. Los informes de rendimiento eran mi único consuelo.

—La noche fue un éxito, Alessio —anunció Carla, tan quirúrgica como siempre—. El consejo llamó. La aprobación es casi unánime.

Asentí, tomando mi café solo, buscando la indiferencia.

—¿Impresiones directas?

—El consenso es que ella “transmitió seguridad” y que la dinámica parecía “menos fingida de lo que esperábamos”.

La satisfacción que sentí fue mínima. La palabra “seguridad” era una ironía. Isadora estaba aterrada; simplemente era lo bastante valiente para fingir lo contrario.

—¿Y las objeciones?

Carla vaciló, lo cual me irritó. Odiaba las sorpresas. Ajustó las gafas.

—Tu padre ha hecho un comentario.

—Enrico está fuera del tablero —corté, el nombre en mi boca sonando como una puñalada hacia mí mismo.

—Aun así —leyó la cita del correo electrónico, y sentí el peso de la tradición y el desprecio en cada palabra—: "No olvides que la imagen es volátil, Alessio. No te distraigas. El foco es Sicilia, no el entretenimiento".

La sangre me hirvió. Enrico estaba reduciendo a Isadora a un espectáculo. Y, peor aún, insinuaba que yo había cometido la debilidad de dejarme distraer por… ella.

—Su imagen será monitorizada de cerca, Carla —mi voz salió baja y afilada. No estaba hablando del consejo. Estaba hablando de mi territorio—. Quiero todas las menciones públicas y de prensa. Si alguien traspasa la línea del respeto, el departamento jurídico actuará de inmediato.

Carla me observó con atención, y detesté la claridad de su mirada.

—Sé cuándo estás defendiendo a la empresa, Alessio. Y sé cuándo estás defendiendo a alguien.

Necesité un argumento incontestable para defenderme… de mí mismo.

—Forma parte de la estrategia. No voy a permitir que mi pieza más vital sea destruida por deporte o por chismes. Es pura lógica.

Cerré la conversación ahí. Pero cuando Carla deslizó ante mí el tablet, mostrando los titulares de blogs burlándose de Itapeva, de la "Cenicienta brasileña" y de su "ingenuidad", la furia fue distinta.

No era la furia del CEO.

Nadie haría con Isadora lo que habían intentado hacer conmigo: desmantelar su imagen, desacreditarla por un simple error de juicio. No en mi presencia.

—La monitorización será agresiva, Carla. No permitiré que nadie la toque.

Estaba declarando que era mía. Y el peligro no venía de la prensa… sino de la posesividad que no podía explicar.

***

La puerta del dormitorio de Isadora estaba entreabierta. Y aunque mi agenda del día aún no había terminado y debería pasar de largo, no pude.

Escuché su voz. La cadencia del interior, el esfuerzo por sonar tranquila.

—Estoy bien, mamá. Es solo un trabajo temporal —su voz era fina, una cuerda tensa—. Es mucho dinero, pero no es para encariñarse. Solo estoy… cuidando de algo importante.

Me quedé quieto. Sabía que el acuerdo era temporal. Yo mismo lo había redactado. Pero oír a Isadora interiorizar esa transitoriedad, minimizar lo que estaba viviendo para proteger a su madre… me golpeó en el pecho.

"…no es para encariñarse."

Una sombra de mi propio pasado.

—Cuando esto termine, vuelvo. Tendremos un respiro con este dinero, te lo prometo. Tu tratamiento va a terminar y podremos hacer un viaje. Podríamos ir a Río de Janeiro. En avión.

La culpa de ella. El sacrificio. La distancia. El amor.

Isadora no estaba aquí por lujo. Estaba aquí por desesperación. Por supervivencia. Por la gente que quería.

Yo no hacía caridad; yo hacía planes de sucesión. Pero la pureza de su afecto —sin cálculo, sin manipulación— me desarmó más que cualquier movimiento del consejo.

***

Pasaron días desde la cena.

Ni ella ni yo mencionamos lo ocurrido más allá de lo estrictamente necesario. Isadora siguió nuestra rutina: cenas, ensayos, preparación exhaustiva.

Y aunque yo estaba exhausto por el viaje relámpago a Río aquella mañana, verla en el salón de la cobertura me produjo un alivio extraño.

Isadora estaba bajo la luz tenue, con el tablet sobre las rodillas. Su expresión no era de admiración ni de gratitud.

Era de ira fría.

—¿Todo bien? —pregunté, acercándome. Ella alzó los ojos.

La frente fruncida. Los labios tensos. Miró el tablet otra vez, luego a mí. Alternó la mirada dos veces, como si intentara comprender algo.

—¿Esto es… real?

Su voz tenía una frecuencia que no había escuchado antes. Me detuve, dejé el blazer sobre la butaca.

La furia de ella no era histérica; era contenida. Y eso la hacía más peligrosa.

Vivíamos bajo el mismo techo desde hacía una semana, y aquella era la primera vez que veía algo distinto a determinación o inquietud en sus ojos.

—¿Qué es real, Isadora?

Me mostró el tablet.

No era solo el valor de su contrato. Era un informe detallado de gastos: los looks de alta costura, el valor de las joyas temporales, los billetes de primera clase, la seguridad adicional.

El total era astronómico. Ella nunca debería haber visto esa hoja.

—Hablo de los números. De la columna "Gastos proyectados — Noiva" —dijo, la voz tensa—. Me has pagado ciento cincuenta mil reales. Pero estás gastando casi siete veces más para llevarme allí.

—Es una inversión, Isadora. Formas parte de la estrategia de imagen —respondí, intentando mantener el tono racional de un CEO explicando a una accionista—. Una pieza vital necesita recursos. Planifico cada detalle.

Miré la pantalla otra vez. Y ella, viendo la pregunta que cruzó por mi mente, dijo:

—No querías que yo viera esto.

Se levantó. La planilla cayó sobre el sofá.

Sus ojos brillaban, no por lágrimas, sino por dignidad herida.

—Soy una persona, Alessio. Tengo una familia, un nombre. Tengo orgullo. Me contrataste por quinientos mil para fingir. Y ahora descubro que he costado un millón en una semana. —Señaló la pantalla—. Sé que no soy un artículo de lujo. Entonces… ¿por qué? ¿para qué?

El golpe más fuerte fue entender que ella no tenía miedo del dinero. Tenía miedo de lo que el dinero significaba.

—Me estás comprando, Alessio —confesó, la voz quebrándose—. Necesito el dinero, y sé que no estás haciendo caridad. Pero al ver lo que estás gastando… siento que estoy endeudándome con tu alma.

Avancé un paso.

—No me debes nada más que tu desempeño. El contrato es claro.

—¡El contrato está hecho de tinta! ¡La gratitud está hecha de carne! —retrocedió, chocando con la estantería—. Si esto falla, si cometo un error en Verona y tú pierdes la sucesión por la que estás pagando tanto… yo no pierdo solo el dinero. Pierdo lo único que me queda: mi derecho a caminar con la cabeza alta, sabiendo que solo acepté lo que podía pagar. Me aterra ser tu proyecto del año. El que falló. El que te costó una fortuna.

El miedo real. El que arrastraba desde su despido injusto. El miedo a ser señalada, destruida, culpada.

—Yo estaba muriéndome de hambre, Alessio. ¿Tú sabes lo que es eso? —sollozó, con una sinceridad que me desgarró—. Ahora tengo miedo de no poder dormir por tanta abundancia. Tengo miedo de acostumbrarme a que solo soy valiosa porque estoy a tu lado.

El llanto llegó: silencioso, feroz, devastador.

—¿Y cuando todo acabe? —susurró—. Solo ha pasado una semana y…

La voz se apagó, pero sus ojos gritaban lo no dicho. El coche. El casi beso. El límite borroso entre contrato y… otra cosa.

Algo en mí cedió. Algo que no pude recuperar.

Me moví sin pensar.

La abracé.

No fue deseo. Fue protección pura e inmediata. Mis brazos envolvieron su espalda, mi mano en su nuca, su cuerpo temblando contra mi camisa.

Ella no se resistió. Se derrumbó contra mí.

La sostuve.

Sentí cada sollozo, cada fragmento de pánico, cada cicatriz invisible. La protegí como no había protegido a nadie desde que mi madre murió.

Cuando su llanto bajó, alzó el rostro aún entre mis brazos.

Ojos hinchados. Respiración temblorosa. Líneas de vulnerabilidad mezcladas con valentía.

Estábamos demasiado cerca. Su boca… demasiado accesible.

Me odié por pensarlo.

El impulso fue físico. Brutal.

Pero en lugar de besarla, levanté una mano y limpié una lágrima de su mejilla con el pulgar.

La herida de Isadora era más importante que mi deseo.

—No quiero comprarte, Isadora —susurré, la voz ronca—. Quiero asegurarme de que, cuando esto termine, no vuelvas al punto en el que estabas. Yo garantizo tu futuro. Tú solo me debes tu honestidad en Verona.

Ella no respondió. Pero la frase entró en su pecho como un ancla.

Me separé primero. Obligando a mis manos a recuperar disciplina.

Y la dejé allí, en la penumbra del salón, sabiendo que, de todos los desórdenes que Isadora había introducido en mi vida… aquel —el de la intimidad preocupada— era el más peligroso de todos.

27.

ISADORA MENEZES

Me desperté con la sensación de haber dormido bajo una manta de seguridad, aun sabiendo que lo único que me cubría era una sábana de seda de seiscientos hilos. El calor, el peso, la promesa susurrada la noche anterior —«Quiero asegurarme de que, cuando esto acabe, no vuelvas al punto en el que estabas»— seguían conmigo.

Había discutido con Alessio D'Amico. Le grité sobre dignidad, sobre el miedo a ser un producto caro. Y él, en vez de despedirme o reprenderme, me abrazó. Un abrazo que no era de jefe, sino de ancla.

Sabía que había cruzado límites. Pero ver todos aquellos números me había asustado mucho más que las pequeñas notas sobre mí misma tras la cena en la que había ido con Alessio. Saber cuánto estaba costando realmente nuestro compromiso me había aterrorizado más que aquella cercanía de la que ninguno de los dos hablaba.

El miedo a ser un proyecto fallido seguía allí, pero ahora había nacido otro terror: el miedo a acostumbrarme a la sensación de tener a un multimillonario de 1,89 m protegiéndome del mundo.

Me duché y me vestí con un peso extraño en los brazos y en las piernas. Bajé a la cocina, intentando mantener la compostura. Lo que quedaba de mi viejo orgullo estaba en las puntas de mis pies.

La cocina era un espectáculo frío y funcional, con la mesa ya puesta para un desayuno que costaba más de lo que yo había ganado en un mes en toda mi vida antes de Alessio.

Él estaba allí, leyendo un informe en el tablet, de pie, con una camiseta negra que le daba un aire de peligro contenido. Me saludó con un leve gesto de cabeza. No hubo mención al llanto, ni al

abrazo, ni al casi-beso de días atrás. La muralla de mármol había vuelto a levantarse.

—Buenos días —dijo.

El tono era neutro, pero sus ojos se quedaron un segundo más en los míos, buscando restos de fragilidad.

—Buenos días —respondí, intentando sonar totalmente normal.

Carla apareció en la cocina con la eficiencia de un misil teledirigido. Nunca dejaba de impresionarme su capacidad de materializarse y desmaterializarse como una sombra. También llevaba un tablet en la mano, el moño impecable y la expresión de quien llega con una misión imposible.

—Isadora. Alessio. La agencia de Relaciones Públicas ha hecho una solicitud —anunció sin preámbulos—. Parecisteis perfectamente adecuados en público, pero nadie se cree un compromiso que solo existe en fotos de gala.

Alessio se giró hacia ella, visiblemente impaciente.

—No tengo tiempo para teatro doméstico, Carla.

Carla no se inmutó.

—Entonces qué bien que conozco a la persona responsable de tu agenda… y ya he hablado con ella para que lo arregle —respondió, implacable—. Necesitamos material de bastidores. Recuerdos creíbles de pareja. Nada para publicar ahora, pero sí como munición si la prensa empieza a escarbar. Necesitamos pruebas de que existís juntos fuera de los focos.

Me serví café, atenta.

—La misión de hoy es sencilla —continuó Carla—. Vais a cocinar juntos, elegir algunos elementos de decoración para el viaje o para la cobertura —miró a Alessio con una censura elegante—, y ver una película. Una actividad tonta.

Alessio soltó un suspiro, un sonido de frustración calculada.

—Un día de productividad cero —se quejó, y yo habría protestado… si no estuviera demasiado ocupada preocupándome por sufrir otro colapso si pasaba más horas pegada a ese hombre.

¿Cómo era posible? Una semana. Solo hacía una semana que esta farsa había comenzado y ya sentía que todo lo que siempre había sido estaba a punto de desmoronarse.

—Productividad emocional máxima, Alessio —corrigió Carla—. Piénsalo como un ensayo de roleplay. Necesita ser lo bastante orgánico como para engañar a tu familia, que es quien te conoce de verdad.

Carla se retiró, dejando un silencio cargado. No pude evitar recurrir al sarcasmo, mi escudo natural.

—Entonces hoy tengo turno completo como novia a tiempo completo, ¿no?

Él sonrió de lado, una sonrisa tan pequeña y tan rápida que me dejó sin aliento. No era burla. Era… admisión.

—Hoy sí —dijo, volviendo la mirada al tablet. Pero yo vi que no estaba leyendo. Y eso me dio un minúsculo toque de satisfacción.

***

—La comida de mi vida real suele ser simple. ¿Puedes con un estofado de pollo y crema? —pregunté cerca del mediodía, ajustándome un delantal que, sorprendentemente, estaba guardado en un cajón.

Alessio había desaparecido en el despacho tras el desayuno y no reapareció hasta quince minutos antes, cuando me preguntó qué me gustaría hacer. La pregunta me pilló desprevenida, pero no más que la respuesta que no me atreví a decir en voz alta.

Quedarme con él. Eso era lo que quería hacer. Quería su compañía… y, si era posible, uno o dos abrazos más como el de la noche anterior. Nunca me había sentido tan segura en mi vida.

Elegí cocinar, sin embargo. Era algo que me gustaba cuando tenía ingredientes decentes, y aquella cocina enorme me estaba tentando desde que llegué. Pero con todos los empleados siempre alrededor, aún no había tenido la oportunidad de usarla.

Encimeras de cuarzo. Un fogón que parecía sacado de una nave espacial. Todo aquello era de revista.

—Si lo dividimos en etapas claras y con objetivos definidos, sí —respondió él, ya con un delantal puesto; la imagen era tan doméstica que tuve que contener una risa.

Aunque estaba claramente fuera de lugar —no sé si por la cocina, por estar conmigo sin un interrogatorio de por medio, o sin observadores esperando devorar su tiempo—, Alessio encaró la misión culinaria como si fuera una fusión multimillonaria.

Me reí. Una risa genuina, desprevenida.

—No hay objetivo definido, Alessio. Hay que cortar la cebolla, sellar la carne. Es… sentir.

—Sentir es ineficiente —replicó, pero ya estaba agarrando el cuchillo.

Comencé a darle instrucciones. Era pésimo improvisando. Cortaba la cebolla con precisión láser, pero a la velocidad de un documental educativo.

—¡No hace falta tanta minuciosidad! —lo reprendí entre risas.

—Los errores en la base comprometen el resultado final —argumentó, y logré sentir su filosofía empresarial incrustada incluso en la cocina.

Negué, divertida, e intenté alcanzar un bote de pimentón que estaba en la balda más alta. Olvidé mi altura. Me puse de puntillas, estirándome hasta el límite.

Alessio llegó por detrás. Sentí el calor de su cuerpo, la solidez de su brazo. Era una pared de control y silencio.

Extendió el brazo por encima de mi cabeza y agarró el bote con una facilidad insultante.

El contacto fue mínimo. Pero la pausa… no. Un microsegundo de más. Respiré hondo; su perfume, mezclado con el olor de cebolla cruda, me envolvió por completo.

Él me entregó el bote, su mano rozando la mía. Se apartó, un paso demasiado rápido para ser cortesía.

Sentí la falta de calor.

—Gracias —murmuré.

—De nada.

La tensión estaba de vuelta, pero era una tensión… sabrosa.

Hubo pequeños accidentes. Un poco de harina cayó sobre su manga negra.

—Ups. Lo siento. —Cogí un paño de cocina y me acerqué.

Limpié la harina de su camiseta, mis dedos rozando la piel de su antebrazo. La cercanía me dejó consciente de cada latido. Estaba limpiando al hombre que me había pagado para fingir amarlo, en una cocina que costaba más que todas mis mudanzas juntas.

Él me miró, intenso. Sus ojos grises encendieron cada parte de mi cuerpo.

—Concentración, Isadora —dijo con voz baja. La reprimenda era falsa. Había reconocimiento. Atracción.

La comida, al final, quedó deliciosa. Estaba genuinamente orgullosa. Alessio probó con la cautela de quien sospecha de un contrato sin letra pequeña. Asintió despacio.

—Es mejor que la mayoría de cenas de negocios que he tenido —admitió.

El elogio indirecto me hinchó de un modo que ningún otro elogio en mi vida habría conseguido. Él estaba viendo algo real en mí, algo que venía de Itapeva y no de una tienda de lujo.

Carla apareció en la entrada de la cocina, hizo una foto rápida con el móvil y desapareció. No la vi entrar, pero sentí el clic. Misión cumplida.

Cuando terminamos de comer, descubrimos que Carla se había ido… pero también había dejado el salón preparado para la siguiente fase del *teatro doméstico*: un árbol de Navidad enorme, aún desmontado, y cajas llenas de adornos.

No esperaba que Alessio se sentara en el suelo de mármol, pero lo hizo.

—¿Montas el árbol todos los años? —pregunté, abriendo una de las cajas, sintiendo ese olor a plástico nuevo mezclado con algo que solo la Navidad tiene. Incluso las peores.

—Ya no —respondió, sentado en el suelo, observando las cajas como si fueran un rompecabezas de tres mil piezas.

Empecé a desenvolverlo todo y, para mi sorpresa, Alessio tiró de una caja hacia sí, ayudándome. Después de separar los adornos, parecía que nos habíamos dividido sin hablarlo: yo, el lado "brasileño": bolas de colores, luces navideñas excesivas, un desorden alegre. Él, el lado "italiano": sobrio, dorado, rojo vino, con algunos adornos antiguos, con historia.

A él, evidentemente, no le sobraba paciencia para las luces enredadas.

—Es una metáfora de la burocracia navideña —bromeé, desenredando un cable que parecía tener voluntad propia.

Él, mientras tanto, intentaba abrir las ramas del árbol artificial con la precisión de un ingeniero.

—Existe una manera eficiente de resolver esto, Isadora. Solo hay que seguir el sentido horario.

—En Navidad no existe el sentido horario, Alessio. Existe el caos.

Levantó un adorno de vidrio opacado, sorprendido.

—No recordaba que este estuviera aquí. Era uno de los favoritos de mi abuela, Luciana. —Lo giró suavemente entre los dedos—. Vino con su abuela desde Italia, en barco.

—¿En barco? —Me reí—. Eso es muy D'Amico. El más antiguo que yo tengo es una estrella de papel plateado que Rafa hizo en preescolar.

Él sonrió. Ese tipo de sonrisa pequeña y rara que iluminaba sus ojos.

—¿La has traído? Deberíamos ponerla. Necesitamos algo de verdad en esta representación.

Nos inclinamos hacia el árbol. Él sujetaba la parte italiana, yo la brasileña. En algún momento, levantó un reno dorado.

—Aquí. Combina con la parte hortera.

—No es hortera, es alegre —repliqué—. Y ese reno está mirando al centro del árbol. Debería mirar hacia el futuro.

Nuestras cabezas se inclinaron juntas, casi tocándose, examinando el mejor ángulo. La proximidad era una burbuja tibia de perfume, electricidad y olor a pino.

—¿Hacia el futuro, eh? —murmuró, en voz baja, más como una observación que como una pregunta.

Retrocedí un poco, intentando despejar la niebla interna. El silencio volvió… pero empecé a tararear sin darme cuenta una canción navideña antigua, de esas que solo suenan en la radio en diciembre.

—Entonces, es Navidad…

Para mi absoluto asombro, Alessio completó la frase.

—…y el año nuevo también —tarareó él, afinado, aunque con el acento italiano cargado, lo que resultó adorable.

Me giré hacia él, boquiabierta.

—¿Conoces esta canción? Es muy brasileña.

—Mi madre adoraba a Roberto Carlos —confesó, volviendo rápidamente a su modo CEO—. Lo escuchaba en Navidad. Yo la aprendí por ósmosis.

La revelación me hizo reír. Una risa genuina que resonó por el salón frío.

—Alessio D'Amico, el multimillonario italiano, canta Roberto Carlos —declaré, divertida, sintiendo una alegría repentina.

—No te acostumbres —advirtió, pero la advertencia carecía de fuerza.

Cogí mi teléfono y puse la canción. La melodía llenó la sala y, de repente, decorar el árbol dejó de ser un ensayo para convertirse en un momento real. Un poquito de verdad, como él había dicho, aunque la estrella de Rafa aún estuviera guardada en mi habitación.

Hablamos de Navidades. Él relatando la frialdad de sus cenas formales. Yo, el calor de mis Natais simples en Itapeva.

En un momento, la conversación giró hacia el lado peligroso de los recuerdos. No todos eran buenos.

—Mi mejor Navidad fue cuando ganamos un panetone de marca. Fue el único regalo —conté, riendo con ternura—. No teníamos luz, pero fue la más feliz.

Él guardó silencio un rato. No lo presioné. El silencio de Alessio siempre decía más que sus confesiones.

—Mi peor Navidad fue la que marcó el final de mi infancia —dijo al fin, la voz baja, mirando la caja de vidrio con los adornos italianos —. Mi madre… tuvo un accidente en la noche de la Cena.

El corazón se me encogió. Sabía de la muerte de su madre —aparecía en el dossier—, pero oírlo así, con ese peso, era distinto.

—Hice una promesa silenciosa de que nunca dependería de nada que no pudiera controlar —continuó, sin mirarme. Hablaba para el árbol, para el pasado—. Nunca más depender de un sentimiento, de una persona, de un evento.

Lo entendí. Su miedo era tan profundo como el mío. El mío era la pobreza. El suyo, la pérdida.

Estábamos sentados en el suelo, en el epicentro de la mentira más importante de nuestras vidas. Y el árbol casi listo.

Nuestras manos se extendieron a la vez para coger un mismo adorno, un ángel dorado y pesado. Nuestros dedos se tocaron. Y esta vez, no fue casual.

Nos quedamos allí, mirando el ángel, pero sintiendo la piel del otro. El calor de su mano grande envolviendo la mía. La atracción era una fuerza silenciosa, inevitable, como una tercera presencia moviéndose por la sala, empujándonos.

Rompí el silencio, retirando mi mano, con una risa nerviosa.

—Si me olvidara del contrato durante cinco minutos, pensaría que… esto es real —confesé, mirando el árbol encendido. Era precioso, una mezcla perfecta de mi sencillez y su sofisticación—. Quiero decir… es real. Solo que no es… bueno, ya me entiendes.

Él se reclinó hacia atrás, apoyando la nuca en el sofá, observándome. Sus ojos grises absorbieron la confesión. No me corrigió. No racionalizó. No dijo que era solo lógica.

—Te entiendo, Isadora —fue todo lo que dijo.

—¿Crees que es suficiente? Carla… estará satisfecha, ¿no? Estoy cansada —admití media verdad.

Estaba cansada, sí, pero no físicamente. Estaba agotada del fingimiento, de un deseo irracional que se fortalecía sin pedir permiso. Necesitaba aire. Un aire que no oliera a Alessio.

—Creo que sí —respondió—. Ve a descansar. Y si no quieres, no hace falta que bajes a cenar. Creo que hemos cumplido la cuota de conversaciones necesarias por hoy.

Sonreí, aunque sabía que la sonrisa no me llegó a los ojos.

Me levanté. Me quedé quieta unos segundos, dividida entre lo que quería y lo que creía que debía hacer.

No me despedí. Me di la vuelta, salí de la sala… y regresé a mi habitación aún sosteniendo el ángel dorado.

No me dormí hasta bien entrada la madrugada. Aún abrazada al ángel… y a la sensación agridulce de estar viviendo una Navidad que siempre quise y nunca imaginé, junto a un hombre que me pagó por estar allí.

No era un sueño. Era una ilusión. Y necesitaba recordármelo.

28.

ALESSIO D’AMICO

El despacho parecía más pequeño.

O quizá era solo mi paciencia — que, después de tres semanas conviviendo con Isadora Menezes, estaba peligrosamente corta.

Isadora no hacía nada a propósito. Ese era el problema.

Simplemente existía… y eso bastaba para desestabilizar a cualquier hombre que tuviera la estúpida pretensión de creer que poseía autocontrol.

Tres semanas. Ese fue el tiempo suficiente para corroer una capa entera de la armadura que tardé media vida en construir. No porque ella lo intentara — no sabe seducir, no sabe manipular, no sabe jugar. Ella simplemente vive. Con honestidad. Con caos. Con una intensidad que se cuela por las grietas sin pedir permiso.

Y, de algún modo, me acostumbré a su presencia.

Acostumbrarme. La palabra, por sí sola, ya era un insulto a mi antiguo “yo”.

Yo, que nunca había considerado compartir techo con ninguna mujer — mucho menos con alguien capaz de reorganizar el eje entero de mi casa. Yo, que jamás permití que las risas llenaran espacios silenciosos. Yo, que convertí el control en un dogma.

Y, aun así, Isadora se convirtió en esto: El nuevo centro de gravedad. La nueva variable imposible de ignorar.

Hacía que el ático pareciera vivo. Hacía que mis días fueran menos previsibles. Hacía que mi cuerpo reaccionara a cosas absurdas — como la manera en que se recogía el pelo, o cómo fruncía la nariz cuando no entendía algo, o cómo se enfadaba conmigo con un valor que nadie había tenido jamás.

Yo apreciaba eso.

Lo apreciaba demasiado.

Y no debía.

Me pasé la mano por la cara e intenté concentrarme en el informe frente a mí. Fracaso.

Mi mente volvió al abrazo de la noche anterior. A sus sollozos contra mi pecho. A la forma en que mi cuerpo reaccionó sin permiso — como si proteger a Isadora fuera algo instintivo, visceral, inevitable.

Inaceptable.

Mi autocontrol había funcionado durante más de quince años. Pero con ella no funcionaba.

La videoconferencia se encendió a las 19 h, con la rigidez glacial de la parte de la familia D'Amico que más despreciaba.

En la pantalla: Luciana, mi abuela — una mujer esculpida en mármol y tradición. Enrico — mi padre, o lo que quedaba de la idea de padre. Y tres miembros del consejo italiano: Donato, tosco como una piedra. Bianchi, escéptico por deporte. Moretti, sonrisa falsa e intenciones peores.

Todos esperando lo mismo: La confirmación de que llevaría una novia a Verona. No una persona. No Isadora. Una pieza. Un símbolo. Un argumento político.

— Alessio — empezó mi padre, como si yo hubiese llegado tarde, aunque no era el caso — estamos aquí por un motivo simple: necesitamos la confirmación final. ¿La chica irá a Verona por Navidad?

"La chica."

Como si fuera un paquete con fecha de entrega.

Noté cómo se tensaba mi mandíbula. No lo demostré.

— Queremos la confirmación, Alessio. La sucesión exige la presencia de la novia — reforzó Donato. — Y el consejo necesita evaluar el material antes de la decisión final.

Material. La palabra me golpeó como un fragmento ardiendo.

Isadora no era "material". Y la simple idea de oírla reducida a eso hizo que un frío ácido me recorriera la columna vertebral.

— Sí — respondí, controlado. — Estamos ultimando los preparativos.

— Esperamos que la chica brasileña entienda la seriedad de Florencia — soltó Donato, en un tono paternalista que me provocó náuseas. — Su comportamiento debe ser ejemplar.

"Chica brasileña."

Mi sangre hirvió.

— Si no viene — intervino Luciana — el contrato de sucesión no será discutido. No nos hagas perder el tiempo, Alessio.

Mi sonrisa fue uña y filo.

— No lo haré. Vendrá conmigo.

Donato abrió la boca para insistir, pero no le di espacio.

— No habrá videoconferencia — declaré, firme, seco, autoritario. — La veréis cuando lleguemos.

Silencio. Denso. Tenso. Mi padre alzó una ceja. Luciana inclinó la cabeza, sorprendida de verdad.

— Alessio… — comenzó — sería prudente evaluarla antes. La familia tiene derecho—

— No — la interrumpí, más frío de lo que pretendía. — No voy a exponerla por adelantado. No para satisfacer curiosidades. No para alimentar rumores.

Moretti entrecerró los ojos.

— ¿Estás… sensible?

— Estoy siendo cuidadoso — corregí, helado. — Isadora Menezes es mi prometida. Será mi consejera. Mi acompañante oficial. Y será tratada con el respeto que merece quien representa a esta familia.

La palabra *mi* resonó en la sala — y en mi pecho — con más fuerza de la que debería.

Enrico se echó hacia atrás en la silla.

Luciana me observó durante un largo instante. Y entonces dijo, con suavidad calculada:

— Veo que estás… determinado.

— Más que eso — respondí. — Estoy decidido.

La reunión terminó. Pero Luciana se quedó.

Se inclinó hacia la cámara, como si pudiera entrar en mi despacho.

— Alessio, cariño… — empezó — …siempre has sido el más difícil de descifrar. El más independiente. El más terco.

Rodé los ojos discretamente.

— No soy terco.

— Es exactamente lo que diría un terco.

No respiré.

— Sé reconocer cuándo estás defendiendo a alguien — continuó. — Y nunca te he visto hacerlo por ninguna mujer. Mucho menos por alguien… inconveniente.

Mi voz salió dura.

— No la llames así.

Ella me estudió — me diseccionó — como si buscara el punto exacto en el que había cambiado.

— Se parece a tu madre, ¿verdad?

Fue como recibir un disparo en el centro del pecho.

Endurecí todo el cuerpo. No respondí. Ella interpretó el silencio como quiso.

— La ingenuidad es peligrosa, Alessio. Tu madre era demasiado amable. Y eso la destruyó.

— No las compares. — Mi voz sonó como un crujido de hielo.

Luciana frunció ligeramente el ceño.

— Estás defendiendo a esa… forastera… contra tu propia familia.

— No es ninguna forastera — respondí, despacio, como quien desenvaina una espada. — Es mi prometida. Pausa. — Y mi futura esposa.

Luciana palideció un matiz. Yo no me moví.

Había dicho la verdad antes de darme cuenta.

Y ahora ya no había vuelta atrás.

— Es una conveniencia. Una herramienta, como todas las esposas y maridos que los D'Amico toman. Una estrategia. No puedes permitir que tus sentimientos…

— No se trata de sentimientos, abuela. Se trata de control. No tolero amenazas a mi territorio, sea cual sea. Y mi futuro lo construiré yo.

Luciana me observó, y en aquella mirada había la dureza ancestral da familia, pero también un destello de una herida vieja.
Ella era leal al legado, al nombre. No actuaba por crueldad. Actuaba porque *siempre* había sido así para los D'Amico.

— Sé cuánto valoras el control. Pero un hombre enamorado es un hombre ciego, Alessio. No repitas el error de tu madre.

El nombre de mi madre me atravesó como un disparo.

Ese era el límite.

— No hables de mi madre. Y no intentes manipularme. Estaremos en Florencia en Nochebuena. Pero si percibo *cualquier* falta de

respeto hacia Isadora, me marcharé con la misma facilidad con la que llegaré, y puedes olvidarte de la sucesión.

Ella no discutió. Solo asintió, con los ojos entrecerrados.

— Me sorprendes, Alessio. Por primera vez, creo que realmente harás lo que dices.

La llamada terminó.

Salí de la empresa poco después, con la cabeza ardiendo. La defensa que hice de Isadora había drenado la poca energía que me quedaba. Volví a la cobertura con una certeza incómoda: **había cruzado una línea**.

La encontré dormida en el sofá del salón, cubierta con una manta de cashmere. Estaba de lado, el pelo suelto, las manos juntas bajo la mejilla como una almohada improvisada.

Me acerqué despacio, sin hacer ruido. La observé durante minutos. El silencio de la casa solo era roto por mi respiración.

Parecía tan pequeña allí. Tan vulnerable.

Como si oyera mis pensamientos, Isadora abrió un ojo, el marrón mirándome con pereza… y humor.

— Sabes que es feo vigilar a la gente mientras duerme, ¿no?

Reí. Una risa que comenzó en la garganta y se extendió por todo mi pecho. En las últimas tres semanas había reído más que en los últimos tres años. Y la responsable era ella.

Me agaché frente al sofá.

— ¿Has cenado?

— No. Te estaba esperando. Me he acostumbrado a cenar contigo.

Asentí, sin admitir en voz alta cuánto disfrutaba oyendo eso.

— Te dije que llegaría tarde.

— Lo sé. Me comí unas galletas para engañar al estómago. Tienes las mejores galletas aquí, pero nunca las comes.

Y no las comía porque eran para ella. Antes de Isadora, en mi casa ni siquiera había galletas. Ahora eran imprescindibles, porque había notado que le gustaban.

— A no ser que… ¿tú ya hayas cenado? ¿Y no quieres…?

— No. No he cenado —respondí, y ella sonrió.

Si no cenar significaba recibir esa sonrisa cada noche, dejaría de hacerlo para siempre.

El silencio volvió. Y fue casi como si los dos nos diéramos cuenta, al mismo tiempo, de lo cerca que estábamos.

Mis ojos bajaron a su boca. Su respiración cambió, acelerándose apenas.

Silencio. Denso. Atractor.

Mi pulso golpeaba con fuerza. Mi autocontrol se deshacía como hilo quemado. El plan de sucesión podía arder entero, y en ese instante no me habría importado.

Estábamos sin distancia. Iba a ceder. Iba a inclinarme y—

CRASH.

Un ruido fuerte, metálico, llegó desde la cocina.

Me levanté de inmediato, la adrenalina sustituyendo al deseo en medio segundo. Isadora se incorporó, parpadeando rápido.

— Voy a ver qué ha sido — avisé. — Espérame en la mesa del comedor. Tenemos que hablar de algunas cosas.

Ella asintió, aún desconcertada.

***

En la cocina solo encontré un bote caído. Nada grave.

Pero el silencio después del ruido ya no era el mismo. Era… expectante. Atrapado entre lo que estuvo a punto de ocurrir y lo que ninguno de los dos sabía cómo manejar.

Encontré a Isadora sentada en la mesa, con el pelo recogido de cualquier manera, intentando parecer natural… y fallando. Siempre fallaba cuando intentaba parecer natural. Y ese fracaso era exactamente lo que la hacía más real.

Le serví el plato antes que el mío. No era ensayo. Era hábito.

Salmón en su punto. Espárragos con el toque de limón que le encantaba.

— Gracias — dijo.

— De nada.

Cenamos hablando de cosas pequeñas. Sus clases con Beatriz. El curso preuniversitario online.

— No entiendo la progresión geométrica, Alessio. Mi cerebro se bloquea.

— Enséñame.

Salió corriendo y volvió con el tablet.

Me explicó el problema, señalando la pantalla, frustrada.

— Piénsalo así, Isadora — dije, inclinándome hacia ella —: una progresión geométrica es como los beneficios de D'Amico en los últimos veinte años. En cada ciclo, el crecimiento depende siempre del mismo factor. No sumas, multiplicas. Es la forma más rápida de llegar a la riqueza… y la más fácil de perderse si no entiendes el ritmo.

Sus ojos se abrieron. Primero incrédula. Luego entusiasmada.

— ¡Dios mío! ¡Lo entiendo! ¿Por qué nadie me lo explicó usando dinero antes?

Su reacción fue inmediata.

Se levantó. Rodeó la mesa. Y me dio un beso en la mejilla.

Un beso suave. Cálido. Agradecido.

Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, se puso roja hasta la raíz del pelo.

Tenía que cambiar de tema. Tenía que centrarme en lo que importaba. No en la sensación de su boca rozando mi piel.

— He tenido una reunión de alineación con mi familia hoy — dije.

— Mhm. — Se mordió el labio, nerviosa. — No puedo creer que solo falte una semana para Italia. Se ha pasado volando.

— Tenemos que hablar de algunas cosas…

— Crees que no estoy lista, ¿verdad? — me interrumpió, con la voz temblorosa. — Sé que mi italiano es horrible, y que no lo voy a arreglar en una semana, y que… hablo demasiado. Nunca sé cuándo sonreír o cuándo quedarme seria. Voy a manchar el traje de alguien en la primera comida y deshonrar tu apellido antes incluso de que puedas presentarme. ¡Y caminar! Camino como Miss Itapeva mezclada con dibujo animado. Me voy a caer en Venecia, en Florencia, o donde sea, y seré un meme. ¡Un meme internacional! ¡La novia que viajó en el risotto en vez de en la mayonesa!

Yo… no sabía si reír o amarla.

Pero verla así — pequeña dentro de sus propios miedos — me dolió. Me dolió de una manera que no estaba preparado para admitir.

— Isadora.

No me oyó.

— Y sé que tú no quieres un desastre en Italia. Tú quieres a alguien perfecto. Entregado. Entrenado. Y yo soy solo—

— Isadora.

Dije su nombre como un ancla.

Ella se detuvo.

Yo me incliné hacia adelante. No como su jefe. No como su contratante. Sino como un hombre incapaz de verla romperse.

— Estás lista — dije, cada palabra apoyada en mármol. — Y no porque memorizaste reglas. — Me acerqué más. Su respiración se quebró. — Estás lista porque eres tú. Porque tienes coraje. Porque miras un mundo que nunca fue hecho para ti… y entras igual.

Toqué su mano. Natural. Instintivo. Necesario.

Ella inhaló como si mi toque fuese aire.

— Estás más que lista, Isadora — murmuré. — Eres perfecta.

La verdad no me asustó. La intensidad, sí.

Tragué, desviando la mirada apenas.

— Si queremos que todo funcione, tienes que saber qué esperar. — La miré de nuevo. — No hemos hablado de todo. Por ejemplo: tú y yo compartiremos habitación.

Ella dejó de respirar.

— Habrá proximidad constante. Prensa. Familia. Hemos ensayado ser pareja… pero en Italia la proporción va a invertirse. Fingiremos mucho más de lo que viviremos la verdad que solo tú y yo conocemos.

Me incliné sobre la mesa. Nuestros ojos se sostuvieron, como si no existiera nada más.

— No tendrás un solo momento a solas, Isadora. Si te toco, si te abrazo… si te beso… será para la cámara o para mi abuela.

Deslicé mis dedos sobre los suyos. Ella no se apartó. Miró mi boca.

— Tienes que recordar que es teatro.

Mis ojos bajaron a su cuello. La piel que yo quería tocar. El rubor que yo quería provocar.

— Y yo tengo que recordar que estoy en control — susurré.

Una mentira.

Ella se mordió el labio inferior. Mi cuerpo respondió sin permiso.

— Está bien — murmuró. — Va a salir bien. Claro que sí.

— Sí — dije. — Claro que sí.

Mentí. Porque en ese momento… nada estaba bajo control.

Y nada volvió a estarlo nunca más.

29.

ISADORA MENEZES

Me desperté antes de que sonara la alarma y, por primera vez desde que me había mudado a aquella ático, la quietud del lujo me pareció asfixiante, en lugar de un alivio.
No había conseguido descansar casi nada. Pasé horas dando vueltas en la cama antes de caer, por fin, en un sueño inquieto.

Mi cuerpo sabía —o sentía— que el día que llegaba no era un día cualquiera. Y aún estaba intentando procesar la noche completamente inusual que habíamos tenido. Toda la conversación, las palabras… Las advertencias.

La luz que entraba por las cortinas enormes del ático tenía un brillo demasiado calmado, demasiado frío, demasiado bonito para pertenecer al mundo que yo llamaba "vida real".

Me levanté con un peso fantasma en el pecho. La conversación con Alessio, la noche anterior, había dejado mi piel ardiendo. Sus palabras sobre el *roleplay* de veinticuatro horas, la advertencia de que cada beso sería teatro para la cámara… y la confesión susurrada de que él mismo necesitaba recordarse que estaba al mando.

Sabía que mentía. No a mí, sino a él mismo. Y esa mentira era tan volátil como la mía.

Besarlo.

Esa idea me había atormentado durante horas antes de que consiguiera dormir. Habían sido tantos "casi" en las últimas semanas, y podría decirme que pensaba en ello casi obsesivamente sólo porque tendría que fingir saber lo que hacía cuando, por fin, besara a Alessio en público… pero conocía la verdad.

Y la verdad era que no podía dejar de preguntarme a qué sabría Alessio D'Amico.

Cuál sería la sensación de sus labios presionando los míos. De su olor invadiendo mi cuerpo, más cerca que nunca. Qué sentiría al respirarlo, al beberlo, al entregarme por completo a su voluntad y dejarme conducir por ella.

Sacudí la cabeza, expulsando esos pensamientos y obligándome a centrarla en el otro tema del que habíamos hablado la noche anterior. Uno muchísimo más importante. Sí. Mucho, mucho, *muchísimo* más importante: una última visita a Itapeva antes de volar a Italia.

Antes de la Navidad.

Antes del teatro completo.

Antes de la farsa que, sin entender cómo, ya empezaba a parecer demasiado real.

No había esperado esa gentileza. Pero eso no debería sorprenderme. La vida con Alessio había sido un desfile de gestos inesperados desde que quedamos atrapados en aquel ascensor, lo cual parecía haber ocurrido hace una vida y media.

Me puse la ropa más sencilla que tenía: unos vaqueros viejos y una camiseta de algodón que había traído conmigo al mudarme. Lo único disonante era el brillo extraño de mis uñas.

Había sido una de las primeras lecciones de Beatriz: manicura y pedicura siempre al día. No significaba esmaltes bonitos o llamativos, sólo higiene y un toque elegante de cuidado, según ella.

Miré mis uñas: pulidas, impecables. Eran una prueba de que ya estaba traicionando, sutilmente, a la Isadora de Itapeva. No sé si Alessio había sugerido aquello porque vio en mis ojos cuánto necesitaba una pequeña fuga, pero estaba segura de que no esperaba lo que estaba a punto de hacer.

Lo encontré en la cocina, tomando el espresso que la gobernanta preparaba —el único ritual que ni el caos de una novia de mentira había conseguido interrumpir. Estaba guapísimo, con el traje azul

marino que le quedaba como una segunda piel. Guapísimo… y peligroso.

—Buenos días —dije, poniéndome mi postura de "mujer resuelta".

—Buenos días —respondió, girándose hacia mí.

—Buenos días, Márcia —saludé a la cocinera—. ¿Cómo estás hoy?

Ella sonrió.

—Estoy bien, doña Isadora. ¿Y usted?

Puse los ojos en blanco.

—¿De verdad vas a obligarme a tener esta conversación contigo todos los días, Márcia?

Ella lanzó una mirada sutil hacia Alessio, con un sonrisita en las comisuras.

—La señora está en el cielo.

Soltó una risa suave.

—Con permiso, señora —dijo, enfatizando la última palabra—. Y señor.

Márcia salió, dejándonos solos con una encimera llena de delicias, aunque Alessio y yo habíamos acordado la noche anterior no desayunar juntos, puesto que yo debía salir temprano. Y, aun así, iba adelantada.

Lo miré y me di cuenta de que él ya me estaba observando.

—Les gustas —dijo, desviando los ojos hacia la puerta por la que había salido Márcia. No necesitaba explicación sobre quiénes eran "ellos". Los empleados.

Sonreí, pequeña, pese al nudo de nervios que me inundaba el cuerpo ahora que estábamos solos.

—Tú también les gustas.

—A mí me respetan, porque yo pago sus salarios.

—También tú pagas el mío, y no por eso me gustas —lo provoqué, encogiéndome de hombros.

Los ojos de Alessio brillaron de una forma distinta mientras sacaba su móvil y escribía un mensaje.

—Tu conductor llegará en diez minutos —informó al terminar—. Tiene la lista de suministros para tu madre. Toma tu desayuno. Pedí que lo prepararan para que comieras antes de salir.

Mordí el labio y apreté los dedos alrededor de la mochila vieja que aún llevaba conmigo.

—Yo… no quiero ir con el conductor hoy. Prefiero ir sola, esta vez.

Alessio se detuvo con la taza de café a medio camino de la boca. Sus ojos se fijaron en los míos.

—No conduces —señaló, entornando los ojos, probando mi determinación. Al no responderle, continuó—: Es un trayecto de casi cuatro horas —dijo como si eso explicara todo.

Solté un suspiro fuerte.

—Que decenas de miles de personas hacen cada día. No pasa nada.

—Vas a ir en coche —dictaminó—. Con seguridad. El conductor también tiene órdenes de asegurarse de que tu madre tenga todo lo que necesita.

Di un paso hacia él, cruzando los brazos. La cocina parecía demasiado pequeña para los dos.

—No, no voy a ir. Voy en autobús.

—Isadora… —empezó, su rostro endureciéndose con cada sílaba de mi nombre. No sabía por qué, pero me gustó ese tono.

—Alessio —lo pronuncié exactamente igual.

—Estás siendo imprudente —advirtió.

Sus ojos se estrecharon. Alessio no soportaba que cuestionaran su control. Pero detrás de la molestia, lo vi. Vi la grieta. Vi que entendía que mi determinación no era rebeldía: era miedo.

—Probablemente —admití.

Él soltó una risa breve, pero sus ojos se clavaron en los míos, como si pudiera leer mi alma, oír en mi cabeza todas las verdades que nunca decía en voz alta:

Necesitaba aquello.

Necesitaba recordarme que aún era yo, antes de ser devorada por una versión de mí misma que aún no conocía, pero que ya me aterraba.

Necesitaba hacerlo sin la sombra de Alessio sobre mí. Sin su poder rodeándome. Sin sus empleados, sin su dinero, sin… él.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo como si me viera por primera vez aquella mañana. Se detuvieron en la camiseta vieja, en los vaqueros desgastados, en las zapatillas deshilachadas, y soltó un largo suspiro.

—Estás asustada —murmuró, casi inaudible.

Su escrutinio pareció eterno. La tensión entre nosotros era tan fuerte que parecía electricidad. Él estaba acostumbrado a imponer órdenes. Yo, a sobrevivir. Y hoy, sobrevivir significaba esta pequeña victoria.

—Ahora eres una figura pública, Isadora. Esto va más allá de la comodidad; es tu seguridad.

—Me he vestido de civil —dije, señalándome—. Y lo he pensado todo. Pediré un Uber; cualquier paparazzi apostado en la puerta no sabrá que soy yo cuando el coche salga del garaje, y nadie va a esperarme en la estación de autobuses. No soy tan importante. Y tengo una gorra —añadí, señalando el accesorio colgado de una de las asas de mi mochila.

—Esta es tu última oportunidad de tener un día de normalidad —replicó, con un tono peligroso pero controlado—. ¿Estás segura de querer gastarlo así? No tienes nada que castigarte, Isa…

Lo interrumpí, levantando la mano.

No quería oír esa verdad en su voz.

—Por favor —pedí, dejando caer del todo el tono combativo y mostrando una vulnerabilidad desnuda.

Al final, podía exigir lo que quisiera, pero la decisión era suya. Yo había firmado el contrato.

Alessio inclinó la cabeza y, sólo entonces, bajó la taza que aún sostenía. Extendió la mano hacia mí, y yo la miré durante largos segundos, intentando decidir si aquello era una buena idea o no.

¿Por qué parecía saber exactamente lo que yo necesitaba y cómo?
¡Pero qué demonios!

Dejé de pensar demasiado y simplemente acepté su mano extendida. Él esperó a que diera los pasos hacia él antes de envolverme en un abrazo cálido. Apoyé mi cuerpo contra el suyo, mi rostro en su pecho, sintiendo cómo todo en mí vibraba.

Él besó mi cabello y mis ojos se llenaron de lágrimas. Odiaba sentirme así.

Odiaba lo fácilmente que mi corazón latía desbocado sólo por esa cercanía gentil.

Odiaba los deseos que se extendían por mis venas, corriendo como sangre, aunque mi cabeza supiera que nada de lo que yo quería jamás ocurriría.

Chicas como yo servían para farsas, pero nunca para la verdad. Me obligué a dar un paso atrás, y Alessio lo permitió, pero su mano subió hasta mi barbilla incluso cuando yo quería apartar la mirada. Permanecimos así durante varios minutos, mirándonos fijamente, su toque reverberando por todo mi cuerpo.

— Un escolta. No se sentará cerca de ti, no hablará contigo, no se acercará a menos que sea necesario. Pero no vas sola. Y quiero mensajes tuyos cada hora — propuso.

Puse los ojos en blanco, necesitando escapar de la intensidad de su mirada.

— Cada hora es exagerado.

— No es negociable — advirtió, y yo suspiré. — Y nada de Uber. El coche de seguridad —uno que no saben que es mío— te llevará a la estación y te esperará a la vuelta. Y si tu madre necesita algo, me llamas. No me mandes mensajes. Me llamas.

— De acuerdo — acepté, aliviada, consciente de que él necesitaba un mínimo de control en la situación.

— Ahora vete — dijo, con la voz baja y ronca. — Y vuelve a casa.

Volver a casa. La frase era ambigua. Y dolió, porque yo ya no sabía cuál era mi casa.

***

El coche elegido era nuevo, pero mucho menos lujoso que los SUV que Alessio solía utilizar. Me dejó en la Estación Tietê. Allí, en la confusión de gente, maletas y olor a comida barata, sentí una ola de alivio.

Era real. Era familiar.

El autobús hacia Itapeva era viejo. El asiento incómodo, el olor a diésel y la radio del conductor puesta en una emisora sertaneja que reconocía. Miré por la ventana, viendo cómo el paisaje de hormigón cedía paso al verde.

Mi mente volvió a la noche anterior. Alessio, inclinado sobre el sofá. Sus ojos fijos en mis labios mientras estaba tan cerca… tan, tan cerca…

La tensión sexual que estalló allí fue tan violenta que el ruido metálico del bote cayendo en la cocina fue una salvación para mi

pobre corazón. Ojalá fuese fingimiento. Pero la atracción que sentía por ese hombre no tenía nada de forzado. Y el terror era real.

Cerré los ojos y recé para que la Isadora de Itapeva siguiera viva dentro de mí.

La ciudad era la misma. Pequeña, polvorienta, acogedora. El conductor me dejó en la parada de siempre. Andé. Mi casa era la misma. La valla improvisada. La pintura descascarillada.

Rafa abrió la puerta. Nueve años de puro caos y ternura. Descalzo, como siempre, con su sonrisa desdentada de siempre.

— ¡ISA! — Saltó sobre mí con tanta fuerza que sentí su cuerpo encajarse perfectamente en el mío.

— Hola, mi amor — lo abracé, enterrando el rostro en su cabello. El olor a casa, a infancia. Por un segundo, olvidé Florencia, Alessio y contratos.

Tiró de mí hacia dentro.

— ¡Adivina qué está haciendo mamá para comer!

— Hum… no sé… ¿sopa de piedra? — sugerí.

Él echó la cabeza hacia atrás, riendo a carcajadas, aún agarrado a mí.

— ¡No!

Entré en casa.

— ¡Hija! — Mi madre se levantó y vino hacia mí, ya no pálida, ya no atrapada en una respiración corta, sino sentada a la mesa con un delantal.

Rafa se soltó y fui engullida por el abrazo que me sostuvo toda la infancia. Firme. Ya no aquel abrazo de papel, débil, que temía romper.

Me apretó e inspiró hondo, sin toser, sin el esfuerzo visible que antes me destrozaba. El tratamiento estaba funcionando. El dinero de Alessio estaba curando a mi madre.

Me derrumbé en lágrimas. Puro alivio.

— Mamá… estás tan bien… — dije, necesitando ponerlo en palabras.

Ya lo sabía. Hablaba con mi madre todos los días. El Home Care había sido dispensado la semana anterior, igual que la cocinera, porque ella aseguraba que estaba perfecta y el médico estuvo de acuerdo. Pero había una diferencia enorme entre saber y ver. Entre sentir su fuerza en un abrazo y solo creer en informes escritos en tinta.

— Un milagro, hija — dijo ella, con la voz llena. — Ese médico nuevo, los medicamentos correctos… es como si tuviera veinte años otra vez.

El peso de mi decisión se alivió, sustituido por una sensación de victoria. Estaba haciendo lo correcto. Tenía la seguridad de Rafa, el futuro de mi madre.

Almorzamos comida sencilla: arroz, frijoles y pollo empanado. El mejor plato del mundo. Mi madre me sirvió con cariño.

— Estás más brillante, hija — observó, igual que la última vez. — Pero estás delgada. Ese trabajo… ¿te está consumiendo?

— Es exigente, mamá. Pero estoy aprendiendo mucho — mentí sobre el "curso intensivo" que era, en realidad, un intensivo de mentiras.

Mi estómago se heló y ella notó mi silencio.

— ¿Qué pasa, Isadora? Te has puesto pálida de repente.

— No es nada, mamá. Está todo bien. Es solo el cansancio del viaje.

Asintió.

— Estás siempre preocupada por mi salud, pero… ¿estás cuidando la tuya, hija? ¿Estás usando bien el seguro médico del trabajo?

— Sí — respondí, y no era mentira.

Los exámenes de rutina eran requisito del contrato. Había ido a todos los médicos posibles, algunos que ni sabía que existían, e hice un análisis tras otro en la primera semana en el ático.

— Perfecto. ¿Y qué dijo la ginecóloga de tu ciclo? Llevo tiempo preocupada por eso…

Sonreí, leve.

— Dijo que todo está bien. La irregularidad tiene que ver con el estrés y otras cosas — le di una media verdad; también tenía que ver con el hambre y las condiciones en las que viví los meses antes de conocer a Alessio. — Pero dijo que debería regularizarse en los próximos meses.

— Está bien — dijo ella, aliviada.

Las primeras horas tras el almuerzo las pasé ayudando a mamá a organizar los medicamentos, limpiando la encimera, escuchando a Rafa contarlo todo de una vez: la profesora nueva, el corte en el dedo, el niño que compartió su merienda con él.

Pensé que muchas cosas habrían cambiado. Pero no. El mundo de ellos seguía igual. Era yo la que ya no sabía dónde poner los pies.

Al final de la tarde, le di a Rafa su regalo: un kit profesional de dibujo, algo que antes solo veía en centros comerciales. Sus ojos brillaron y me abrazó otra vez, muy fuerte.

— Cuando vaya a la universidad, Isa, voy a dibujar los edificios más altos de São Paulo. Y el primero se llamará Isadora y será todo de cristal. ¿Vendrás a visitarme?

— Claro que sí, mi amor. Y te pagaré la universidad. Sólo tienes que estudiar.

Vi su futuro, garantizado por un contrato. Ese era mi propósito. Ese era mi control. Huyendo de esos pensamientos, volví a mi dormitorio antiguo… y mi estómago cayó.

Los libros apilados, los post-its del cursillo, los dibujos de Rafa en el jardín, la manta fina… Todo seguía igual. Congelado.

Me senté en la cama y pasé la mano por el colchón. Era más fino de lo que recordaba. Me tumbé y percibí enseguida que mi cuerpo ya se había acostumbrado al colchón king size de Alessio, porque mi espalda protestó.

Miré el techo agrietado. La grieta, que antes era símbolo de mi fracaso, ahora solo parecía… una grieta.

Me subí a la cama, estiré la mano y toqué la grieta en el yeso.

Voy a volver y voy a arreglarte.

La promesa no era sólo para la casa. Era para mi vida. Haría lo que fuera necesario en Italia para que, cuando regresara, la Isadora de Itapeva pudiera, por fin, arreglar la vida de la Isadora de São Paulo.

A la mañana siguiente, la despedida fue rápida. Marilene estaba fregando los platos, canturreando. Estaba viva, vibrante. Sonreí.

— Tengo que irme, mamá.

— ¿Ya? — Me abrazó una última vez. La intuición de madre es poderosa. — Hija — dijo, sosteniendo mi rostro entre sus manos — tengo esta… sensación… de que algo te inquieta. Esperé a ver si me lo contabas antes de marcharte, pero no quisiste, y está bien. No tienes que decirme lo que aún no estás lista para compartir. Pero necesito que sepas que es muy bueno verte feliz. Estás… diferente. Molesta, sí… pero también diferente. Y de una forma bonita.

No pude hablar. Solo la abracé con fuerza, giré sobre mis talones y salí rápido. No miré atrás. La culpa y la determinación eran gemelas que me empujaban hacia delante.

Llegué a la estación. El coche de seguridad me esperaba, discreto. Subí. Silencio. Comodidad.

No pude resistirme.

Era hora de volver al teatro.

30.

ISADORA MENEZES

El salón de belleza olía a dinero. No era un mal olor: era ese aroma de productos que cuestan más de lo que la mayoría gana en un año entero. Llevaba allí cuatro horas.

Mi cabeza descansaba sobre un fregadero de cerámica fría mientras una mujer de manos firmes masajeaba mi pelo con algo que llamó *Elixir de Caviar*. Durante la exfoliación corporal tuve que cerrar los ojos.

Me sentí como Cenicienta… pero camino al patíbulo. O, mejor dicho, como Katniss Everdeen preparándose para los Juegos: cubierta de un brillo pensado para gustar al público, pero que escondía el terror que llevaba dentro.

No reconocía a la mujer del espejo. La Isadora que miraba la grieta del techo no tenía la piel pulida ni las uñas brillando bajo la luz. La Isadora de Itapeva no olía a jazmín ni a dinero. Olía a sudor, esfuerzo y esperanza.

Había dejado la esperanza en casa de mi madre, que canturreaba bajito mientras fregaba los platos. Y, a cambio, recibí esta armadura de lujo.

—Listo, señorita —dijo la peluquera, soltándome—. Su pelo está preparado para Europa.

Sonreí, pero era una sonrisa ensayada. Yo estaba lista para Europa. Pero ¿Europa estaba lista para Isadora? Lo dudaba.

El viaje de vuelta al ático se hizo largo. Y cuando la puerta del ascensor se abrió, sentí el silencio. No era vacío: era el tipo de silencio que implica que todo el mundo ha sido despedido. La casa estaba quieta, acogedora… y peligrosamente vacía.

Esperaba encontrar la mesa del comedor puesta, con Alessio en un traje oscuro, esperándonos para la típica conversación protocolaria antes de irnos a dormir. Pero el comedor estaba a oscuras.

La única luz venía del salón, donde el árbol de Navidad que montamos brillaba en la esquina. Y allí estaba él.

Alessio D'Amico, el CEO implacable y el multimillonario más codiciado de Brasil, estaba sentado en el enorme sofá de cuero, descalzo. Llevaba un pantalón corto gris de chándal y una camiseta negra sencilla. Sus brazos musculosos descansaban sobre el respaldo.

No estaba leyendo un informe financiero. Estaba hojeando un cómic viejo que yo había dejado por ahí. Me quedé en el umbral, paralizada por la informalidad.

—Llegas tarde —dijo, cerrando la revista y mirándome.

Su mirada recorrió mi cuerpo recién arreglado, y la tensión entre los dos subió de un modo que yo no sabía manejar. No me elogió; solo me observó.

—Tardaron —respondí, tragando saliva.

Él señaló la mesa de centro, y entonces vi la primera sorpresa de la noche.

Sobre el cristal no había vajilla fina. Había un banquete: siete bolsas arrugadas de mi hamburguesería favorita, esa donde solo había comido dos veces pero de la que estaba convencida de que hacía la mejor hamburguesa del mundo.

Se lo había comentado a Alessio en una de nuestras cenas… pero jamás pensé que…

—¿Qué… qué es todo esto? —pregunté, incapaz de apartar la vista de los vasos de papel con pajita.

Aspiré. El olor a patatas fritas y queso hizo que las comisuras de mis labios se levantaran, pero también hizo que los ojos me

ardieran.

Alessio ladeó la cabeza. Yo seguía allí plantada, con toda la sala entre nosotros. Cuando habló, parecía casi… inseguro. Aunque seguramente era cosa mía, porque Alessio D'Amico no era un hombre que dudara de nada. Él solo tenía certezas.

—Es tu última noche libre —explicó—. Sin Beatriz, sin contratos, sin teatro. Sin mi familia, sin Italia. Sin expectativas. Solo tú y yo… y, según tus propias palabras, la mejor grasa saturada que São Paulo puede ofrecer.

Me acerqué despacio, una risa temblorosa escapando de mi garganta al oírlo citarme como si esto fuese una trampa cuidadosamente puesta.

Me mordí el labio al llegar frente a él. Sus ojos siguieron el gesto y solté despacio el labio entre mis dientes. Él señaló la alfombra y me senté, quitándome los zapatos. Se sentó a mi lado.

La Isadora del contrato no comía hamburguesas. La Isadora real apenas podía creérselo.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté.

—Los envié a casa. Necesitaba paz. Y supuse que tú necesitabas… esto. —Hizo un gesto hacia la mesa y alrededor—. Pensé que hoy podríamos hacer todo aquello que creas que echarás de menos en las próximas semanas. Solo quería darte esto.

Parpadeé, sin saber cómo reaccionar. Aquello era… demasiado. Me mordí el labio otra vez.

—Gracias —logré decir. Alessio abrió el primer paquete y me ofreció una hamburguesa.

No esperé a que cogiera la suya antes de darle un bocado. Un gemido escapó de mi garganta mientras el sabor explotaba en mi boca.

Dios, sí. Esto era lo mejor del mundo.

—No se lo cuentes a Márcia —pedí con la boca llena—, pero es lo mejor que he comido desde que me mudé aquí.

Levanté la vista y lo encontré mirándome. Su hamburguesa seguía intacta y los ojos se le arrugaron al sonreír.

—Eres peligrosamente guapa, niña —murmuró, como si fuese una confesión involuntaria. No reaccionó a sus propias palabras, así que me pregunté si siquiera sabía que las había dicho en voz alta.

Me puse roja al instante.

—Nunca te imaginé comiendo hamburguesas —dije, dándole otro mordisco. Gemí otra vez—. Dios… qué bueno está.

Alessio empezó a comer.

—¿Por qué? —preguntó tras el primer bocado.

—Porque una hamburguesa es… demasiado normal. Para ti.

Él rió.

—¿Demasiado normal para mí?

—Ajá.

Sacó las patatas del paquete y me apresuré a robar unas cuantas. Quería conversar mientras comía, pero quería comer más aún. Así que casi no hablé hasta acabar la primera hamburguesa.

Cuando terminé, él aún iba por la mitad.

—Dijiste que hiciera todo lo que voy a echar de menos estas semanas. Comer sin modales es una de esas cosas —me defendí. Él rió.

Miré su hamburguesa a medio camino. Parecía deliciosa…

Metió la mano en la bolsa y sacó otra hamburguesa entera. La cogí con aún menos educación que la primera.

—A veces pareces mi genio de la lámpara —murmuré, desenvolviendo el pan.

Él sonrió de verdad, con esa sonrisa que derribaba cualquier muro que intentara mantener entre nosotros.

—Bien. Dime, entonces. ¿Qué quieres hacer, Isadora?

La pregunta no era una cortesía. Era un permiso.

El subtexto estaba claro: ¿Qué quieres pedir antes de perder tu última noche de libertad?

Me quedé quieta. Miré el árbol, el lujo, la vida que estaba a punto de mudar de piel. No quería que esa noche terminara.

—Vamos a… hablar. Prometo que esta vez comeré despacio mientras hablamos.

—Hablar, entonces.

—¿Te gusta esta vista? —pregunté, mirando más allá de los ventanales del suelo al techo, donde São Paulo se extendía como un mapa vivo.

—No —respondió sin pensarlo.

—¿Te gusta São Paulo?

—Tampoco.

Me eché a reír.

—Me estás matando todos los temas, Alessio. Así no hay quien hable.

Me regaló otra risa, y decidí que a partir de ese momento las coleccionaría como regalos bajo un árbol de Navidad.

—¿Y a ti? —preguntó—. ¿Te gusta São Paulo?

—Pensé que me gustaría más. La idealicé toda mi adolescencia, ¿sabes? Pero no me recibió bien. Y ahora que tengo la oportunidad de mirarla con otros ojos… sigue siendo diferente a lo que esperaba. Tú has viajado mucho, ¿no?

—Sí.

—¿Y cuál es tu ciudad favorita del mundo?

—Taormina. En Italia.

—¿Y qué tiene de especial?

Alessio respiró hondo y apartó los envoltorios vacíos de su hamburguesa. Inclinó la cabeza como si contemplara la ciudad dentro de su memoria.

—La mayoría diría que… un castillo. O playas hermosas.

—¿Y tú qué dirías?

—El abismo. Es una ciudad costera. Mirar el abismo siempre me ha dado una paz extraña. Es una ciudad antigua. Hay mucho que ver.

—¿Y qué ves tú?

—¿En la historia? —preguntó, arqueando una ceja.

—En el abismo. Cuando lo miras.

—Nada. Y eso es raro en mí. No ver nada. No preocuparme por nada. No… tener que hacer nada.

Asentí. Entendía lo que quería decir, aunque para mí el problema siempre había sido el contrario: yo veía demasiado.

Acabé mi hamburguesa y, cuando un eructo decidió traicionarme, me tapé la boca a tiempo, pero no lo suficiente como para ocultarlo del todo. Alessio soltó una carcajada más fuerte. Me puse roja hasta las orejas.

—¿Y tú? —preguntó cuando vio que estaba a punto de morir de vergüenza—. ¿Qué ves cuando miras al abismo, Isadora?

Era una pregunta metafórica. Sabía que nunca había visto uno real, pero también sabía que yo ya había enfrentado varios que se sentían igual de profundos.

No me gustaban mis abismos. No me daban paz. Me asustaban. Me hacían sentir que, si caía, nadie vendría a buscarme.

—Nada bueno —respondí con la misma sinceridad que él. El silencio se sentó a nuestro lado durante unos segundos.

Fui yo quien lo rompió cuando un bocinazo demasiado alto sonó en la calle. Después de eso, la conversación fluyó sin esfuerzo. Hablamos de tonterías, pero también de cosas serias.

—¿Qué más quieres hacer? —preguntó él, tumbándose en la alfombra y mirando el árbol.

—¿Hablar no es suficiente? ¿Estás diciendo que soy mala conversadora, Alessio?

Él soltó otra risa. Dios… cada vez me gustaba más escucharlo.

—No. Pero esperaba que aprovechases mejor la oportunidad de pedirme cualquier cosa.

Entrecerré los ojos, sintiéndome desafiada. Me giré hacia él, prácticamente mirándolo por encima del hombro debido a su nueva posición.

—¿De qué tipo de "cualquier cosa" estamos hablando?

—De cualquier cosa que pueda hacerse dentro de este apartamento.

—Podría pedir que llenáramos el suelo de detergente y nos pusiéramos a deslizar como en una versión menos colorida del fútbol sobre jabón.

—Cualquier cosa que pueda hacerse aquí sin poner en riesgo nuestra integridad física —se corrigió, y me hizo reír.

—De acuerdo. Entonces quiero ver una película de terror cliché y muy mala, tipo *Sharknado* —pedí.

Me miró con una ceja levantada, pero sonrió.

Para mi absoluta sorpresa, se incorporó, cogió el mando de la mesa de centro y encendió la televisión gigante. Empezó a navegar por los servicios de *streaming* hasta encontrar una película de tiburones voladores.

Lo observé sin decir nada, demasiado intrigada. Cuando se levantó y me tendió la mano, la acepté.

Nos sentamos en el sofá. No totalmente juntos, pero lo bastante cerca para sentir el calor de su cuerpo. Su pie descalzo rozó el mío. Su pierna tocó la mía. Y esa cercanía me estaba volviendo loca.

—¿Quieres palomitas?

Negué con la cabeza. Estaba demasiado llena. Del estómago. De la cabeza. Del pecho.

Le dio a *play*, y forcé mis ojos a centrarse en la pantalla.

¿Qué… qué estaba pasando aquí?

La película era tan mala que acababa resultando divertida.

—No puedo más —dije al cabo de veinte minutos, aunque no tenía nada que ver con la película—. Necesito salir de este sofá. Cada segundo parece encoger más. ¿Tienes consola?

Tenía.

Jugamos a un juego de carreras absurdo y competitivo. Lo vencí. Él protestó, frustrado, con una sinceridad tan humana que me hizo soltar una carcajada.

El control absoluto que tenía sobre el mundo no se extendía al Mario Kart.

Reímos. Mucho. La risa era un bálsamo.

A las cuatro de la mañana, la luz gris y fría del casi amanecer empezó a filtrarse por el salón. El tiempo se había acabado otra vez.

Alessio apagó la consola. El silencio volvió, pero esta vez estaba cargado. Lleno. Pesado.

Ambos respirábamos demasiado rápido.

Se giró hacia mí en el sofá. Su rostro estaba muy cerca, iluminado solo por el parpadeo de las luces del árbol.

—Es esto, Isadora —susurró, con esa voz baja y aterciopelada—. El sol está a punto de salir. Nuestra noche libre ha terminado. El chófer llegará en unas horas. ¿Tienes algún otro deseo antes de que todo cambie?

Lo miré.

A ese hombre descalzo, con olor a hamburguesa y una vulnerabilidad escondida detrás de la sonrisa. El miedo al viaje seguía dentro de mí, pero algo nuevo se mezclaba con él. Algo que ya no podía ignorar.

—No sé… —mi voz tembló—. Tal vez quiero que todo cambie. Pero de otro modo.

Él se acercó. La distancia entre nosotros desapareció. Nuestras pieles se rozaron en varios puntos distintos, y esa proximidad era una tortura deliciosa en la que quería zambullirme sin pensarlo.

La respiración de Alessio cambió. Sus ojos bajaron a mis labios y volvieron a los míos. El deseo allí era palpable, denso, eléctrico.

—¿Qué quieres, Isadora? —preguntó con la voz ronca, despojada de todo protocolo—. Dilo.

Suspiré. Junté todo el miedo, toda la gratitud, todo el desejo que llevaba semanas acumulando. Erguí los ojos.

—¿Me besas, Alessio?

Y él me besó.

Alessio no dudó. Ni un segundo.

No hubo ese instante suspendido en el que dos personas deciden si van o no a cruzar una línea. No. Alessio D'Amico no cruzó la línea.

La borró. Y se llevó todas las reglas por delante.

La única lentitud fue la deliberación. Sus ojos se clavaron en los míos un momento más, como si quisiera asegurarse de que yo entendía qué estaba a punto de pasar. Y luego se inclinó hacia mí.

No con la suavidad de un abrazo, sino con una necesidad cruda que reconocí inmediatamente como la mía.

Su mano encontró mi mandíbula. Lenta, casi indecisa… pero solo casi. Como si esa parte de él aún recordara que debería ser cuidadoso. El resto de su cuerpo no recordaba nada.

Me atrajo hacia él despacio, con firmeza suficiente para hacerme sentir cómo el mundo se inclinaba bajo mis pies. Solo existía el calor que irradiaba de su piel y la luz azulada del amanecer que empezaba a envolverlo todo.

El sofá. El árbol de Navidad. Las luces parpadeando. Todo se convirtió en un telón de fondo cuando su boca tocó la mía.

El beso no fue suave. Fue un rugido contenido. Un hambre nacida de semanas de negación.

Sabía a café expreso, a menta fresca… y a la dulzura leve de una transgresión que él había permitido. El tipo de beso que solo existe cuando la tensión lleva demasiado tiempo acumulándose.

De miradas que duraron más de lo debido. De manos que se detuvieron justo antes del toque final. De respiraciones que ya sabían encontrarse.

Sus labios eran cálidos y seguros, y besarlo se sentía como descubrir un idioma nuevo. Cada movimiento decía algo que él jamás se atrevería a pronunciar en voz alta.

Llevé la mano a su nuca sin pedir permiso, enredando los dedos en su pelo corto, tirando de él para acercarlo más. Le gustó. Lo sentí en la urgencia con la que me respondió, en el modo en que su pecho se tensó contra el mío.

Era eso. La cosa que me desvelaba por las noches. El motivo por el que mi cuerpo ardía cada vez que él entraba en una habitación.

Su mano, grande y firme, se deslizó de mi hombro a mi maxilar. Me sostuvo el rostro como si yo fuese la única cosa real en toda la

sala, profundizando el beso hasta que mi respiración se mezcló con la suya.

Yo no estaba pensando. Estaba sintiendo.

La aspereza de su barba de un día. El sonido húmedo de nuestro beso en el silencio de la madrugada. El fuego que empezó en mis labios y me recorrió las venas como electricidad.

Desesperación. Porque sabíamos que el sol estaba naciendo y que el teatro de nuestras vidas volvería pronto.

Sus manos descendieron de mi rostro a mi cintura, tirando de mí hasta que no quedó espacio entre nosotros. Mi cuerpo encajó en el suyo con una naturalidad que me hizo temblar.

El beso se volvió más lento. Más profundo. Más peligroso.

Como si necesitara memorizar cada parte de mí. Como si temiera que nunca volveríamos a tener ese momento.

Cuando por fin separó la boca de la mía para respirar, dejó su frente apoyada en la mía. Respirábamos como si hubiésemos corrido.

—Isadora… —su voz salió baja, rasgada, como si mi nombre fuese una súplica… o una advertencia… o un error que cometería mil veces.

Aún sentía su sabor en mis labios. Él todavía sentía mi respiración en los suyos. Su mano seguía en mi cintura. La mía seguía en su nuca.

Y por un instante entero, existimos allí: entre el beso y todo lo que vendría después. Entre la verdad y la mentira. Entre el contrato y el caos. Entre él y yo.

Un instante nada más.

En el siguiente, el contrato, el control y las reglas se deshicieron entre nuestros dedos y se quedaron pegados a nuestras pieles.

Alessio volvió a pegar su boca a la mía. Y entonces todo dejó de importar.

El hambre que sentía por él, ahora que conocía el peso exacto de sus labios, el sabor de su boca, el calor de su cuerpo, multiplicó todo por mil.

Sus labios ya no besaban. Devoraban.

Mi mano volvió a su pelo. Lo agarré con fuerza, tirando de él con una urgencia que no sabía que tenía, exigiendo más. Él respondió con una intensidad que me hizo gemir en su boca.

El calor entre nosotros subió como una ola. La luz del amanecer pintó su piel de azul. El mundo se redujo a nuestras bocas, nuestras respiraciones, nuestras manos.

Y entonces él dejó de besarme… solo para destruir la distancia que aún quedaba entre nosotros.

Su mano bajó a mi camiseta. Nada de delicadeza. Solo furia.

Oí el desgarro antes de sentir el aire frío de la sala sobre mi piel. El algodón se abrió junto al escote, dejando ver la piel recién pulida horas antes.

El cuerpo de Alessio, pegado al mío, era una tormenta de calor contra la frialdad del amanecer.

—Has… has roto mi camiseta —jadeé, mirando el tejido rasgado.

—Te compraré cien nuevas —dijo sin dudar—. Y las romperé todas. Igual que pienso romper cualquier cosa que se interponga entre tú y yo.

Mi estómago se contrajo.

Y me lancé hacia él.

Me lancé contra él. Necesitaba tocarlo, sentirlo, arrancar de su cuerpo todo lo que lo hacía ser *el* Alessio D’Amico. Mis manos ardían. Fiebre. Urgencia.

Tiré de su camiseta de chándal, intentando quitársela con la misma desesperación con la que él había roto la mía.

Él me ayudó. La sacó de un tirón violento, dejando al descubierto su torso duro, impecable, tallado como una amenaza.

Se me escapó el aire.

Alessio me desabrochó el sujetador sin romper el contacto visual, y el tejido cayó al lado del sofá. Instintivamente intenté cubrirme con los brazos—un reflejo tonto, un último residuo de timidez—, pero duró menos de un segundo.

—No te escondas de mí, *mia cara* —susurró, su voz tan profunda que me vibró en el pecho.

Aquello no era una súplica. Era una orden. Y obedecer esa orden encendió una oleada de placer que me dejó sin defensa.

Me apartó los brazos y me miró. Y no vi lujuria. Vi posesión.

Su boca descendió. Cuando sus labios rodearon mi pezón y tiró de él con una fuerza inesperada, un gemido alto, roto, se escapó de mi garganta.

El placer fue un latigazo eléctrico. Mi cuerpo entero se arqueó buscando más.

Él me dominaba sin esfuerzo. Yo era una superficie en blanco sobre la que pintaba su deseo. El cuerpo recién pulido que el salón me había dado horas antes ahora era suyo para arruinarlo, para marcarlo.

Alessio continuó descendiendo.

Me tomó por la cintura, firme, y giró mi cuerpo sobre el sofá. Mis piernas quedaron torpemente abiertas sobre el cuero frío. Me encontré a cuatro patas, la luz gris del amanecer iluminando mi piel. Una postura de vulnerabilidad total que, en lugar de asustarme, me hizo querer implorar… aunque ni siquiera sabía por qué. Solo sabía que necesitaba más. Más de Alessio. Mucho más.

¿Era humillación? ¿Era adoración? No podía distinguir nada. Lo único cierto era que en ese instante, ser suya parecía más sagrado que cualquier otra cosa.

—La visión de ti así me va a perseguir el resto de mi vida —dijo detrás de mí, su voz baja, casi cruel—. Siempre pensé que el infierno sería rojo. Pero es gris… y te tiene ahí, de rodillas ante mí.

Un temblor me recorrió de arriba abajo.

Escuché el sonido de la cremallera bajando. Luego el roce del tejido desprendiéndose. Miré por encima del hombro justo a tiempo para verlo quitarse la bermuda de un tirón.

Y luego sentir cómo deslizó mis vaqueros por mis piernas.

El cuero del sofá estaba frío. Él, detrás de mí, era fuego puro.

Cuando nos quedamos los dos desnudos, jadeé antes incluso de sentir su toque. Su erección, dura, implacable, rozó la curva de mi culo. El olor de su piel mezclado con sudor, sexo y un resto de café me nubló la cabeza.

Alessio no me penetró. Aún no. Pero yo ya no pensaba. Mi mente había dejado de funcionar desde el primer beso.

Todo mi cuerpo era deseo. Querer. Quererlo a él. Querer su boca, sus manos, su fuerza, su sombra, su peso. Nada más importaba.

Me besó la espalda. Lentamente. Como si estuviera reclamando cada centímetro. Su lengua trazó la curva de mi cintura mientras descendía.

Y cuando su boca llegó a mi sexo —crudo, sensible, expuesto—, el grito salió antes de que pudiera pensar en contenerlo.

El placer era tanto, tan abrupto, tan desconocido, que dolía. Mis uñas se clavaron en el cuero del sofá.

Él me sujetó de las caderas con firmeza, impidiéndome escapar, obligándome a recibir cada descubrimiento de su lengua.

Mi mente se vació. Yo ya no era Isadora. Era sensación pura. Gemidos que no podía controlar. Jadeos que no sabía detener. Suplicas que me escapaban sin permiso.

—Joder, Isadora… —gruñó contra mí, su voz vibrando entre mis piernas—. Gimes como si rezaras. Y tú, *tesoro*… eres el tipo de religión a la que me haría devoto sin dudar.

El primer orgasmo me golpeó como un trueno. Mi cuerpo se arqueó entero, temblando, roto, mi voz escapando en un sonido animal que no reconocía como mío. Lágrimas calientes me nublaron la vista… pero no eran de miedo. Eran exceso. Sobrecarga. Una mezcla incontrolable de alivio y deseo.

No tuve tiempo de recuperar el aliento.

Me giró con fuerza medida y me tumbó de espaldas. Mi cuerpo temblaba. Mi respiración era un sollozo abierto.

—Eres preciosa cuando te rompes, *tesoro* —susurró, su italiano hundiéndose en mi pecho—. Más. La quiero más.

Su boca volvió a mi centro. Renovada. Implacable.

Usó sus labios, su lengua, sus dedos. Exploró cada rincón, cada temblor, cada parte de mí que yo jamás había permitido que nadie tocara.

Mi nombre salió de mi garganta como un ruego desesperado.

Él me hacía sentir que él era el aire… y que yo estaba muriendo sin él.

El segundo orgasmo llegó más lento. Más profundo. Como una ola que me arrastraba y me dejaba completamente rendida. Sin control de mi boca, ni de mis manos, ni de mis piernas. Consumida. Desnuda. Enteramente suya.

Alessio levantó la cabeza, su boca húmeda, sus ojos negros, su pecho subiendo y bajando como si también estuviera peleando contra algo dentro de sí.

Se arrodilló entre mis piernas y me miró. Yo estaba empapada, temblorosa, expuesta. Mis ojos rojos. Mis labios entreabiertos. Mi cuerpo entregado, todavía vibrando.

Y entonces lo dije.

—Espera, Alessio. Por favor… espera.

Me incorporé lo justo para agarrar su brazo. El pánico subió a mi garganta.

—Yo… yo nunca he hecho esto. Con nadie. Soy virgen.

El mundo se detuvo.

La sonrisa de Alessio se apagó de golpe. Lo vi en sus ojos: cómo el negro se volvía absoluto, cómo algo primitivo asomaba desde el fondo de su autocontrol. La palabra *virgen* cayó entre nosotros como una chispa en un cuarto lleno de gasolina.

La posesividad en su mirada me hizo temblar.

—¿Primera vez? —preguntó, su voz más baja, más grave, más peligrosa que antes.

Su mano subió a mi rostro, sujetándolo con una firmeza nueva, como si quisiera asegurarse de que no apartaba la mirada. Asentí, casi sin aliento.

Él inspiró hondo. Como si luchara contra algo dentro de sí.

—Debería ser gentil contigo —murmuró, rozando mi mejilla con el pulgar—. Eso es lo que correspondería. Pero… —sus ojos bajaron a mi boca, y luego de vuelta a los míos— todo en mí solo puede pensar en marcar territorio.

Un escalofrío me recorrió entera.

—¿Quieres que vaya despacio? —continuó él, con una sinceridad brutal—. Puedo intentarlo. Pero si me miras así… —su voz se volvió un hilo tenso— juro que no voy a poder contenerme.

—No —susurré, sin reconocer mi propia voz—. No quiero que te contengas.

Él rió. Una risa rota, oscura, como si mis palabras hubiesen sido exactamente la llave que no debería haberle dado.

—¿Ves? —suavizó mi mandíbula con la mano, pero la intensidad seguía ahí, intacta—. Te dije que eras perfecta para este papel. Tu primera vez es mía, Isadora.

No fue una pregunta. Fue una sentencia. Una declaración de posesión que me atravesó como calor líquido.

—Y será la primera de muchas que voy a coleccionar —añadió, su voz casi un gruñido contenido—. ¿Lo entiendes? Cada parte de ti tiene un sabor. Y ahora que lo he probado… —sus ojos descendieron a mi cuerpo desnudo, aún temblando por el orgasmo— estoy enganchado. Espero que sepas lo que has hecho.

No lo sabía. No del todo. Pero asentí igual. Porque no quería que parara. Porque, en ese momento, lo único que quería era él.

Alessio me levantó con una facilidad que me desarmó. Mis piernas, instintivamente, se enrollaron alrededor de su cintura. Su piel caliente contra la mía. Mi cuerpo tembloroso encima del suyo.

Caminó conmigo en brazos, su boca buscando la mía en un beso feroz que me arrancó un gemido ronco. Mi espalda se arqueó, mi pecho se apretó contra su torso, mis dedos se clavaron en sus hombros.

Me tumbó sobre los sábanas de seda frías.

Yo nunca había estado tan consciente de mi propio cuerpo. Nunca tan desnuda. Nunca tan vista.

Él se puso sobre mí.

Su cuerpo desnudo proyectó una sombra poderosa contra la luz del amanecer.

Era grande. Y duro. Y perfecto de un modo que me asustaba… y me atraía aún más.

—Es… es grande —susurré, casi sin voz—. Alessio, no va a… no va a caber.

La sonrisa que me dedicó fue la más arrogante y devastadora que había visto en mi vida.

—Va a caber —aseguró, inclinándose sobre mí—. Yo me encargaré. Y vas a pedirme más, *bambina*. Tu cuerpo fue hecho para esto. Para ceder bajo el mío. Para arquearse cuando yo lo ordene. Para implorar sin palabras.

Mis dedos temblaron sobre sus brazos.

Él se acomodó entre mis piernas. Me besó despacio, la lengua rozando la mía en un duelo suave y cruel al mismo tiempo.

Y mientras me besaba…

Empujó.

El dolor fue agudo. Un rasguño rápido, inevitable, que me arrancó un grito ahogado contra su boca.

Sentí el desgarro —pequeño, preciso— y luego la sensación abrumadora de ser llenada por él. Mi cuerpo se tensó, se abrió, protestó… y luego se rindió al calor que me invadía.

Él se quedó quieto. Su respiración caliente en mi oído.

—Mírame, Isadora —su orden fue suave, pero innegociable—. Quiero ver tus ojos.

Lo hice. Y en sus ojos no había duda. Había hambre. Y una devoción peligrosa.

Yo era su primera vez emocional. Él era mi primera vez física. Y ambos lo sabíamos.

Alessio empezó a moverse.

Al principio lento. Cuidadoso. Luego más profundo. Más seguro. Más él.

El dolor se transformó. Se mezcló con un calor salvaje. Con algo que me hizo agarrarlo más fuerte, arañarle la espalda, sentir el sonido húmedo de nuestros cuerpos chocando, llenando la habitación como un mantra.

El slap húmedo de la unión. Los gemidos tensos de él. Mis gritos que ya no podía controlar.

Yo no recordaba nada. No existía nada. Solo instinto. Solo la necesidad de consumirme en él.

Él aceleró. Implacable. Profundo. Todo su cuerpo tensado contra el mío, como si no pudiera separarse ni un milímetro.

—Corre para mí, Isadora —su voz era una orden rota, peligrosa—. Y después de esto… vas a respirar por mí. A comer por mí. A correrte solo por mí.

Mi tercer orgasmo llegó como un estallido total. Una convulsión eléctrica que me rompió en su pecho mientras sentía cómo él también se corría dentro de mí, llenándome en el mismo instante en que mi cuerpo explotaba.

El calor de su semilla me abrió como una prueba indeleble.

El mundo giró. Todo se volvió blanco. O azul. O nada.

Alessio cayó sobre mí, su cuerpo pesado aplastando el mío. Yo lo abracé sin pensar, mis brazos temblorosos, mis piernas aún alrededor de su cintura.

Temblé. Respiré a golpes. No tenía aire. Ni lágrimas. Ni voz.

Solo la certeza abrumadora de haber sido suya.

Cuando por fin recuperó el aliento, el sol ya entraba por la ventana. Me besó en la coronilla. Un beso de posesión. Un beso de agotamiento. Un beso que decía *ahora ya no hay vuelta atrás*.

Mis fuerzas me abandonaron. Mi conciencia también.

Me rendí al sueño. A un sueño profundo, reclamado por un cuerpo que había sido derribado y reconstruido en brazos de Alessio D’Amico.

31.

ISADORA MENEZES

Desperté con la sensación de estar hundiéndome. No en sábanas de seda, sino en culpa y en un dolor muscular que parecía ocupar cada parte de mí.

Abrí los ojos: la luz del día ya no era gris, sino dorada e invasiva. La cama a mi lado estaba vacía. Miré la mancha oscura en la sábana, la prueba silenciosa de que la noche no había sido una pesadilla, sino una realidad que me había cambiado de un modo irreversível.

Me dolía el cuerpo en lugares que ni sabía que podían doler. Ya no era virgen. Y, de un modo profundo e irreversible, era suya.

—Estás despierta, *bambina* —la voz de Alessio llegó desde la puerta del baño, grave y sin la ronquera de la noche.

Estaba completamente vestido. Traje de viaje impecable color gris plomo. Camisa blanca. Zapatos de cuero relucientes.

El CEO había vuelto, y parecía perfectamente recompuesto. Ni rastro del hombre descalzo que se rió con *Sharknado* la noche anterior.

No miraba la cama. Miraba su reloj.

—El chófer llega en quince minutos. He pedido el desayuno en el jet. Tienes diez minutos para estar lista.

La orden fue fría, profesional. La urgencia de la vida real había irrumpido sin pedir permiso. Mi estómago se encogió.

—¿Por qué no me has despertado antes? —Mi voz salió extraña, un susurro.

—Tuve la ligera impresión de que necesitabas dormir. Pero eso nos deja menos tiempo para gestionar el desastre.

No hablaba de las sábanas. Hablaba de *nosotros*.

—¿Gestionar el desastre? —repetí, sintiendo un nudo en la garganta. ¿Yo era un problema por resolver?

—Sí. Tendrás que darte prisa. El equipaje ya está en el coche. Pero la tripulación será nuestra primera audiencia. Necesito asegurarme de que estás en la misma página que yo, Isadora.

La frialdad me golpeó con fuerza. El miedo y la vergüenza se mezclaron en mi pecho.

—No vamos a… ¿hablar de lo que pasó?

Alessio por fin me miró, y deseé desaparecer. Sus palabras de la noche anterior resonaron en mi mente: *no te escondas de mí*.

Pero el hombre frente a mí ya no parecía aquel que exigió isso. No sabía si siquiera quería que obedeciera.

Sus ojos eran un abismo sin emoción. El mismo abismo que le gustaba contemplar en Taormina.

—¿Qué hay que hablar? —preguntó con brutal sencillez—. Perdí el control y tú no me detuviste. Lo hecho, hecho está. Somos adultos. Elegimos. Firmaste el contrato. Tu virginidad, igual que tu tiempo y tu imagen, me pertenecen hasta el divorcio.

No confundas mi pérdida de control con ninguna otra cosa, Isadora. Fue obsesión. Y yo siempre consigo lo que quiero.

Atravesó la distancia entre nosotros hasta quedar frente a mí. El CEO desapareció un segundo. Lo que quedó fue el depredador.

Su dedo rozó la comisura de mi boca.

—Pero, a partir de ahora, el espectáculo debe continuar. Vamos a Italia. Eres mi prometida. Y el mundo entero tiene que creer que eres la mujer por la que movería montañas. ¿Entendido?

Asentí. No podía hablar. El miedo me había vuelto a golpear, brutalmente.

—Perfecto. Ve a ducharte. Y ahora es cuando pones en práctica todo lo que has ensayado este último mes: eres una mujer que acaba de pasar la noche más increíble de su vida con su futuro marido. Sin dudas. Sin dolor. Radiante.

Salió de la habitación sin esperar respuesta.

Corrí al baño con el cuerpo temblando. Lavé cada rincón de mi piel, intentando borrar su olor, su sabor, la prueba física de que ya no era solo mía.

Cuando regresé, noté un vestido colgado cerca del armario. No lo había visto antes. Beatriz lo había elegido personalmente para el viaje.

Era perfecto: elegante, pero casual. Quería sentarme en la butaca, intentar poner orden en el caos dentro de mí, reconciliar los dos Alessios que me latían en el pecho. Pero no podía. No tenía tiempo.

Diez minutos después estaba lista. Maquillada para esconder mis miedos. Con un sorriso ensayado firmemente colocado.

Alessio estaba en el salón, hablando italiano por teléfono. Interrumpió la conversación al verme.

—*Perfetto*. El jet nos espera.

Me tomó de la mano y se dirigió hacia la puerta. Yo no pude moverme. Me quedé clavada al suelo como un ancla.

—Alessio, yo… —empecé, pero cerré los ojos y la boca.

Respiré hondo. Sacudí la cabeza. No. Alessio tenía razón. Éramos adultos. Yo había elegido esto.

Había pedido que me besara. Le había permitido todo lo que vino después. Lo había deseado. Lo había amado.

Y nada de eso era culpa suya. No tenía que escuchar mis dudas.

Apreté los dientes, forcé meu coração a acompasar-se. Cuando abrí los ojos, avancé y enlacé mi brazo con el suyo, como exigía el

contrato. Él no comentó nada. No me apresuró. No hizo preguntas.

Simplemente me condujo fuera del apartamento.

Una Mercedes negra nos esperaba en el garaje subterráneo. El chófer nos llevó directamente a un hangar privado en Guarulhos.

El jet, un Gulfstream G650, era deslumbrante: un palacio volador. La sobrecargo, elegantísima en un uniforme azul marino, nos recibió con una sonrisa cálida.

—*Benvenuti a bordo, Signor D'Amico e Signora*.

Sonreí, pero el gesto se congeló. *Signora.* Señora. Prometida.

Yo ya estaba dentro de la farsa.

Alessio me condujo hasta la cabina. El interior, en tonos crema y beige, parecía un salón de lujo. La mesa estaba puesta con cubiertos de plata y porcelana fina.

—Siéntate aquí, *tesoro* —dijo él, con una voz dulcemente italiana que sabía usar cuando había público. El cariño era falso, pero el calor de su brazo… demasiado real.

Se sentó a mi lado. No en asientos separados, sino en el mismo sofá. Tomó mi mano y la besó.

El gesto me hizo estremecer. Él lo notó.

—Estás tensa, *mia cara* —susurró, aún sosteniéndome la mano.

—Solo… necesito tiempo para actuar como tú —susurré también, aunque la sobrecargo ya estaba lejos.

—¿Como un prometido enamorado? —preguntó con una ceja arqueada y un amago de sonrisa que hizo que mis labios quisieran reaccionar como la noche anterior. Lo odié por eso.

¿Era bipolar?

—No —negué—. Como si no hubiéramos incendiado el mundo anoche.

Alessio soltó una risa seca. Sus ojos atraparon los míos. La sobrecargo se aproximó con una bandeja que olía a café.

—El mundo está en llamas, *tesoro*. Pero nadie necesita oler el humo —dijo justo antes de que ella llegara.

La bandeja fue servida. Alessio le indicó cuántos azucarillos quería para mí.

Ella se retiró.

Él llevó la taza a los labios. Y apretó mi mano con una fuerza sutil, pero firme. Era posesividad disfrazada de cariño… y no sabía qué hacer con ello.

—Relájate. Estás camino a Florencia. Y la farsa tiene que ser creíble. Sonríe.

Usó el tono de comando. Sonreí. Y mi sonrisa fue dulce, impecable.

Él pareció satisfecho. Asintió hacia la sobrecargo.

—Podemos despegar, Elara. Y, por favor, tráenos el champán que reservé para mi prometida.

La mujer sonrió y se alejó.

Alessio me miró. Su rostro volvió a endurecerse mientras la aeronave comenzaba a moverse por la pista.

—Imagino que ahora tendrás muchas preguntas. Pero solo hay dos verdades que importan para los próximos días. La primera: eres mía, Isadora.

Tú lo elegiste anoche. Y un hombre mejor que yo quizá estaría dispuesto a pasar por alto que tal vez no pensaste en las consecuencias antes de lanzarte. Pero yo no soy ese hombre. Y no renuncio a algo que quiero. A menos que tú me digas *ahora* que no quieres pertenecerme.

Hizo una pausa, como si me diera la oportunidad de decirlo. Pero mis labios no se movieron. ¿Qué estaba haciendo?

Alessio sonrió de lado y continuó:

—La segunda verdad: esto no cambia el contrato. Tú sabes la verdad, pero nadie más la sabrá. Para el resto del mundo eres mi prometida. Y vas a sonreír por eso, incluso cuando el hecho de que seas mía te deje confundida, asustada o irritada. Una cosa no se mezcla con la otra. ¿Entendido?

El jet aceleró. La fuerza de la pista me empujó hacia atrás… y contra él.

Ya no estaba en São Paulo. Estaba entrando en caída libre hacia mi nueva vida. Y la única persona que podría salvarme… era también la única que me había lanzado sin paracaídas.

Cerré los ojos.

—¿Entendido? —repitió cuando pasaron unos segundos sin mi respuesta.

Los abrí.

—Entendido.

—Perfecto. Puedes dormir ahora, *tesoro*. Tenemos un vuelo largo, y sé que estás cansada.

Quise decir que iba a luchar. A exigir respuestas. A cuestionarlo todo. Pero mi cuerpo se rindió como si solo estuviera esperando la orden.

Él pasó un brazo por detrás de mi espalda y me atrajo hacia él. Me acurruqué, desesperada por su calor, por su olor, por algo que no sabía nombrar.

Y dormí.

Volé hacia la Toscana. Y la Isadora de Itapeva se quedó atrás, en la mancha de sangre oculta bajo una almohada de seda, en la suite de una cobertura en São Paulo.

32.

ALESSIO D’AMICO

El jet privado tocó tierra en el aeropuerto de Peretola, en Florencia, con la suavidad que solo el dinero puede comprar. Para mí, sin embargo, no era más que el suelo de una jaula.

Isadora estaba acurrucada a mi lado, aún dormida, su respiración tranquila y rítmica contra mi traje de viaje. La sostenía con una posesividad que no me atrevía a analizar.

Había sido un vuelo largo desde São Paulo, y su silencio había sido un bálsamo inesperado después de la tormenta de la noche anterior.

Sabía que debía despertarla. El protocolo exigía que estuviera alerta, impecable y radiante al aterrizar. En quince minutos estaría frente a Luciana, mi *nonna*, la Matriarca D’Amico, y la mujer más difícil de convencer del mundo.

Pero retrasé el momento. Mi mano se cerró un poco más sobre su hombro.

Era mía. Una verdad grabada en mi sangre desde la mancha carmesí en la sábana.

No por amor —me repetía a mí mismo—. Por obsesión. Y la obsesión no permite que nada ni nadie arrebate lo que le pertenece.

También sabía que Isadora probablemente tenía expectativas muy distintas de lo que significaba pertenecerme. Pasé todo el tiempo entre el momento en que se durmió en mis brazos y el instante en que despertó sola en la cama pensando en cómo manejar aquello.

No podía permitir que bajara la guardia. Italia se la tragaría viva si lo hacía.

Lo que significaba que solo tenía una opción: garantizar que, desde el momento en que despertó en mi cama, entendiera que ese

era su lugar… pero que eso no cambiaba nada en nuestro contrato.

—*Signor D'Amico, las puertas están abiertas* —informó la azafata.

Asentí y, por fin, me incliné hacia ella.

—*Bambina*. Despierta. Hemos llegado.

Mi voz fue baja, un murmullo suficiente para arrancarla del sueño.

Sus ojos marrones se abrieron, desorientados por un segundo. Su expresión era cruda, sin la máscara de maquillaje que habíamos ensayado. La realidad volvió como una punzada, y ella se encogió levemente antes de recomponerse.

—Florencia… —susurró, la voz todavía ronca.

—La arena —corregí—. Recuerda, Isadora: *el espectáculo*.

Asintió. Su boca se apretó en una línea fina antes de que un sorriso ensayado apareciera. Hermoso, pero rígido como una escultura de hielo.

El coche nos esperaba en la pista: un Maserati Ghibli gris plomo que combinaba con mi traje.

La Villa D'Amico, una propiedad del siglo XV en las colinas de Fiesole, dominaba la ciudad desde lo alto. Ostentación disfrazada de historia.

Al cruzar el portón de hierro forjado, Isadora se enderezó. Enlazó su brazo con el mío, y sentí el cambio. Ya no era la chica de Itapeva ni la virgen confusa de la noche anterior.

Era la novia que yo había construido.

Mi abuela nos esperaba en el salón principal, bajo un fresco de techo alto. Luciana lucía impecable en un *tailleur* gris claro; su postura era tan rígida como la piedra de la Villa. No era una mujer alta, pero su presencia llenaba la sala entera. Era la fuerza silenciosa que mantenía el imperio D'Amico funcionando.

—*Benvenuti a casa, Alessio* —dijo, con una voz fría pero cortés.

Me dio un beso rápido en la mejilla. Sus ojos estaban fijados en Isadora.

—*Nonna*, esta es Isadora Menezes, mi prometida.

Isadora dio un paso adelante, soltando mi brazo. Extendió la mano a la altura del codo, la palma ligeramente hacia arriba —la reverencia sutil que habíamos ensayado—, y dijo en un italiano claro y sin acento:

—*Signora D'Amico. Es un honor conocerla por fin. La casa es aún más impresionante en persona de lo que Alessio me había descrito.*

Luciana no sonrió. Apretó la mano de Isadora, evaluándola. Ese apretón era un examen.

Isadora respondió a la perfeição: firme, pero sin desafío.

—Eres mucho más joven de lo que esperaba, *Signorina* Menezes.

—El tiempo, *Signora*, es el único lujo que mi prometido posee —respondió Isadora con un pequeno sorriso—. Alessio me dijo que la urgencia era un precio a pagar por su compañía.

El sorriso de mi abuela titubeó. Parpadeó, sorprendida.

Isadora acababa de convertir un comentario potencialmente ofensivo en un elogio indirecto hacia mí.

Había ido más allá de lo que le enseñé.

—Eres muy rápida, *Signorina*. Algo raro en mujeres tan guapas.

—Tuve un excelente maestro —respondió Isadora, mirándome con un brillo en los ojos que encendió un calor traicionero en mi pecho.

Su mirada decía: Soy tu creación.

—Lo que no te falta es confianza —dijo Luciana, suavizando al fin el rostro.

—*Fiducia in te stesso*, *Signora*. Autoconfianza. Y, por supuesto, la confianza en mi futuro marido. Jamás haría nada que lo avergonzase.

Había usado la palavra italiana para *autoconfianza* y *confianza en mi futuro marido* en la misma frase. Luciana, estratega nata, apreció la jugada.

—Muy bien. La habitación está preparada. Alessio, los asuntos de negocios no esperan el huso horario. Te pido que seas breve con tus… ocupaciones.

Era una orden disfrazada de cortesía. Estaba por responder cuando Isadora intervino.

—Por favor, *Signora D'Amico*, permita que Alessio atienda sus asuntos. Estoy agotada y me encantaría pasar la tarde aclimatándome y preparándome para la cena. No voy a monopolizarlo.

Isadora me estaba dando una salida. Demostrando ser una aliada. No un estorbo.

Luciana asintió, satisfecha.

—Excelente. *Allora.* Alessio, luego hablamos.

Se dio la vuelta para irse.

—La veré en el despacho en cuanto instale a Isadora —afirmé sin preocuparme por mirarla.

Di un paso hacia Isadora, le tomé la mano y la besé frente a mi abuela. El gesto era para Luciana, pero el toque era para mí.

Retrocedí antes de perderme en su olor, en su calor… en el deseo brutal de desgarrarle el vestido y devolverla a la ruina deliciosa que habíamos hecho de São Paulo.

33.

ISADORA MENEZES

Todo el pasillo de la Villa olía a madera antigua, flores frescas y… riqueza. Riqueza silenciosa. De esa que no necesita exhibirse porque sabe exactamente quién es.

Caminaba al lado de Alessio, pero mis piernas no parecían mías. Funcionaban por puro instinto de supervivencia.

En cuanto la puerta de nuestra suite se cerró detrás de nosotros, el aire cambió y mi máscara cayó. Solté un suspiro que era mitad alivio, mitad derrumbe, y me giré hacia él:

—He… sobrevivido —anuncié levantando las manos, teatral, como si estuviera presentando un espectáculo—. Pensé que tu abuela iba a convertirme en piedra en dos segundos. Tipo Medusa, versión Prada.

Alessio ladeó el rostro y se mordió el labio inferior por dentro. Sus ojos se entrecerraron.

—Vas muy bien, *tesoro*.

Me reí… una risa breve e incrédula.

—¿En serio? Alessio, tu abuela me miró como si estuviera evaluando si me vendería mejor entera o por piezas. Si eso fue aprobación… me da miedo saber lo que es desaprobación.

La comisura de sus labios se elevó apenas. Lo suficiente para marearme.

Empecé a caminar por la suite, demasiado nerviosa para quedarme quieta. Pasé la mano por mi pelo, respiré hondo, me detuve cerca de la ventana y volví a moverme.

—Tienes que irte, ¿verdad?

Alessio se acercó a mí. Su pulgar rozó mi palma, y un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Seguía afectada por la noche

anterior. Demasiado. Demasiado.

—El CEO llama —dijo él.

Me mordí el labio.

—Ve. Yo me apaño.

Me atrajo hacia un abrazo rápido, posesivo. No había cariño en él. Parecía más una advertencia… o un castigo por haberlo hecho bien.

—No te canses demasiado. Te quiero en la cena. Y esta noche duermes en mi cama, Isadora. Sin excepciones.

—Entendido —susurré, con la respiración atrapada.

—Dilo, Isadora —ordenó cuando mi silencio dijo demasiado.

—Solo hay una cama —señalé, sintiendo mi corazón acelerar.

—Eso no es novedad. Ya lo hablamos. Tu lugar está en mi cama desde el momento en que firmaste tu nombre en la línea de puntos. La única diferencia es que antes solo ibas a dormir… y ahora dormir es lo único que no pienso dejarte hacer.

Tragué con dificultad ante la promesa. Porque Dios… quería que la cumpliera. Demasiado.

—Vale. Mientras no me patees como a un perro por la mañana…

—Nunca intentaría patearte. Para eso tendrías que no tener dueño. Y lo tienes. Y es bastante gruñón, por cierto.

Me reí, sorprendida por la broma inesperada, pero el humor duró poco.

—Ya… pero es que… ¿en algún momento vamos a hablar de la parte estructural? —pregunté, irritada con el temblor de mi voz—. Ahora que estamos oficialmente en el escenario italiano de esta novela… ¿Cómo se supone que actúo cuando estamos solos? Porque, a ver… —gesticulé hacia todo y hacia nada—. Anoche fue… bueno, eso. Y hoy me despertaste como si yo fuera una hoja de cálculo que necesitaba ser reorganizada.

Él me miró en silencio. Dos segundos. Esos dos segundos que congelan el alma.

—No estamos solos —respondió al fin, con voz baja—. No en Italia. Aquí nunca estaremos solos.

La frase me atravesó como hielo. No por crueldad. Por verdad.

—Vale, pero eso no responde a nada —insistí—. ¡Necesito un manual! Un tutorial. Un… "Cómo Interactuar con tu Jefe-Contratante-Amante-Parcial-En-Territorio-Enemigo en 7 pasos".

Él respiró hondo, como si luchara consigo mismo, y dio dos pasos hacia mí.

Yo retrocedí uno. Reflejo puro.

Mi cuerpo recordaba la noche más de lo que quería admitir.

Sus ojos se oscurecieron.

—No hagas eso.

—¿No hacer qué? —intenté sonar ligera, pero mi voz salió ronca.

—Retroceder. Como si yo fuera… peligroso.

Pestañeé.

—Alessio… tú *eres* peligroso.

No lo negó. Por supuesto que no.

—Pero nunca para ti.

Mi corazón cometió el error de creerlo. Reí nerviosa.

—Eso suena mucho más convincente cuando no viene de un hombre que, no sé, me arrinconó contra una pared y me rompió la ropa hace menos de 24 horas.

Él inclinó la cabeza y sonrió con esa arrogancia que me desarma.

—Te gustó.

—Me gustó, pero no ayuda a tu credibilidad.

Nuestros ojos se encontraron. Un error monumental.

Había algo ardiendo en los suyos. Algo para lo que yo no tenía nombre.

—Entonces… —tosí suavemente— el protocolo es…

Su mano subió a mi barbilla. Despacio. Suave. Lo opuesto absoluto del hombre de anoche.

—Te lo expliqué en el avión, *tesoro*.

—Estaba medio dormida… y medio… bueno, ya sabes. ¿Puedes repetirlo?

Él bajó la voz hasta convertirla en un secreto.

—Es sencillo: me obedeces. Y yo te mantengo viva, intacta… y satisfecha.

Debería haberme enfadado. Debería haber retirado su mano.

En lugar de eso, temblé. Él lo notó. Y sonrió. Ese sorriso pequeño, raro, peligrosísimo.

—¿Sa-satisfecha? —pregunté, y Alessio se acercó aún más. La punta de su nariz rozó mi mandíbula.

—Y mojada, *tesoro* —prometió—. Siempre mojada para mí.

Un gemido bajo escapó de mi garganta. La vergüenza me atravesó, pero el deseo fue más rápido.

—No suena… muy cómodo —susurré, aunque fue más gemido que palabras.

Él rió.

—Te va a gustar. Te lo prometo.

—¿Solo eso?

—Y nadie te toca —añadió, de repente serio.

—¿Tocarme?

—Mientras seas mía, ningún otro hombre se acerca demasiado a ti. ¿Entendido?

—Pero eso ya estaba en el contrato —recordé, confusa.

—No hablo del contrato. Te estoy pidiendo que entiendas que destruiré a cualquiera que se acerque más de lo debido. ¿Entendido?

Tragué saliva.

—Entiendo.

—Tendrás la tarde libre —añadió, como si no hubiera estremecido todo mi cuerpo un instante antes—. Alguien vendrá a explicarte la rutina de la Villa y a enseñarte la propiedad.

—Vale… —murmuré.

Soltó mi barbilla. Pero tardó un segundo más de lo necesario.

Me giré y me aparté un par de pasos, solo para no desmayarme.

—Isadora.

Miré por encima del hombro.

Su mirada me devoró. Literalmente.

—Has estado perfecta. De verdad.

La explosión emocional fue tan inmediata que casi tropecé con la alfombra persa.

Él se fue antes de ver mi cara ardiendo.

Me quedé sola, de pie en el centro de la suite enorme, intentando entender cómo había sobrevivido al León de anoche… solo para ser destruida por el mismo León con una frase de cuatro sílabas:

Perfecta.

Si este era el inicio de nuestra temporada italiana… ya estaba en ruinas.

***

La suite era más grande que toda la casa de mi familia en Itapeva. Tonos beige y crema, arte antiguo en las paredes, y un balcón con vistas al laberinto de rosales de la Villa.

Tras el recorrido que me dio una empleada llamada Aria, miré el reloj y entendí que "aclimatarme" había sido, en realidad, un ejercicio de supervivencia. Luciana no toleraría retrasos en la cena.

La urgencia de Alessio, su frialdad, su posesividad… Todo se mezclaba en una neblina que me impedía procesar la noche anterior.

Yo había amado cada instante. Cada toque. Cada respiración suya.

Pero él había etiquetado nuestro encuentro como obsesión. Como una pérdida de control.

Y yo no podía permitir que mi cuerpo respondiera al Alessio depredador si el Alessio CEO veía aquello como un inconveniente ya gestionado.

Corrí al vestidor, donde nuestras cosas estaban colgadas y dobladas, y encontré el vestido que Beatriz había elegido para mi primera cena en Italia: un borgoña profundo, de seda pesada, que caía perfecto.

Una armadura para una guerra silenciosa.

La cena fue en el gran salón, donde la mesa de ébano podía acomodar a veinte personas, aunque éramos solo cuatro: Alessio, Luciana, yo y el tío abuelo de Alessio, Umberto D'Amico.

Me senté a la derecha de Alessio, el lugar de la prometida. Luciana presidía la mesa.

La conversación era íntegramente en italiano y yo solo entendía fragmentos. Me concentré en lo que podía: postura, etiqueta, tonos, silencios.

Cada gesto era un examen.

Recordé las lecciones de Beatriz: cómo sujetar la copa, el orden de los cubiertos, la postura erguida pero relajada.

Estaba aprobando.

Alessio me trataba con formalidad impecable, llamándome *mia cara* con el tono exacto para transmitir intimidad. Pero sus ojos nunca se posaban en los demás. Solo en mí.

Durante el plato principal, Luciana cambió al portugués para dirigirse a mí, dejando claro que quería precisión absoluta.

—Alessio me informó sobre la urgência del casamento, Signorina Menezes. ¿Usted comprende la importancia de la estabilidad para el negocio de sucesión?

—Comprendo perfectamente, Signora D'Amico —respondí—. El peso de un imperio no se mide en oro, sino en reputación. El negocio de mi prometido es el negocio de su familia. Y haré todo cuanto esté en mi mano para asegurar que nada —ni mi origen humilde ni la rapidez del compromiso— perjudique su éxito.

Alessio detuvo la copa en el aire.

El silencio fue inmediato.

—Está bien entrenada —comentó Luciana.

—Isadora es más que bien entrenada, *nonna* —intervino Alessio, firme. Puso la copa en la mesa y buscó mi mano bajo el mantel.

El contacto fue un choque. Su pulgar trazó círculos lentos y peligrosos en mi palma.

Él miraba a su abuela. Pero estaba tocándome a mí.

—Es inteligente, rápida, y tiene la ambición adecuada —añadió—. No confundas la juventud con falta de perspicacia.

Luciana retomó la conversación. Umberto carraspeó, y Alessio soltó mi mano para responder.

Mi piel siguió ardiendo en ausencia de su toque.

¿Por qué defenderme así? ¿Por qué elogiar mi inteligencia… si yo era apenas una pieza temporal? ¿Estaba siendo un prometido convincente? ¿O estaba protegiendo lo que consideraba suyo?

La noche avanzó entre italianos educados y evaluaciones silenciosas.

Cuando subimos, estaba agotada.

Entré en la suite y comencé a quitarme la armadura. El vestido cayó, revelando la lencería negra que había elegido para el "show" que él insinuara.

Alessio entró detrás de mí, cerrando la puerta con un clic que resonó.

Se quitó el blazer y lo dejó en la butaca.

Sus ojos no se apartaban de mí.

—¿Qué estabas haciendo ahí abajo? —preguntó en un español duro—. Ya no hay protocolo.

—Salvando tu reputación. Tu abuela estaba a punto de dudar de mí. Tenía que dejar claro que estoy aquí para servir a los intereses de la familia D'Amico.

Él dio un paso.

—Estás yendo demasiado lejos, Isadora. Tomando riesgos innecesarios.

—¿Riesgos? Tú me dijiste que fuera la mujer por la que moverías montañas. Eso hice. Me moví como si la montaña ya estuviera movida. El mundo necesita creer que valgo la pena.

Estaba a centímetros de mí. Sentía su calor. Su olor. Su tensión.

Sus manos subieron a mis hombros y me empujaron suavemente contra la pared.

—No tienes idea de lo peligrosa que eres cuando te determinas, Isadora.

—Ojalá fuera cierto.

Sus ojos bajaron a mis labios. Luego a mi lencería. Su respiración cambió.

—Basta. Se acabó la conversación.

No esperó respuesta.

Su boca tomó la mía con la ferocidad de quien ha esperado demasiado, de quien ha contenido demasiado.

No había suavidad. Solo urgencia. Solo posesión.

Me levantó, mis piernas se enroscaron alrededor de su cintura, y me llevó a la cama sin soltarme.

El dolor residual de la noche anterior se mezcló con el deseo abrasador de que me tocara otra vez. Me entregué, odiando la facilidad absurda con la que mi cuerpo respondía a su obsesión.

Me estaba castigando por mi competencia. Recordándome que, por muy bien que jugara…

Él siempre sería el dueño de las reglas.

¿Y lo peor?

No quería que parara.

34.

ISADORA MENEZES

Los días en la Villa D'Amico eran una rutina cruel de glamour y control.

Me despertaba, me vestía con una armadura social, sonreía a Luciana, intercambiaba cortesías en un italiano impecable y representaba a la prometida ideal. Pero las noches eran de Alessio, y en ellas el juego era otro.

Él me trataba en público como una pieza preciosa, un trofeo que exhibir. Pero en cuanto la puerta de la suite se cerraba, el empresario desaparecía, y solo quedaba el depredador que me reclamaba. Y yo, con vergüenza y deseo a partes iguales, me volvía suya.

Ya habíamos hablado de protección. Me aseguró que no tocaría a nadie más mientras durase nuestra farsa, y me preguntó si quería usar preservativo. Y, aunque sabía que a decisão vinha de um lugar estúpido dentro de mim, dije que no.

Me dieron la píldora del día después y también un anticonceptivo diario. Después de siete días de seguridad, prescindiríamos del preservativo. No quería más barreras entre nosotros que las innumerables que ya existían.

Era nuestra tercera noche en Florencia, y yo no conseguía dormir.

La cama inmensa parecía fría, incluso con el calor residual del cuerpo de Alessio a mi lado. Dormía boca abajo, el lençol cubriendo apenas la cintura, y la visión de su piel bronceada y musculosa bajo la luz tenue de la terraza era una tortura silenciosa.

Me levanté, me deslicé hacia el baño, me puse un albornoz de seda y salí a la terraza. El aire de diciembre en Florencia era fresco, pero no gélido. El laberinto de rosales bajo nosotros brillaba bajo la luz de la luna.

—¿Has perdido el sueño, *bambina*?

La voz de Alessio me hizo dar un salto. Estaba en la puerta del dormitorio, el pelo despeinado. No llevaba albornoz, solo el lençol sujeto con descuido a la cintura. Parecía una estatua griega andando.

—El desfase horario —mentí, sujetando el albornoz por el cuello.

Él cruzó la terraza hasta la barandilla y se detuvo a mi lado. Su calor se sentía incluso en el aire frío.

—No me mientas. Estás confundida.

No pude negarlo.

—¿Qué esperas que sienta? Me tratas como una propiedad, exiges que sea la mujer de tu vida en público y, en privado, me recuerdas que solo soy un contrato. ¿Se supone que debería estar radiante?

Alessio rió, un sonido áspero. No me miraba; miraba las colinas de Florencia.

—Soy un hombre de negocios, Isadora. Siempre consigo lo que quiero. Y ahora te quiero a ti. Sin importar si es por contrato, obsesión o por la maldita atracción animal que me provocas. Me perteneces porque lo elegiste. No confundas mi honestidad con desprecio.

Se giró hacia mí, y por primera vez vi cansancio en sus ojos.

—No duermo desde que llegamos, Isadora. Y no es por el desfase.

No necesitaba decir más. Su insomnio era su urgencia. Y el control sobre mi cuerpo era la única forma de silenciar su caos… y el mío.

—¿A dónde vas? —pregunté al notar que estaba a punto de volver al interior.

Señaló hacia abajo, a los rosales.

—Hay una puerta pequeña al final de la escalera de servicio. Lleva a un jardín secreto que *nonna* usa para aislarse. Si vas a quedarte despierta, hazlo allí.

Tardé unos segundos en entender. No me invitaba a sexo. Me invitaba a silencio. A un descanso. A algo que yo nem sabia que ele se permitía.

—Ve. Te alcanzo.

Asentí. Sus ojos permanecieron en los míos un instante antes de desaparecer.

Me vestí con ropa cómoda pero abrigada, bajé la escalera de servicio y encontré el jardín. Él ya estaba allí, sentado en un banco de mármol, las manos sobre las rodillas, mirando las estrellas.

Nos quedamos en silencio casi una hora. La única cosa que se movía entre nosotros era el aire.

Tardé demasiado en darme cuenta de que había subestimado el frío de la noche. La ropa que elegí no era suficiente.

—Tengo frío —admití cuando el aire comenzó a cortar mi piel.

Él me atrajo hacia sí, apoyando mi cabeza en su hombro y rodeándome con el brazo.

No había demanda, solo necesidad mutua de calor y silencio. La intimidad de aquel momento era más peligrosa que cualquier beso.

El silencio seguía cómodo, pero había algo nuevo en él, un hilo invisible que nos tiraba el uno hacia el otro, como si ninguno supiera cómo romper ese momento.

Alcé la vista al cielo. Nunca había visto tantas estrellas juntas.

—Es un poco… ridículo, ¿no? —murmuré por fin—. Este cielo. Parece una película europea que pone estrellas de más solo para parecer poética.

Alessio también levantó la vista.

—Esto es la Toscana —dijo, como si fuera obvio—. Hay poca contaminación lumínica. Es un buen sitio para mirar el cielo.

—Ah, claro —repliqué con una sonrisa burlona—. Porque tú eres conocido por sentarte a contemplar estrellas por la noche, ¿no? El gran Alessio D'Amico, CEO, heredero, destructor de mercados… y poeta en sus ratos libres.

Me miró con un medio sorriso discreto, pero real.

—No soy poeta.

—¿Seguro? Lo dices con esa voz de "las estrellas son mis empleadas", pero yo veo a través de tu teatro.

—¿Teatro? —levantó una ceja—. Yo no hago teatro, Isadora. Nunca lo he necesitado.

—Hugo Gloss tendría opiniones fuertes sobre eso.

Se quedó quieto. Otra vez. Mirándome como si acabara de nombrar una constelação alienígena.

—¿Quién?

Me reí tan alto que el sonido rebotó por el jardín.

—Da igual. Olvídalo. A veces se me olvida que eres un poco… analógico.

—¿Analógico?

Parecía ofendido. Lo cual era glorioso.

—Sí. Vives en un mundo de mármol, contratos y gente que se inclina cuando entras en una sala. No sabes lo que es mirar cotilleos en Instagram a las tres de la mañana porque no puedes dormir.

Él apretó los labios, pero la mirada se volvió cálida. Demasiado cálida.

—¿Y tú sí sabes? —preguntó.

La pregunta recorrió mi columna como un chispazo.

—Claro que sí. Yo… —me encogí de hombros, sintiendo mis mejillas arder—. Era solo una chica normal antes de esto. A veces aún lo soy, aunque tú te esfuerces en convertir mi vida en un episodio de *Dinastía*.

Él soltó un sonido bajo, entre suspiro y risa contenida. El tipo de sonido que hacía cuando yo golpeaba un punto exacto de su armadura.

—Sigues siendo una chica normal, Isadora —dijo mirando otra vez al cielo—. Pero estás en un mundo que no lo es. No es justo exigir que te adaptes de un día para otro.

Me detuve. Él también. Como si nuestras respiraciones estuvieran coreografiadas.

—Es la primera vez que dices algo… —fruncí el ceño—. así.

—¿Así? —inclinó la cabeza—. ¿Así cómo?

—No sé… menos muralla y más humano.

Él parpadeó despacio. Algo en su mirada cambió. No se volvió suave. Se volvió… atento.

—Prefiero ser un hombre, Isadora —dijo.

—Entonces tendrás que actuar como uno —susurré—. Al menos cuando no haya ojos encima.

El silencio volvió, pero ya no era neutro. Estaba cargado. Chispeante.

Alessio me estrechó un poco más entre sus brazos.

—No sé —murmuré—, creo que el minimalismo del cielo brasileño combina más conmigo.

—¿Minimalista? —repitió con ese micro sonrisa que era solo para mí—. ¿Tú?

—¡Sí, yo! —protesté—. ¡Soy minimalista!

—Minimalista… —susurró, como degustando la palabra—. Claro.

Ambos reímos. Yo amaba su risa.

—Voy a mostrarte las constelaciones de aquí —dijo, aún sujetando mi mano, con un tono casi… tímido—. Si quieres.

—¿Tú conoces constelaciones?

—Conozco todo lo que estoy dispuesto a dominar.

—¿Así que ahora quieres dominar las estrellas?

—Ya las domino. Y quiero enseñarte las que sé.

Nos quedamos allí un buen rato, cuerpos entrelazados, la luna derramando luz sobre nosotros como una bendición involuntaria, mientras él me señalaba estrellas, me decía sus nombres y me contaba sus historias.

El frío empezó a castigarme, incluso en el lugar más cálido del mundo: los brazos de Alessio. Él lo notó.

—Volvamos. O te vas a congelar, *bambina*.

—El horror —murmuré, rodando los ojos—. Mañana en los periódicos: "Prometida brasileña aparece muerta de hipotermia; D'Amico asume responsabilidad parcial".

Él volvió la cabeza y, lo juro, aquello fue casi una sonrisa.

—¿Parcial, Isadora?

—Claro. Yo tendría parte de culpa por confiar en alguien que sale con ropa de punto fino a este frío.

Entrecerró los ojos, inclinando la cabeza, como si nadie se hubiera atrevido a hablarle así en años. Tal vez nunca.

—Estoy acostumbrado a esta temperatura —dijo al fin, demasiado serio para una frase tan simple.

Solté una risa corta. Él exhaló por la nariz, algo entre irritación y diversión contenida.

La tensión entre nosotros cambió de color. Más leve. Más humana. Más… nosotros.

—¿Podemos quedarnos un poco más? Solo unos minutos —pedí.

Tardó, pero respondió:

—Podemos.

Cerré los ojos y, por primera vez desde que llegamos a Italia, conseguí relajarme.

Me dormí en su hombro.

35.

ALESSIO D’AMICO

La sede de D’Amico en Florencia olía como siempre: a poder, silencio y miedo.

Las puertas de vidrio se abrían con la reverencia automática de quien entiende la jerarquía. Los empleados se enderezaban, las conversaciones se extinguían y el aire cambiaba.

Aquí, yo era absoluto. Aquí, jamás dudaba. O… jamás debería dudar.

Pero aquella mañana, mientras cruzaba el vestíbulo con mi traje impecable y mi rostro impasible, lo único que ocupaba mi mente era la risa contenida de Isadora, noches atrás, en el jardín secreto.

Ridículo.

La mujer llevaba menos de una semana en Italia. Seis días, y ya estaba comprometiendo mi foco.

Debería haber estado analizando informes, proyectando beneficios, calculando riesgos. Pero lo único que conseguía calcular era la distancia entre Florencia y Fiesole… y cuántas horas faltaban para volver a casa.

A ella.

Las reuniones empezaron temprano. Consejo. Junta directiva. Jurídico. Y el maldito equipo de riesgos que parecía disfrutar imaginando tragedias improbables.

Lo dominé todo como siempre: voz firme, decisiones rápidas, razonamiento quirúrgico.

Pero cada vez que alguien decía “Señor D’Amico?”, había una fracción de segundo en que esperaba oír “¿Alessio?” Del modo en

que ella pronunciaba mi nombre: con irritación, nervios, humor… fuego.

Esa chica estaba atravesando mis defensas como si fueran cortinas de lino.

Cerca de las cuatro de la tarde, Lucca entró con una pila de documentos.

—*Signore*, la proyección de fusión para el segundo trimestre…

—Déjala en la mesa.

Él dudó.

—¿No la revisará ahora?

Iba a responder que sí, que por supuesto la revisaría, que siempre lo hacía, que nada era más importante que eso. Pero mi boca dijo otra cosa:

—Más tarde.

Lucca parpadeó, sorprendido. Era la primera vez, en once años, que priorizaba algo que no fuera el imperio D'Amico.

Retrocedió, respetando la advertencia muda.

Cuando la puerta se cerró, me pasé la mano por el pelo y solté un suspiro.

Trabajé hasta tarde, porque era la única forma de silenciar la mente. Pero cuando la sede quedó en silencio, cuando todos se marcharon, la verdad me golpeó con fuerza:

Quería irme a casa.

La palabra *casa* nunca había tenido peso. Hoy sí.

El coche atravesó la carretera oscura hacia la Villa. El cielo estaba cubierto; ni una estrella, nada que recordase la paz silenciosa del jardín donde Isadora había apoyado la cabeza en mi hombro.

Subí los escalones de piedra, y algo en mi interior se tensó. Recordé su expresión cuando oyó la palabra *propiedad*. Cómo dejó

de respirar. Como si luchara contra la necesidad de huir.

Aún podía olerla en mi almohada.

Abrí la puerta de la suite despacio, sin saber qué esperaba encontrar. La luz era tenue. El cuarto, silencioso. La cama, enorme, deshecha.

Y ella… como una visión doméstica que nunca pedí, pero que aun así me destruyó. Isadora estaba dormida en mi lado de la cama.

No atravesada. No en el centro. No lejos.

En *mi* lado.

Acurrucada, con las piernas dobladas, llevando una camiseta mía en lugar de las docenas de camisones de seda que tenía en su parte del vestidor.

Mi pecho hizo una acrobacia desconocida.

En la mesilla, había dos objetos imposibles:

Una pequeña copa de tiramisú y un papel doblado.

Me tembló la mano al cogerlo.

La caligrafía de Isadora —redondeada, ligera, como si cada letra sonriera— decía:

"Pensé que te gustaría un dulce antes de dormir. Los dulces siempre ayudan a dormir mejor y tú has trabajado mucho. Espero que te ayude a descansar. Creo que escribí 'dulce' demasiadas veces. En fin… Si está malo, finge que te ha gustado. Aff, lo volví a escribir.

Buenas noches, jefe."

Jefe.

Debería haberlo odiado. Debería haber ordenado que no me llamara así nunca más. Debería no sentir nada.

Pero el dulce, y el billete, y ella durmiendo en mi cama, con mi camiseta…

No creo que exista un hombre que sobreviva a esa imagen ileso.

Aparté con cuidado un mechón de su rostro. Ella se movió en sueños, inclinándose instintivamente hacia mi toque.

Mi corazón golpeó tan fuerte que dolió.

Me senté al borde de la cama, aún sin entender qué demonios estaba haciendo conmigo aquella chica de Itapeva.

36.

ISADORA MENEZES

El problema ya no era la presencia de Alessio; era su ausencia.

Desde aquella huida silenciosa al jardín, echaba de menos su contacto de un modo que desafiaba la lógica… y el contrato. Debería haber aprovechado las horas en que él estaba ocupado con Luciana y los asuntos de la empresa para reflexionar sobre mi dilema: el hecho de que, en menos de dos semanas, mi relación con Alessio llegaría a su fin y yo me sentía cualquier cosa menos preparada para ello.

Pero lo único en lo que podía pensar era en cuándo volvería.

Estaba sentada sola durante el desayuno, observando la porcelana fina, cuando Luciana se acercó. Insistía en que todos los habitantes de la casa estuvieran en la mesa, a menos que estuvieran muertos o ocupados en algo verdaderamente importante.

—¿Dónde está Alessio? —preguntó, sin rodeos.

—Está en una reunión extraordinaria, *Signora*. Me pidió que avisara de que no podrá acompañarnos en el desayuno.

—Entiendo. Pero usted, *Signorina*, debería alimentarse bien. Está demasiado delgada para la maternidad.

La palabra me golpeó como un puñetazo. *Maternidad.* El destino que el mundo parecía imponerme.

—No estamos planeando tener hijos de inmediato, *Signora D'Amico*.

Luciana sonrió con frialdad mientras cogía una manzana.

—Por supuesto que no, querida. Pero un matrimonio D'Amico sin herederos no es más que un anexo contractual. Y en nuestra familia, los anexos se reescriben cuando la necesidad lo exige.

La advertencia fue clara. Tragué saliva.

Aquel comentario me devolvió de golpe a mi verdadero propósito… y al peligro en el que me encontraba.

Terminé el desayuno decidida a mantenerme ocupada y lejos de cualquier pensamiento relacionado con Alessio. Cogí un libro de arte de la biblioteca de la Villa y me dirigí a un pequeño patio apartado.

Llevaba casi una hora leyendo cuando la puerta de cristal se abrió.

No era Alessio. Era el tío abuelo Umberto.

—*Signorina* Menezes. Me alegra que haya encontrado este rincón. Es mi favorito.

Umberto era un hombre silencioso, pero tenía una mirada amable. Se sentó en el sillón frente a mí.

—El libro es sobre Caravaggio —comenté.

—Ah, Caravaggio… el maestro de las sombras. Estaba obsesionado con la dualidad: la belleza en la oscuridad, lo sagrado en lo profano. Entendía que la atracción más profunda siempre nace de lo prohibido.

Me miró, y sus palabras sonaron más a advertencia que a simple comentario.

—Alessio es más bien un hombre de luz. De orden —repliqué, sin molestarme en hablar en claves, como parecía gustarles a todos en aquella familia.

Umberto rió suavemente.

—No se deje engañar, *Signorina*. Alessio es el hombre que más se parece a Caravaggio que he conocido jamás.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Alessio era el maestro de las sombras. Y yo estaba siendo arrastrada hacia ellas.

Aquella noche fui al despacho de Alessio en la Villa. Sin cita. Sin aviso.

Estaba en una videollamada tensa, hablando de *market cap* y *due diligence*, lo que quiera que eso significara. Me vio en la puerta, pero no interrumpió la conversación.

Me quedé allí, esperando, hasta que colgó.

—¿Qué quieres, Isadora? —preguntó con impaciencia, el ceño fruncido. El CEO estaba al mando.

No sabía qué decir. Había ensayado una excusa sobre un compromiso social con Luciana, pero la verdad era mucho más simple… y mucho más peligrosa.

Solo quería verlo. Quería la reafirmación de su contacto, la posesividad que utilizaba como sustituto de la ternura.

—Yo… solo quería saber si necesitabas algo. Para la cena.

Alessio se levantó del sillón.

Llevaba solo el pantalón de vestir y una camisa blanca abierta que dejaba entrever su pecho. Desprendía poder… y cansancio.

Cruzó el despacho en dos pasos y me atrajo hacia él, la mano firme en mi nuca. El beso no fue urgente como en otras noches; fue profundo, cargado de algo casi melancólico.

—Te necesito —susurró contra mis labios—. Pero no puedo tenerte ahora. Tengo diez minutos antes de la siguiente llamada.

Me soltó, y sentí la pérdida al instante.

Mi respiración se descompuso. Mi cuerpo ansiaba el resto de la historia.

—Ve a ducharte y espérame. No te duermas. Volveré.

Asentí, dominada por un deseo ciego. No luché. No protesté ante la orden.

Sabía que debería odiarlo por tratarme como una vía de escape programada… pero mi cuerpo temblaba de anticipación.

El mayor peligro no era el contrato. Ni Luciana. Ni siquiera Alessio.

El mayor peligro era mi propio corazón, que estaba aprendiendo a amar la oscuridad de mi contratante.

37.

ALESSIO D’AMICO

Mi padre no vivía en la Villa. Prefería su ático minimalista con vistas al Arno, donde podía fingir que la enfermedad que lo consumía no existía.

Era el lugar que había elegido para vivir con su quinta esposa, una mujer de veintipocos años que se movía por la casa como si tuviera miedo constante de romper algo caro.

Yo estaba allí porque necesitaba su firma para autorizar la siguiente etapa del proceso de sucesión. Y porque Luciana me había obligado a visitarlo, para *mantener la apariencia de una familia unida* antes de Navidad.

El salón era estéril, olía a antisépticos y a lujo. Enrico estaba sentado en un sillón de cuero oscuro, envuelto en un jersey de cachemir marrón que parecía tragarse su fragilidad. El cáncer había afinado su cuerpo, pero sus ojos —penetrantes, gélidos— conservaban la autoridad de un juez.

—Alessio —dijo, sin levantarse. Su saludo siempre era más una orden que una cortesía.

—Padre.

Mantuve la formalidad, conteniendo la repulsión. Mirarlo era como observar el fantasma de mi propio futuro: un hombre reducido a la ambición, que había cambiado la vida por contratos matrimoniales y reuniones de consejo.

—Luciana dice que la brasileña lo hizo bien con ella. Una actriz con talento.

El tono era cortante. Nunca se refería a mi madre —su primera esposa— por su nombre, y se negaba a usar el nombre de Isadora.

—Isadora es más que una actriz, padre. Es inteligente y está desempeñando su papel con perfección.

—*Accordo.* Lo que está haciendo es cumplir su función dentro de un acuerdo —tosió, un sonido seco y profundo que me hizo cerrar los puños—. Te casas por acuerdo, hijo. Casarse por amor es cosa de poetas y de hombres que no tienen un imperio que administrar. Por fin lo estás entendiendo.

La insinuación me alcanzó como un proyectil, justo donde dolía. Lo miré de frente, sin apartar la vista.

—Yo no soy tú.

Enrico sonrió. Un gesto fino. Cruel.

—¿No? Yo me casé con tu madre por estabilidad. Tú te casas con tu mujer por estabilidad. Yo me cansé de tu madre cuando dejó de servirme. Supongo que, cuando tu operación de sucesión esté asegurada, la brasileña volverá a su ciudad natal con una cuenta bancaria más generosa.

Su cinismo me dejó sin aire. Estaba verbalizando exactamente lo que mi subconsciente temía: que me viera a mí —y a lo que estaba haciendo— como una repetición exacta de su propia frialdad.

La única diferencia, lo sabía, era que mi madre amaba a mi padre. Isadora no. Ella estaba en un contrato. Y yo la trataba como tal… pero jamás permitiría que nadie, salvo nosotros dos, pronunciara una sola palabra sobre eso.

El rencor regresó como una oleada sofocante.

Yo tenía quince años cuando mi madre murió en un accidente de coche. Sola.

No fue solo su muerte lo que me marcó, sino la indiferencia de Enrico. Estaba en una cena de negocios en Milán y regresó tres días después, únicamente para el funeral. Sin lágrimas. Sin culpa. Sin un solo segundo de remordimiento.

Siempre he creído que, si hubiera sido un marido decente, si le hubiera prestado la atención que merecía, ella no habría salido de casa aquella noche de lluvia.

—Estás siendo grosero —dije, con voz baja… peligrosa.

—Y tú estás siendo emocional, lo cual no encaja con el presidente de un conglomerado —negó con la cabeza, decepcionado—. Además, yo tenía veinticinco años cuando me casé. Tú llegas tarde. Y, bueno… tu prometida actual es mucho más atractiva de lo que tu madre fue jamás. En eso, debo admitirlo, has elevado el listón.

La comparación entre Isadora y mi madre —y la objetificación de ambas— fue el límite.

—No la menciones —ordené—. Ella no tiene nada que ver con esto.

—Todo tiene que ver con esto. Estás siguiendo las reglas de la familia: conveniencia por encima de todo. Por eso vas a ganar. Llevas mi sangre.

Cogí la carpeta que estaba sobre la mesa. El documento de sucesión.

—Voy a ganar porque soy más inteligente que tú. Y no voy a acabar solo y enfermo, con cinco exesposas y un hijo que me odia.

Salí sin esperar respuesta.

El corazón me golpeaba al ritmo de la rabia y del pánico. Odiaba la frialdad de Enrico. Odiaba que viera a Isadora como una mercancía descartable.

Y lo más aterrador de todo: temía, en el fondo, que pese a todo mi desprecio por él, mi forma de tratar a Isadora —con control, con posesividad, con contrato— no fuera tan distinta de la suya.

Necesitaba a Isadora. Necesitaba el espectáculo. Y necesitaba que el contrato terminara.

Pero la verdad era que, faltando apenas unos días, la idea de devolverla a su vida en Itapeva me provocaba un miedo que iba más

allá del riesgo de perder la sucesión.

Era el miedo a quedarme solo. Exactamente como Enrico.

Conduje de regreso a la Villa, decidido a sofocar ese miedo y reafirmar mi control.

Y eso significaba ver a Isadora. Ahora.

38.

ISADORA MENEZES

Sentí el cambio en Alessio en cuanto regresó de la visita a su padre. No era solo la irritación habitual; había algo más oscuro, más defensivo en él.

Estaba más posesivo, y yo sentía que se aferraba a mí como a la única cosa que aún podía controlar en su mundo de negocios y fantasmas familiares.

No debería estar tan nerviosa.

Era solo un vestido. Solo una antesala de la cena. Solo un evento formal con gente a la que yo no le importaba en absoluto. Solo otra noche de la farsa.

Y, aun así, mis manos temblaban al ajustar el liguero, y el encaje negro parecía más traicionero que nunca. La Villa entera parecía observarme desde sus paredes de mármol, esperando mi próximo error.

Estaba solo en lencería, sin valor todavía para ponerme el vestido largo violeta que Luciana había elegido. El corsé había sido ajustado por Márcia minutos antes, moldeando mi cintura con una crueldad hermosa.

Me incliné hacia el espejo del vestidor, respiré hondo… y sentí casi de inmediato cómo el aire cambiaba. El calor cambiaba.

Alessio estaba detrás de mí.

Había entrado sin hacer ruido, como si la propia madera se hubiera abierto para dejarlo pasar. Se detuvo en el umbral y, durante un segundo entero, no respiró.

Su mirada… Dios.

Nunca había visto ese gesto en sus ojos.

Me devoró como si verme así, de aquel modo, lo hubiera alcanzado en un punto sin retorno.

—*Dio santo…* —murmuró, apenas audible.

Me quedé inmóvil. Como si cualquier movimiento pudiera romper el hechizo.

Alessio avanzó hacia mí despacio, deliberado. Depredador, sí… pero no solo eso.

Cuando apenas un paso nos separaba, no me tocó de inmediato. Extendió la mano y rozó con la punta de los dedos la curva desnuda de mi espalda baja.

Casi no hubo contacto. Y, aun así, sentí como si me hubiera prendido fuego.

—Nunca me canso de mirarte —murmuró, con la voz ronca, peligrosa—. Nunca.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Mis labios se humedecieron. Mis muslos se tensaron.

Me giré despacio, intentando recuperar el control. Pésima idea.

Estaba demasiado cerca. Tan cerca que me costaba respirar.

—Ya me has visto con esta lencería cuando la compramos —susurré, intentando sonar ligera, aunque el corazón me golpeaba en la garganta—. Ya que… me hiciste probármelas todas en la tienda.

La comisura de su boca se alzó.

—Podrías haber dicho que no.

Tragué saliva.

—Podría.

—Pero no lo hiciste.

Cerré los ojos un segundo, buscando compostura. Cuando los abrí, Alessio me observaba con una curiosidad que quemaba.

—¿Por qué, *tesoro*? —preguntó en voz baja—. ¿Por qué no dijiste que no?

Me mordí el labio. No debería responder. Pero siempre había algo en él que arrancaba mis verdades más pequeñas.

—Creo que… en el fondo… quería que me vieras. Pensé que tú nunca… —respiré hondo, afirmé los pies en el suelo—. Nunca me mirarías de verdad. Pero aun así quería ser vista por ti.

Sujetó mi barbilla con firmeza, sin prisa, obligándome a alzar el rostro.

—Te vi desde la primera vez que apareciste ante mí —dijo, con la voz baja, como una confesión arrancada a la fuerza—. En aquel ascensor, hiperventilando. Me pareciste preciosa. Incluso sabiendo que aquello era… profundamente inapropiado.

Mi respiración se quebró.

—¿Y tú? —pregunté, porque necesitaba aferrarme a cualquier cosa que no fueran sus palabras—. ¿Por qué me hiciste probar la lencería? ¿Por qué querías verla en mí, Alessio?

Sus ojos se oscurecieron de un modo que solo aparecía cuando estábamos a solas.

—Porque esa era una versión de mí que sabía que nunca debía cruzar la frontera de la imaginación y el deseo —respondió, acercando su rostro al mío—. Lo único que podía hacer… era imaginar cómo sería quitarte cada pieza que cubría tu cuerpo.

Su voz descendió.

—Imaginar. Desear. Y nada más.

Mi cuerpo implosionó.

—¿Y ahora? —susurré, casi sin voz—. Ahora… ¿qué versión de ti es la que me está mirando?

Apoyó la frente en la mía.

—La versión que cometió el error de ir contra sus propios instintos… y ahora es adicta a ti.

El aire abandonó mis pulmones.

—Ahora —continuó, con la mano deslizándose por mi cintura como un secreto— sé exactamente cómo se siente desnudarte. Sé el olor de tu piel cuando estás excitada. Sé el tono exacto de rojo que toma tu rostro cuando te miro. Sé el sabor salado que encuentra mi lengua cuando te pruebo.

Temblaba entera.

Se apartó apenas un centímetro. Solo uno.

—Y no veo la hora de volver a sentirlo todo cuando termine esta maldita cena.

Un gemido escapó de mi garganta. No pude contenerlo.

Alessio sonrió. Lento. Pecaminoso. Satisfecho.

—Ponte el vestido, *mia cara* —dijo, dando un paso atrás.

Respiré hondo.

Me lanzó una última mirada. Una que prometía guerra y refugio al mismo tiempo.

Y salió del vestidor.

Dejándome con el cuerpo en llamas… y la certeza de que, por mucho que lo intentara, nunca, nunca sería inmune a Alessio D'Amico.

Diez minutos después, al bajar las escaleras hacia el salón exquisitamente decorado de la Villa D'Amico, lleno de rostros desconocidos, mi prometido brillaba como un faro.

Impecable, como siempre, con el esmoquin y la postura implacable. Nadie diría que aquellos labios tensos eran capaces de pronunciar promesas tan indecentes como las que acababa de hacerme.

La seda de mi vestido se deslizaba sobre mi piel, en contraste con la palidez solemne de la Villa.

La cena era una reunión de negocios disfrazada de evento prenavideño. Luciana supervisaba todo con la precisión de un general, y yo era su nuevo objeto favorito de inspección.

Me acerqué a Alessio y, de inmediato, pasó un brazo por mi cintura, dejando un beso en mi cabello sin interrumpir la conversación que mantenía con tres personas más, que apenas me saludaron con un gesto.

La tensión estalló tras el brindis inicial.

—Alessio, permíteme presentarte a Leonardo Falconi —dijo Luciana, guiando hacia nosotros a un hombre alto, de ojos azules incisivos y una sonrisa excesivamente cálida.

Se alejó casi al instante, dejándonos frente al opuesto absoluto de Alessio. Alessio era noche densa; Falconi, un día soleado y engañoso.

—*Piacere*, Alessio. He oído que por fin has encontrado la pieza que faltaba en tu rompecabezas —dijo Falconi en portugués, sorprendiéndome.

Durante toda la noche, Alessio había actuado como mi intérprete cuando era necesario. Falconi, en cambio, sabía que yo no hablaba italiano… y quiso incluirme.

Extraño.

Le estrechó la mano a Alessio. El apretón fue un duelo silencioso.

—Leonardo. El rompecabezas está completo. E Isadora no es una pieza. Es la base —replicó Alessio, con una calma letal.

Falconi se volvió hacia mí, ampliando su sonrisa. Besó mi mano, demorándose.

El anillo frío rozó mi piel y un escalofrío incómodo me recorrió la espalda.

No era el contacto de Alessio —peligroso pero conocido—, era el toque de un extraño que me evaluaba.

—*Signorina* Menezes. Qué afortunado eres, Alessio. Debo decir que su belleza bastaría para distraer de cualquier informe financiero.

El elogio sonó a valoración. Forcé la sonrisa que Beatriz había perfeccionado.

—Y su cortesía, *Signore* Falconi, basta para distraer de cualquier negociación —respondí.

Mis palabras fueron firmes, pero por dentro el ambiente de poder y la audacia de aquel hombre me asfixiaban.

Falconi ignoró la advertencia implícita. Se inclinó un poco más, y su cercanía me hizo retroceder mentalmente.

Habló de São Paulo, de playas, de cómo una mujer tan vibrante no debería sentirse aislada en una ciudad tan formal como Florencia.

—Si necesita un guía sin el peso de un imperio sobre los hombros, *Signorina*, estoy a su disposición —concluyó en voz baja, insinuante, tomando mi mano de nuevo.

La mirada de Alessio ardió sobre Falconi.

El invitado aún sonreía cuando Alessio dio un solo paso adelante. Uno. Suficiente para cambiar la temperatura de todo el salón.

Su mano en mi cintura no solo me sostenía. Me reclamaba.

—Qué generosidad la suya —dijo Alessio con una sonrisa impecable, recuperando mi mano como quien retira una joya de un mostrador sucio—. Pero vuelva a tocar a mi mujer sin su permiso y la casi quiebra de la empresa de su familia será la menor de sus preocupaciones. Sé que puede tener problemas para entender los límites, pero…

—¿Límites? —interrumpió Falconi, fingiendo calma—. Solo estaba siendo cortés.

—Cuando quiera impresionar a alguien, elija a otra persona. Isadora ya tiene quien cuide de ella. Y no será usted. La cortesía no exige tocar. Y mucho menos tocar a mi mujer.

Un silencio espeso cayó sobre el grupo.

Falconi soltó una risa breve, pero desvió la mirada. Error.

—Espero que no me esté amenazando, Alessio.

—No amenazo, Leonardo. Advierto. Y esta es la primera y última advertencia que recibirá de mí: no vuelva a tocar a mi mujer.

Falconi se encogió de hombros, dedicándome una sonrisa cortés.

—Su sensibilidad me sorprende, Alessio. Con permiso.

Se alejó.

El flirteo sutil y el desafío que dejó flotando en el aire me hicieron sentir expuesta… sucia.

El resto de la cena fue insoportable. Alessio permaneció a mi lado como un muro. Su mano en mi cintura era hierro al rojo vivo, apretando más con cada copa de vino.

Apenas logré escabullirme hacia el baño cuando, tras cerrar la puerta del cubículo de mármol, la puerta principal se abrió de golpe.

No era una invitada.

Era Alessio.

Me acorraló entre la pared y su cuerpo, el olor a vino tinto y poder llenando el espacio. La tensión contenida estalló.

—Te estaba gustando —siseó, con la voz grave y áspera junto a mi oído—. La atención de él. La forma en que te miraba.

—¡No! —susurré, paralizada por la vergüenza y el miedo—. Estaba haciendo lo que me pediste. Soy tu prometida.

—Eres mía. Repítelo.

Su mano sujetó mi barbilla, obligándome a mirarlo. Sus ojos eran más oscuros que la noche.

—Soy tuya —logré decir, rota.

Su control era una droga. Su rabia, la única forma que tenía de ser honesto.

Me atrajo contra él, su boca apoderándose de la mía con la ferocidad de un depredador marcando territorio. El beso era punitivo, desesperado, una prueba de que no pertenecía a nadie más.

Su mano descendió con urgencia, bajando el cierre delicado de mi vestido. La tela cedió con un susurro, y el aire frío del mármol contrastó con el calor de su piel.

Gemí contra su boca, sorpresa y rendición.

—Shhh… Los sonidos que haces son solo míos —susurró, dejando mis labios para atacar mi cuello.

Me giró y me empujó contra la puerta del cubículo, aprisionándome con su cuerpo. El vestido abierto y su urgencia contra mí me hicieron sentir vulnerable… y, al mismo tiempo, protegida.

—Levanta el culo y abre las piernas para mí, prometida querida. Voy a recordarte a quién perteneces.

Obedecí.

Sus dedos se deslizaron dentro de mi ropa interior. Me tocó, y mantener los labios cerrados fue una tortura. Me moví contra su mano, buscándolo.

—¿Para quién estás así de mojada, Isadora?

—Para ti, Alessio. ¡Para ti!

—Para tu prometido. Repítelo.

—Para mi prometido —gemí, perdiendo la cabeza cuando pellizcó mi clítoris.

Su mano me abandonó y protesté con un quejido. Me giró de nuevo, rasgó mi ropa interior, dejó caer la tela al suelo y me levantó.

Mis piernas se cerraron alrededor de su cintura.

Su posesividad era cruda. Animal.

—Vas a recordar quién te toca. Vas a recordar quién te tiene.

Me penetró con una fuerza que me arrancó el aliento.

El sonido seco de nuestros cuerpos resonó en el espacio cerrado, amortiguado por la música lejana del salón.

Hundí los dedos en su cabello, embriagada por el olor de su sudor y su perfume. Estaba perdida. Era suya. Su alivio. Y lo necesitaba.

Empezó a moverse y el placer llegó rápido… pero se detuvo de golpe.

Respiraba con dificultad, inmóvil dentro de mí.

—No. Yo decido cuándo te corres.

Me sostuvo con firmeza, mirándome a los ojos, obligándome a recordar la jerarquía incluso al borde del abismo.

—Tu placer es mío, *bambina*. Tus gemidos son de mi propiedad.

Volvió a moverse, lento y profundo, regresando a la ferocidad. Las lágrimas me resbalaron por el rostro y el cuello, mezcladas con sudor y deseo. No eran solo de vergüenza. Eran de necesidad… y de rendición.

Me estaba entregando a su control porque era la única forma de sobrevivir. Y, de algún modo, la única forma de sentir algo real.

Cuando el placer finalmente me alcanzó, fue devastador. Mi grito quedó ahogado bajo su mano.

Alessio se corrió con un gruñido sordo contra mi hombro.

Me soltó y me deslicé por la puerta del cubículo, temblando.

Él recuperó la compostura primero. La mirada aún turbia, se colocó la máscara de CEO, arregló mi vestido, subió el cierre y colocó los tirantes en su sitio.

—Límpiate la cara, *mia cara*. Y sonríe. Todos ahí fuera saben que tienes dueño… y que ese dueño soy yo. Pero solo tú necesitas recordar de lo que soy capaz cuando alguien se acerca demasiado a lo que me pertenece.

Salió.

Me dejó allí, desorientada, con la piel en llamas, el corazón en llamas… y sin ropa interior que ponerme.

39.

ALESSIO D’AMICO

No conseguía dormir.

La imagen de Leonardo Falconi tocando la mano de Isadora, y la sonrisa vacilante que ella le había devuelto, giraban en mi cabeza como un ciclo interminable.

El acto de posesividad en el baño no me había calmado; solo había añadido otra capa de culpa y repulsión hacia mí mismo. No quería ser Enrico. Pero cada día, con cada gesto de control, me sentía un poco más parecido al hombre que despreciaba.

Me levanté antes del amanecer y salí a la terraza. El aire frío me despejaba.

Isadora apareció unos veinte minutos después, envuelta en un abrigo de lana, con el rostro limpio y los ojos ligeramente hinchados.

No mencionó la noche anterior. Ni el control brutal. Simplemente existía.

Y su presencia silenciosa era más inquietante que cualquier reproche.

—Faltan dos días para Navidad —dijo, con la voz ronca.

—Sí.

—La Villa D’Amico es preciosa en Navidad. Debería estar nevando —intentó mantener un tono ligero.

—Que nieve no cambia nada, Isadora. Es solo otro día.

—No para mí. Y no para tu abuela. Está exultante.

Me giré, apoyando las manos en la barandilla.

—Todo es un espectáculo. Le encanta la pompa. Le encanta demostrarle al consejo que la familia está intacta.

—¿Y a ti? ¿Qué te gusta a ti? —preguntó ella, en voz baja, pero certera.

Me quedé en silencio.

No me gustaba nada. Lo único que sentía era la presión constante de cargar con el peso del apellido D'Amico y la necesidad de vengar el desprecio de Enrico hacia mi madre.

—Me gusta el orden. Y que la gente cumpla su papel.

—No, Alessio. No es verdad —dio un paso hacia mí, un movimiento peligroso en nuestro juego—. Te gustó el silencio en el jardín aquella noche. Te gusta cuando dejo de hablar y simplemente te acepto. Te gusta cuando la música se detiene.

Me había leído. Otra vez.

Odiaba cuando me leía.

—Soy tu jefe, Isadora. No me lees. Me obedeces.

—Si solo obedeciera, habría corrido cuando mi cuerpo lo pidió. Pero tú me enseñaste que el placer es una herramienta de poder. Y si me enseñas a usarla, también me estás enseñando a leerte.

Su argumento era impecable. Estaba usando mis propias reglas contra mí.

—¿Qué quieres, entonces?

—Quiero que me muestres tu Navidad. No la Navidad de Luciana. La tuya.

Solté una risa seca.

—Mi Navidad es una oficina, Isadora.

—No. Tu Navidad está en la Colina del Mármol.

Me quedé helado.

—¿Cómo sabes eso?

—Leí el obituario de tu madre, Alessio. *Signora* Sofia D'Amico. Enterrada en la capilla familiar, en la Colina del Mármol. Aún no la

has visitado desde que llegamos, ¿verdad?

El vacío volvió a abrirse en mi garganta. El dolor que llevaba enterrado desde los quince años resurgió.

—No es asunto tuyo.

Isadora suspiró. Me observó unos segundos antes de que apareciera, por primera vez en Italia, la versión de ella que conocí en São Paulo: la obstinada.

—Si tu madre no está aquí, tu Navidad tampoco —dijo con suavidad—. Luciana no celebra a tu madre. Se celebra a sí misma.

Era una verdad cruel. Y necesaria.

Lo que Isadora no sabía era que yo no había visitado la tumba de mi madre en diez años. No porque no la amara, sino porque la culpa me consumía.

Culpa por haber salido de Italia. Culpa por ser hijo de Enrico. Culpa por no haber sido una razón suficiente para que ella siguiera viva.

—¿Y por qué crees que haría eso? —la desafié.

—Porque lo necesitas —respondió sin titubear.

—¿Y por qué crees saber lo que necesito?

Isadora se acercó aún más y se detuvo frente a mí, de puntillas. Me rodeó el cuello con los brazos y rozó sus labios con los míos.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo conseguía mantenerse erguida ante mi familia, sumisa en mi cama y, aun así, enfrentarme con autoridad y dulzura al mismo tiempo?

—Entonces dime, Alessio… ¿qué necesitas?

A ti. La respuesta surgió demasiado rápido en mi mente, y parpadeé.

—Ponte algo negro —ordené.

Ella asintió, pero no me soltó.

Al contrario, presionó su cuerpo contra el mío, y mis manos se elevaron sin permiso para sujetarle la cintura.

—Te están saliendo ojeras —murmuró, acariciándome el rostro.

—¿Por qué te preocuparías por mí? —pregunté en voz baja, porque de verdad no lo entendía. Y empezaba a dudar de que alguna vez llegara a comprender a la mujer que tenía entre mis brazos.

—¿Cómo no iba a preocuparme, Alessio?

Esta vez, el roce de sus labios no fue apenas un contacto.

Isadora me besó.

Lo que empezó despacio no tardó en transformarse en cuerpos y piernas enredándose entre las sábanas.

Se acurrucó contra mi pecho cuando me derrumbé a su lado.

—Lo siento —dije aún sin aliento—. Por anoche. Perdí el control. Y no de una forma de la que me sienta orgulloso. No fue por ti, fue por mí. Y no merecías ser tratada así… por mucho que me haya gustado follarte en aquel baño.

Desnuda, sudada, con mi semen deslizándose por sus piernas, Isadora consiguió ruborizarse al mirarme. Su mano subió a mi rostro.

—Sé que lo sientes —dijo—. Te habría pedido que pararas si no supiera que después te arrepentirías. Y a mí también me gustó.

—¿Sabías que iba a pedirte perdón?

—Lo sabía —respondió con ese brillo desafiante en los ojos. Echaba de menos ese brillo.

—No sé si me satisface que esta versión de ti sea solo mía… o si lamento que esconderla forme parte de nuestra farsa.

El brillo de sus ojos titubeó. Isadora no respondió.

Se deshizo de mis brazos y se levantó.

—Voy a ducharme.

Asentí.

Media hora después, conducía mi Maserati por la carretera sinuosa que llevaba a la Colina del Mármol.

Isadora permanecía en silencio a mi lado, pero su presencia era un bálsamo.

Nos detuvimos frente al mausoleo D'Amico. Una estructura imponente de mármol blanco y bronce.

El nombre de mi madre estaba grabado en una placa sencilla bajo el escudo familiar:

Sofia D'Amico.

Me acerqué y, por primera vez en años, sentí el dolor sin la armadura de la rabia. El peso de su ausencia era tan real que casi podía tocarlo.

—Era hermosa —susurró Isadora—. Tenía tus ojos, pero con más luz.

No pude hablar. La garganta se me cerró.

—La amabas. La idolatrabas. Y la perdiste por culpa de tu padre.

—No la perdiste —corrigió ella, posando la mano en mi brazo, un gesto ligero pero firme—. Tu padre la perdió. Tú solo la habrías perdido si te hubieras perdido a ti mismo, Alessio. Si hubieras olvidado ser feliz. ¿No es eso lo que todos los padres desean para sus hijos?

Sentí cómo el nudo de mi pecho empezaba a aflojarse.

La verdad era que había vivido intentando demostrar que no era Enrico… en lugar de vivir la vida que me haría feliz.

Me giré y la vi allí:

Isadora Menezes. Mi prometida de alquiler. Una mujer más de veinte años menor que yo. Inocente. Inexperta. Y, aun así, la única

capaz de ver mi herida.

La atraje hacia mí y la besé.

No fue un beso de posesión ni de furia. Fue un beso de necesidad.

Un beso que pedía perdón por todo lo que le había hecho… y por todo lo que me había permitido sentir.

Por todo lo que sabía que aún haría antes de que aquel contrato llegara a su fin.

40.

ISADORA MENEZES

La visita a la Colina del Mármol había rasgado el velo entre el CEO implacable y el hombre herido.

Había visto su dolor y, en el beso que siguió, sentí que aquella conexión era más peligrosa que cualquier otra que hubiera experimentado con Alessio.

Estar allí, en su casa, rodeada de su familia, de sus negocios, de su máscara, estaba siendo muy distinto de lo que había imaginado. Sí, era agotador. Pasaba tanto tiempo fingiendo, tanto tiempo controlando incluso mi respiración, que ya empezaba a echarme de menos a mí misma.

Los únicos momentos en los que sentía que seguía siendo yo eran cuando hablaba por teléfono con Rafa y con mi madre. Aun así, cuanto más tiempo pasaba entre las paredes antiguas de la Villa, mayor parecía volverse mi capacidad de ver a través de los muros de Alessio.

La gente hablaba.

Y aunque Luciana no era la mayor admiradora de eso, encontré en los empleados de la casa buenas compañías. La comunicación no siempre era fácil —mi italiano se reducía a frases ensayadas—, pero me las arreglaba. De lo contrario, mis únicas compañías habrían sido los libros de la biblioteca.

Y eran maravillosos. Me enseñaban de todo… excepto de Alessio, que era precisamente de quien más quería aprender.

Fue Giovanna, una de las camareras, quien me dijo que él aún no había ido a visitar la tumba de su madre, y no conseguí entender por qué.

Él ya me había hablado del accidente, y en aquel entonces sentí su dolor en cada palabra. Imaginé que debía de ser difícil. Y me pregunté si, teniendo la familia que tenía Alessio, todo lo que necesitaba para cruzar aquella barrera era que alguien le sostuviera la mano.

Así que decidí tender la mía.

Me sentí afortunada de que la aceptara.

Sabía que aquello era una mala idea. Cada paso que daba hacia Alessio fuera del camino estrictamente contractual parecía un dado lanzado en dirección a un corazón roto.

Pero no pude evitarlo.

Quería saberlo todo de él. Quería cada parte que pudiera tener… y no quería pensar en las consecuencias.

No cuando el reloj no se detenía y ahora solo nos separaba una semana del final. Y la Navidad D'Amico era experta en devolvernos a la realidad.

Mis manos temblaban tanto que el cierre del pendiente parecía un instrumento de tortura medieval. El vestido rojo colgaba del perchero a mi lado, como si me observara con juicio.

—Dios mío, voy a desmayarme —murmuré, caminando de un lado a otro—. Voy a desmayarme, tropezar, derribar un jarrón renacentista y destruir una pieza histórica que vale más que el PIB de Itapeva. O voy a decir algo mal, o se me va a olvidar cómo se camina, o saludaré a alguien a quien no debería… O peor: me reiré en el momento equivocado. Beatriz dijo que nunca debía reírme, porque mi risa en italiano suena…

Me detuve. Porque me quedé sin aire. Otra vez.

—Y está lo de bailar… Alessio dijo que quizá sería conveniente bailar, pero yo nunca he bailado un vals, no oficialmente. ¿Y si mi pie se cruza con el suyo? ¿Y si piso a alguien? ¿Y si alguien me pisa y me caigo? Sí, practicamos, pero… ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Hablaba sola.

Había entrado en modo pánico total, y entre palabras atropelladas respiraba como si estuviera corriendo una maratón.

—Dios mío, ¿y si me caigo? Me voy a caer. Yo soy una persona que se cae. Nací cayéndome. Creo que ya me caía durante el parto. Mi madre siempre lo dice. ¡Dios, Rafa! Ni siquiera recuerdo si le envié un mensaje. Tengo que hacerlo. Luego. O ahora. No, ahora no. Concéntrate. Vas a caerte. Vas a caerte en cadena nacional, porque seguro que esta cena sale en la tele. Alessio me va a matar. O peor… me va a mirar con esa expresión que pone cuando está decepcionado y…

—Isadora.

La voz no fue alta. Fue demasiado baja. Demasiado grave. Demasiado cerca.

Me giré tan rápido que casi fui directa al suelo.

Y, por supuesto, Alessio estaba allí, apoyado en el marco del vestidor, como si hubiera aparecido a propósito en ese preciso segundo para presenciar mi colapso interno y público.

Llevaba el esmoquin abierto, sin la chaqueta, la pajarita colgando suelta del cuello. Era un pecado andante. O mi ruina personal. O ambas cosas.

Me observó durante unos segundos en silencio.

Necesitaba desesperadamente que no lo hubiera hecho. Debía de estar brillando de nerviosismo como una guirnalda defectuosa.

—Yo… —intenté hablar, pero la voz me falló.

Señalé el vestido. Señalé el techo. Me señalé a mí.

Nada tenía sentido.

—Estoy entrando en pánico —logré decir por fin, en un hilo de voz.

—Me he dado cuenta.

Y antes de que pudiera explicarme, justificarme o añadir diez minutos más de desesperación verbal, Alessio cruzó la distancia entre nosotros en tres pasos largos, sostuvo mi rostro entre sus manos y me besó.

Un beso firme. Calmo. Sin hambre. Sin prisa. Sin teatro.

Un beso que me sacó del torbellino de pensamientos como un ancla en medio de un mar embravecido.

Se separó despacio, pero mantuvo la frente apoyada en la mía.

—¿Mejor?

Asentí al instante.

—Creo que ahora solo estoy mareada de otra manera.

Los dos reímos.

—Respira, *tesoro*. No voy a dejar que te caigas.

Mis piernas casi se derritieron.

—Alessio… estoy aterrada —confesé, con una voz pequeña, demasiado honesta.

—Lo sé.

—Toda esta gente, esta casa, tu abuela, los accionistas…

—Lo sé.

—No quiero hacerte pasar vergüenza. Y si hago algo mal, si…

Colocó el pulgar sobre mis labios, muy suavemente, para silenciarme.

—Voy a estar a tu lado todo el tiempo —dijo despacio, como si quisiera grabar cada palabra en mis huesos—. Si tiemblas, te tomaré de la mano. Si te equivocas, hablaré por ti. Si tropiezas, te sostendré antes de que toques el suelo.

La garganta se me cerró. El calor se acumuló detrás de los ojos.

—Perdón —susurré, temblando—. Sé que no me contrataste para esto.

Dije las últimas palabras tan bajo que ni siquiera las paredes, si tuvieran oídos, las habrían escuchado.

Una sonrisa apareció en los labios de Alessio. No la del CEO. No la entrenada.

Una sonrisa rara, silenciosa, que parecía existir solo para mí.

—Solo una persona completamente loca no estaría nerviosa ante lo que estás a punto de enfrentar, Isadora.

Me humedecí los labios. La boca seguía secándose.

El único alivio fue cuando me besó.

Creo que necesitaba otro beso.

—Espera —dije, parpadeando—. Entonces… ¿eso significa que estoy cuerda? ¿Es un certificado?

Alessio echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Luego retrocedió unos pasos y se apartó lo justo para abrir el cajón más alto del vestidor, uno que yo nunca había tocado.

Era un compartimento de madera oscura, forrado de terciopelo negro. El tipo de cajón que no guarda objetos. Guarda secretos.

Sacó un estuche rectangular, tan antiguo que el cuero mostraba marcas del tiempo, no del uso, y volvió hacia mí despacio. Muy despacio.

—Esta noche vas a llevar algo —dijo, sin apartar los ojos de los míos—. Algo que declare, sin necesidad de palabras, quién eres… y a quién perteneces.

El estómago me dio un vuelco.

Abrió el estuche.

La luz del vestidor pareció inclinarse alrededor de los pendientes. Eran largos. De diamantes, sin duda.

Nunca había visto algo así tan de cerca.

Las joyas de los escaparates no se comparaban. Las piezas delicadas que habían llegado con mi nuevo vestuario tampoco.

Aquellos pendientes eran otra cosa.

Las piedras caían en capas, como pequeñas cascadas de luz. Cada una parecía respirar.

Los reconocí.

Cualquiera que hubiera buscado a la familia D'Amico en internet los habría reconocido. Formaban parte de un tesoro antiguo: las joyas de la Dinastía D'Amico.

Di un paso atrás.

—Alessio… no. Yo… no puedo llevar eso.

Él cerró el estuche y se acercó como si yo fuera una presa asustada.

—Puedes. Y lo harás.

—No… yo… esto es… Alessio, esto…

—No es un regalo —afirmó—. Es un préstamo que hará una declaración pública. Es decir que eres mía.

Su voz descendió hasta un tono definitivo.

El corazón me golpeó con tanta fuerza que casi perdí el equilibrio.

Volvió a abrir el estuche y sacó uno de los pendientes. Su mano rozó mi oreja y temblé entera.

Sostuvo el lóbulo con la punta de los dedos antes de colocarlo con una precisión casi reverente.

—Estos pendientes son conocidos en toda Italia —murmuró, rozando mi cabello con la nariz.

—Y… eran de tu madre —susurré, incapaz de mantener la voz firme.

—Lo eran. Y antes de ella, de mi abuela.

Mi respiración se quebró.

—No puedo llevarlos —intenté una vez más—. Son demasiado caros. Significan demasiado. La gente va a pensar que…

—¿Que eres mi prometida? ¿Que vas a ser mi esposa?

—Alessio…

Me detuve.

Porque lo que no podía decir era que llevar aquello ponía en peligro mi propia mente. Que me hacía querer demasiado. Más de lo que ya quería.

Colocó el segundo pendiente.

Cuando se apartó, sus ojos estaban negros de certeza.

—Llevar esto no es un regalo, Isadora. Es una armadura.

Mi pecho subía y bajaba tan rápido que parecía a punto de desmayarme.

—Te mirarán y verán tradición, poder, historia. Será la primera vez que la sala te vea exactamente como yo te veo.

—¿Cómo…? —mi voz salió en un hilo.

Sujetó mi barbilla y me obligó a mirarlo.

—Como la única mujer en la que confío para estar a mi lado la noche de Navidad.

Todo mi cuerpo se calentó.

—Ahora —continuó, deslizando la mano por mi cintura de un modo que calmaba y encendía al mismo tiempo—, ponte el vestido.

Su voz bajó aún más.

—Y deja el resto en mis manos.

Tragué saliva.

A través del espejo vi cómo Alessio colocaba un mechón rebelde de mi peinado antes de murmurar:

—Serás la mujer más hermosa de ese salón, Isadora. Y yo estaré a tu lado… sujetándote la mano.

Por primera vez aquella noche, creí que quizá… solo quizá… podría lograrlo.

Se inclinó y rozó mis labios con la oreja.

—Y cuando todo termine, te traeré de vuelta a esta habitación… y te follaré solo con los tacones y estos pendientes puestos.

La Villa D'Amico parecía haberse tragado el propio cielo.

Árboles de Navidad decorados con hojas de oro. Coronas rojas gigantes en las columnas. Velas flotantes como estrellas. Músicos en vivo. Champán servido como agua.

Y todos, absolutamente todos, se giraron al mismo tiempo cuando entré del brazo de Alessio.

No por mí. Por los pendientes.

Hubo un reconocimiento colectivo en el aire. Un choque elegante.

Susurros estallaron, suaves, venenosos, fascinados.

—Es ella… —Los pendientes de la Matriarca… —¿Se los dio a ella? ¿Antes de la boda? —Alessio ha perdido la cabeza.

Luciana, situada en el centro del salón como una reina medieval, congeló la sonrisa.

Nunca había visto a Luciana D'Amico perder el control de su expresión… pero lo perdió durante un segundo.

Solo uno.

Un músculo de su mejilla tembló y entendí lo que Alessio había querido decir con *esto será una declaración*.

No era solo para los invitados o la prensa. Era para su propia familia.

Su brazo rodeó mi cintura, no de forma posesiva ni teatral, sino… natural. Como si mi cuerpo hubiera sido hecho para ocupar exactamente ese lugar a su lado.

—Respira —murmuró—. Lo estás haciendo perfectamente.

No era verdad. Estaba temblando.

Pero oírlo con ese tono me dio la descarga de valor que necesitaba.

Alcé la barbilla. Enderecé los hombros.

La Navidad D'Amico no era mi mundo. Pero en ese instante, Alessio sí lo era.

A cada paso, alguien detenía a Alessio para saludarlo. Y todas las veces —todas—, se aseguraba de presentarme.

No con neutralidad profesional, sino con un orgullo que resultaba… peligroso.

—Esta es Isadora Menezes. Mi prometida.

La forma en que decía *mi* quemaba.

Las miradas iban primero a mí. Luego a los pendientes.

Reconocían el símbolo. Reconocían el impacto.

No era: *ella lleva la joya de la familia*. Era: *Alessio le ha dado la joya de la familia*.

Umberto se acercó, sonriendo con sinceridad por primera vez desde que lo conocía.

—Rara visión, sobrina —dijo con amabilidad—. Los pendientes siempre lucen mejor cuando se llevan con… verdad.

No entendí del todo, pero sus palabras hicieron que Alessio apretara mi mano.

Después se acercaron inversores, políticos, aliados.

Por primera vez sentí a Alessio completamente a mi lado. No detrás de mí, guiándome. No delante, imponiéndose. A mi lado. En el mismo plano.

Incluso con mi italiano limitado, que lo obligaba a actuar como intérprete cuando era necesario, éramos un espectáculo.

Éramos un imperio.

Y, al mismo tiempo… éramos otra cosa.

Nos convertiríamos en ella en cuanto se cerraran las puertas de nuestro dormitorio. Algo solo nuestro.

A medida que la noche avanzaba, el alcohol y el cansancio empezaron a pesar. El peso de mi papel se volvió abrumador.

No era una D'Amico. Era una impostora.

Y con cada sonrisa vendía un pedazo de mi alma por el deseo de que todo aquello no fuera la mentira que era.

Encontré refugio momentáneo en el gran jardín cubierto, decorado con luces blancas. Respiré el aire fresco y me permití sentir la soledad del lugar.

—No pensé que la prometida se estuviera escondiendo.

La voz era de Umberto. Estaba de pie en la entrada.

—No me escondo, *Signore* Umberto. Solo estoy apreciando el silencio.

—El silencio es lo más raro que puede tener un D'Amico. Por eso eres tan importante para Alessio. Tú traes el silencio.

Se acercó y sus ojos amables se clavaron en los míos.

—Has tocado una herida de Alessio que nadie se atrevió a tocar en años. Lo llevaste hasta su madre. No habla de ella. La idolatraba, y la culpa lo consumió.

El corazón me dio un vuelco.

Umberto confirmaba mis peores temores.

La línea entre la actuación y la realidad se había difuminado… y yo estaba a punto de caer del lado equivocado.

—Yo solo soy su prometida, *Signore* Umberto. Soy su estrategia para ganar. Nada más.

—El corazón de un D'Amico es el activo más valioso… y el más peligroso. No le importan los contratos, *Signorina*. Ni siquiera los matrimoniales.

Volví a la fiesta con un peso nuevo.

Temía no solo fallar en el contrato… sino sucumbir al hombre.

Como si hubiera estado esperando mi regreso, la música cambió, las luces se atenuaron y alguien anunció el Vals del Solsticio.

Alessio, al otro lado del salón, se giró lentamente hacia mí. Me encontró como si un hilo invisible nos uniera.

Mientras caminaba hacia mí, el mundo pareció congelarse.

—¿Lista? —preguntó, ofreciéndome la mano.

—Sí —dije, aunque mi mente gritó que no.

Aun así, puse mi mano en la suya.

Él rió en voz baja, inclinándose con ese humor

41.

ALESSIO D'AMICO

La Navidad había pasado. La vulnerabilidad que permití en el cementerio y el abandono que sentí en la cama con Isadora no duraron más que la víspera.

El 26 de diciembre, el CEO regresó. Más frío. Más decidido a cerrar el negocio.

El plazo original del contrato de dos semanas se estaba agotando.

Estaba en mi despacho, revisando la documentación de la sucesión, cuando Luciana irrumpió. No llamó.

—Esto es inaceptable, Alessio —declaró, arrojando una tablet sobre mi mesa—. Falconi está agitando a los accionistas. Está insinuando que tu compromiso es inestable porque ella es una forastera. No tiene nada que la ate a ti ni a Italia.

—No está insinuando nada. Está diciendo la verdad, *nonna*. No tiene raíces aquí. ¿Y qué?

—¿Y qué? —repitió Luciana, escandalizada—. Eres más inteligente que eso, Alessio. Te he educado mejor.

No respondí.

Enrico y Luciana habían "comprado" a Isadora: satisfechos con lo que mostraba, pero aún desconfiados de mi compromiso relámpago. Mi padre ya había dejado claro que no creía que Isadora y yo fuéramos más que un contrato. Luciana, en cambio, había optado por la observación silenciosa. Hasta ahora.

Inspiré hondo, dispuesto a dejar que hablara. Nada de lo que dijera cambiaría nada.

—Manipular al consejo no es nuevo —continuó—, pero lo que hace que esta estrategia sea tan eficaz es que crean que controlan la situación. No aprobarán la sucesión hasta estar convencidos de que eres una apuesta segura… y ahora mismo no lo están.

Apreté los dientes.

La rabia me recorría en oleadas densas. Odiaba depender de cualquiera que no fuera yo mismo. Odiaba que alguien creyera tener derecho a decidir por mí.

Y aun así, seguía permitiéndolo.

Seguía dejando que el fin justificara los medios, porque tenía un objetivo mayor.

—Solo veo una solución —añadió Luciana—. Adelantaremos la boda. Silenciaremos los rumores. Cortaremos la agitación antes de que se convierta en algo mayor.

Solté una risa seca, aunque la idea de casarme realmente con Isadora, por alguna razón, hizo que el corazón me diera un vuelco.

—Mi vida es mía, abuela. Y por muy eficaz que parezca tu plan, no voy a medir mis pasos con la regla de las expectativas ajenas.

Luciana respondió con un sonido que me habría valido una mirada de reproche si hubiera salido de mi boca.

—No seas estúpido. Todo en nuestras vidas se mide con la regla de la expectativa ajena.

—Esto no —sentencié, sin margen para discusión.

Los ojos de mi abuela se entrecerraron. Me observó en silencio durante más de un minuto, intentando intimidarme. La ignoré y volví la vista al ordenador.

—Supongo que tendrás otro plan. O vas a dejar escapar el mayor negocio de los últimos cincuenta años por puro capricho.

Puro capricho. Así llamaba al hecho de no permitir que nadie eligiera por mí la fecha de mi propio matrimonio.

—Ya me estoy ocupando de Falconi, *nonna*. No tiene nada más que susurros y malas intenciones. Lo que el consejo quiere es presencia y…

—¿Y cómo piensas garantizar eso cuando regreses a Brasil dentro de una semana?

—No voy a volver a Brasil dentro de una semana —mentí—. He dejado la filial de São Paulo preparada para una ausencia prolongada.

Una verdad a medias. Mis empresas siempre estaban listas para funcionar sin mi presencia directa. Era parte de una buena gestión.

—No me iré de Verona hasta que la sucesión esté resuelta.

Luciana inclinó la cabeza, sopesando el impacto de mis palabras.

—Ni tu prometida, imagino.

—Donde yo esté, estará Isadora.

Otro minuto de escrutinio.

—Podría funcionar. Pero, Alessio, ¿de cuánto tiempo hablamos? ¿Durante cuánto puede operar la filial de São Paulo sin ti? No podemos abandonar un brazo tan fuerte… y no veo la sucesión resuelta en uno o dos meses.

—Seis meses. Como mínimo. Los jets seguirán donde están. Puedo ir y volver cuando sea necesario. Isadora no abandonará a su familia por mis problemas. Pero mi base estará aquí. Yo estaré aquí.

Mi abuela se humedeció los labios. La línea firme de su cuello se movió casi imperceptiblemente al cruzar las piernas cubiertas por un elegante pantalón negro.

—Te importa la chica —comentó, como si fuera una sorpresa.

Solté otra risa breve.

—Es mi prometida, *nonna*. ¿Qué esperabas?

—Sensatez —fue su única respuesta mientras se levantaba—. Esto sería mucho más fácil si adelantaras la boda.

—Ya tienes mi respuesta.

—Tienes un plan. Te permitiré llevarlo a cabo. Veamos qué cartas escondes en la manga, *nipote*. Pero si fallas, lo haremos a mi manera. Te guste o no.

—¿Vas a obligarme a subir al altar, *nonna*?

Luciana sonrió.

—Puedo obligar a otra persona a hacer otra cosa. En estos casos, el orden de los factores no altera el resultado. Has sido advertido, Alessio.

Se fue, dejándome solo con mis pensamientos, con mis mentiras… y con un nuevo problema:

Necesitaba convertirlas en verdades.

Me dejé caer en la silla. Giró suavemente. El aire salió de mis pulmones en un soplo duro.

Me levanté y caminé hasta el rincón del despacho donde, camuflada entre libros de tapa dura, estaba la carpeta.

La que había pedido a Marco, mi asistente, que preparara hacía diez días. Un regalo silencioso. Una reparación por el infierno que Isadora había vivido por culpa de la mezquindad de Carlos Mafra.

El jefe cuyo nombre ella no quiso decirme… pero que yo descubrí de todos modos. Y al que me encargué de borrar del mundo corporativo.

Nunca fui un hombre de regalos. Siempre me parecieron inútiles y condescendientes.

Pero con Isadora era distinto.

Tal vez porque cada sonrisa suya era un obsequio que yo recibía. O quizá porque hacerla feliz despertaba en mí una sensación que nada había provocado antes.

Era probablemente esto último.

El egoísmo me sentaba mejor que el altruismo.

Abrí la carpeta y saqué el sobre de la **Università degli Studi di Siena**, con el sello dorado de la *Facoltà di Medicina e Chirurgia*.

Dentro, la carta de admisión para Isadora Menezes. Plaza garantizada. Beca completa para los seis años. Alojamiento universitario cubierto.

El sueño de su vida, renacido.

Era un regalo para cuando nuestro contrato terminara. Le había prometido que nunca volvería al lugar donde la encontré. Y hablaba en serio.

Le daría el mundo solo por el placer de verla recibirlo.

Pero ¿qué pasaría si tuviera el mundo… y me dejara?

El consejo había pospuesto la votación indefinidamente. Falconi estaba agresivo.

Si Isadora se marchaba ahora, el escándalo sería portada. Y lo perdería todo.

Pero peor aún: si se marchaba, estaría desprotegida.

Isadora se estaba revelando como una actriz excelente, pero no entendía la guerra. No de verdad.

Era demasiado inocente para la suciedad y la sangre.

Falconi no la vería como una ex prometida. La vería como una grieta en mi armadura.

Pasé el pulgar por la firma del rector.

Aquello era un regalo. Usarlo como pretexto era el acto más vil de mi vida.

Pero era para protegerla, me dije, intentando convencerme.

Si permanecía bajo mi nombre, bajo mi tutela legal durante seis meses más, estaría a salvo del ojo del huracán.

La necesitaba.

Y aquella carpeta garantizaba que ella siguiera necesitándome. O, al menos, que lo creyera.

Cogí el teléfono y llamé a Marco. Respondió al segundo tono.

—¿Señor?

—Necesito que hagas algo por mí, Marco.

***

El reloj marcaba casi las diez de la noche cuando empujé la puerta de la suite.

Por primera vez en días, no llegaba de madrugada… y aun así, parecía demasiado tarde.

Esperaba encontrar a Isadora dormida, acurrucada en mi lado de la cama como había estado haciendo desde la noche del jardín, ocupando un espacio que no sabía que estaba vacío hasta que ella lo llenó.

Pero estaba despierta.

Sentada en la alfombra, frente a la mesa baja, con las piernas cruzadas, la espalda recta, el cabello suelto cayéndole por el hombro.

Y ante ella, perfectamente dispuesto, un tablero de ajedrez. Como un mapa de guerra.

Un tablero que nadie en aquella casa había osado tocar sin el permiso de mi abuela.

Isadora alzó la vista al oírme. Y sonrió.

Una sonrisa pequeña, sorprendida, tan sincera que derribó la mitad de mi armadura de un solo golpe.

—Hola —dijo, casi tímida… casi provocadora.

Ya me estaba moviendo antes de darme cuenta.

Crucé la sala en tres pasos, la tomé de los brazos, la levanté y le robé un beso que no debería haber sido tan intenso para la hora, ni tan urgente para alguien que había pasado el día firmando documentos fríos.

Pero ella me hacía perder la lógica.

Su boca se abrió bajo la mía con una docilidad que me incendió. Su cuerpo se moldeó al mío como si hubiera sido hecho para ello.

Mi mano encontró su nuca. Los dedos se enredaron en su cabello suelto.

Sonrió contra mi boca cuando aspiré su perfume.

—Hola —murmuré, rozando la punta de la nariz por su mejilla caliente.

¿Tenía idea de cuánto necesitaba aquello? ¿De cuánto, de algún modo, la necesitaba a ella?

No lo dije.

Di un paso atrás antes de decir algo que no debía.

Me observó con una curiosidad tranquila, como si intentara descifrar una ecuación compleja.

—Haces falta en la cena —dijo con una risita suave—. La mesa es aún más silenciosa sin ti.

Reí contra su cabello. Una risa baja, involuntaria, que nadie vería jamás.

Después me aparté. Tenerla demasiado cerca nunca ayudaba a mi racionalidad.

—¿Hoy me has guardado un dulce, *tesoro*?

Su sonrisa… Cristo.

Esa chica acababa de convertir mi corazón —un órgano que siempre consideré inútil— en un instrumento que sonaba por primera vez.

—No —respondió, mordiéndose el labio con ese humor que me tortura—. Quiero que estés feliz antes de dormir, pero tenemos que cuidar ese cuerpo de dios que tienes, ¿no? Un dulce cada día estropearía esta obra de arte.

Eché la cabeza hacia atrás y solté una carcajada.

De verdad.

Un sonido que no existía en el mundo corporativo. Un sonido que no había existido antes de ella.

—¿Te parece divino mi cuerpo, *tesoro*?

Abrió la boca para responder, pero enseguida se sonrojó, retrocediendo dos pasos como si hubiera recibido una descarga.

Cerró los ojos. Negó con la cabeza. Respiró hondo.

Indomable. Deliciosa.

—Quiero pedirte algo —dijo al abrir los ojos.

Todo mi cuerpo se tensó.

—Pide.

Señaló el tablero de ajedrez.

—¿Podrías… enseñarme a jugar?

Arqueé las cejas.

—¿Quieres aprender ajedrez?

—Sí.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros, pero el gesto tenía una ternura que no debería existir en un lugar como la Villa.

—Desde que llegamos, veo a tu tío jugar solo en el jardín todas las tardes. Me da pena. Quería aprender para hacerle compañía.

El impacto no fue leve. Fue un golpe seco.

Umberto era un buen hombre. Quizá el único D'Amico que aún conservaba suficiente bondad como para ser destruido por ella.

La bondad no tenía lugar en esa familia. La bondad era debilidad, y la debilidad era devorada viva.

Y ella quería sentarse a su lado, ofrecer compañía, luz…

No tenía idea de lo que eso significaba para un hombre invisible en esa casa.

Tuve que respirar hondo antes de responder.

—¿Estás segura de que así quieres gastar nuestro tiempo a solas?

Mi tono cargaba todo lo implícito: el deseo latente, la tensión, el peso de lo no dicho, el hecho de que aún tenía la boca caliente por su beso.

Ella volvió a morderse el labio.

Cristo. ¿Lo hacía a propósito?

—Ahora me estás haciendo dudar… pero tengo muchas ganas de aprender.

Incliné la cabeza. Una sonrisa lenta, peligrosamente lenta, se dibujó en mi rostro.

—De acuerdo. Creo que conozco una forma de satisfacer a ambos al mismo tiempo.

Frunció el ceño.

—¿Cuál?

Arrastré una silla, me senté y golpeé con el dedo el peón blanco.

—Ajedrez *strip*, *tesoro*.

Sus ojos se abrieron de par en par. La boca se abrió en un *oh* silencioso.

Luego cerró la expresión, intentando contener la risa.

—Eso no es un juego —murmuró.

—Claro que lo es —respondí, deslizando el rey por el tablero hasta detenerlo frente a ella—. Un juego en el que pierdes la ropa… y, sin duda, la partida.

Pero prometo que tú también ganarás algunas cosas.

—¡Eh! —protestó—. ¿Y mi suerte de principiante?

—He dicho que ganarás algunas cosas.

Isadora rió.

Rió de verdad.

Un sonido claro, despreocupado, prohibido en esa casa.

¿Qué otras reglas rompería si no empezaba a tener cuidado?

No lo sabía.

Solo sabía que, cuanto más veía de ella, más completa e irremediablemente fascinado me volvía.

42.

ISADORA MENEZES

Apenas podía respirar.

Mis piernas estaban atrapadas bajo mi propio cuerpo, pero el pecho subía y bajaba demasiado rápido.

Alessio, con esa sonrisa peligrosamente lenta, acababa de convertir un juego intelectual de estrategia en una apuesta prohibida, en el calor y la oscuridad de nuestra suite.

—¿A qué esperas? ¿No quieres aprender? Entonces siéntate.

La sugerencia no era una invitación. Era un desafío que golpeó la parte más salvaje y secreta de mí. La parte que ansiaba ser controlada por él, incluso mientras luchaba por mantener la compostura.

—Estás faroleando —murmuré, pero el rubor en mi rostro delataba lo excitada que estaba.

—No faroleo, Isadora. Yo siempre cumplo mis promesas. Y en este juego, cada pieza perdida significa una prenda menos. El Rey equivale a la derrota total.

Me miraba de frente, aún completamente vestido, exudando poder con su traje caro y ese aroma de hombre rico y peligroso.

Tragué saliva. Ese desequilibrio era la definición exacta de todo lo que me fascinaba y me aterrorizaba de Alessio D'Amico.

Intenté sostener una postura desafiante, pero mi cuerpo vibraba de anticipación.

Arrastré otra silla y me senté frente a él. La mesa baja y el tablero entre nosotros.

—Lección número uno. Preguntaste por tu suerte de principiante. Pero, a diferencia de muchos otros juegos, la suerte no existe en el

ajedrez, *bambina*. Solo estrategia… y rendición.

Movió un peón y me indicó que lo imitara.

El juego comenzó.

Me explicó los movimientos: el caballo en "L", el alfil en diagonal, la torre en línea recta.

Hablaba de la lógica del tablero, pero sus ojos no dejaban de recorrer mi boca, mi cuello, el escote casi inexistente del jersey.

La tensión era una cuerda estirada, a punto de romperse.

La primera pérdida llegó rápido.

—El caballo es la pieza más traicionera, Isadora. Pero lo dejaste desprotegido —dijo, derribando mi pieza antes de retirarla.

Mi caballo blanco desapareció.

—Una pieza, *tesoro*.

Su voz era grave, casi un ronroneo.

Mis manos temblaron al desabrochar el cuello de la camisa. No sabía si sentirme agradecida o molesta con la versión de mí misma que había decidido ponerse pantalón, blusa y jersey al arreglarse para la cena.

Me quité la diadema que sujetaba parte del cabello.

Necesitaba concentrarme, pero mi mente ya estaba nublada por el vino de la cena y por el deseo que Alessio encendía con su mera presencia.

—Esta fue fácil —gruñí, lanzando la diadema a un lado.

Él sonrió de medio lado.

—Las fáciles son las más peligrosas.

Me concentré. Intenté defender el centro, moviendo el peón como me había enseñado, dejándome espacio para pensar por mí misma.

Avanzó su dama en una amenaza directa. Retrocedí. Me acorraló.

—Te estás defendiendo demasiado. Muéstrame tu ambición, *amore*.

Perdí mi segundo peón en un movimiento descuidado.

—El jersey —ordenó.

No había rastro de humor en su voz.

El jersey de cachemir era pesado, acogedor. Quitármelo fue como despojarme de un escudo.

Lo levanté por la cabeza, sintiendo el roce del tejido en mis brazos y el aire frío golpeando la seda de mi blusa.

Su cuerpo reaccionó. Sus ojos descendieron hasta la curva de mi cuello y su mandíbula se tensó.

Ahora solo llevaba la camisa abotonada y los pantalones.

La sensación de estar sin capas externas bajo su mirada era intoxicante.

—Prueba ahora una estrategia de ataque —murmuró, casi irritado por mi contención—. Si quieres atraer al depredador, tienes que mostrar los dientes.

Capturé su dama con mi alfil, en un sacrificio calculado. La primera pieza valiosa que le arrebataba.

—¡Jaque! —declaré, casi triunfante.

Ignoró el jaque durante un segundo, con los ojos fijos en los míos.

—Así que sí tienes sed de sangre. Bien.

Movió el rey con frialdad y, en el contraataque, usó la torre para capturar mi alfil.

—Devuélvelo —dijo—. Y ahora… la camisa. Quiero ver el cuerpo que compré.

Mis manos temblaron al desabrochar la camisa, botón por botón, despacio.

Cada pequeño clic era un preludio de lo que vendría.

La seda se abrió, revelando el conjunto de encaje negro debajo. El contraste era deliberado. Él lo notó.

—Mi reina es indecente bajo toda esa formalidad —susurró—. Indomable. Deliciosa.

—Estoy intentando concentrarme —siseé, pero mi voz fue un gemido.

—No lo intentes. Solo pierde. Y hazlo bien.

El juego se convirtió en una tortura deliciosa.

Cometía errores estúpidos y deliberados. Perdí mi torre en un movimiento absurdo, pero la culpa era de Alessio.

Lo único que realmente me estaba enseñando era a desear el siguiente error.

—Los pantalones, Isadora.

Me levanté, sintiendo su mirada recorrer cada centímetro de mi cuerpo.

Desabroché la cremallera —el sonido resonó en el silencio— y dejé que los pantalones resbalaran por mis piernas.

El tejido se acumuló a mis pies.

Me quedé solo con el sujetador y la ropa interior de encaje negro. Y me sentía más desnuda que si no llevara nada.

Volví a sentarme.

La respiración de Alessio era más pesada.

—La reina, Isadora —susurró, deslizando el caballo a una posición de ataque—. Acabo de atrapar a tu reina. No hay forma de salvarla.

Sabía lo que significaba.

Con un suspiro de rendición, me quité el sujetador. El encaje cayó y mis pechos quedaron libres.

Gaspé cuando el aire frío del climatizador tocó mi piel caliente.

Su mirada descendió lenta, densa, deteniéndose en mis pezones endurecidos por el frío y la excitación.

El jaque mate llegó en la jugada siguiente.

Extendió la mano y, con un golpe seco y definitivo, empujó el tablero y todas las piezas al suelo.

—Fin del juego, *tesoro*. No hay rey sin reina.

Me quité la ropa interior, uniéndola a la pila de prendas descartadas.

Estaba desnuda. Completamente desnuda.

Sentada frente a él, bajo la luz indirecta del dormitorio, ante el hombre más poderoso que había conocido… y completamente vestido.

La mesa entre nosotros no ofrecía ningún obstáculo a su mirada.

El aire en la habitación cambió de golpe.

Alessio no se movió de la silla, pero su mano grande alcanzó la mesa.

—Ahora podemos empezar con los deberes. Eres una alumna aplicada, Isadora. Pero hay otras cosas que necesitas aprender.

Su voz descendió.

—Ábreme las piernas.

La orden fue un latigazo.

Obedecí al instante.

Abrí las piernas, la vulva expuesta, húmeda, palpitante.

No intentó tocarme.

Solo miró.

Con el hambre voraz de un hombre que tiene el control absoluto.

—Ahí fuera, mi mujer no suplica a nadie. Ordena —dijo en voz baja—. Pero aquí, en mi cama, ya sabes que el juego es otro. Aquí obedeces… y te gusta hacerlo, ¿verdad, Isadora?

—Sí, *Signore* —susurré, casi inaudible.

—Bien. Quiero verte sudar y mojarte para mí. Quiero oírte gemir mi nombre sin que tenga que tocarte.

Señaló mi centro húmedo.

—Hazlo. Ahora.

El corazón se me detuvo.

Oleadas de calor, vergüenza y excitación recorrieron mi cuerpo, pintando mi piel de rojo.

Mis labios se entreabrieron.

Cada parte de mí quería esconderse… y obedecer.

Así que obedecí.

Mi mano descendió.

Los dedos largos y temblorosos encontraron la entrada empapada.

Estaba tan mojada que era casi indecente.

Introduje un dedo, gimiendo al tocarme, pero el sonido era para él.

Permaneció sentado, inmóvil, observándolo todo.

—Más adentro, Isadora —ordenó, con una voz baja y controlada, el sonido más erótico que había oído jamás—. Quiero que te folles para mí. Introduce los dedos lo más profundo que puedas. Usa la palma para frotar tu clítoris. Quiero ver cómo se te van los ojos.

Me rendí a su voz.

Los dedos desaparecieron dentro de mí, la presión del pulgar llevándome al borde del abismo.

Me retorcí, el cuello arqueado, luchando por mantener los ojos abiertos, obligándome a sostener su mirada gélida mientras me devoraba.

—No es suficiente —gruñó, con crueldad deliberada—. Te estás conteniendo. Mírame y sigue. Sigue follándote hasta que yo te diga que pares.

La presión creció como una ola a punto de romper.

Mis piernas temblaban.

Mi cadera se movía ya no solo porque él lo ordenaba, sino porque mi cuerpo colapsaba bajo la tensión deliciosa e insoportable que él había creado.

—Esto… Alessio… —gemí, casi llorando.

—Más despacio —corrigió, frío, preciso, como si mi placer fuera un proyecto bajo su control—. Ahora más rápido. Eso es. Estás cerca. Lo veo.

Apoyé la mano libre en el borde de la mesa para no caer.

Él no me tocaba.

Solo miraba.

Y de un modo perverso, eso me desarmaba más que cualquier caricia.

Mi pecho se agitaba. Mis dedos estaban empapados. Mi espalda quería arquearse hasta romperse.

Mordí mi labio para no suplicar.

Él lo vio.

—Di mi nombre —ordenó—. Pero no te corras. Aún no.

Las lágrimas de frustración y deseo rodaron por mi rostro.

Quería sus manos. Su dureza.

Estaba al borde del orgasmo… pero no podía alcanzarlo.

No sin su permiso.

—Alessio… por favor… —suplicó mi voz, rota.

Sus dedos se hundían más, buscando alivio.

Él apoyó el puño cerrado contra su propia boca, como si eso fuera lo único que le impedía devorarme.

—Mejor —dijo—. Ahora… quita la mano.

Me quedé helada.

—Quítala —repitió—. Quiero que me obedezcas incluso cuando estés desesperada por desobedecer.

Mi cuerpo gritó.

Mi sexo latía dolorosamente.

Pero obedecí.

Aparté la mano de golpe y me quedé completamente inmóvil.

El silencio fue ensordecedor.

Alessio me observó durante largos segundos, como si catalogara cada respiración, cada reflejo, cada debilidad.

Entonces se levantó.

Cada centímetro de su altura, cada paso lento, era una declaración de poder.

Lo vi moverse, los músculos tensos bajo el traje.

Estaba completamente duro. La protuberancia agresiva era visible bajo el pantalón.

Rodeó la mesa y se detuvo frente a mí.

Sentí su calor antes de que su mano tocara mi mandíbula.

Me obligó a alzar el rostro, exponiendo mi cuello, abriéndome como si fuera un libro.

—Aún tienes mucho que aprender, *amore*. ¿Quieres aprender? ¿Agradarme? ¿Obedecerme?

—¡Sí! —imploré—. Todo. Quiero aprenderlo todo contigo.

Sonrió de nuevo, la sonrisa del depredador que sabe que la presa está acorralada.

Permaneció frente a mí, respirando con dificultad, pero sin tocarme.

—Sigue —ordenó.

Continué tocándome, follándome, los dedos rápidos y desesperados, mientras luchaba por mantener los ojos abiertos y observaba cómo Alessio desabrochaba la hebilla del cinturón.

El sonido seco del cuero liberándose hizo que mi clítoris latiera con más fuerza.

La cremallera de su pantalón bajó.

Gaspé.

Liberó su erección.

Grande. Gruesa. Palpitante. Caliente.

Peligrosamente cerca de mi rostro.

Me detuve.

Mis ojos quedaron fijos en la visión.

El olor. La mezcla de almizcle y excitación.

—Estás perdiendo la concentración, Isadora —dijo, frustrado—. ¿Te he dicho que pares?

—No, *Signore*.

Volví a tocarme, rápido, pero con los ojos clavados en él.

Extendió la mano y colocó la punta de su sexo frente a mi boca.

El contacto cálido y húmedo en mi labio inferior fue la chispa final.

—Lame.

El sabor. La sal. La piel.

Abrí la boca.

Su lengua guió la mía, enseñándome el ritmo, la presión, la profundidad.

Obedecí, desesperada.

Me instruyó para chuparlo, moviendo las caderas, mientras sus manos sujetaban mi cabeza con firmeza, sin hacerme daño.

Me ahogué en su control.

Lo succioné, sintiéndolo vibrar en mi garganta.

Gimió.

Un sonido gutural de rendición.

—Sí, Isadora. Mía. Mi perrita obediente.

Me preparé para recibirlo… pero en el último segundo me apartó con un gemido violento.

Su semen caliente y espeso golpeó mi cuello, corrió por mi barbilla, salpicó mis pechos y mi sexo abierto y empapado.

El impacto, la prueba de que lo había llevado al límite, me dejó al borde de la locura.

Necesitaba correrme.

Mi espalda se arqueó.

Alessio me miró como si fuera la criatura más hermosa: marcada, desesperada, perdida por él.

—Córrete, Isadora —me dio permiso.

Y me corrí.

La explosión fue brutal, inmediata.

Mi cuerpo se rompió.

Grité su nombre, los dedos hundidos en mí, la cabeza hacia atrás, completamente devastada… y victoriosa.

Alessio me sostuvo cuando cedí.

—Buena chica —murmuró—. En mi cama, así es como se juega.

Sujetó mi barbilla y me obligó a abrir los ojos.

Su mirada ya no era solo depredadora.

Era viva.

Caliente.

Pasó el pulgar por mi mejilla.

—Ahora ven —dijo, atrayéndome hacia su cuerpo, ignorando el desastre en el que me encontraba—. Quiero mostrarte el único jaque mate que importa aquí.

Debería haberme protegido. Debería haber recordado el contrato.

Pero cuando me tendió sobre las sábanas, cuando me atrajo sobre él, cuando me besó como si yo fuera su primera derrota y su primera victoria…

Ya no había ajedrez. No había contrato. No había Italia.

Solo existíamos él, yo… y la guerra que ya estaba perdiendo a propósito.

43.

ISADORA MENEZES

Era 29 de diciembre. Tres días.

El reloj no solo avanzaba; corría, implacable, hacia la medianoche del día 31, cuando la tinta de nuestro contrato se secaría y yo sería libre.

Libre para quedarme con el dinero. Libre para volver a São Paulo. Libre para… vivir.

Entonces, ¿por qué sentía que la única libertad que realmente me esperaba era la de llorar mi inevitable quiebra emocional lejos de los ojos de Alessio?

Desde la Nochebuena y el día 25, el ambiente entre nosotros se había vuelto peligrosamente más íntimo. Los roces duraban más. Las miradas pesaban más.

Me sorprendía reviviendo una y otra vez el instante en que bajó la guardia y me permitió sostenerle la mano. Nada de lo que había vivido con Alessio había sido planeado, y precisamente por eso esas escenas se sentían como las únicas cosas reales de mi vida.

Me negaba a admitir ante mí misma que aquellos sentimientos ya habían cruzado las líneas que una vez los marcaron como peligrosos.

Pero lo observaba mirarme, veía el deseo silencioso desbordándose en sus ojos, y me preguntaba:

¿También él lamentaba la cercanía del final? ¿Había pasado yo a significar algo —lo que fuera— para él, más allá de un contrato ejecutado con éxito?

Estaba en la habitación, con el albornoz puesto, cuando la puerta de la suite se abrió sin aviso.

El corazón me dio un salto al saber que solo podía significar una cosa: Alessio.

Sentí el calor subir por mi cuello y un nudo apretarse en el pecho. Sabía que en algún momento tendríamos que tener la conversación seria sobre el final del contrato, pero no sabía si él esperaría a que volviéramos a Brasil para sacarlo a la luz… o no.

La conversación que me daría el billete de vuelta y la confirmación de que todo había sido solo negocio.

Sin embargo, se detuvo en la entrada, apoyado en el marco de la puerta, observándome. La luz pálida de la mañana invernal no

lograba ocultar la tensión en sus hombros anchos.

—Buenos días —dijo, con la voz ronca, sin el tono habitual de orden.

—Buenos días —respondí, ajustando el albornoz para cubrirme más.

Dio un paso hacia mí, reduciendo la distancia de un modo alarmante.

—Estás ansiosa —constató, casi en un susurro.

—El contrato termina en tres días —dije, directa—. Y estoy esperando que me digas cuándo debo marcharme y cuál será la logística para…

Alzó la mano, interrumpiéndome. El gesto no fue brusco; fue casi una súplica silenciosa.

—Hoy no vamos a hablar del contrato.

Eso era nuevo. Él siempre estaba centrado en los negocios.

La esperanza se encendió dentro de mí como una cerilla en un sótano oscuro.

Se acercó lo suficiente como para que pudiera olerlo: una mezcla de colonia amaderada y café. No me tocó, pero la cercanía era una caricia.

—Te necesito para una cosa más. Una última presentación antes de Año Nuevo. Algo que fije en la mente de los accionistas que este compromiso está… floreciendo. Y que tu permanencia en Italia es un hecho.

Fruncí el ceño, confundida y un poco decepcionada de que solo pensara en el espectáculo.

—¿Y dónde sería eso? ¿Una cena con Luciana?

Una sonrisa ladeada apareció en sus labios, una de esas que rara vez veía y que me robaban el aire. Era la sonrisa de un depredador relajado.

—No, Isadora. Una escapada. Haz la maleta. Salimos en dos horas.

—¿Adónde?

—¿Importa? —respondió, aunque la pregunta sonó hueca—. Lo único que importa es que se nos vea. Lejos de la Villa, demasiado asociada al nombre de mi familia, y obliguemos a la prensa a centrarse en nuestra pasión, no en la presión de la sucesión. Y… —se detuvo, clavando la mirada en la mía— necesito un poco de sol.

—¿Sol? —pregunté, frunciendo el ceño—. Estamos en pleno invierno europeo… ¿Vamos a volver a Brasil?

Mi corazón se aceleró de forma absurda.

Alessio solo sonrió. Tal vez mentía. O tal vez me ofrecía una media verdad lo bastante embriagadora como para dejarme aturdida.

Dio el último paso y, por fin, me tocó. El pulgar rozó la curva de mi barbilla, el mismo gesto de meses atrás, ahora cargado de todas las noches que habíamos compartido.

Cerré los ojos por instinto, inclinando el rostro hacia la caricia mientras inhalaba profundamente su aroma.

—Dos horas, *tesoro*.

Ese pequeño contacto destruyó cualquier resto de lógica. La ansiedad por el contrato fue barrida por una ola de expectativa febril.

Última actuación.

Quería creer que solo sería eso. Pero, con un dolor silencioso en el pecho, deseaba que adondequiera que nos dirigiéramos fuera el lugar donde Alessio finalmente confesara que él también había sido víctima de nuestro "acuerdo".

Asentí, incapaz de resistirme.

La trampa estaba tendida, y yo corría hacia ella con la mejor de mis sonrisas.

No conseguí dormir durante el vuelo.

La ansiedad era un látigo, y la esperanza, un bálsamo traicionero.

Alessio, sentado a mi lado en el jet privado, pasó todo el trayecto con la tableta, reforzando la idea de que el viaje, al final, era negocio.

Pero entonces aterrizamos.

Un coche nos llevó por una carretera sinuosa y, por fin, llegamos.

El vehículo se detuvo. Alessio abrió mi puerta y me tendió la mano.

La acepté, y mi cuerpo se elevó fuera del coche de lujo.

El aire era frío, cortante, pero extrañamente perfumado con jazmín.

Y la vista…

Estaba en la terraza de un hotel antiguo, construido al borde de un acantilado, y aunque nadie me lo dijo, supe exactamente dónde estaba:

Taormina.

Abajo, las aguas azul oscuro chocaban contra la costa rocosa. Arriba, majestuosa, imponente, coronada de nieve y envuelta en nubes humeantes, se alzaba una montaña.

Me quedé sin aliento.

Nunca había visto nada tan grandioso.

Durante el trayecto desde el aeropuerto, no había podido despegar los ojos de la ventanilla, deseando bajarme para caminar y observar de cerca la arquitectura medieval, las callejuelas estrechas, todo enmarcado por aquella montaña de fuego y hielo.

—Alessio… —susurré, incapaz de formar una frase coherente.

Estaba a mi lado, las manos en los bolsillos del abrigo oscuro, observando mi reacción. No dijo nada, pero sentí el calor de su cuerpo junto al mío, y su silencio hablaba.

No era indiferencia. Era espera.

—Es indescriptible —dije, girándome hacia él, la emoción juvenil superando cualquier actuación calculada.

Sonrió. No una mueca seca de ironía, sino una sonrisa que le alcanzó los ojos, haciéndolos brillar con la misma intensidad que el sol débil de la mañana de diciembre.

—Es Sicilia —respondió—. Ruda, antigua e inolvidable. Como la mayoría de las cosas que valen la pena.

El subtexto me atravesó.

Hablaba de sí mismo. Hablaba de nosotros.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunté, aún asimilando la belleza brutal del paisaje.

—Estamos fingiendo que estamos locamente enamorados en una escapada de Año Nuevo. ¿Qué otra cosa haríamos?

La frialdad de la frase me devolvió a la realidad… pero él mismo la desbarató.

Sacó la mano del bolsillo y la apoyó suavemente en la curva de mi espalda, guiándome.

—Vamos. Te llevaré a ver dónde se encontraban los amantes antiguos.

Caminamos por las callejuelas empedradas, pasando por tiendas cerradas y fuentes de piedra. Su mano permaneció en mi espalda, deslizándose hasta mi cintura cuando cruzamos a un grupo de turistas.

No era un gesto para la cámara. Era espontáneo. Casi posesivo.

Y me dio un calor que el abrigo de lana no conseguía ofrecer.

Llegamos al punto más alto de la ciudad: el Teatro Antiguo de Taormina.

Las ruinas del anfiteatro grecorromano eran sobrecogedoras. Columnas rotas enmarcaban el mar y la montaña que Alessio me explicó que era un volcán.

El Etna.

Un escenario dramático para cualquier historia.

Observaba el horizonte, embriagada por la historia y la vista, cuando Alessio se detuvo de repente.

No miraba el volcán. Ni el mar.

Me miraba a mí.

Y su mirada no solo incendió mi ropa interior; incendió mi pecho.

Era hambre. No solo física, sino algo más profundo, algo que parecía luchar por contener.

Me atrajo con suavidad por la cintura, haciendo que mi cuerpo chocara con el suyo. La distancia desapareció.

Alcé el mentón, esperando su voz. Pero no habló.

Alessio me besó.

No fue un beso apresurado de habitación de hotel, ni uno de actuación frente a Luciana. Fue un beso largo, profundo, hambriento, que me robó el aliento… y el miedo.

Su boca buscó la mía con una urgencia que me hizo tambalear. Pidió permiso con la lengua, y yo se lo di.

Mis manos subieron por sus brazos, aferrándose al tejido de su abrigo.

No me estaba besando. Me estaba saboreando.

El beso fue una declaración silenciosa en medio de las ruinas antiguas, una promesa que no podía escribirse con tinta.

Bajo la mirada muda del Etna, me sentí más que un contrato. Me sentí la única cosa real que Alessio D'Amico había querido… o tenido.

Cuando se separó, sus ojos estaban oscuros y la respiración, pesada.

—Tendrás tiempo de conocer la ciudad —susurró, con la voz vibrando de peligro—. Ahora vamos a la habitación.

Asentí, incapaz de romper el contacto visual.

El plan de "ser vistos" había quedado completamente olvidado.

En ese instante, solo existíamos su deseo y el mío, urgentes, absolutos, en el frío de Sicilia.

44.

ISADORA MENEZES

El olor a salitre y la luz fría del invierno siciliano inundaban la habitación cuando desperté. La ventana, con vistas al Etna y al mar, era un cuadro que me recordaba que todo era real.

La noche anterior, en la habitación del hotel, la pasión había sido una tormenta que me hizo olvidar Taormina, Sicilia y la vida entera. Alessio me poseyó lenta e intensamente, con la misma hambre silenciosa que había sentido en el anfiteatro.

No me apuró. No me usó. Me observó, me tocó como si yo fuera de cristal, y convirtió mi placer en la única ley de aquella noche.

Esa mañana, el Alessio CEO parecía distante. Después de un desayuno apresurado, anunció que teníamos una agenda de "exploración" para alimentar las lentes de los paparazzi —que, sorprendentemente, estaban en gran número, tal y como él había previsto.

—¿Estamos siendo discretos? —pregunté, poniéndome un abrigo grueso.

—Estamos siendo convincentes —corrigió, pasando el pulgar por la curva de mi cuello, un gesto casual que para mí fue una descarga eléctrica—. Y Taormina en invierno es para turistas valientes. La noticia de que estamos aquí se difundirá, y eso es lo que importa.

Pasamos la mañana caminando por la Corso Umberto, la calle principal de la ciudad, y posamos frente a la Torre del Reloj, intercambiando sonrisas forzadas que, para mí, cada vez parecían menos falsas.

Al caer la tarde, Alessio se detuvo frente a una estructura antigua, casi oculta por una enredadera de flores secas por el frío. Era una pequeña capilla abandonada, con la puerta de madera entreabierta.

—Es la Capilla de San Nicolás —explicó en voz baja, como si compartiera un secreto—. Fue desactivada. Las vistas desde aquí son fantásticas, y el lugar es privado.

No esperó a que respondiera. Empujó la puerta y entró. Yo lo seguí, dubitativa.

El interior era una única sala circular, fría y silenciosa. Había un altar de piedra cubierto por polvo y telarañas. Pero también una ventana alta, desde la que se veía toda la ladera de la montaña y un fragmento del mar.

Me quedé extasiada con la luz y con la antigüedad del lugar.

—Es precioso, Alessio. Es… triste.

No respondió con palabras.

Caminó hacia mí y la intensidad de su mirada me robó el aliento. No observaba el paisaje ni lo que quedaba del altar. Me miraba a mí, como si yo fuera lo único vivo y urgente en aquel lugar abandonado.

Me atrajo hacia él, la mano firme en mi nuca. El beso empezó como una explosión de necesidad. El frío del abrigo de lana contrastó con el fuego que encendió en mi interior.

No era un beso de fingimiento.

Me empujó contra la pared de piedra helada, su abrigo aplastando mi cuerpo. La urgencia del lugar inesperado, el peligro de ser descubiertos en cualquier momento y la soledad de la capilla abandonada amplificaron la locura.

—No puedo esperar hasta el hotel —gruñó, separándose lo justo para que pudiera respirar—. Ya no. Te necesito, *tesoro*. Aquí. Ahora. ¿Me dejas tenerte?

Lo miré con los ojos bajos y asentí antes de que una sola palabra saliera de mis labios.

—Sí.

No necesitó más permiso.

Sus manos hábiles desabrocharon los botones de mi abrigo y, enseguida, la cremallera de mis pantalones. Su toque era preciso, rápido, una invasión bienvenida que me arrancó un gemido ahogado.

En segundos estaba desnuda de cintura para abajo, presionada contra la frialdad de la piedra, con él como única fuente de calor. El abrigo de lana, arrojado sobre mis hombros, era nuestro único disfraz.

El aire frío besó mi piel desnuda, pero yo ardía.

Me levantó y rodeé su cintura con las piernas, aferrándome al cuello de su abrigo. Me penetró hondo y con fuerza, y me arqueé, su boca tomando la mía en un beso que silenció todos mis gritos.

No era solo sexo; era una comunión desesperada. Con cada embestida sentía que intentaba decirme algo, retenerme con la fuerza de su pasión antes de que el reloj avanzara.

El éxtasis llegó rápido y arrollador, mezclado con la adrenalina del lugar. Grité contra su boca y él respondió con un gemido gutural, su cuerpo temblando de alivio y placer.

Cuando me dejó en el suelo, nuestros cuerpos estaban cubiertos de sudor y la piedra de la capilla parecía más cálida. Me miró y, en ese instante, lo vi todo: deseo, protección… y miedo.

Me recompuso, ajustando mi ropa con la misma prisa con la que la había quitado, y me besó una última vez. Era una súplica, lo sabía, aunque no entendiera de qué.

Pero mientras salíamos de la capilla, regresando al mundo de los contratos y los titulares, mi confusión era lo único que sentía.

¿Qué éramos, en realidad? ¿Amantes a escondidas o simples piezas de un juego peligroso?

Las horas siguientes pasaron borrosas. Por la noche, cenamos en un restaurante con vistas al mar, el aire helado contrastando con el calor del vino tinto y el fuego de la chimenea.

Alessio estaba relajado, casi humano. Me hizo reír con una anécdota de su infancia en Cerdeña y me preguntó por mis ambiciones en medicina, escuchándome con una atención que nunca había recibido de nadie.

En ese momento no era el CEO D'Amico ni mi jefe. Era un hombre que parecía contento de estar conmigo.

Me sentí vista, valorada y peligrosamente cerca de admitir que estaba completamente enamorada de él.

Lo miré, con el corazón inflado de una esperanza casi infantil.

—Me encantó Taormina. Me encantó el frío, la historia. Gracias por esto, Alessio.

Sonrió, pero el brillo de sus ojos cambió. Había una sombra.

Tomó mi mano sobre la mesa, y el calor de su contacto me recorrió el brazo. No fue un gesto posesivo, sino cariñoso. De despedida.

—A mí también, Isadora. A mí también.

Guardé esa confesión como un tesoro. Porque sabía que faltaba muy poco para que fuera todo lo que me quedara.

El vestido que encontré sobre la cama me dejó sin aliento, aunque ya lo había sacado de la caja antes de ducharme.

No lo había traído yo.

Alessio había pedido que lo entregaran en la habitación mientras estaba en una llamada. Era un vestido largo de terciopelo verde esmeralda, un tono que jamás me habría atrevido a usar, con un escote elegante y una abertura sutil.

Esa mañana había anunciado que iríamos a una fiesta de Nochevieja y, cuando dije que no había llevado nada adecuado, me besó y aseguró que lo había pensado todo.

Me peiné y me maquillé sola, esperando que mis habilidades fueran suficientes. Casi lista, respiré hondo y me puse el pintalabios,

demorándome más de lo necesario porque sabía que era mi última excusa para seguir en la habitación.

La puerta se abrió, obligándome a enfrentar a Alessio antes de sentirme preparada.

Nuestros ojos se encontraron a través del espejo de cuerpo entero frente a mí.

Él estaba impecable, como siempre, con un traje oscuro, sin corbata. Su mirada recorrió mi cuerpo de un modo lento, apreciativo, completamente libre de cinismo.

Cruzó el espacio entre nosotros y se detuvo a mi espalda, conteniendo la respiración. Su reacción fue lo más real que había visto en él.

—*Bellissima* —murmuró, la palabra naciendo de lo más hondo, como una oración, mientras sus dedos subían para tocar la curva de mi cuello desnudo por el semirrecogido.

Sonreí, sintiendo que mis mejillas se encendían.

—El vestido es un sueño. Gracias.

Jugó con el tirante fino del vestido y luego besó la base de mi cuello, justo donde la tela dejaba la piel al descubierto.

—Estás preciosa. No es el vestido —susurró, observándome a través del reflejo—. Eres tú.

Reí, un sonido ligero y feliz que ya no pertenecía a la actriz.

—No estás siendo muy CEO ahora, señor D'Amico. Nadie nos mira.

Me giró para mirarlo de frente, y la seriedad de sus ojos resultó casi intimidante.

—La única persona que me importa que vea esto… eres tú —aseguró, y no pude evitar que mi expresión cambiara—. Tengo un regalo para ti.

Antes de que pudiera reaccionar, me giró de nuevo hacia el espejo y sacó del bolsillo un estuche largo y fino. Lo abrió sin ceremonia, revelando un collar de piedras brillantes que me dejó sin palabras.

—Alessio… yo… ya llevé aquellos pendientes en Navidad y…

—Los pendientes fueron un préstamo, una artimaña —me interrumpió, abriendo el cierre del collar y colocándolo alrededor de mi cuello—. Este collar es un regalo. Y lo vas a aceptar. Lo vas a llevar.

Los pendientes eran para las cámaras. Este collar es para mí. Quiero ver mi marca en ti, *tesoro*.

Sus palabras me recorrieron entera en un escalofrío.

—No sé qué decir —admití, y esta vez fui yo quien se volvió hacia él, rodeándole el cuello con los brazos.

Nos miramos en silencio durante largos minutos.

—No digas nada —respondió al fin—. Solo sé mía.

Sus labios tomaron los míos. El beso empezó delicado, pero enseguida se volvió urgente y demoledor. Me rendí en un instante y, cuando ya no tenía aliento y aun así deseaba más, separó nuestras bocas.

—Será mejor que nos vayamos —dijo—, o no te dejaré salir de esta habitación. Y tengo muchas ganas de exhibirte, *bambina*.

Sonreí y acaricié su rostro una última vez antes de dar un paso atrás. Tomó mi mano y nos condujo fuera.

El coche nos esperaba para el corto trayecto hasta la fiesta. Me deslicé sobre el asiento de cuero y Alessio se sentó a mi lado, la oscuridad de la noche siciliana envolviéndonos.

En cuanto la puerta se cerró, aislándonos del conductor y del mundo, me atrajo hacia él. Su mano encontró mi muslo bajo la abertura del vestido verde, un gesto audaz y urgente.

—Creo que me he vuelto adicto a tocarte, *tesoro* —confesó, con la voz áspera, el rostro muy cerca del mío.

—Pensé que el objetivo de la fiesta era precisamente… tocarme… mantener las apariencias —dije con dificultad, mi cuerpo respondiendo al instante.

—No habrá prensa allí, Isadora. Esta noche es nuestra. Solo nuestra.

Parpadeé, sorprendida, pero no me dio tiempo a procesarlo. Me besó. Un beso profundo y descuidado, robado en la oscuridad del coche.

—Estás tensa —murmuró contra mi boca, sus dedos dibujando círculos en mi piel.

—Es la última noche. Es Año Nuevo. Es la incertidumbre —confesé, dejando caer mis defensas.

Besó mi hombro, luego la coronilla.

—No pienses en el final. Piensa en ahora. Yo estoy aquí. Tú estás aquí. Y este es nuestro momento —dijo, con una ternura que casi me hizo llorar.

Reí. Una risa boba, feliz.

—Estás siendo demasiado dulce, Alessio. No me acostumbres mal.

Me miró con una sonrisa suave.

—Es Sicilia, Isadora. Es Sicilia —bromeó, volviendo a besarme con una serie de besos breves y cariñosos, hasta que el coche se detuvo.

—Hemos llegado, *mia cara*. ¿Lista?

Su sonrisa era una invitación peligrosa. Me mordí el labio y asentí.

La fiesta de Nochevieja no era en un salón abarrotado, sino en la terraza privada de un hotel, aislada del público.

Había unos cincuenta invitados: figuras de la alta sociedad siciliana, discretas y respetuosas. Alessio había creado una burbuja.

Esa noche, la burbuja era solo para nosotros.

Me presentó como su prometida, y el orgullo en su voz hizo que mi corazón se acelerara. Después de las formalidades, me secuestró.

Bailamos.

No bailaba de forma despreocupada, sino con una seriedad concentrada que me hacía sonreír. Sostenía mi mano y apoyaba la otra en mi cintura; las miradas largas en medio del salón eran una conversación solo nuestra. Me besaba entre canción y canción, besos lentos que borraban el resto del mundo.

Sentí una alegría pura, embriagadora. Había olvidado el contrato. Había olvidado que al día siguiente volvería a Brasil y que ese era nuestro último día.

Lo miré y sentí la pasión golpearme como las campanadas de medianoche. Una pasión que dolía por ser imposible.

El reloj marcaba los últimos segundos del año. La multitud murmuraba la cuenta atrás.

—¡Diez!

Alessio me llevó a un rincón de la terraza, lejos de los demás, pero con vistas completas a los fuegos sobre el mar.

—¡Cinco! ¡Cuatro!

Tomó mi rostro entre sus manos, los ojos clavados en los míos.

—¡Tres! ¡Dos! ¡Uno!

El cielo estalló en color y luz, y el sonido de los fuegos quedó ahogado por su boca tomando la mía en un beso de Año Nuevo.

Fue profundo. Una promesa silenciosa de un futuro que sabía que no existía.

Cuando nos separamos, el humo flotaba en el aire.

—Feliz Año Nuevo, *mia cara* —susurró, apoyando la frente en la mía.

Y supe, con una certeza peligrosa, que estaba exactamente donde debía estar.

45.

ISADORA MENEZES

Desperté con el sol, aún débil, filtrándose entre las cortinas.

El peso en el pecho era real, aunque tardé unos segundos en entender por qué lo sentía.

Mi brazo se estiró de forma automática, solo para encontrar las sábanas de seda ya frías. No estaba sola, sin embargo. Podía sentir la presencia de Alessio en la habitación mientras intentaba lidiar con mi corazón, que apenas había despertado y ya latía desbocado.

Era el último día del contrato.

Lo había olvidado.

Alessio había conseguido hacerme olvidar que la noche anterior había sido nuestra última noche juntos.

Levanté la vista y lo encontré apoyado en el marco del vestidor, ya completamente vestido con unos pantalones oscuros y una camisa blanca, observándome.

Estaba listo para el día.

Y saber que eso también significaba que estaba listo para sacarme de su vida como si yo no hubiera significado nada… dolió. La frialdad que emanaba de él fue como un cubo de agua helada.

No tuve valor para sostenerle la mirada. Me quedé mirando la ventana cerrada, intentando esconder el torbellino de emociones detrás de palabras ligeras.

—Supongo que echaré de menos que me stalkees —dije, con un tono más liviano de lo que sentía, tratando de ocultar el caos dentro de mí.

—No lo harás.

La respuesta seca y directa me golpeó en el pecho.

Por fin lo miré, frunciendo el ceño. ¿Dónde estaba el hombre que me había besado a medianoche?

—Lo siento, señor D'Amico —respondí con ironía y una media sonrisa más falsa que un billete de tres euros—. Nuestro contrato ha terminado oficialmente. Supongo que decidiré sola de qué voy a echar de menos… o no.

Alessio avanzó hasta el borde de la cama. No parecía enfadado, sino decidido.

Se sentó y alargó la mano, deslizando el pulgar por la curva de mi mandíbula.

El contacto era suave, pero cargado de una intención que me erizó la piel. Me obligó a mirarlo.

—Nuestro contrato terminaría hoy —corrigió, su pulgar descendiendo hasta mi labio inferior, tocando la piel que había besado horas antes—. Pero la situación ha cambiado. La presión de la sucesión, la vigilancia de Luciana, la inestabilidad que hemos creado al exponer este… *vínculo*.

Si te marchas, todo se derrumba, y el único titular que me queda es el del escándalo.

Fue honesto.

Y esa franqueza me tomó desprevenida. De pronto, mi respiración se acompasó con los latidos descontrolados del corazón.

Parpadeé varias veces, intentando procesar lo que decía, hasta que no tuve más remedio que preguntar:

—¿Qué… qué estás diciendo?

—Te necesito durante seis meses más.

Mis ojos dejaron de parpadear.

—¿Q-qué?

Tartamudeé, atrapada entre la incredulidad y una esperanza peligrosa.

Seis meses.

—No creo haber entendido bien —murmuré, incorporándome un poco y subiendo la sábana para cubrirme el pecho, como si eso protegiera la parte de mí que aún intentaba mantenerse intacta.

Él no retrocedió.

Al contrario, se inclinó más hacia mí, apoyando la rodilla en el colchón, la mano aún sosteniendo mi rostro como si tuviera todo el derecho del mundo a retenerme allí, prisionera de su mirada.

—Nuestro acuerdo ha cambiado —dijo con calma, casi con paciencia. Ese tipo de paciencia que siempre traía peligro—. Necesito que sigas siendo mi prometida, Isadora. Seis meses más. Y aquí, en Italia.

El impacto sacudió mi cuerpo.

Seis meses. ¿En Italia?

Negué despacio, aunque en mi interior el *sí* luchaba por salir disparado de mi boca.

—No… Alessio… no puedo. No puedo quedarme aquí seis meses más. Mi madre… mi hermano… mi vida está en São Paulo. No puedes simplemente…

Empecé a enumerar razones, más para convencerme a mí misma que a él.

Me interrumpió.

—Puedo —dijo en un susurro que, aun así, cortó el aire—. Y lo necesito.

Intenté apartar el rostro de su mano, pero Alessio deslizó los dedos hasta mi nuca, guiando mi mirada de vuelta a la suya con precisión quirúrgica.

—No te estoy pidiendo nada, Isadora. Te lo estoy explicando.

El corazón me ardió.

No era un dolor físico. Era el tipo de dolor que aparece cuando alguien escarba exactamente donde más intentas protegerte.

—Tú… tú… —quise decirle que no tenía derecho. Que no podía explicarme qué hacer con mi vida. Que el contrato acababa hoy. Que yo me iría, él seguiría con la suya, y yo con la mía.

Ese era el acuerdo.

Pero no pude.

No cuando cada parte de mí empezó a buscar en sus ojos, en su rostro, en su mano sobre mi piel, cualquier motivo que me diera permiso para decir lo que en realidad quería:

Sí.

No quería irme. No quería que se acabara.

Tal vez era una estupidez. De hecho, estaba segura de que lo era.

Aun así, quería quedarme. Lo quería a él.

Me había enamorado del hombre que me había contratado para fingir ser su prometida, y ahora estaba desesperada por encontrar una razón para prolongar aquella farsa.

Alessio me la estaba dando.

El problema era que, incluso en medio del aturdimiento, las alarmas sonaban en mi mente enamorada.

Si irme hoy ya sería devastador… ¿qué quedaría de mí dentro de seis meses?

A menos que…

A menos que hubiera una mínima posibilidad de que Alessio sintiera algo parecido a lo mío. De que todo esto fuera su forma de controlar lo incontrolable, cuando en realidad solo no quería que nuestra farsa terminara junto con la Navidad.

Era una esperanza ingenua, pero no pude impedir que creciera.

—¿Por qué? —susurré—. ¿Por qué seis meses? ¿Por qué alargar algo que debería haber terminado?

Respiró hondo.

Un suspiro controlado, calculado, pero demasiado real para ser solo parte del personaje del CEO.

Cuando respondió, su voz era más baja.

—Porque dije que no.

Parpadeé, confundida.

—Mi abuela sugirió que resolviera el problema de la sucesión de la forma más simple posible —continuó—. Adelantar la boda. Hacerla oficial. Definitiva.

El suelo desapareció bajo mis pies.

Matrimonio.

La palabra resonó en mi pecho como un trueno mudo.

Alessio vio mi reacción. Vio demasiado.

—Dije que no, Isadora.

No hubo duda. No hubo pausa. No hubo espacio para alivio.

El golpe fue como cristal rompiéndose por dentro.

Claro que había dicho que no. Claro que Alessio jamás me elegiría de verdad.

El contrato siempre había sido la frontera entre nosotros.

Aun así… oírlo de forma tan explícita fue como recibir una flecha justo donde se tocaban mi orgullo y mi corazón.

Tragué saliva.

—Entiendo —murmuré, apartando la mirada—. No quieres casarte conmigo, ni siquiera como farsa prolongada. Tiene sentido. No pertenezco a tu mundo. No estoy a tu altura…

—Para —me interrumpió con firmeza, inclinándose tanto que sentí su aliento rozarme la mejilla—. No fue por eso.

No sabía si creerle. No sabía si podía.

Volvió a alzar mi rostro con el pulgar.

—Dije que no porque el matrimonio es definitivo en el papel. No en el sentimiento. Y los sentimientos son… problemáticos para este tipo de acuerdo.

Demasiado tarde.

Yo ya me estaba rompiendo por dentro.

—Pero necesito mantenerte a mi lado. Necesito la continuidad del relato. Necesito la estabilidad que aportas a la sucesión. Necesito…

Se detuvo.

Un instante demasiado breve. Demasiado revelador.

—Necesito tu presencia, Isadora.

El pecho me dio un vuelco.

No dijo que me necesitaba a mí. Dijo que necesitaba mi *presencia*.

No era lo mismo.

Pero mi cuerpo no sabía distinguirlo.

—Conveniencia —murmuré.

—Necesidad —corrigió.

La palabra arañó mi orgullo y, al mismo tiempo, reconfortó mi corazón de una forma peligrosísima.

Seguía sin saber si huir o lanzarme de cabeza a la trampa.

—Alessio… no puedo quedarme —repetí, más débil—. Mi vida… mi familia…

Me interrumpió con una sonrisa casi imperceptible. Esa que solo aparecía cuando estaba a punto de cerrar un trato que el otro lado

aún no sabía que había aceptado.

—Puedes —dijo con la calma de quien está a punto de firmar un acuerdo—. Y voy a enseñarte por qué.

—Por favor, no me ofrezcas más dinero —supliqué en voz baja. Mi orgullo ya había recibido demasiados golpes esa mañana.

—No lo haré, Isadora. Lo que te ofrezco es el futuro.

Me olvidé de respirar.

¿Estaba diciendo lo que creía que estaba diciendo?

Se apartó lo justo para romper el contacto visual y tomó una carpeta de cuero fino que reposaba sobre el sillón.

La abrió y sacó una hoja con membrete y un sello dorado.

Mi corazón se quedó quieto. No por la carpeta, sino por la forma en que Alessio regresó.

Despacio. Sosteniendo el objeto como una sentencia. La postura impecable. La mirada fija en mí, no en el documento.

No me entregó la carpeta de inmediato.

Primero se sentó de nuevo, se acercó a mi cuerpo y sostuvo mi barbilla con la misma mano firme y cálida. Colocó la carpeta sobre mi regazo sin romper el contacto visual.

—Ábrela.

La respiración se me enganchó. Los dedos me temblaban.

El sello dorado me robó el aire.

—A cambio de tu cooperación… —volvió a tocarme, esta vez en la nuca, obligándome a inclinarme hacia él— te doy la oportunidad de una vida.

Leí:

Università di Siena. Facoltà di Medicina.

Eran las únicas palabras en italiano. El resto estaba en portugués.

Beca completa. Seis años. Alojamiento universitario.

Mi sueño entero… materializado dentro de una carpeta.

Me llevé la mano a la boca para contener el sonido que escapó sin querer. Mitad esperanza. Mitad dolor.

Alessio lo vio. Lo vio todo.

Aprovechó cada grieta.

Se inclinó un poco más, su voz casi rozando mi piel.

—Te estoy ofreciendo el futuro que siempre quisiste. Lo que nadie más pudo darte. Lo que nunca tendrías de otro modo. No es caridad. Es una inversión. En tu talento. En tu inteligencia. En tu potencial para ser extraordinaria.

Su pulgar rozó la comisura de mi boca.

—Pero para aceptarlo… tienes que quedarte conmigo.

Cerré los ojos, luchando contra unas lágrimas que no quería dejar caer.

La carta ardía en mis manos. El aire se volvió denso.

Siena. Medicina.

La oportunidad de ser la médica que siempre quise ser.

El sueño que había enterrado en el barro de São Paulo estaba ahora allí, registrado en tinta y condicionado a él.

Era cruel. Era brillante. Era Alessio.

Lo odié por eso.

Me odié por haberme abierto tanto, por haber mostrado tanto de mí misma como para que supiera exactamente cómo manipularme.

Y aun así… quise abrazarlo por ello.

Porque, manipulación o no, había una verdad incuestionable:

Nunca tendría nada de aquello en otras circunstancias. No así. No en la mejor facultad de medicina del mundo.

Continuó:

—Si vuelves a Brasil ahora, pierdes la plaza. Pierdes la protección de mi nombre. Pierdes la oportunidad de escapar de todo lo que te hirió.

Se acercó aún más.

—Y me pierdes a mí.

El corazón se me desplomó.

Me estaba destruyendo pieza por pieza.

—Si te quedas, lo ganas todo. La universidad. Estabilidad. Seguridad para tu familia. Y seis meses más… conmigo.

La forma en que dijo *conmigo* casi me rompió.

Quise decir que no. Quise gritar que no podía jugar con mis sueños. Quise arrojar la carpeta al suelo.

Pero mis manos la sujetaban con demasiada fuerza.

Él lo notó. Se acercó un poco más. Apoyó la frente en la mía.

—Los términos del anexo también están dentro de la carpeta —murmuró—. Detrás de la información de la universidad. No tienes que responder ahora. Pero no tardes, *tesoro*. Algunas puertas no permanecen abiertas para siempre.

Se levantó y dejó la carpeta sobre mi regazo.

—Te doy una hora para arreglarte. Volvemos a Florencia. Desayunamos en el jet.

Se giró y salió.

Me dejó desnuda. Sola. Con el peso de una oportunidad que, de pronto, parecía más aterradora que la miseria.

Cuando la puerta se cerró, me derrumbé.

Porque incluso sin haber respondido… Alessio ya había ganado.

Y lo peor de todo:

una parte enorme de mí quería ser derrotada.

46.

ALESSIO D’AMICO

Sentí el estómago revolverse cuando la puerta del dormitorio se cerró a mi espalda.

No era arrepentimiento. No me arrepiento de decisiones necesarias.

Era la náusea fría de haber roto la única cosa real que había aparecido en mi camino en los últimos años.

Isadora.

Me quedé de pie un instante, la mano en el picaporte, esperando. No un grito, sino una súplica. Una negativa firme.

Quería que luchara. Que arrojara la carpeta de documentos al suelo y dijera que su orgullo valía más que su sueño.

Pero Isadora no hizo ruido.

El silencio que llegó desde el dormitorio fue la prueba de que había ganado… y de que la victoria había llegado con el coste exacto que había previsto: el sacrificio de su inocencia.

Caminé hasta la ventana del salón de la suite, ignorando la vista épica del Etna cubierto de nieve y el mar azul oscuro de Taormina. No estaba allí por los paisajes.

Estaba allí para cerrar un negocio que, al final, se había vuelto mucho más personal de lo que jamás admitiría.

Había sido honesto con ella.

Necesitaba la prórroga del contrato. Sin ella, la sucesión se derrumbaría. No tenía tiempo para encontrar otra prometida, y el tiempo que me había llevado “construir” a Isadora —desde su pasado financiero hasta su reacción ante el rechazo— me daba una ventaja que no podía perder.

Y le dije la verdad sobre el matrimonio. Dije que no.

Casarme significaba comprometer mucho más de mí de lo que estaba dispuesto a hipotecar. El contrato, por largo que fuera, siempre sería un negocio, con una fecha de caducidad conocida.

Pero al decir *«dije que no»*, no solo estaba rechazando el matrimonio. Estaba rechazando la única forma de conservar a Isadora de verdad.

Esposa era lo único que Isadora jamás sería para mí. Incluso yo tenía un límite.

Y necesitaba que ella lo supiera. Necesitaba protegerme… y, sobre todo, protegerla de mí.

Respirar hondo. Controlar.

Me obligué a hacerlo una y otra vez, hasta conseguir ordenar los pensamientos.

Cada una de las decisiones que había tomado aquella mañana había sido quirúrgica:

Desperté y me vestí antes que ella. La armadura del CEO. El contraste con la noche que pasamos —con los días en Taormina, en realidad— tenía que ser brutal.

Habíamos vuelto a nuestra realidad: la farsa.

Permanecí frente a la ventana de la suite, observando el Etna como si pudiera darme una respuesta a lo que acababa de hacer.

Isadora estaba detrás de la puerta. Demasiado silenciosa.

Y el silencio, viniendo de ella… nunca era buena señal.

Cuando la puerta por fin se abrió, me giré, preparado para una batalla. Para lágrimas. Para indignación. Para esa terquedad irritante que formaba parte de quien era.

Esperaba desesperación. Esperaba ojos enrojecidos o una mirada de odio. Esperaba a la chica que se había lanzado a mis brazos en la capilla.

En su lugar, Isadora salió del dormitorio vestida con una armadura de seda y terciopelo.

Llevaba el mismo vestido largo verde esmeralda de la noche anterior, pero ahora parecía más un uniforme que un atuendo de fiesta.

El cabello estaba perfectamente arreglado y el rostro —que minutos antes se había retorcido entre traición y sueños— era una máscara de porcelana.

No me miró con rabia. Me miró con la cortesía fría que se reserva a un socio.

No estaba preparado para… aquello.

Parecía entrenada. Parecía una D'Amico.

Algo en mi estómago se contrajo.

—Estoy lista —dijo.

Sin vacilación. Sin sombra de emoción. Sin Isadora.

Era la primera vez que me hablaba usando la máscara que, irónicamente, yo mismo le había colocado durante semanas.

Y la odié por ello.

Me acerqué, tanteando el terreno, observando cada microgesto.

—Isadora… —empecé, esperando que el contacto visual abriera alguna grieta—. Sobre el anexo…

Me miró con el mismo control frío que utilizo para dominar consejos, políticos y accionistas.

—Firmo el anexo, señor D'Amico —dijo, con una voz contenida y neutra. Ni un atisbo de temblor.

Alzó la carpeta que sostenía, y noté que ya había empezado a leer el documento.

La pluma que había dejado dentro estaba en su otra mano.

Apoyó la carpeta sobre un aparador, como si fuera a firmar un albarán de entrega, y mis manos se cerraron en puños.

El choque no fue que aceptara. Fue la forma en que lo hizo.

El golpe que había planeado para quebrar su espíritu, en realidad, lo había forjado en acero.

—No tiene que ser ahora, *cara* —dije, forzando una familiaridad que sonó extraña incluso para mí—. Tienes todo el día para pensarlo.

Levantó la vista de la carpeta y, en ese instante, vi la diferencia. Los ojos seguían siendo los suyos, pero el brillo era opaco. Profesional.

—No necesito una hora. Sé reconocer un negocio irrefusable. Usted me ofrece el futuro; yo le doy estabilidad. Es simple.

Firmó la hoja del anexo con una caligrafía firme y me la deslizó de vuelta.

—Pero quiero que quede claro —continuó, con voz baja pero afilada—. Es estrictamente un negocio. Seis meses. Y quiero mi copia del anexo antes de que salgamos. Los términos de la beca, la vivienda y la cláusula de protección en caso de rescisión unilateral deben adjuntarse al contrato. No confiaré en promesas, Alessio.

Usó mi nombre, pero no había calor ni intimidad. Era solo un sustantivo que estaba dispuesta a tolerar en el nuevo acuerdo.

Tomé la carpeta.

El peso del papel era aplastante.

Sentí un deseo inmediato y visceral de romper aquel documento, de hacer añicos esa máscara de frialdad y encontrar a la chica indomable que había contratado.

¿Dónde estaba la combatividad de São Paulo? ¿La Isadora que luchaba por sobrevivir?

—De acuerdo —murmuré, forzando una sonrisa. La victoria sabía a ceniza—. La documentación estará lista antes de la partida.

—Y, por último, quiero que mantengamos el papel —añadió—. Soy su prometida. Nada más. No me pida nada que vaya más allá de la actuación o de las exigencias públicas.

El mensaje era claro: el acceso a su calor, a su afecto, a su humanidad, estaba cerrado.

Y yo era el único culpable de ello.

—¿Estás diciendo que ya no quieres que te toque cuando estemos a solas? —pregunté, mirándola fijamente y viendo, incluso a distancia, cómo su cuerpo reaccionaba a mi mirada.

No podía estar planeando librar una guerra contra su propio deseo durante seis meses.

Isadora sonrió con una frialdad que me heló la espalda.

—¿Qué utilidad tendría eso? Los dos sabemos que no podría sostenerlo. ¿No es así? Si no lo supiera, ni siquiera me habría hecho esta propuesta.

—Isadora… —empecé, pero alzó la mano y me interrumpió.

Luego caminó hasta quedar a no más de treinta centímetros de mí.

—No rechazaré su contacto, Alessio. Ni en público ni en privado. Pero sepa esto: a partir de hoy, esa es la única intimidad que puede esperar de mí.

Me costó todo no protestar. Pero no protesté.

Había tomado una decisión.

—De acuerdo —respondí, guardando la carpeta.

Asintió y se giró hacia la ventana, dejándome a solas con mi victoria amarga.

47.

ALESSIO D’AMICO

Los primeros días de regreso a la Villa D’Amico fueron de una perfección insoportable.

Isadora parecía triplemente empeñada en ser la prometida ideal. Era impecablemente cortés con el personal, atenta en las escasas apariciones públicas a mi lado y respondía a todas mis preguntas con una concisión inteligente que no invitaba a prolongar la conversación.

Se había convertido en una extensión perfecta de mi imperio… pero se había vuelto inaccesible para mí.

No había dulces esperándome en la habitación. No había noches de insomnio convertidas en observaciones de estrellas. No había clases de ajedrez ni ningún otro rastro de su personalidad que antes formaba parte natural de nuestra convivencia íntima y privada.

Mi Isadora —la que solo yo veía— había desaparecido, dejando en su lugar a la versión accesible para todos.

La frialdad que imponía no era una protesta. Era el cumplimiento exacto del Anexo.

Cumplía el contrato. Vivía dentro de sus límites. Y no me daba un solo motivo para reclamar.

Y, tal como había prometido, aún me permitía el contacto en público: la mano en la cintura, el beso en el cabello. Y sí, también seguía permitiendo la intimidad en el dormitorio, como una *necesidad de la farsa*.

Pero el cariño y el deseo que antes incendiaban nuestras interacciones habían desaparecido, sustituidos por una sumisión casi técnica.

Lo odiaba.

Odiaba su cuerpo bajo mis manos, ahora semejante a un instrumento perfectamente afinado… pero sin alma.

Había estado poniendo a prueba su determinación. Esperando que flaqueara en algún momento.

La noche anterior incluso había despedido a todo el personal y ordenado que la cena se sirviera en un ala reservada de la Villa.

Quería silencio. Y la quería a ella dentro de él.

Isadora llegó bien vestida y maquillada, observó la mesa dispuesta para dos y se sentó a mi lado, como siempre.

Pero aun así, la distancia que mantenía estuvo a punto de hacerme arrepentir de no haber cenado con el resto de la familia, porque delante de ellos al menos fingía que yo significaba algo más que su cuerpo.

En ese momento no fingía nada.

Estaba allí como una asistente eficiente. Una sombra. Una actriz.

—¿Tu día fue productivo? —pregunté.

Antes, esa pregunta era una puerta. Isadora respondía con un monólogo entero, lleno de giros, bromas y digresiones sobre cualquier cosa que hubiera visto, leído o pensado.

Ahora:

—Sí, lo fue —respondió, cortando la carne con una elegancia ensayada.

Nada más.

Silencio.

—¿Y las clases de italiano? —intenté de nuevo.

Formaban parte del Anexo. Si iba a pasar meses en Italia, debía aprender el idioma con eficacia. Sabía que le gustaría tener un profesor presencial.

—Adecuadas al contrato.

El contrato.

Me estaba castigando sin confrontarme. Era la peor forma de castigo posible.

—¿Cómo reaccionó tu madre a la noticia? No me dijiste si ya le contaste que te quedarás fuera seis meses.

—No consideré que fuera un asunto relevante para ti.

—Isadora —dije entre dientes.

Ella alzó la cabeza.

Yo quería ver irritación. Cualquier cosa que no fuera esa maldita máscara.

—Alessio —respondió.

Apreté los dientes, pero no dije nada más.

Dejé que el silencio se asentara.

Cuando terminamos de cenar, me levanté y le tendí la mano en un gesto que, en los últimos días, se había vuelto habitual: sujetarla por la cintura, atraerla hacia el sofá, usar su cuerpo como válvula de escape y refugio.

Isadora miró mis dedos… pero los aceptó.

Sin embargo, cuando intenté acomodar su cuerpo junto al mío en el sofá, se apartó sutilmente. En lugar de acurrucarse a mi lado, se sentó en el extremo opuesto.

—Tenemos que revisar la agenda de mañana —dijo, cruzando las piernas y evitando mirarme.

Ningún contacto. Ninguna sonrisa involuntaria. Ningún gesto que indicara que quería algo más de lo estrictamente necesario.

—Isadora —la llamé.

Parpadeó.

—¿Sí?

—Ven aquí —ordené.

No se movió.

—¿Para qué?

¿Para qué?

Esa pregunta nunca había existido entre nosotros.

Su cuerpo siempre sabía. Siempre venía. Siempre quería.

Ahora… ahora quería razones.

Me levanté, fui hacia ella y tomé su mano.

Y… nada.

El temblor. La respiración contenida. El calor ascendiendo por la piel.

Todo seguía ahí. Su cuerpo reaccionaba como siempre.

Pero su mente no.

Isadora se negaba a entregarse.

No estaba ocultando que me deseaba. Se estaba ocultando a sí misma… de lo que sentía por desearme.

¿Y lo peor?

Yo lo merecía. Pero no lo aceptaba.

Acerqué mi rostro al suyo, intentando quebrar la máscara, provocar una grieta.

—Me estás evitando —murmuré.

—No lo hago —negó—. Duermo en tu cama. Despierto en tu cama. Ceno contigo. Cumplo todas mis obligaciones.

La frase me golpeó en el estómago.

—Dormir conmigo no forma parte de tus obligaciones —repliqué, ofendido.

Su única respuesta fue una sonrisa que me enfureció. Isadora se estaba volviendo demasiado buena en esto.

Solté su mano y ella no intentó recuperar el contacto.

Cuando se levantó para ir al dormitorio, hizo una pequeña inclinación de cabeza: cortés, educada, insoportablemente distante.

—Buenas noches, Alessio.

No fue un *Alessio* con fuego. Ni con rabia. Ni con deseo.

Solo el nombre. Frío.

Necesitaba romper esa muralla.

Y mientras la observaba ahora, sentada en el sofá de mi despacho, decidí que ese momento era tan bueno como cualquier otro.

No necesitaba estar allí. Era una excusa que yo mismo había inventado.

Había dicho que sería bueno para reforzar nuestra imagen como pareja que el personal y mi familia nos vieran intentando pasar tiempo juntos, incluso cuando yo estaba muy ocupado.

Y así habíamos acabado: yo en mi despacho, revisando informes, ella sentada en el sofá de cuero contiguo, absorta en un libro de anatomía que yo mismo había proporcionado.

Estaba cerca. Bajo el mismo techo.

Pero tan lejos como si estuviera al otro lado del mundo.

Me levanté y caminé hasta ella. Me detuve detrás del sofá, me incliné y coloqué las manos en sus hombros.

El gesto era habitual, relajante… pero cargado de una intención que ella percibió al instante.

—¿Cansada? —pregunté, usando el tono cómplice que empleaba antes.

Estaba desesperado por un destello de la Isadora de antes.

—Un poco —respondió, con una voz perfectamente neutra.

Ni siquiera se movió. Simplemente aceptó el masaje que inicié, como una máquina acepta mantenimiento.

Continué, frustrado, intentando forzar una reacción.

La atraje un poco más hacia mí, bajé la cabeza y besé su nuca, la piel que había besado con desesperación en la capilla, buscando la chispa que ella había apagado.

Esperé el suspiro. La leve inclinación del cuerpo que me diría que la verdadera Isadora seguía allí.

En su lugar, giró la cabeza lo justo para que mis labios rozaran su mejilla, deteniendo el beso.

—Alessio —dijo, sin emoción, con los ojos fijos en el texto del libro—. La próxima aparición pública es la cena con el consejo, mañana por la noche. La intimidad solo es exigida en el dormitorio o bajo los flashes. No estamos en ninguna de esas situaciones ahora.

El impacto fue más fuerte que una bofetada.

Era la primera vez que pronunciaba mi nombre con tanta frialdad.

Me había dado la clave.

La clave era el contrato.

No me estaba rechazando. Solo estaba citando las cláusulas del Anexo.

Me recordaba que el acceso a su cuerpo, a su tiempo y a su presencia ya no era gratuito, sino condicionado a la necesidad de la farsa.

Retiré las manos. Di un paso atrás.

—Entendido —respondí, con una voz igualmente profesional, aunque el veneno en mi pecho era real.

Había creado a la prometida perfecta. Fría. Controlada. Impecable.

Y ahora necesitaba encontrar una manera de destruir a esa prometida antes de que destruyera al hombre que la había creado.

Había ganado la partida de la sucesión. Pero había perdido la guerra contra mi propio deseo por ella.

48.

ISADORA MENEZES

Pasé las dos primeras semanas de enero en Florencia como si mi cuerpo funcionara en modo piloto automático.

¿Mi alma? Seguía sentada en la cama del hotel de Taormina, sosteniendo el Anexo del Contrato y llorando por la chica ingenua que había muerto allí.

Alessio había ganado. Y mi *sí* llegó sin dignidad, sin lucha, sin aquella terquedad con la que había combatido incluso la primera vez que me ofreció un contrato.

Firmé el Anexo antes de que su jet despegara, aceptando el papel. No porque quisiera complacerlo, sino porque necesitaba protegerme de mí misma.

Si hubiera pasado todo el día con aquella carpeta sobre el regazo, si me hubiera concedido el derecho de alejarme de su presencia, habría tenido tiempo para pensar en lo que perdí. En lo que me arrebató. O, peor aún, para alimentar la esperanza de que aquello pudiera ser algo más de lo que realmente era: la prueba definitiva de que nunca sería más que una pieza en los juegos de poder de Alessio D'Amico.

Había ido demasiado lejos. Me había enamorado de él. Había entregado mi cuerpo y mi corazón y, en ese punto, ya no había nada que pudiera hacer.

Me sentía patética por abandonarme al placer en sus brazos cada noche, incluso mientras luchaba con todas mis fuerzas por ocultarle cuánto amaba aquello… mucho más que por los orgasmos.

No podía permitir que avanzara más.

Mi única defensa era levantar un muro de acero. Y la forma más rápida de construirlo era aceptar los términos antes de que la

esperanza llamara a mi puerta.

Siena. La Universidad de Siena.

La beca completa de Medicina no era un soborno. Era una vida entera.

Jamás tendría esa oportunidad en Brasil. Yo lo sabía. Mi familia lo sabía. Y Alessio sabía que mi sueño era mi mayor vulnerabilidad.

No lo odié por manipularme. Lo odié por conocerme lo suficiente como para saber exactamente dónde clavar el cuchillo.

Y me odié aún más por sentir gratitud.

La vida en la Villa D'Amico se había convertido en un conjunto de reglas rígidas que yo misma me impuse. Mi nuevo mantra:

Todo es una actuación.

Yo era la prometida perfecta. Sonreía en el momento exacto. Vestía el vestido correcto.

Pasaba horas estudiando italiano y anatomía con los libros que él había colocado sobre mi nueva mesa —porque, por supuesto, me había dado una mesa en su propio despacho—.

Otra forma de control.

Había conquistado mi sueño y ahora vivía para él, y solo para él. Apenas hablaba con Alessio fuera de las obligaciones.

Nuestras conversaciones, antes llenas de provocaciones e intimidades improvisadas, se habían reducido a *briefings* y agendas. Utilizaba la concisión profesional como barrera.

—¿Tu día fue productivo? —preguntó durante una cena, algunos días después de regresar.

—Sí, lo fue —respondí, cortando la carne. Fin de la conversación.

Vi la frustración en sus ojos. Quería a la Isadora de antes, la que se aferraba a su brazo y se reía de sus bromas.

Pero esa Isadora estaba en São Paulo, luchando por pagar un alquiler. La nueva Isadora estaba en Italia, entrenándose para ser médica, y el precio era mi emoción.

Pero la parte más difícil de la nueva regla era el contacto.

Había prometido no rechazar su intimidad, ni en público ni en el dormitorio. Rechazarlo sería romper el contrato y, más importante aún, darle la oportunidad de cuestionarme. De hacerme luchar.

Y yo no podía luchar.

Permitía que me tocara, que me besara, que me tomara. Y mi cuerpo, traidor, seguía reaccionando a él con el mismo temblor, la misma urgencia.

Pero mi mente estaba en Siena. Memorizando los nombres de los huesos del cráneo. Repitiendo frases en italiano.

Yo estaba fuera. Aunque siguiera allí.

Solté un suspiro largo y pasé las manos por el cabello con cuidado de no estropear el peinado impecable que había durado todo el día.

Miré por la ventana del despacho de Alessio. La noche ya había caído y el cielo se había transformado en una alfombra de estrellas.

Estaba sola.

Mi prometido había pasado el día entero fuera de la Villa y yo había aprovechado para estudiar sin el peso de su presencia… y de su observación silenciosa.

Revisaba un diagrama complejo de bioquímica cuando él entró.

Iba sin chaqueta, con la camisa abierta en el cuello. Su aroma —amaderado y cítrico— era una distracción que tenía que ignorar.

No dijo nada. Solo me observó.

No aparté la mirada del papel. No podía hacerlo.

Si lo miraba, si reconocía la atracción, el muro se vendría abajo.

—Estás estudiando demasiado —murmuró, con la voz grave y baja.

—Me estoy preparando para la universidad —respondí, usando la frase como un arma defensiva.

Se acercó y se detuvo junto a la mesa. Su mano tocó el diagrama.

—Te estás escondiendo ahí.

Por fin lo miré, manteniendo el rostro neutro, sin mostrar el ritmo acelerado de mi corazón.

—No me estoy escondiendo, Alessio. Estoy construyendo mi futuro. Algo que me diste, pero que me cuesta seis meses de mi presente. Pienso cumplir mi parte del acuerdo con excelencia.

Sus ojos se entrecerraron, pero no dijo nada más.

Se inclinó y, en lugar de besarme los labios, besó mi hombro, justo en la curva entre el cuello y la clavícula.

Me estremecí. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Era inevitable.

Me giré, obligándolo a mirarme a los ojos.

—No me toques aquí —ordené en voz baja—. Me vas a distraer. No hay cámaras. No estamos en público. Y no forma parte de nuestro acuerdo que yo me distraiga de mis estudios.

Sonrió. Una sonrisa cruel, de depredador que sabe que la presa aún reconoce su olor.

—Me estás citando las cláusulas del Anexo otra vez, Isadora.

—Sí. Porque es lo único que nos queda. Me diste un arma y me enseñaste a usarla, Alessio. No me culpes si ahora la estoy apuntando a tu pecho.

Se apartó lentamente, su mano rozando la mía en el último segundo.

—Tienes razón —dijo, con una frialdad que igualaba a la mía—. Fui yo quien te enseñó. Y no voy a distraerte de tu futuro.

Se dio la vuelta para salir.

Y en ese instante sentí una punzada de dolor genuino. No por su enfado, sino porque lo había alejado.

Había ganado esa ronda… y odiaba el precio de esa victoria más que cualquier otra cosa.

—Alessio —lo llamé.

Se detuvo, con la mano en el picaporte.

—¿Qué ocurre?

Tragué saliva.

La palabra sonó extraña después de todo lo sucedido. La provocación también.

No debía hacerlo. Sabía que no debía.

Pero sentía que lo necesitaba.

—Buenas noches, jefe —murmuré, volviendo a inclinarme sobre el libro de anatomía.

No respondió. Ni siquiera se giró.

Pero tardó casi dos minutos enteros en salir. Los conté.

La puerta se cerró con un clic silencioso y el sonido resonó en la habitación como una sentencia.

Estaba sola con mi sueño.

Exactamente lo que había pedido.

Y, aun así, no conseguía concentrarme en el diagrama de anatomía. La mano me temblaba sobre el hombro.

Porque sabía que, durante los próximos seis meses, no tendría que luchar contra Alessio D’Amico.

Tendría que luchar contra mi propio corazón.

49.

ALESSIO D’AMICO

El silencio en la Villa D’Amico era lo más ruidoso que había escuchado jamás. Y lo peor: no era mío.

Estaba en mi despacho, revisando datos de balances, cuando el móvil vibró.

El mensaje era de Carla, que incluso con un océano entre nosotros seguía haciendo su trabajo de forma impecable.

Carla: Falconi está comprando datos de riesgo de los bancos europeos. El ataque se centrará en la fragilidad de la sucesión para reducir el valor de mercado. El objetivo es la subasta del Portafolio de Telecomunicaciones.

El Portafolio Europeo de Telecomunicaciones. El mayor negocio del año en el sector de infraestructuras, valorado en cuarenta mil millones de euros, y la única operación capaz de darme un poder incontestable dentro del consejo.

Pero para conseguirlo necesitaba ser el presidente oficial. El prometido comprometido. El hombre de familia.

Necesitaba credibilidad.

Me pasé la mano por el cabello, irritado por el hecho de que aquel apellido siguiera interponiéndose en mi camino.

Falconi.

Puede que hubiera conocido al hijo solo unos días antes, pero no al nombre. Y, a juzgar por el comportamiento de Leonardo —tanto en el ámbito corporativo como en la forma en que intentó alcanzarme a través de Isadora durante la cena prenavideña—, aquello era personal.

Solo podía suponer que su odio hacia mí venía de lejos, de una humillación que le infligí a su padre años atrás.

Falconi me veía como el muro que le impedía convertirse en el hombre más poderoso de Italia. No atacaba a D'Amico por venganza, sino por necesidad.

Si mi sucesión fracasaba o se retrasaba, el valor de mercado de D'Amico caería, yo perdería la subasta y él cerraría el acuerdo en mi lugar.

Me levanté y caminé hasta la ventana. Dejé que mis ojos se perdieran en el paisaje verde mientras las piezas encajaban en mi mente.

Yo no era un hombre con puntos débiles. Nunca lo había sido.

Siempre me había encargado de limar todas las aristas, cerrar todas las brechas, no dejar flancos abiertos a enemigos o rivales.

Pero no necesitaba ser un genio para saber que, si Leonardo pretendía atacar la sucesión, había un punto obvio por el que iría después:

Isadora.

Su flirteo en aquella cena había sido solo una provocación. Y la compra de datos de riesgo me decía que no se detendría ahí.

Necesitaba un control absoluto sobre Isadora.

No era una decisión de prometido. Era una decisión de CEO.

Si Falconi estaba atacando la credibilidad, miraría hacia la debilidad más evidente: la mujer que yo había "alquilado".

Y ahora, con nuestra relación reducida a un contrato frío —cortesía de mi propia estupidez—, Isadora se convertía en un blanco fácil. Alguien susceptible de ser manipulada por un extraño astuto, disfrazado de consuelo, para encontrar una grieta en mi armadura.

Sabía que apretar el cerco solo la alejaría más de mí, pero no tenía alternativas.

Estaba eligiendo la seguridad del imperio y la garantía de su futuro por encima de nuestra conexión.

Su seguridad era lo primero.

Si me odiaba por ello, al menos estaría a salvo… y camino a Siena.

Tenía que ser el villano ahora para asegurarle un mañana.

Me levanté.

Sabía dónde encontrarla.

Desde que regresamos de Taormina, había convertido el dormitorio en un búnker. Estudiaba en el escritorio o en el suelo, rodeada de libros sobre la mesa baja y la alfombra, ignorando la vista al jardín y mi presencia.

Se negaba a usar mi despacho cuando yo estaba en la Villa. Se negaba a someternos a ambos a una convivencia asfixiante en aquel espacio íntimo que ahora era un campo de batalla, aunque le hubiera dado un escritorio allí.

Un escritorio que encontraba ocupado cada vez que regresaba tras un día entero fuera… y que permanecía vacío siempre que yo trabajaba en casa.

Entré en el dormitorio sin llamar.

Isadora estaba sentada, el cabello recogido en un moño suelto. La concentración en su rostro era tan intensa que tardó en notar mi presencia.

—Necesito que canceles todas tus clases presenciales y el curso de italiano que empezaba esta semana en el centro —ordené, sin preámbulos.

Alzó la cabeza despacio. Sin sorpresa. Sin miedo.

Solo la evaluación fría de quien recibe una instrucción.

—El Anexo garantiza que empiece el curso presencial y que mi preparación sea continua. ¿Por qué el cambio?

—Es una modificación por seguridad. No quiero que te expongas en el centro de Florencia en este momento.

—Creí que estaría acompañada por seguridad, como siempre —replicó, frunciendo el ceño, con el bolígrafo apoyado sobre el libro de biología—. El Anexo no me prohíbe salir. Esto parece más un intento de confinamiento que un protocolo de seguridad, Alessio.

—Es una orden. Harás todos tus estudios y clases en línea, con profesores particulares que vendrán aquí a la Villa.

—¿Y cómo me beneficia eso? —preguntó, inclinando la cabeza—. Necesito exposición a la lengua en un entorno real. Contacto con la ciudad. Estás reduciendo la calidad de mi beca. No me parece ventajoso.

Me acerqué, invadiendo su espacio personal, obligándola a sentir el calor de mi cuerpo. No retrocedió, pero sus ojos la delataron.

—Me beneficia a mí —murmuré, con una voz baja y peligrosa—. Y lo que me beneficia a mí beneficia la estabilidad que garantiza tu futuro. Tendrás al mejor tutor privado de toda la Toscana. El mismo que prepara a los hijos de la élite italiana. No estás perdiendo calidad, Isadora. Estás ganando control. Mi control.

La observé, esperando que gritara. Que luchara.

—Entendido, jefe —dijo. Tomó la agenda y empezó a escribir—. Anotado: "Cancelación de clases presenciales. Reorganizar con tutores *in loco*". ¿Algo más?

La indiferencia fue la puñalada.

Acababa de restringir su libertad y ella lo trataba como un simple ajuste de agenda.

—Soy tu prometido, Isadora —corregí, con la voz cargada.

Se detuvo, levantó la vista y una sonrisa casi imperceptible apareció en la comisura de sus labios.

—Delante de las cámaras, sí. En este dormitorio, eres el propietario de mi contrato de seis meses, que acaba de imponer una

exigencia de seguridad unilateral que afecta a mi beca. Es decir: jefe. Y estoy acatando. Que tenga un buen día, señor D'Amico.

Retrocedí y cerré los ojos, apretando el puño.

Maldita sea. Iba a volverme loco.

—¿Algo más? —preguntó—. Porque, si eso es todo, me gustaría volver a estudiar.

Me estaba expulsando de mi propio dormitorio.

Me humedecí los labios y solté el aire de golpe.

—No. Eso es todo —respondí, dejándola sola, exactamente como ella quería.

***

El evento era la inauguración de la nueva ala del Museo de Historia del Arte de Milán. Un compromiso social obligatorio, diseñado para exhibir estabilidad y afinar alianzas de poder.

Necesitaba a Isadora como mi accesorio perfecto: elegante, silenciosa y, sobre todo, mía.

Estaba deslumbrante con un vestido sencillo pero caro. Perfecto para señalar que la prometida D'Amico era modesta y seria.

La dejé con mi jefe de gabinete en Italia, Luca, y fui a saludar a un senador, confiado en su capacidad para mantener el papel.

El verdadero motivo de mi presencia allí era Alessandro Valenti.

Valenti, de poco más de treinta años, era el heredero de una mina de oro en patentes: Valenti Technologies. La adquisición de su empresa era crucial para que D'Amico dominara la próxima década de infraestructuras.

Había pasado dos años intentando conseguir una reunión.

Valenti asistía a estos eventos, pero era una fortaleza de silencio y desprecio social. Nadie lograba un contacto con él, ni personal ni

profesional. Siempre estaba solo, observando el caos de la élite con aburrimiento y superioridad.

Lo vi al otro lado del salón, junto a una pintura al óleo que representaba la caída de Ícaro. Impenetrable, como siempre.

Entonces vi a Isadora.

Se había zafado de Luca. En lugar de unirse a otro grupo socialmente relevante, caminaba directamente hacia Valenti.

Mi cuerpo se tensó.

Iba a cometer un error social fatal: acercarse al hombre más inaccesible de Italia.

Estaba a punto de intervenir cuando se detuvo a su lado.

No oí lo que dijo, pero la reacción de Valenti fue un shock.

Se giró hacia ella, no con la cortesía forzada de un anfitrión, sino con curiosidad genuina.

Me acerqué, fingiendo interés por la obra vecina.

—…lleva tanto tiempo mirando al Ícaro que me preocupa que seguridad venga a preguntarle si también forma parte de la exposición —decía Isadora, en un italiano esforzado pero encantador, con una sonrisa leve—. ¿Le estoy molestando? Perdón. No quería interrumpir ni ofender. Es solo que… en realidad no estoy segura. Usted es tan serio como esta pared, pero parecía más normal que toda esta gente —admitió.

Me sorprendió.

Era la primera vez que veía a *mi* Isadora en un evento social en Italia.

Incluso antes del Anexo, se comportaba con la perfección que le habían enseñado las profesoras que contraté.

Nunca hablaba de más. Nunca era espontánea. Nunca decía lo que realmente pensaba.

No había sido consciente de cuánto echaba de menos esa parte de ella hasta ese instante.

Y, de repente, una furia se extendió por mis venas.

Porque, tras semanas escondiéndola… no fue conmigo con quien la reveló.

Fue con Alessandro.

¿Qué demonios?

Valenti, el hombre que nunca sonreía, soltó una carcajada baja y ronca.

—¿Eres brasileña? —preguntó, ya en portugués.

Las cejas de Isadora se alzaron.

Le dedicó una sonrisa luminosa. Una que no veía desde la noche de Año Nuevo en Taormina.

Mis fosas nasales se dilataron.

—¡Lo soy! ¿Cómo lo supo?

—Tu acento —explicó.

Isadora hizo una mueca que arrancó otra risa a Valenti.

—Mi italiano es horrible, ¿verdad? Estoy aprendiendo ahora. Estudio bastante, pero es un idioma difícil. Hermoso, pero difícil.

—Está bien. Mi portugués tampoco es gran cosa, así que estamos en paz. Y sobre ser tan serio como esa pared… —empezó.

Isadora hizo otra mueca, esta vez arrepentida.

—Cuando lo dices así suena mucho peor de lo que pretendía.

Dos segundos.

Y los dos rieron. Juntos.

—Las palabras pueden sonar mal, pero el hecho de que sean ciertas es el verdadero problema. Yo nací en la pared —dijo, señalando la pintura de Ícaro—. Esto es un recordatorio.

—¿Y cuál es el suyo? ¿Ícaro? —preguntó Isadora, cruzándose de brazos—. No entiendo nada de arte, pero mira… este Ícaro me resulta familiar.

Valenti volvió a reír.

—¿Y por qué sería eso, *Signorina*?

—Tiene un *look* increíble, pero claramente no miró la previsión meteorológica. Es como una vecina mía que intentó ir de fiesta en verano con abrigo. Agotado, derritiéndose y arrepentido. El sol es solo la consecuencia de la estupidez.

Valenti parecía genuinamente divertido.

—Me gusta. La ironía de la tragedia vista desde la mala gestión del vestuario. Pero, públicamente, la idea es la ambición desmedida, el hombre que se acerca a los dioses. El precio de la *hybris*.

—¿Y qué es *hybris*?

—Un concepto griego antiguo que se refiere al orgullo excesivo, la arrogancia o la desmesura que lleva a alguien a desafiar a los dioses o el orden natural.

—Ah, ya entiendo. El primo rico que cree que las reglas no van con él —se encogió de hombros—. El resultado es el mismo. Solo cambia lo elegante del motivo.

Tuve que intervenir.

Mi mano se posó de forma posesiva en la cintura de Isadora.

—Alessandro. Qué sorpresa encontrarle tan bien acompañado.

Valenti se volvió hacia mí, pero su guardia ya estaba baja.

—Alessio D'Amico, ¿verdad? —preguntó, y su mirada descendió hasta mi brazo rodeando la cintura de Isadora, que se tensó al instante bajo mi toque—.

—Así es —respondí, extendiendo la mano—. Veo que ya ha conocido a mi prometida. La perdí de vista un segundo.

Sonrió.

—Su prometida es… fascinante. Tiene una perspectiva refrescante.

—Isadora —respondió ella rápido—. ¡Dios! Olvidé preguntarle su nombre.

—Alessandro. Alessandro Valenti. Encantado de conocerla, señorita Isadora.

Tomó su mano y depositó un beso correcto en el dorso.

No había nada sugerente ni peligroso en el gesto… y aun así, mantener la máscara de cortesía fue un desafío.

Quise arrancarle el contacto de inmediato.

—Isadora es la base de todo lo que estoy construyendo, Alessandro —dije, atrayéndola hacia mí.

Valenti captó el mensaje, pero no se inmutó.

Miró directamente a Isadora.

—Señorita Menezes, agradezco la compañía. El tedio se ha roto —dijo, con una leve inclinación—. Alessio, si no le importa, me gustaría hablar de arte moderno en un entorno más reservado. ¿Quizá en mi despacho mañana?

Tardé un segundo en procesarlo.

Dos años de cartas, correos e intermediarios… y Isadora, usando solo su personalidad, había conseguido lo que mi imperio no.

—Será un placer, Alessandro.

Isadora me miró, confusa por lo que estaba ocurriendo, pero mantuvo la compostura.

Valenti se alejó.

Me volví hacia ella, con la respiración superficial.

—No tienes idea de lo que acabas de hacer.

—Yo… —empezó, parpadeando, ruborizándose—. Lo siento, no pensé que…

La interrumpí, atrayéndola hacia mí y sellando nuestros labios.

Isadora se resistió apenas un instante antes de ceder y entreabrir la boca.

Fue un beso controlado. Pero aun así, saborearla era todo lo que necesitaba para celebrar aquella victoria.

—Nunca, nunca habla con nadie —expliqué cuando nos separamos, aunque nuestros rostros seguían peligrosamente cerca.

Le acaricié la mejilla.

No sabía si me permitía ese gesto por estar en público… o si aún no se había dado cuenta de que se inclinaba hacia mi caricia.

—Parecía solo. Yo también lo estaba. Es fácil hablar con quien está aislado —se encogió de hombros, como si fuera un truco de salón—. Solo fui amable. ¿No es para eso para lo que sirvo?

No. No lo era.

Lo sabía… pero no lo dije.

Había salvado mi imperio una vez más.

Y comprendí lo peligrosa que era.

No era solo una prometida comprada. Era una llave maestra.

En lugar de responder, apreté la mano en su cintura, esta vez sin control, por una posesión urgente, y volví a besarla.

50.

ISADORA MENEZES

Desperté con la boca seca y un sabor amargo que me subía desde el estómago.

Una náusea persistente y ácida, distinta de ese nerviosismo que me había acompañado desde que puse un pie en Italia. Me levanté de golpe y corrí al baño, vomitando lo poco que había cenado.

El espejo me devolvió una imagen pálida, con profundas ojeras. No era de extrañar.

Ya estábamos a finales de enero. Habían pasado tres semanas desde la firma de aquel Anexo que me transformó en la empleada contractual perfecta, y yo estaba exhausta.

Exhausta de fingir. De ser el accesorio impecable en el museo. De usar el italiano ensayado. Y, sobre todo, de convivir con el hombre que dormía —o trabajaba— a mi lado.

—¡Jesús, el estrés va a matarme! —refunfuñé a mi reflejo mientras me mojaba el rostro con agua helada, aunque casi podía oír a Jesús respondiéndome que no tenía nada que ver con aquello.

Habían sido mis decisiones. Y me tocaba lidiar con las consecuencias.

Apartada de las clases presenciales por orden de Alessio —por orden del jefe, como me empeñaba en recordarle—, mi rutina se había reducido a la Villa, tutores privados y alguna que otra aparición social esporádica y asfixiante.

La última, en el museo, había sido una montaña rusa.

Había conseguido reír, ser yo misma durante cinco minutos con Alessandro Valenti, y la recompensa fue la posesividad más intensa que Alessio había mostrado hasta entonces, sellada con aquellos dos besos públicos.

No eran besos de prometido. Eran besos de propietario. De depredador marcando territorio.

Y, maldita sea, incluso en esos besos yo sentía la chispa. Sentía la conexión que, por más que lo intentara, no lograba apagar.

Volví a la cama vacía, acurrucándome bajo las sábanas de seda. Alessio se había levantado horas antes. Echaba tanto de menos dormir entre sus brazos…

Pasaba la mitad de la noche despertándome solo para asegurarme de no acurrucarme contra él en la inconsciencia del sueño. Mi cuerpo era un traidor, y yo sabía que no podía confiar en él.

Cerré los ojos y exhalé con fuerza cuando la misma certeza que me golpeaba cada mañana desde Taormina volvió a alcanzarme, inevitable, aterradora e imposible de negar:

Estaba perdidamente enamorada de Alessio D'Amico.

No era el enamoramiento idealizado del primer mes. Era algo más profundo. Más peligroso.

Amaba la forma en que protegía su imperio, la inteligencia fría con la que articulaba el poder, e incluso la vulnerabilidad oculta que asomaba en sus ojos cuando creía que yo no lo miraba.

Amaba al hombre que, aun siendo mi carcelero, cuidaba de mi celda.

Amaba la atención sutil con la que se aseguraba de que el coche tuviera siempre la calefacción encendida antes de que yo subiera. Amaba que el chef preparara siempre aquel té de limón con jengibre que me gustaba cuando tenía tutorías de tres horas seguidas, sin que yo se lo pidiera jamás. Amaba que mi escritorio estuviera siempre abastecido con esa marca específica de bolígrafos japoneses que él me había prohibido comprar para ahorrar.

Pero lo peor… lo que realmente me destruía…

era amar su contacto.

Amaba el sabor de su beso, que empezaba frío y terminaba caliente, como si la pasión fuera una orden que no podía cumplir. Amaba la forma dominante con la que me tomaba, la urgencia brutal del sexo que desmontaba todas mis defensas.

Y, después, amaba aún más la manera en que me retenía de forma posesiva, el brazo firme alrededor de mi cintura, su cuerpo caliente protegiéndome, como si allí, en el silencio vulnerable de la oscuridad, yo fuera lo único valioso que realmente poseía.

Amaba el paradoja: el hombre que me daba la libertad de un futuro y, al mismo tiempo, me encerraba en una jaula de oro.

¿Cómo? ¿Cómo podía amar a alguien que me trataba como una cláusula, que había convertido nuestra relación en un contrato de riesgo y que acababa de confinarme usando mi seguridad como excusa para su control?

Me levanté, incapaz de quedarme quieta.

La Villa D'Amico era enorme, pero últimamente parecía encogerse a mi alrededor.

Necesitaba aire. Necesitaba algo que me ayudara a procesar el caos.

Como no podía salir a la calle, decidí bajar al único lugar que reflejaba mi confusión emocional: el laberinto de setos del jardín, una zona que Alessio utilizaba para correr y que yo solía evitar por lo aislada que era.

Vestida con ropa deportiva que él mismo había proporcionado, me deslicé hacia el jardín.

El laberinto era una ironía visual.

Por fuera, un muro verde perfectamente recortado. Por dentro, un enredo de caminos sin sentido donde era fácil perderse.

El lugar perfecto para Isadora Menezes.

Entré en el laberinto.

Caminé deprisa, sin rumbo. Cada callejón sin salida, cada giro inesperado, era un reflejo de mis pensamientos.

Estoy enamorada. Callejón sin salida.

Él me ve como una propiedad. Curva cerrada.

Mi futuro depende del contrato. Volver al inicio.

La náusea disminuyó un poco con el aire frío, pero la sensación de vértigo permanecía. El sol de la mañana apenas lograba filtrarse entre los muros altos de hojas.

Estaba en el centro del laberinto. Sola. Y más perdida que nunca.

Me senté en un pequeño banco de piedra, en el corazón del laberinto. Miré el cielo azul, un pequeño marco visible por encima de los setos.

Había soñado con el amor como un cuento de hadas.

El mío había llegado como un contrato de riesgo, firmado con la letra pequeña del control y la posesión.

¿Qué esperaba de él? ¿Más órdenes? ¿Más cláusulas?

Recordé la sonrisa de Alessio en el museo, justo después de que yo "desbloqueara" a Valenti.

No era orgullo. Era pura satisfacción posesiva.

Y luego, los besos.

Aquel no era un hombre enamorado. Era un hombre que había encontrado un arma poderosa y se aseguraba de mantenerla cargada y a su lado.

Cerré los ojos.

No podía. No podía amar a un hombre que me negaba la dignidad de la alianza, que solo me ofrecía el papel de reina de ajedrez en su juego de poder.

El estómago volvió a revolverse, esta vez con más fuerza.

Me levanté.

Tenía que dejar de ser tan estúpida.

Tenía una beca que proteger. Tenía Siena en el horizonte.

Alessio era el medio para un fin, y no podía permitir que mis sentimientos lo convirtieran en mi universo.

Tenía que volver al modo *contratada*. Comportarme como tal.

Pero al salir del laberinto no me sentí renovada. Solo más mareada.

Y, por primera vez, la duda de que aquella náusea pudiera ser algo más que emocional empezó a inquietarme.

La empujé al fondo de mi mente.

No podía estar enferma. No ahora.

Tenía un futuro que conquistar. Y una pasión destructiva que enterrar.

51.

ALESSIO D’AMICO

El inicio de febrero había traído consigo la promesa gélida de un invierno prolongado en la Toscana.

Estaba en mi despacho, una enorme pantalla LED proyectando gráficos de riesgo y análisis de mercado, pero mis ojos estaban clavados en otra mucho más pequeña, en una esquina.

Era el circuito cerrado de televisión que monitorizaba las zonas comunes de la Villa, y estaba fijado en un único punto: el Gran Invernadero.

Isadora estaba allí, sentada en una silla de hierro forjado, recogida entre parterres de rosas y orquídeas que solo florecían gracias al calor artificial.

El contraste era brutal: fuera, el frío paralizante; dentro, el calor húmedo y la vegetación exuberante.

Llevaba un jersey de cachemir, pero la forma en que se inclinaba sobre los libros de Historia del Arte de Siena, con el ceño fruncido por la concentración, me decía que el frío que la atravesaba no era térmico.

Desde que la había confinado en la Villa, había convertido el estudio en penitencia.

Dormía mal. Lo sabía, porque se removía en silencio en la cama, a mi lado, y ese sonido era ensordecedor para mí.

Usaba maquillaje con una destreza que nunca había tenido antes, pero las ojeras oscuras no escapaban a mi mirada entrenada.

Se estaba asfixiando en silencio.

Entre utilizarla para mis fines e impedir que Falconi la utilizara para los suyos, yo mismo la estaba ahogando.

Y eso siempre había estado previsto.

La suma exorbitante depositada en su cuenta bancaria, y la que seguiría pagándose durante todos los meses que durara el Anexo, contemplaba todo aquello.

Pero ningún pago ni estrategia había previsto la sensación de asfixia que yo mismo me infligía al ver a Isadora perderse de sí misma, día tras día.

Era frustrante. Torturante. Y empezaba a volverse insoportable también para mí.

La puerta de mi despacho se abrió y Luciana entró sin llamar, como era su costumbre. Despidió a Luca con un gesto autoritario.

—¿Qué observas con tanto interés, *nipote*? No parece el Portafolio de Telecomunicaciones —preguntó, con los ojos fijos en la pantalla donde aparecía Isadora. Sonrió, una sonrisa que detestaba—. ¿O es tu debilidad?

—Estoy verificando el control de un activo crucial, *nonna*.

—Y ese activo tiene nombre y apellido, y está floreciendo en ese invernadero como una rosa de invierno. Muy bien. El consejo está satisfecho con el éxito de la reunión con Valenti. Tu prometida es una aliada social poderosa, Alessio.

—Es mía, *nonna*. Nada más que eso.

—Por supuesto. Pero debes saber que Falconi no se dará por vencido. La fragilidad de la sucesión sigue bajo el microscopio. Tienes que blindar tu matrimonio. Y, lo que es más importante, blindarte a ti.

Se inclinó sobre la mesa.

—Tu padre llamó desde Londres. Cree que deberías ser más… flexible con sus activos. Quiere una parte del negocio de Valenti Technologies.

—Mi padre no es una preocupación. Ya me he encargado de la situación. Y no voy a ser flexible con nada que él toque.

—Es tu sangre. Y sabes, *nipote*, que la sangre…

—Es irrelevante si no es leal, *nonna*.

Luciana suspiró, pero la sonrisa no abandonó su rostro. Sabía que yo seguía teniendo el control, aunque la distracción fuera evidente.

—Ya he dicho lo que tenía que decir. No te pierdas en la obsesión, Alessio. Recuerda: el control es invisible.

Se marchó, dejándome con el peso de sus palabras.

El control es invisible.

Y, en ese momento, mi control era la jaula de cristal en la que Isadora estaba atrapada.

Apagué la pantalla del ordenador. Ya no podía trabajar.

La imagen de Isadora, luchando contra el destino que yo mismo le había impuesto, era más amenazadora que cualquier rival.

Me levanté y fui hacia el invernadero.

El aire caliente y el olor a tierra y fertilizante me golpearon de inmediato.

Me detuve frente a Isadora.

Estaba tan absorta que tardó en alzar la vista. Cuando lo hizo, su mirada estaba cansada, pero aún conservaba ese brillo de desafío que amaba y odiaba en la misma medida.

—Aquí hace demasiado calor. Deberías descansar —dije, con una voz más suave de lo que pretendía.

—La temperatura es perfecta para estudiar —respondió, sin moverse.

—Creo que necesitamos un descanso —añadí como si fuera una sugerencia, cuando en realidad era una necesidad.

Isadora respiró hondo y alzó una ceja con escepticismo.

—¿De qué?

—De todo.

—Si estás proponiendo otra escapada a Taormina, paso. A menos que sea una orden de mi jefe —dijo, con una provocación velada en la voz.

Me estaba poniendo a prueba.

Entrecerré los ojos, sintiendo la adrenalina del desafío.

—Propongo un descanso de todo. De todo este teatro.

—¿De ti también? —preguntó, con la ceja perfectamente arqueada.

Sonreí de medio lado.

—Me temo que no. De todo… menos de mí.

—Entonces no es ningún descanso del teatro —sentenció, y volvió a concentrarse en los libros, como si yo fuera apenas un espectro que le robaba la luz.

Me negué a ceder.

No podía.

Necesitaba sacarla de esa Villa, de ese papel, de ese personaje de mártir.

Necesitaba a la Isadora espontánea y sincera.

A *mi* Isadora.

—Isadora —la llamé de nuevo, y esta vez dejé que mi tono fuera lo más honesto posible.

Ella alzó la vista y nuestros ojos se enfrentaron en una batalla silenciosa entre el resentimiento y la atracción.

—Por favor —pedí.

El sonido de mi propia vulnerabilidad fue un shock.

Isadora se humedeció los labios.

—¿Sin fingir? —preguntó.

Había tanta vulnerabilidad y esperanza en esas dos palabras que me atravesaron como una cuchilla.

Asentí.

—Sin fingir. Solo tú y yo.

—De acuerdo.

El alivio me golpeó de lleno.

No sabía adónde la llevaría, pero sí sabía que, por primera vez en semanas, tenía una oportunidad de reconectar con la mujer que se había perdido bajo el peso de mis órdenes.

52.

ALESSIO D’AMICO

No la llevé a la costa. No la llevé a la ciudad. La llevé a la carretera.

El Ferrari negro cortaba el asfalto en silencio, subiendo las colinas sinuosas de los alrededores de Florencia. Elegí el 458 Spider con techo retráctil.

El cielo estaba cubierto, pero abrí el techo en cuanto salimos de la propiedad. El aire frío azotaba el interior del coche, pero necesitaba la sensación de velocidad, de movimiento, de algo que no fuera el aire sofocante e inmóvil de aquella Villa.

Isadora iba en el asiento del acompañante, vestida con vaqueros y un jersey. El silencio entre nosotros no era el silencio disciplinado del contrato, sino uno cargado de la hostilidad que ella se había permitido sentir.

Miraba el paisaje sin verlo realmente. El ceño liso, el rostro girado hacia la ventanilla, el cuerpo lo más alejado posible del mío.

Su “está bien” en el invernadero no había sido una rendición, sino una invitación:

Adelante. Intenta alcanzarme ahora.

—¿Adónde vamos? —preguntó, con la voz sin emoción, rompiendo el silencio solo por cumplir con la cortesía.

—A un lugar donde el GPS no funciona. Un sitio sin consejos, sin familia, y donde la única prioridad es que dejes de fingir que no existo.

—¿Y qué otra cosa haría? —replicó, con un tono cortante—. Si la condición del descanso es tenerte a ti, entonces tú eres el inconveniente que debe ser ignorado. ¿Cuál es el sentido de esto, Alessio?

Sonreí, pero no era una sonrisa de burla; era la aceptación de la batalla.

—El sentido es simple, *Signorina*. Te he echado de menos.

Su cuerpo se tensó.

Era la verdad más cruda que podía ofrecerle y, por primera vez desde que firmé aquel estúpido anexo, se giró para mirarme de verdad.

—Te estás burlando de mí. Estoy aquí, encerrada en tu casa, estudiando para el futuro que me compraste, ¿y dices que me has echado de menos? Me confinaste, Alessio. Me redujiste a un elemento de tu agenda.

—Reduje el riesgo. Hay una diferencia crucial. Y sí, te he echado de menos, Isadora. ¿Qué quieres que diga? Te he echado de menos a ti, no a la máscara que acordamos que usarías.

—¿Y cuál es tu plan ahora? —ironizó, negando con la cabeza—. ¿Comprobar si la muñeca todavía tiene batería?

Reduje la velocidad y tomé un camino secundario de tierra que llevaba a lo alto de una colina cubierta de cipreses. Detuve el coche. Apagué el motor.

El silencio era absoluto, salvo por el viento y la respiración agitada de Isadora.

—Mi plan es este —me giré completamente hacia ella—. Ver si, bajo esa armadura que te has puesto, aún existe la Isadora que habla sin parar cuando está nerviosa, que se enreda en sus propias palabras y que cambiaría cualquier comida por una hamburguesa.

Extendió la mano para abrir la puerta, pero la detuve, sujetándole la muñeca con firmeza. No fue fuerza. Fue necesidad.

—No huyas. No ahora que estás siendo real. ¿Qué es lo que te está matando, Isadora?

Apartó la mano, y yo no insistí. El gesto bastó para sentir el calor de su piel.

La chispa seguía ahí, bajo la superficie de la rabia.

—No quieres saberlo —dijo.

—Sí quiero.

—No. No quieres.

—¡Isadora!

Exhaló con fuerza y cerró los ojos. Cuando volvió a hablar, su tono era pura irritación desbordada.

—Me mata saber que no soy más que un contrato. Que quieres comprarme, Alessio. Y que seguirás haciéndolo siempre que tengas ocasión. Dices que me has echado de menos, pero es muy fácil para ti decir eso. ¿Has pensado alguna vez en cuánto echo yo de menos a mí misma?

Odié verla así, tan expuesta, tan desesperada, pero el aire que salió de mis pulmones fue de alivio.

El teatro había terminado, y la confesión era un disparo a ciegas.

—No te compré, Isadora. Te di una oportunidad que agarraste con los dientes. Y tú me diste algo que nunca tuve: la verdad. Y ahora que te estoy pidiendo la verdad, te escondes.

—¡Es muy fácil ser sincero cuando tu vida no depende de ello!

Abrió la puerta y salió. La seguí.

Subimos una pequeña pendiente hasta un mirador natural. La Toscana se extendía a nuestros pies: colinas verdes, viñedos dormidos y la cúpula de Florencia en el horizonte.

Se detuvo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Es bonito, lo admito —dijo en voz baja—. Tan inmenso como tu poder y tan inaccesible como tú.

Me acerqué por detrás, deteniéndome a una distancia en la que podía sentir el calor de mi cuerpo sin resultar amenazante.

—No soy inaccesible, *mia bella*. Solo… reservado.

Se giró de repente y la distancia desapareció. Sus ojos castaños ardían.

—La diferencia entre tú e Ícaro es que él solo se quemó una vez. Tú… sigues prendiéndonos fuego.

Sonreí de lado y alcé la mano para apartar un mechón de su cabello detrás de la oreja.

—Pensé que el hecho de que te gustara cómo nos prendo fuego era la única de tus verdades a la que aún me permitías acceder libremente.

Rodó los ojos y me dio un manotazo para apartar mi mano de su piel.

—No es de ese tipo de fuego del que hablo, y lo sabes. Tú… tú quieres controlarme, Alessio, pero dices que echas de menos mi versión incontrolable. Eso no tiene sentido.

Reí. Una risa baja, casi sin humor, de las que solo salen cuando la verdad duele más de lo que debería.

—Claro que lo tiene —respondí—. Me gusta controlar el mundo. Me gusta controlarlo todo. Excepto a ti.

Su expresión se cerró, pero lo vi. Un microvacío. Un destello de algo caliente que intentó sofocar de inmediato.

—Qué conveniente —replicó—. Cuando era espontánea, me entrenaste. Ahora que por fin aprendí a fingir, dices que echas de menos a la mujer tan inadecuada que necesitó un mes entero de clases para desaparecer. Sinceramente, Alessio, cómprate un muñeco de ventrílocuo. Será más honesto.

—No quiero un muñeco —murmuré, acercándome un paso—. Te quiero a ti.

Cruzó los brazos, como si pudiera impedir que su cuerpo me escuchara.

—Quieres a la Isadora útil. La que aporta. La que calla. La que sonríe. La que encaja. La que desaparece cuando no la necesitas.

Me acerqué lo suficiente para que el frío febril de su rabia encontrara el calor de mi piel.

—No —respondí en voz baja—. Si quisiera silencio, me habría casado con cualquiera de las mujeres que mi familia intentó ponerme delante en los últimos años.

Parpadeó. Un golpe certero.

Continué:

—Quiero el caos que traes a mi vida. Quiero la parte de ti que habla demasiado, que ríe demasiado alto, que irrita a todos en la sala y me hace querer reír contigo.

—Esa parte murió —cortó, fría—. La mataste con el anexo.

—No te creo —declaré—. Creo que está muy bien escondida bajo capas y capas de rabia. Una rabia que merezco, no lo discuto. Pero… ¿me dejas buscarla? —pedí, con una voz que jamás usaba con nadie —. ¿Me dejas ver si todavía está ahí?

Isadora respiró hondo, los ojos ardiendo.

—No soy un tesoro escondido en el fondo de una cueva, Alessio. Si querías la versión caótica, no deberías haberme enseñado a ser la versión conveniente.

—Nunca vas a ser conveniente —repliqué, inclinándome hasta sentir su aliento caliente de rabia—. Y eso es exactamente lo que me mata.

Abrió la boca para responder, seguramente con otra pulla, otra defensa, otra puñalada precisa.

Pero algo en ella tembló.

Y no era frío. No era rabia.

Era… rendición.

Mínima. Involuntaria. Peligrosa para ella. Desesperadamente necesaria para mí.

Mi mano subió despacio hasta su barbilla. No retrocedió. No porque me quisiera, sino porque estaba demasiado cansada para seguir luchando.

—Isadora… —empecé, y la palabra no fue una orden. Fue una súplica—. No he echado de menos tu utilidad. He echado de menos tu presencia.

—No me mientas —susurró, y por fin su voz se quebró—. No aguanto las mentiras viniendo de ti.

Me dolió el pecho. Literalmente.

—No te miento —respondí—. No soy capaz de hacerlo contigo.

Resopló, sin demasiada convicción.

—Te mientes a ti mismo, Alessio. Y eso siempre acaba cayéndome encima a mí.

—Y sigues aquí. Aunque sabes que voy a quemarnos. ¿Por qué no te marchas, Isadora? El contrato ya te dio el dinero para cuidarte a ti y a tu familia. Y la universidad en Siena puede ser un incentivo, pero te conozco, *tesoro*. Eso jamás te retendría. Nada te retendría. Entonces… ¿por qué sigues aquí?

La pregunta fue cruel.

La quería desesperadamente fuera de mi órbita de riesgo… pero también quería la prueba de que no me dejaría.

Dio un paso adelante, casi pegando su cuerpo al mío.

—Porque nunca pude querer nada tan grande como Siena, Alessio, pero ahora, gracias a ti, sí quiero —dijo—. Y más que eso. Odio fingir y odio cómo fingir me hace sentir pequeña, pero también me hace sentir grande. Puedo estudiar. Puedo tener la oportunidad de crecer y no volver a someterme nunca más a algo así —desvió la mirada, y una sonrisa triste se dibujó en sus labios—. O, al menos, eso es lo que me repito. Es la verdad que me gustaría que fuera real.

Silencio.

Lo rompí yo.

—Entonces, ¿cuál es la verdad real, Isadora?

Otra risa triste.

—Que el único motivo por el que sigo aquí es que soy lo bastante idiota como para gustar de mi carcelero. Para preocuparme por él. Para no querer que sufra por mis decisiones.

El aire desapareció de mis pulmones.

Su afecto estaba ahí, disfrazado de insulto, de acusación.

Y no podía besarla. No ahora.

Había prometido *sin fingir*, y un beso en ese momento sería fingir que el deseo lo era todo.

En lugar de eso, bajé la mano despacio y la posé en el lateral de su cuello. Mi pulgar recorrió la línea de su mandíbula.

El contacto era increíblemente suave, pero tenía toda la fuerza de mi necesidad.

Era una comprobación: *estás aquí. Eres real*.

Cerró los ojos al sentirme, y ese gesto fue mi prueba de vida.

El único movimiento derribó la muralla de semanas.

Sentí su pulso bajo mi piel, acelerado.

Ya no era la prometida D'Amico. Era solo Isadora. Enfadada. Herida. Real.

Me incliné y lo que salió de mí no fueron palabras delicadas, sino posesión pura, reconocimiento.

—No tienes la opción de gustar de mí, Isadora —susurré, apoyando la frente en la suya—. Tienes la obligación de ser mía.

No la besé. La abracé.

Mis brazos rodearon su cintura con urgencia, atrayéndola hacia mi cuerpo frío, enterrando el rostro en su cabello.

Era un abrazo de supervivencia. Un contacto que decía: *no te vayas*. *Necesito tu rabia. Tu verdad*.

Ella me devolvió el abrazo, no con ternura, sino con la misma urgencia desesperada.

Era el agarre de dos personas que se ahogan, y el único consuelo era saber que el otro estaba ahí.

Sentimientos no confesados comunicándose a través del contacto.

Tenía mi prueba de vida.

No estaba destruida. Solo era más peligrosa. Y más mía.

—Sigo enfadada contigo —murmuró, casi inaudible.

Sonreí contra su cabello.

—Perfecto. La rabia siempre ha sido mi parte favorita del caos.

Rió. De verdad.

Por primera vez desde Taormina.

No la había perdido. Aún no.

—No voy a hacer promesas que no pueda o no pretenda cumplir, Isadora —dije, apartándome lo justo para alinear nuestros rostros—, pero… por favor. Por favor… ¿te quedas conmigo hoy?

Respiró hondo.

Vi cómo la muralla que sostenía con uñas y dientes temblaba. No cayó, pero tembló.

Entonces inclinó la cabeza apenas un poco, lo justo para que su frente volviera a tocar la mía.

—Solo hoy —murmuró.

Pero lo que realmente dijo fue: *no sé cómo decirte que no cuando hablas así*.

No sonreí. No celebré.

Solo la abracé, la mano firme en su cintura, como si temiera que el viento se la llevara.

—Vamos —susurré.

Tomé su mano.

Isadora me dejó.

No como en el contrato. No como en el teatro. No como en el anexo.

Me dejó como quien está demasiado cansada para seguir protegiéndose de mí.

Y yo era un hijo de puta por gustar tanto de eso… pero me encantó.

El camino de tierra al que nos desviamos llevaba a un claro elevado, con un único y enorme roble en el centro.

Había usado ese lugar una vez, años atrás, para huir de mi familia.

Nunca había traído a nadie.

Hasta hoy.

Me quité el abrigo y lo lancé sobre la hierba, improvisando un apoyo.

Isadora miró a su alrededor, desconfiada.

—Esto parece el inicio de un secuestro —provocó, alzando una ceja.

Solté una risa seca.

—Llevas meses siendo mi rehén.

Resopló, pero su boca se curvó, apenas, pero lo hizo.

Me senté sobre el abrigo, apoyando la espalda en el tronco del roble.

No di órdenes. No la llamé. No la tiré de mí.

Simplemente dejé espacio.

Isadora permaneció de pie unos segundos, con los brazos cruzados, fingiendo que seguía demasiado enfadada para acercarse.

Pero el viento era frío, y yo no era idiota.

Vi el momento en que sus hombros se relajaron y comprendió que, por primera vez desde Taormina, yo no estaba interpretando ningún papel.

Cuando finalmente se sentó, no a mi lado, pero lo bastante cerca como para que nuestras piernas casi se tocaran, solté un suspiro que llevaba semanas conteniendo y la atraje entre mis piernas, encajando su costado contra mi cuerpo, incapaz de seguir tolerando cualquier distancia entre nosotros.

—Sabes que esto es ridículo, ¿verdad? —dijo, estirando las mangas del jersey para cubrirse las manos—. Me traes a la Toscana salvaje para… ¿qué? ¿Pasar frío?

—No —respondí en voz baja—. Para respirar.

Giró el rostro despacio hacia mí. Sin rabia. Sin frialdad.

Solo… cansancio. Y demasiada esperanza detrás de sus ojos castaños.

Odié pensar en lo que haría con esa esperanza cuando aquel día terminara.

Decidí no pensarlo.

—Ya no sé cómo respirar cerca de ti, Alessio.

Alcé la mano despacio y toqué el dorso de la suya. Solo eso. Un contacto mínimo.

Isadora se quedó rígida un segundo y luego giró la palma hacia arriba, ofreciéndome la mano.

Entrelacé nuestros dedos.

Nos quedamos así: mano contra mano, piel contra piel, respiración sincronizada sin esfuerzo.

—Aún no lo entiendes, Isadora —dije, mirando al horizonte—. Pero eres tú quien me hace respirar.

Soltó una risa corta.

—Eso es demasiado cursi para un CEO.

—No está hablando el CEO.

Silencio.

Esta vez, un silencio bueno.

Se relajó sobre la hierba, con las piernas dobladas y la cabeza ligeramente apoyada en mi hombro. Besé su cuello. El viento desordenó un mechón de su cabello y, sin pensarlo, llevé la mano hasta allí, colocándolo detrás de su oreja.

El contacto fue suave, lento, íntimo de una manera que ni el sexo más intenso que habíamos tenido había conseguido ser. Isadora cerró los ojos, acurrucándose de forma involuntaria aún más contra mí.

Mi corazón casi perdió el ritmo.

—Echo de menos esto —confesó, sin abrir los ojos—. No el control, no el peso. Solo… esto. Que me toques como si yo fuera… alguien.

—Eres alguien —respondí—. Eres demasiado alguien.

Otra risa. Más suave esta vez.

Abrió los ojos y me miró como si estuviera viendo a un hombre que nunca había conocido, o que había olvidado que existía.

—¿Sabes qué es lo peor? —preguntó en voz baja—. Es demasiado fácil olvidar cuánto me hieres cuando estamos así. Por eso no puedo dejar que te acerques tanto a mí, Alessio. Ya no.

Le sostuve la barbilla y la obligué a mirarme.

—No quiero que olvides, Isadora. Quiero que me veas entero. Quiero que sepas exactamente quién es el hombre que te está pidiendo esto. Ya dije que no haré promesas que no pueda —o no pretenda— cumplir, y Dios sabe que probablemente aún te usaré mucho más de lo que jamás debería haber pensado, pero… eso no es todo lo que tengo para ofrecerte. Deja de apartarme, déjame compensarte, equilibrar la balanza.

—¿Pedirte eso… qué? —susurró.

Mi pulgar recorrió la curva de su mandíbula. Ella tembló.

—Esto —murmuré, acercando nuestros rostros hasta que su respiración rozó mi boca.

Pero no la besé. Aún no. En su lugar, apoyé la frente en la suya, nuestras manos aún entrelazadas, nuestros cuerpos presionados el uno contra el otro.

Colocó la otra mano en mi pecho, justo en el centro, como si necesitara confirmar que yo era real, que ya no era otro papel escrito por mi poder.

Y, durante un instante perfecto, los dos dejamos de luchar. Solo existía esto. Este contacto. Este calor. Esta pausa en medio de la guerra.

—No puedo darte eso —sentenció, sin apartarse—. Pero por hoy, haré algo que no debería —dijo en voz muy baja—. Solo un poco de verdad. Tuya. Mía. Nuestra. Aunque dure solo hoy.

La atraje aún más hacia mí, inclinando su cuerpo hasta que apoyó la mitad de su peso en mi pecho. No se resistió. Ni un poco.

Mi brazo rodeó su cuerpo, sujetando, protegiendo, permitiendo. Un tipo de contacto que no existe en los contratos.

—Entonces quedémonos así —dije contra su cabello—. Solo hoy. Verdad. Solo nosotros dos.

Soltó el aire despacio, como quien por fin, por fin, dejaba escapar algo.

—Solo hoy —repitió.

En lo alto de la colina, con toda la Toscana a nuestros pies y toda la guerra sobre nosotros…

…Isadora se inclinó un poco más, el rostro apoyado en mi hombro, y mi mano se deslizó hasta su nuca en un gesto que no era de control, sino de pertenencia.

No protestó cuando nuestros labios se encontraron.

53.

ISADORA MENEZES

Algo había cambiado. Y, al mismo tiempo, nada había cambiado.

Alessio y yo habíamos vuelto a la danza cautelosa del contrato, pero la diferencia era que su máscara se había resquebrajado y él me había visto entera. Eso era peligroso.

Me trataba con una extraña mezcla de reserva profesional y contacto íntimo. Seguíamos durmiendo juntos y aún me retenía de forma posesiva después del sexo, pero ahora sabía que no era solo control; era necesidad. Y saber que él también estaba a la deriva volvía mi propio apego todavía más destructivo.

Lograba mantener la distancia emocional, pero mi cuerpo estaba traicionando todos mis esfuerzos.

Las náuseas matutinas habían regresado, no como la acidez del estrés, sino como un malestar tenaz y constante. Percibía olores que antes no notaba; el rechazo al café me golpeó como un puñetazo, y el cansancio era tan profundo que parecía anidar en los huesos.

Es el estrés. Es la rabia. Es el frío italiano. Repetía las excusas como un mantra.

Lo que me aterraba era la conciencia implacable. No sabía decir si iba con retraso con el caos aún en reorganización que era mi ciclo, pero aun así eran demasiadas coincidencias para ignorarlas.

Pero no era posible. ¡No podía ser!

Tomaba el anticonceptivo religiosamente. Religiosamente. No había saltado ni un solo día, nunca había fallado la hora, nunca había dejado de comprobar.

La píldora era mi única garantía contra las consecuencias de hundirme con el hombre equivocado. Era imposible.

Estadísticamente improbable. El universo no podía ser tan cruel.

Aun así, la duda se había instalado como una grieta en el hielo, y cada mañana en que el estómago se revolvía, la grieta se hacía más profunda. Ya no podía soportar la incertidumbre.

La ignorancia era un lujo que amenazaba con engullir todo mi futuro.

Encontré a Alessio en su despacho. Era el final de la mañana y estaba terminando una llamada en italiano rápido. De pie, imponente tras el escritorio oscuro, era la personificación de mi carcelero.

—Necesito ir a la ciudad —declaré, sin rodeos.

Colgó la llamada, sus ojos azules se entrecerraron y la expresión volvió de inmediato a esa reserva fría que tanto me irritaba.

—¿Para qué? El tutor viene esta tarde.

—Necesito materiales para el curso. No sirve enviar a Luca; necesito elegir el pergamino y la tinta para la clase práctica de caligrafía.

La mentira era débil, pero lo bastante plausible para la "prometida culturalmente activa".

—Envía al conductor. Él hará la compra.

—No —mi voz fue firme—. Necesito ir, Alessio. Y no es solo por las compras.

Apoyó las manos en la mesa, inclinándose, un gesto posesivo.

—Eso suena a desafío, Isadora.

Sabía que no podía apelar a la rabia. Tuve que usar la vulnerabilidad que él me había permitido mostrar en la colina. Di un paso adelante, exponiendo una herida casi real.

—Dijiste que querías compensarme. Que no querías solo usarme. Me diste un descanso de fingir; ahora dame un descanso de la jaula.

Necesito un poco de normalidad, Alessio. Necesito caminar por la calle, ver gente. Si me dejas marchitar aquí, no seré útil para ti.

La última frase dio en el blanco. Detestaba la mención de la utilidad, pero funcionaba como un código.

Me estudió durante un largo minuto, y vi la batalla en sus ojos: el control contra la petición sincera que él mismo había provocado.

—Tendrás un conductor y dos escoltas. Se mantendrán a distancia, pero estarán allí. Cualquier movimiento imprudente y volverás a la Villa de inmediato. ¿Entendido?

Asentí, forzando la compostura.

—Entendido, jefe.

La palabra no tuvo la ironía de antes; fue simple aceptación. Parpadeó, visiblemente insatisfecho con mi obediencia, pero no se retractó.

Media hora después, estaba en Florencia.

El lujo de ir escoltada por un conductor privado deteniendo el tráfico era irritante. Bajé en una plaza concurrida, con mis guardaespaldas discretamente colocados en las esquinas. Tenía unas horas.

Mi misión era clara: parecer una turista aburrida, despistar la vigilancia y, sobre todo, no entrar en pánico.

Empecé por una tienda de arte, comprando los pergaminos y las tintas que había mencionado a Alessio, asegurándome de que el conductor lo viera. Después entré en una boutique de ropa cara, perdiéndome entre sedas y etiquetas.

El corazón me martilleaba en el pecho. Necesitaba una farmacia que no fuera la elegante donde los D’Amico compraban vitaminas.

Caminé tres manzanas más, hasta una calle lateral más residencial, donde encontré una pequeña farmacia de barrio. Era perfecta. Menos probable que los escoltas la conocieran.

Los vi parados en la esquina, observando el movimiento. Respiré hondo y entré.

El olor a alcohol y medicamentos me golpeó. Fui directa al mostrador. Mi italiano, que él me había obligado a perfeccionar, sería útil ahora.

—Por favor, un test de embarazo —murmuré, manteniendo el tono lo más casual posible—. Y un pintalabios rojo nuevo. El mío se ha acabado.

La dependienta apenas parpadeó. Tomó la caja del test y el pintalabios. Pagué en efectivo, evitando la tarjeta para no dejar rastro digital. Envolví la pequeña caja en la bolsa de la boutique junto con el pintalabios y una botella de agua que cogí para disimular.

Misión cumplida.

Pasé una hora más paseando por la ciudad, fingiendo mirar escaparates y enviando el mensaje de que mi "descanso de la jaula" no era más que eso. Cuando regresé a la Villa, estaba exhausta, pero la ansiedad era un motor eléctrico en mi cuerpo.

Me encerré en el baño del dormitorio que compartía con Alessio, incapaz de esperar un segundo más para arrancarme ese miedo del pecho.

La caja era pequeña, pero lo que contenía era más grande que toda la Villa D'Amico.

Es imposible.

Me lavé el rostro, intentando ignorar la palidez del espejo. Leí las instrucciones en italiano e hice lo que debía. Lo único que quedaba era esperar.

Me senté en el borde de la bañera de mármol, mirando el pequeño trozo de plástico sobre la encimera. Tres minutos. El tiempo se arrastró. Cada segundo era un martillo en mi pecho. Oía el silencio de la Villa; el único sonido era el latido en mis oídos.

El resultado empezó a aparecer.

Una línea.

Suspiré y la tensión comenzó a derretirse. *Es el estrés. Es el frío.* Lo sabía.

Y entonces, lentamente, tímidamente, apareció la segunda línea. Débil, pero innegable.

Dos líneas.

El aire desapareció de mis pulmones y tuve que aferrarme al borde de la bañera para no caer. Mi cuerpo tembló y el sudor frío recorrió mi nuca.

No era estrés. No era frío.

Era una nueva vida.

Una vida que me ataba a Alessio D'Amico no por un contrato, sino por algo que ni todo el dinero del mundo podría deshacer.

Mi futuro en Siena, mis estudios, mi libertad… todo se derrumbó en un instante.

Estaba embarazada.

Y el hijo era de mi jefe. De mi carcelero. Del hombre que solo quería usarme como un comodín en su juego de poder.

Reí. Un sonido histérico, silencioso y doloroso que resonó solo dentro de mi cabeza.

El contrato acababa de volverse irrevocable.

54.

ALESSIO D’AMICO

La había sacado de la Villa. La había obligado a respirar aire fresco. La había obligado a ser real.

Y el resultado fue una tragedia silenciosa.

Habían pasado nueve días desde aquella tarde bajo el roble. Nueve días desde el abrazo desesperado, desde su risa breve y auténtica. Nueve días desde la sensación de su cuerpo relajándose contra el mío, entregado, por un instante, al agotamiento de luchar.

Aquel momento no fue una victoria; fue el precio de su valentía al ser honesta. Y ahora me lo estaba cobrando con la única moneda que yo no podía pagar: la indiferencia absoluta.

Creí que habíamos avanzado.

Durante los primeros días, la Isadora que volvió de aquella escapada estaba un poco más abierta, un poco más receptiva a mí. Y cuando vino a pedirme ir a Florencia a comprar sus propios materiales, cuando me exigió la compensación que le había prometido, llegué a creer que por fin encontraríamos un camino de honestidad en medio de la farsa que estábamos viviendo.

Pero, en un parpadeo, todo se evaporó.

Y la Isadora que quedó era peor que la entrenada. Peor que la fría. Y mil veces peor que la “malcriada”.

La entrenada, de vez en cuando, me dejaba vislumbrar lo que había bajo la máscara, aunque fuera solo con una acidez irónica impregnada en la palabra *jefe*.

La fría me mostraba que su frialdad no era más que un escudo que guardaba en su interior todo el calor que en realidad quería derramar en el mundo. Que quería darme a mí.

La malcriada luchaba. Pataleteaba. Se negaba a doblegarse a mi voluntad.

Pero esta nueva Isadora… era un fantasma.

Era impecablemente puntual para las comidas, pero no pronunciaba una palabra a menos que fuera para responder a una pregunta directa con la cortesía de un robot. Estudiaba, dormía, cumplía el papel de *Signorina D'Amico* con una perfección clínica que drenaba toda la vida de la Villa.

En la cama, ya no se entregaba. Dolor de cabeza, cansancio, indisposición… Las excusas eran muchas.

Y yo sentía que, sencillamente, ya no me deseaba.

Y ese era el peor tormento.

Antes había deseo, la tensión de un juego de poder que terminaba en fuego. Ahora era mecánico.

Negaba el contacto o permitía caricias y correspondía a los besos con una frialdad profesional que me dejaba furioso y vacío.

Estaba allí, bajo mí, pero su mente se encontraba a miles de kilómetros de distancia.

Volvía a perder el sueño, pero no por las reuniones ni por los gráficos de riesgo. No conseguía trabajar.

Mi mente era un circuito cerrado que repetía la misma pregunta una y otra vez:

¿Qué demonios ocurrió? ¿Qué fue lo que me la arrancó?

Pasé la mañana encerrado en el despacho, fingiendo leer informes mientras observaba la pantalla de vigilancia, esperando ver un descuido, una lágrima, cualquier señal de que la mujer que había sostenido bajo el roble seguía viva.

Nada.

Estaba en el salón de música, jugueteando con las teclas de un piano que no sabía tocar.

Las horas se arrastraron y, por la noche, decidí intentar un enfoque distinto.

La cena fue servida en mi despacho para evitar la formalidad del comedor.

—El conductor me dijo que fuiste al centro el otro día —empecé, sirviéndome yo mismo el vino. Había despedido al personal—. ¿Encontraste lo que necesitabas?

—Sí, jefe. Se adquirieron todos los materiales para el curso de caligrafía. La tienda también sugirió un nuevo libro sobre los frescos del *Quattrocento*. Pedí que lo entregaran.

Su tono era neutro. El uso de *jefe* fue un golpe preciso: un recordatorio gélido de nuestro estatus.

—No me llames jefe durante la cena. No estamos en una reunión.

Parpadeó y ladeó ligeramente la cabeza, como si evaluara un objeto.

—Disculpa. Creí que siempre estábamos en reunión.

El vino descendió quemando. Intenté la sinceridad.

—¿Qué viste en la ciudad, Isadora? ¿Qué te hizo retroceder tanto?

Ya había interrogado al conductor y a los escoltas, pero ninguno supo decirme nada útil. Isadora había paseado, ido a la tienda de materiales, a algunas de ropa y a una farmacia.

Nada que justificara su cambio de comportamiento.

¿Había encontrado a alguien? ¿Había visto a Leonardo?

Pero ¿qué podría haberle dicho él para alejarla tanto de mí?

Dejó el tenedor y me miró.

Por primera vez en días, había algo en sus ojos. Pero no era calor.

Era miedo.

Y su miedo me recorrió la espalda como un escalofrío.

—Nada. No vi nada. Pero te advertí que lo que ocurriera en la colina se quedaría allí. Puede que fueras sincero, pero yo aún sé cuál es el precio de tu sinceridad.

—¿Y cuál es el precio? —exigí.

—El precio es que, incluso después de admitir que soy tu caos, tu mano sigue cerrándose en mi nuca para mantenerme bajo control. El precio es que, pase lo que pase entre nosotros, la obligación de ser tuya pesa más que el derecho de ser mía. Entendí el mensaje. Y estoy cumpliendo mi parte.

Sentí como si me hubieran golpeado en el estómago.

Era la verdad, entregada con la frialdad de un bisturí.

No podía negar que, en aquel abrazo, yo estaba más sujetando que consolando.

—No es cierto —mentí, levantándome—. Te pedí que te quedaras, te pedí que me dejaras buscar tu verdad.

—Te dejé. Y la verdad es que cuanto más real sea, más querrás mantenerme en la jaula. Me estoy protegiendo, Alessio. Y cumpliendo el anexo a la perfección. Estoy siendo la prometida útil que encaja. Y, en cuatro meses y medio, todo esto habrá terminado.

Se levantó y pasó a mi lado, su perfume suave golpeándome.

No pude resistirlo.

Mi mano atrapó su muñeca y la giré hacia mí.

—No puedes huir de mí. No cuando siento que te alejas.

—No estoy huyendo —dijo, sin alzar la voz—. Solo estoy en mi lugar.

La atraje hacia mí, casi pegando nuestros cuerpos.

Mis ojos descendieron a su boca y el deseo me golpeó como un maremoto, mezclado con la rabia desesperada de no poder tocarla de verdad.

—Estás tensa —susurré, rozando mi frente con la suya, imitando el gesto de la colina—. ¿Qué te pone tensa? ¿La familia? ¿El curso?

—Tú —respondió, con una voz peligrosamente baja.

Eso era un avance. Pero no era lo que yo quería.

—Perfecto. Entonces úsame. Usa mi rabia, usa mi deseo, pero no me trates como un mueble. Sé que me odias, pero prefiero tu furia a tu frialdad.

No se resistió. No correspondió. Pero tampoco se apartó.

Su respiración estaba acelerada, pero la mirada distante.

Solté su muñeca, frustrado, sintiendo la derrota.

—No te odio, Alessio —dijo, y esta vez su voz tenía un matiz extraño, casi de súplica, aunque controlado—. Simplemente… ya no sé qué hacer contigo.

Se apartó y salió del despacho.

No la seguí.

Me senté en la silla, el corazón golpeando pesado y fuera de ritmo.

La Isadora que me llamaba *jefe* con sarcasmo estaba ahí para mí. La Isadora que luchaba contra mi contacto estaba ahí para mí.

Esta nueva Isadora, que aceptaba todo sin emoción, que se había vuelto inaccesible, era el único activo que no conseguía controlar.

Y, por primera vez en mi vida, saboreé el gusto amargo del pánico.

La había protegido de Falconi. La había protegido del consejo.

Pero no la había protegido de mí.

Y ahora se estaba protegiendo de mí.

La ausencia de su caos era más destructiva que cualquier amenaza externa.

Había ganado la batalla de la utilidad… y perdido la guerra de la posesión.

Miré la pantalla de vigilancia en la esquina, ahora en negro, y la apagué.

No servía de nada mirar.

La prueba de vida que necesitaba estaba en su contacto, en la chispa. Y la chispa había desaparecido.

Tenía que descubrir qué había hecho en la ciudad.

Algo estaba oculto.

Y tendría que aplastarlo antes de que me aplastara a mí.

55.

ISADORA MENEZES

Escondí la caja del test de embarazo en el fondo del cajón de los calcetines, envuelta en un pañuelo de seda.

Un objeto pequeño, pero con el poder de hacer estallar todo el universo que Alessio D'Amico había construido a mi alrededor.

Desde que aparecieron las dos líneas, la frialdad que yo usaba como escudo contra él se había transformado en una armadura de hielo. Ya no me estaba protegiendo de su rabia; me estaba protegiendo de mi propia realidad. Estaba protegiendo a un hijo que aún me costaba creer que llevaba dentro.

Estaba embarazada. Y el hombre que me había ofrecido Siena como una salida era ahora el ancla que me ataría a su lado para siempre.

Él lo notó. Por supuesto que lo notó.

El CEO percibía absolutamente todo, y su frustración era tangible: una oleada de energía oscura que emanaba de él con cada contacto rechazado, con cada palabra excesivamente profesional.

Me enfrentó, pero conseguí mantenerlo a distancia con una verdad a medias:

«Me quieres bajo control, y ahora estoy en mi lugar».

Pero mi lugar ya no era su cama. Mi lugar era un precipicio.

A solas, agradecía a los cielos la reunión urgente que obligó a Alessio a viajar a Milán. Intentó convencerme de que fuera con él, pero me negué, diciendo que no me encontraba bien. No era del todo mentira.

Agradecía la distancia necesaria y, al mismo tiempo, me sentía asfixiada por ella.

La Villa parecía demasiado silenciosa, demasiado vacía. La soledad era aplastante. Sentía una necesidad primitiva de consuelo, de certeza, de volver a la época en la que mis problemas se resolvían con un abrazo y una taza de té.

Cogí el móvil y llamé a casa. Era de madrugada en Italia, pero en Brasil aún eran las diez de la noche.

Marilene respondió al segundo tono, con la voz ronca por el sueño.

—¿Hola, hija? ¿Ha pasado algo?

—No, mamá, perdón por despertarte. Solo quería oír tu voz.

—Mi niña. Todo está bien, cariño. Rafa está aquí, durmiendo en el sofá. Tuvimos que llevarlo hoy al dentista, pero todo salió bien. ¿Y tú? ¿El trabajo es muy pesado?

Oí el murmullo familiar de la casa de Itapeva, el sonido tenue de la televisión encendida, ese olor nostálgico que parecía viajar por la línea telefónica. Mis defensas amenazaron con venirse abajo.

—Es… intenso. Muchas clases. Mucha preparación.

—Estás estudiando demasiado, Isadora. Tu voz suena cansada. No le mientas a tu madre.

Doña Marilene era incapaz de ser engañada. Podía no saber qué hacía yo en Italia, pero conocía mi corazón.

—Te echo de menos, mamá. Y estoy un poco sobrepasada.

—¿Y él? ¿Tu jefe te está dando mucho trabajo?

—Él… él está siendo lo que siempre ha sido. El jefe.

Hubo un silencio pesado al otro lado de la línea. Sabía que estaba repasando mentalmente todos los sacrificios que había hecho.

Las consultas médicas que había aplazado durante años, el tratamiento que el dinero de Alessio por fin había pagado, y la certeza de que Rafa tendría una educación decente.

—Sabes, cariño —usó ese tono dulce que empleaba desde que yo era pequeña—, si se te hace demasiado pesado, puedes volver. Yo estoy bien ahora. Rafa está bien. Nos las arreglaremos, como siempre hemos hecho.

La oferta era real. Era mi tabla de salvación. El regreso a la seguridad, al amor incondicional donde yo no era una cláusula.

El problema era que no quería volver.

No era la seguridad de mi madre lo que mi corazón confuso anhelaba desesperadamente.

La imagen de mi pequeña casa en Itapeva siempre me había parecido un lugar estrecho, donde mis sueños tendrían que plegarse y guardarse en un cajón. Y, más importante aún, el calor sofocante del invernadero, la vista de la Toscana desde el coche de Alessio, el peso de su brazo posesivo rodeando mi cintura en mitad de la noche… todo eso era ahora mi realidad.

Y no podía llevármela de vuelta a Itapeva.

—No, mamá. No voy a volver. El tratamiento de tu… el tratamiento tiene que continuar hasta el final, y yo tengo que terminar mi curso en Siena. Me quedaré.

—Isadora…

—Te prometo que llamaré más a menudo y que descansaré. Te quiero. Dale un beso a Rafa de mi parte.

Colgué antes de que las lágrimas aparecieran y traicionaran la verdad que estaba guardando en el pañuelo de seda.

Me senté en la cama de sábanas caras. El miedo seguía ahí, pero algo se había asentado dentro de mí. Ya no era la chica que volvía corriendo a casa. Alessio me había dado alas, aunque las hubiera quemado en el proceso.

Ya no luchaba contra la Villa; luchaba por un futuro para mi hijo.

No podía permitir que ese niño fuera solo el "blindaje" definitivo del imperio D'Amico. Un heredero. No podía aceptar que Alessio

viera esto como el golpe maestro del destino, la garantía de que yo jamás me iría de su lado.

¿Qué quería yo?

Quería que recibiera la noticia no con reticencia, no con frialdad calculadora sobre la sucesión, sino con la alegría no planificada que siente un hombre de verdad.

Quería que sonriera, con el ceño fruncido por la confusión, y dijera: «¿Qué vamos a hacer con esto?»

Quería la complicidad del caos que habíamos compartido.

Y él no era capaz de eso.

No estaba preparada para ser madre. Pero la certeza de que mi hijo llevaría el apellido D'Amico, la sangre D'Amico, me dio una fuerza silenciosa.

Haría lo que fuera necesario para que ese niño no naciera en medio de un contrato.

56.

ALESSIO D’AMICO

Milán era un infierno de inercia.

Yo estaba allí para cerrar un negocio de miles de millones, para asegurar la posición de D’Amico en el nuevo mercado energético, pero mi mente seguía atrapada en las colinas de la Toscana, dentro de un invernadero de cristal.

No conseguía concentrarme. Mi nuevo socio hablaba de márgenes de beneficio, y yo solo veía la frialdad en la mirada de Isadora.

La imagen de ella aceptando mi contacto sin emoción, aquella obediencia robótica, era una tortura que ninguna reunión podía justificar. Le había dicho que la echaba de menos. Me había expuesto. Y ella respondió levantando un muro de hielo aún mayor.

A las dos de la madrugada apagué el teléfono en mitad de una conferencia con Hong Kong, me puse el abrigo y ordené al piloto que me llevara de vuelta a Florencia. No era un viaje. Era una huida.

No podía soportar una hora más lejos de ella, sabiendo que su cuerpo dormía en mi cama mientras su mente estaba tan lejos como si Isadora estuviera en Brasil.

Llegué a la Villa alrededor de las cuatro de la mañana. El silencio era profundo, solo roto por la luz intermitente del monitor de seguridad en el vestíbulo. Despedí al conductor y subí las escaleras movido por una urgencia irracional.

Abrí la puerta del dormitorio despacio.

Isadora estaba allí, dormida, hundida en el centro de nuestra cama king size. No estaba en el borde, dejándome espacio. Estaba extendida, el cabello castaño desordenado sobre la almohada de seda, la respiración suave. Una pierna flexionada bajo el edredón y un brazo extendido, como si me esperara… o buscara algo.

Me quedé en el umbral durante largo rato, observándola. Era la única hora en que la veía desprotegida. Vulnerable. Real.

Se movió, acomodó el mentón en el hombro y abrió los ojos. No hubo sobresalto ni grito. Solo el despertar. Sus ojos castaños se encontraron con los míos en la oscuridad y el mundo entero se redujo al espacio entre nosotros.

No dije nada. No había palabras para el torbellino que me consumía. Solo la necesidad física de anular la distancia que ella había impuesto.

Avancé hacia la cama y la luz de la luna que entraba por la ventana hizo que mi sombra cayera sobre ella. No pedí permiso. La besé.

Mi cuerpo cayó sobre el suyo y mi boca encontró la suya con la fuerza de meses de privación. No fue un beso de consuelo ni de romance. Fue de posesión, de desesperación, de *eres mía y lo vas a sentir*.

Para mi sorpresa —y un alivio sofocante—, no dudó. Al contrario. Isadora se aferró a mí con una ferocidad que no veía desde Taormina.

Sus brazos rodearon mi cuello, tirando de mí hacia más cerca, y su respuesta fue inmediata y desesperada. Había un hambre que no fingía, una urgencia que traicionaba el hielo.

El beso era caos. Puro e indomable.

Estaba a punto de rasgar las sedas, de llevarla a la locura, cuando ella recordó. Recordó el test, el contrato, el muro.

Con un gemido casi inaudible, empujó mi pecho, los músculos tensos, la respiración agitada. El gesto fue más una autoflagelación que un rechazo hacia mí.

—No —jadeó, apartando el rostro.

Me quedé helado, todo el cuerpo en máxima alerta. El fuego fue sustituido por la furia fría de la negación. Me aparté lo justo para

mirarla.

—¿No qué, Isadora? —mi voz era baja, pero atronadora en la oscuridad—. ¿No qué? ¿Me arrastras al infierno y luego me dices "no"?

Se sentó, cubriéndose el cuerpo con la seda. Sus ojos estaban firmes, pero vi el temblor en sus manos.

—No puedo más con esto, Alessio.

—¿Con qué no puedes más? —grité, levantándome de la cama en un movimiento explosivo—. ¿Con qué? ¿Con mi cama? ¿Con mi contacto? ¿Con la verdad que me diste en la colina?

Me moví por la oscuridad del dormitorio, lanzando palabras contra las paredes de mármol.

—¡Soy yo quien no puede más! ¡Yo! ¡No aguanto más esta distancia, esta frialdad! Te encerraste en una sala de control y me dejaste fuera, atrapado con mi deseo y con mi miedo!

Se levantó y me enfrentó. Su valentía era electrizante.

—¿Miedo a qué, Alessio? ¿A perder el control?

—¡Sí! ¡A perderte! —la palabra escapó antes de poder detenerla —. Te doy un respiro, me abro, confieso que te he echado de menos, ¡y tú me respondes con obediencia! Vuelves a ser la jodida prometida perfecta, la robot obediente, casi inmediatamente después de volver, ¡y drenas toda la vida de la Villa! ¡Me privas de ti!

—¡Y tú me privas de mí! —gritó ella, la voz temblorosa pero firme.

—¡Te di un futuro!

—¡Me diste una jaula dorada y me dijiste que sonriera! ¡Me enseñaste a ser útil! ¡Y ahora que soy útil te quejas de mi eficacia! ¿Cuál es tu juego, Alessio?

Me detuve frente a ella, los dedos enredados en mi cabello. Estaba perdiendo la razón.

—No es un juego. Es mi vida. Y tú has puesto mi puta vida patas arriba.

—¿Y mi vida, Alessio? ¿Y la mía? ¿Qué va a quedar de ella cuando tú te vayas? ¡Yo soy solo un elemento de seguridad en la tuya! ¡Soy la póliza de seguro contra tu maldito consejo! —me clavó el dedo en el pecho, repitiendo el gesto con cada acusación—. ¡Contra tu maldito enemigo! ¡Contra tu maldito vacío! ¡No puedes tenerlo todo!

Avanzó un paso, manteniendo el dedo presionado en mi pecho. La cercanía era una amenaza y una promesa.

—¡No puedes tenerlo todo! ¡No puedes tener a la prometida entrenada, perfectamente adecuada, y a la mujer que te sonríe en secreto! ¡No puedes tener una empleada en público y una compañera en privado!

Su rabia era pura y yo la absorbí como un adicto. Tenía razón. Terriblemente razón. ¡Y joder! ¡Por fin!

—¡No puedo darme tanto a ti! —continuó, las lágrimas cayendo ahora, pero la voz inquebrantable—. ¡O no quedará nada de mí para mí misma! ¡Me niego a ser consumida por nosotros dos, Alessio! ¡No importa cuánto quiera que me consumas entera!

Su grito resonó en el dormitorio. El caos que yo ansiaba. La verdad que temía. La sujeté por los brazos, no para hacerle daño, sino para impedir que cayera… o que cayera yo.

—¡No vas a ser consumida! —murmuré, la voz ronca, la adrenalina corriendo—. ¡No puedo más! ¡No soporto esta distancia! ¡Ya no puedo vivir dentro de mi propia farsa!

La miré a los ojos y todo mi imperio, toda mi estrategia, toda mi vida de control se derrumbó en una única confesión de derrota.

—¡Que se joda la mujer entrenada! ¡Que se joda la prometida adecuada! ¡Te quiero a ti! ¡Solo a ti! ¡Necesito tu caos, Isadora! ¡Tu sonrisa, tu calor, tu desprecio, tu rabia! ¡Te necesito entera!

El aire vibró entre nosotros.

Había cruzado la línea.

La verdad era innegable: Isadora era más importante que cualquiera de mis planes de sucesión. Más importante que la opinión del consejo. Más importante que la guerra con Falconi.

Nunca había necesitado a nadie en mi vida. Nunca había necesitado un contacto, una presencia, un cuerpo junto al mío para respirar.

Pero ahora necesitaba vivir. Y solo podía hacerlo con ella.

—¿Qué significa eso? —preguntó, la voz débil, la rabia disolviéndose en confusión—. ¿Estás renunciando a la farsa?

La atraje a un abrazo posesivo, su cuerpo temblando contra el mío. No era un abrazo de deseo, sino de reparación, de certeza.

—Significa que la farsa acaba de volverse más complicada. Sigo necesitando a la prometida D'Amico, sí. Pero necesito mucho más a la Isadora que me destruye. ¿Me entiendes? No voy a dejar que te alejes de mí otra vez.

La solté, sosteniendo su rostro entre mis manos. Las lágrimas seguían ahí, pero su mirada contenía una nueva esperanza.

—No te amo —susurró, poniendo a prueba la verdad, pero yo sabía que era una media verdad.

—No me importa —respondí, limpiando una lágrima salada con el pulgar—. Te quiero. Y eso es todo lo que necesitas saber. No voy a volver a pedirte que finjas. Quédate. Sé real.

Entonces, su pánico se volvió físico. Hundió el rostro en mi pecho con un gemido ahogado.

—Alessio, no puedo. Ya no puedo ser real.

—Sí puedes. Eres la única que puede —insistí, sin entender del todo su miedo, pero sabiendo que era real.

Se apartó, mirándome con los ojos húmedos y el rostro pálido.

—Si soy real ahora, Alessio, perderás el control de una forma que nunca imaginaste.

Su miedo no me hizo retroceder. Al contrario. Hizo la caza aún más seductora.

—Perfecto. Entonces que lo pierda todo, menos a ti.

No esperé respuesta. La besé de nuevo. Pero esta vez, la exigencia estaba templada por la confesión y la furia por la redención. No fue agresivo; fue necesario.

Mi boca reclamó la suya como quien se muere de sed en el desierto. Ella dejó escapar un gemido ronco y desesperado que confirmó que su rendición era tan profunda como la mía.

Ya no había contención, solo la urgencia brutal de anular meses de distancia. Mi boca la reclamó y el sonido del beso llenó el silencio del dormitorio, un grito primario de necesidad. La exigencia estaba atravesada por la confesión desesperada que acababa de hacer: ella lo era todo.

Isadora no luchó. Se disolvió, correspondiendo a mi hambre con la suya, largamente reprimida. Sus gemidos eran roncos, desesperados, una banda sonora que nunca supe que necesitaba. Sus manos subieron a mi cabello, las uñas clavándose en mi nuca en un acto de posesión y dolor que solo me incitó más. Sentí la pasión que había escondido bajo la máscara de la prometida perfecta.

Sin romper el contacto de nuestras bocas, la levanté. No pesaba nada. Ella rodeó mi cintura con las piernas de forma instintiva, como si su cuerpo conociera el camino de regreso al mío. La seda del pijama rozó mi traje arrugado; la fricción era una tortura deliciosa entre el lujo y la prisa, la formalidad rota por la necesidad.

La tendí en el centro del colchón de seda. Su cuerpo parecía incandescente bajo la luz de la luna que bañaba el dormitorio. Me aparté solo para arrancar la última barrera de ropa. El traje, la chaqueta, la camisa blanca… todo salió volando. En segundos, estaba desnudo contra ella.

—No te alejes de mí otra vez —murmuré, apoyando la frente en la suya, con la voz baja y firme.

—No me borres de nuevo —respondió ella, devolviéndome la súplica, y esas palabras fueron el aliento robado que me dio permiso.

La penetré con una lentitud deliberada que casi me mata. No era para darle placer; era para sentirla de nuevo, para probar que era real, que no era un espejismo. Su cuerpo estaba caliente, estrecho, húmedo, hecho a la perfección para recibirme.

Dejó escapar un grito, no de dolor, sino de rendición.

El ritmo comenzó lento, casi como una súplica silenciosa de perdón. Miraba su rostro, sus ojos clavados en los míos en la oscuridad, llenos de lágrimas y de un deseo salvaje. La besé de nuevo, profundo, devorador.

El ritmo se aceleró, impulsado por la furia de nuestros corazones latiendo. No hubo palabras, solo respiraciones entrecortadas y los sonidos húmedos de nuestros cuerpos. Me movía con una cadencia que solo ella conocía, buscando la parte más íntima de su ser.

Ella se aferró a mis hombros, la espalda arqueada, los pies atrapados en las sábanas.

—¡Alessio! —mi nombre salió de su boca como un gemido agudo.

Sentí cómo se cerraba a mi alrededor, una oleada de convulsiones que me llevó al límite. Su placer fue el camino hacia el caos que había pedido. Su apretón fue mi ancla y mi destrucción.

Apreté los dientes y, con un último impulso visceral, exploté, gritando su nombre contra la almohada. Mi cuerpo tembló y el mundo entero se redujo a la sensación de estar unidos, destruidos y reconstruidos.

Caí sobre ella, jadeante, pesado, incapaz de moverme. Su respiración era tan superficial como la mía. Había perdido el control… y el mundo no se había acabado.

—Prométemelo —susurró, con la voz exhausta pero una leve sonrisa en los labios—. Promete que esto no es solo otra pausa en tu control.

La estreché aún más, besando su cuello húmedo.

—Te lo prometo, *tesoro*. No lo es. Esto es lo más vivo que he sentido en años. Quédate conmigo. Solo… quédate aquí.

La cubrí la boca con la mía una vez más.

No por el contrato ni por la mera necesidad de liberar un deseo reprimido.

Fue una rendición mutua al fuego, el único lugar donde solo éramos Alessio e Isadora, sin planes, sin D'Amico, sin nada más que importara.

Era el caos que había pedido, y ella me lo estaba dando en cuerpo y alma, en medio de aquella noche robada.

Fue una atracción más fuerte que cualquier estrategia, la única verdad que importaba entre las llamas de la guerra y los riesgos del imperio.

Aún necesitaba la farsa. Pero vivir en ella ya no era una opción.

Necesitaba a Isadora mucho más.

Y eso, sí, era la verdadera definición del caos.

57.

ISADORA MENEZES

El brazo de Alessio alrededor de mi cintura era un peso agradable. No el brazo posesivo de quien marca territorio, sino el brazo pesado de un hombre que había dormido profundamente por primera vez en mucho tiempo.

Mi cuerpo estaba dolorido, no por cansancio, sino por una extenuación que venía de haber luchado una guerra y haberla ganado —o perdido— en un solo golpe.

La luz del sol de la mañana bañaba el dormitorio y, durante un instante, lo olvidé todo: el contrato, ese tal Falconi y las dos líneas escondidas en el cajón. Éramos solo dos cuerpos entrelazados en sábanas de seda.

Alessio despertó poco después. Sus ojos azules, normalmente duros y alerta, parpadearon despacio, suavizados por el sueño. Me miró y, por primera vez, no había control en su mirada, solo una contemplación perezosa, casi vulnerable.

—No me mires así —murmuré, con la voz ronca.

—¿Mirarte cómo? —Su tono era extrañamente suave, sin urgencia de mando.

—Como si… como si no necesitaras un plan.

Sonrió, el extremo de la boca elevándose en esa sonrisa que rara vez se permitía. Esa sonrisa era un golpe bajo.

—He perdido todos mis planes, *tesoro*. Perdí la cabeza. Tú hiciste eso.

Movió el brazo y, en lugar de apartarse hacia su lado de la cama, me atrajo aún más cerca, besándome el hombro. Fue un gesto sin exigencia, sin propósito más allá de una caricia perezosa. Parecía un depredador saciado, temporalmente inofensivo.

—Y es la única forma que tengo de mirarte ahora. Acostúmbrate.

Cerré los ojos, el miedo mezclado con una dosis peligrosa de expectativa. Gato escaldado huye del agua fría.

—Es como si fuera un sueño, Alessio. Tengo miedo de abrir del todo los ojos y darme cuenta de que nada de esto ha ocurrido. Que te levantarás y exigirás que vuelva a ponerme la máscara ensayada.

Me giró con delicadeza, obligándome a mirarlo. Sus ojos estaban serios, despojados de ironía.

—Me conoces lo suficiente para saber que no juego a medias, Isadora. Lo que ocurrió, ocurrió. Me rendí.

Reuní valor para hacer la única pregunta que importaba.

—¿Qué significa esto en la práctica, Alessio? ¿El contrato… sigue vigente?

Soltó una exhalación larga.

—El papel se mantiene. Por tu seguridad. Por mi sucesión. Es lo único que no va a cambiar, por ahora. Pero lo demás… la farsa se acabó. Se acabó la actuación, Isadora. Te quiero. Entera. Como compañera, como cómplice. Como la mujer que me da consejos sobre guerras y sobre seda italiana.

Mi corazón golpeaba contra las costillas, una esperanza traicionera. Estaba siendo ingenua, pero no podía evitar darle forma a ese deseo prohibido. Me reí en voz alta.

—No sé nada de guerras, ni de seda italiana.

—Pero conoces las películas de terror malísimas mejor que nadie —me provocó, besándome la barbilla.

Me mordí el labio. Dios, cuánto había echado de menos esto. A él. No tener que apartarlo ni esconderme.

—¿Eso significa que nosotros…? —las palabras se me atragantaron. La pregunta me daba vergüenza, pero necesitaba hacerla—. ¿Que estamos saliendo?

Alessio se rio, un sonido grave y delicioso que jamás le había oído.

—¿Quieres salir con tu prometido, *Signorina*? Me gusta cómo suena eso.

—Nuestro compromiso vale menos que una servilleta sucia en este momento —fui sincera.

Su sonrisa desapareció y el silencio que se instaló fue pesado, cargado de reconocimiento.

Nuestros ojos se encontraron y, durante un instante, fuimos solo Isadora y Alessio, pensando lo mismo: ¿De verdad eso es todo lo que vale? ¿Se ha vuelto irrelevante el contrato frente a la realidad?

Me obligué a respirar. El agotamiento de la noche y la adrenalina de la mañana me estaban consumiendo.

—Tengo que levantarme. Sé que a tu abuela le gusta que todos estén a la mesa para el desayuno. Y tengo la clase de italiano con la profesora Rossi…

Me interrumpió, colocando la mano abierta en mi rostro. El gesto era suave, pero la expresión, la de un monarca dictando una nueva ley.

—La farsa se acabó, *tesoro*. Esas cosas ya no importan. Yo soy la única ley aquí. Y no quiero que estés agotada.

El corazón me vibró con tanta fuerza que sentí un mareo. Estaba derribando las normas sociales que él mismo había impuesto… por mí.

Intenté formular una protesta sobre las apariencias, pero se me adelantó.

—Quédate aquí. Descansa.

—Pero… ¿tú vas a ir? —pregunté, casi suplicando.

Me besó. Breve. Profundo.

—Voy, pero vuelvo. Y me quedo aquí contigo hasta que te duermas otra vez.

Se acomodó a mi lado y yo me acurruqué en el calor de su pecho. La confianza aún no había llegado, pero la esperanza era un veneno dulce y yo estaba embriagada por ella.

Si estaba dispuesto a descartar al jefe por mí… tal vez existiera un futuro en el que pudiéramos ser una familia de verdad.

Aún no estaba preparada para hablar de la única seda italiana que me importaba: el pañuelo guardado en mi cajón, protegiendo algo lo bastante peligroso como para provocar una guerra.

—Vas a llegar tarde —dije, aunque ya estaba cerrando los ojos.

—No me importa —respondió.

Y me dormí entre sus brazos.

Ningún otro lugar había parecido jamás tan correcto.

***

Horas después, encontré a Alessio en su despacho. Había dejado un recado para que fuera a verlo en cuanto despertara.

Era casi la hora del almuerzo, así que no estaba segura de encontrarlo allí o de que lo que quisiera hablar tuviera que esperar.

Pero estaba allí.

De pie, con las mangas de la camisa remangadas hasta los antebrazos, el cabello perfectamente peinado, frente a la encimera de mármol con tres pantallas encendidas y una taza de té humeante al lado.

No café. Té.

Fruncí el ceño sin pensarlo.

—¿Eso es… menta piperita?

Apartó la vista de las pantallas de inmediato y extendió el brazo. Lo acepté, insegura, y me atrajo contra su pecho. Sus labios rozaron los míos primero con suavidad —dejé escapar un suspiro involuntario — y luego con un beso más profundo.

—Me moría de ganas de besarte.

Y bastaron esas palabras para que mi corazón se acelerara y un cosquilleo delicioso se extendiera por mi vientre. Me había enamorado de Alessio cuando pasaba la mayor parte del tiempo diciendo todas las cosas equivocadas.

¿Qué posibilidades tenía de resistirme si ahora decía todas las correctas?

—Me besaste hace apenas unas horas —repliqué.

Sonrió. Alessio D'Amico me sonrió. Gratis.

—No me refería a eso. Me moría de ganas de besarte cuando yo quisiera.

Reí contra sus labios.

—Nunca me besabas cuando te daba la gana.

—Exacto. Por eso tenía tantas ganas de hacerlo así. Ya era hora.

Y me besó de nuevo.

Su lengua dominó mi boca, ocupando cada espacio y obligando a mi cuerpo a empujarse contra el suyo. Gemí en voz baja y me sentí derretirme bajo su contacto, caliente y necesitada.

—Dios mío, esto es peligroso —murmuré, presionando mi pecho contra el suyo y poniéndome de puntillas para alcanzarlo mejor.

Rió ronco y acarició mi rostro, retrocediendo un poco. Sonreía otra vez y yo estaba cayendo. Y cayendo. Y cayendo…

—¿Descansaste? —preguntó.

Todo lo que hice fue asentir. No confiaba en mi voz en ese momento.

—Bien.

Otro beso. Más corto. Suave.

—¿Me pediste que viniera solo para besarme?

—No sería una mala idea, ¿verdad? —respondió.

Reí nerviosa.

—Esto es muy extraño —admití en voz baja.

—¿Qué es extraño?

—Tú. Así. Yo… no sé cómo reaccionar.

—¿Cómo quieres reaccionar? —preguntó.

Me humedecí los labios.

—¿La verdad?

—Nada más que eso.

—Quiero cerrar los ojos y lanzarme sin mirar qué hay al fondo de ese abismo.

—Entonces lánzate, *tesoro*. Te prometo que te sostengo.

La garganta se me secó y el pecho se me cerró. ¡Dios, cuánto quería!

Alessio debió de notar mi miedo, porque dio un paso atrás sin soltarme la mano.

—Aunque sería una idea excelente, no te llamé aquí solo para besarte. Puedes sentirte libre de venir a besarme a cualquier hora del día; estaré siempre muy dispuesto a ello.

Reí, sin querer.

—Entonces, ¿para qué me llamaste?

—Siéntate —pidió.

Me senté despacio, desconfiada de esa dulzura pragmática que estaba exhalando como si estuviera aprendiendo un idioma nuevo.

En lugar de rodear la mesa y sentarse en su silla, arrastró la que estaba a mi lado y se sentó conmigo, sin apartar los ojos de mí ni soltar mi mano.

Alessio acercó la taza de té y la dejó frente a mí. Parpadeé.

—¿Para mí?

—Sí. Noté que lo tomas todas las mañanas y, como has dejado el café, pensé que te gustaría beber al menos el té antes de comer.

Fruncí el ceño.

—Pero aún está caliente.

—Pedí que trajeran una taza cada diez minutos. Así, no importaba a qué hora llegaras: siempre estaría caliente para ti.

Abrí la boca, pero no supe qué decir.

Alessio no lo sabía, pero yo había descubierto que el té de menta ayudaba a aliviar las náuseas matutinas. Cogí la taza y di un sorbo. Estaba perfecto.

Alessio tecleó algo con una sola mano y empezó a hablar.

—Tenemos una situación con el consejo —dijo—. Quiero ponerte al día antes de la reunión.

Eso era nuevo. Parpadeé, sorprendida.

—¿Quieres… ponerme al día?

—Sí. —Su tono era tan natural que parecía imposible que no lo hubiéramos hecho antes—. Eres mi prometida, Isadora. Y eso no es solo una actuación. Si vamos a enfrentarnos al consejo juntos, quiero que sepas exactamente dónde pisamos.

Apreté los dedos alrededor de la taza. Mi mente gritaba *teatro*, pero su voz era demasiado calmada, demasiado sincera.

No estaba actuando. Me estaba incluyendo.

—De acuerdo —murmuré—. ¿Cuál es la situación?

Giró la pantalla hacia mí. Eso nunca ocurría. Nunca.

Era como si acabara de darme la llave de una sala que el mundo entero creía restringida.

—El consejo quiere adelantar etapas de la sucesión —explicó—. Valenti ha cambiado todo el tablero. Nos dio credibilidad suficiente para frenar a Falconi, pero quiere volver a hablar antes de firmar cualquier alianza.

—¿Y quieres llevar…? —dudé— …¿a mí?

Apoyó las manos en la mesa, inclinándose hacia mí con una intensidad que me hizo tragar saliva.

—Quiero. —No parpadeó—. Tú eres la razón por la que Valenti habló conmigo. No lo dijo, pero lo vi en sus ojos. Te respetó. Le gustaste.

Mi estómago se revolvió, pero no por las náuseas de aquella mañana, sino por la forma en que Alessio me miraba. Como si yo fuera imprescindible. Como si su imperio estuviera a salvo porque yo estaba allí.

—Alessio… yo solo soy… yo.

Se enderezó, pero su mirada siguió clavada en la mía, firme como acero templado.

—Eres todo lo que necesito en esa reunión.

El aire abandonó mis pulmones.

—Quiero que hables. Quiero tu opinión. Quiero que me digas qué piensas de Valenti, de lo que espera, de lo que no está diciendo. Lees a las personas mejor que cualquiera de mis consejeros.

—Eso es… peligroso, Alessio. Pueden ver mi implicación como una interferencia indebida.

Se encogió de hombros.

—Que lo vean. Y que lidien con ello.

Se acercó más. Mucho más.

—No te quiero sentada a mi lado solo para salir en la foto, Isadora. Ya no. Aprendo de mis errores. Te quiero a mi lado porque estamos haciendo esto juntos.

La palabra *juntos* me golpeó como un puñetazo. Y luego, como un abrazo.

Intenté recomponerme.

—Alessio… siempre has tomado todas las decisiones solo. Incluso sobre mí.

—Y me arrepiento de algunas —admitió, con la voz baja, arañando la sinceridad de una forma que parecía arrancarle algo—. Pero hay conductas que no se pueden borrar. Hay que reconstruirlas. Y tú eres parte de la base ahora. No un anexo.

Todo mi cuerpo se calentó. Él lo notó. Claro que lo notó.

—No hagas eso —susurré.

—¿Qué?

—Hablarme así. Como si yo fuera… tu compañera.

—Pero lo eres.

Mi corazón dio un giro doloroso. Yo estaba vulnerable y él, por fin, estaba al otro lado.

—Alessio… tú no sabes ser compañero.

Sonrió a medias, casi triste.

—Entonces enséñame.

Se levantó lo justo para girar su propia silla y sentarse frente a mí, su rodilla tocando la mía de forma deliberada.

—¿Por dónde empezamos?

Solté una risa débil, sorprendida, vencida.

—Normalmente, no empiezas dando órdenes.

—De acuerdo —asintió, serio, como si estuviera en una clase—. Nada de órdenes.

Y, como si fuera una coreografía ensayada sin ensayo alguno, volvió a tomar mi mano. No para arrastrarme. No para controlarme. Solo para sostenerla.

—¿Estás seguro de esto, Alessio? Yo… ¿no vas a cambiar de opinión? —aparté la mirada—. Entiendo por qué me querrías para la farsa, pero para la vida real es distinto.

—Eh —dijo, y su mano voló a mi barbilla, obligándome a mirarlo —. Claro que es distinto.

Soltó un suspiro largo, como si luchara consigo mismo. Su voz descendió a un susurro.

—Puedo ser muchas cosas. El CEO. El heredero. El D'Amico. Pero nunca he sido compañero. Nunca me interesó serlo, porque hasta que te encontré, Isadora, nadie me había despertado ese deseo. Tú lo hiciste, y no hay forma de volver a meter a ese genio en la lámpara.

Reí, aún insegura.

—Ahora me han entrado ganas de ver *Aladdín* —respondí, sintiendo una lágrima estúpida deslizarse.

Malditas hormonas.

La forma en que Alessio me miró hizo que todo mi cuerpo reaccionara. Quería creerle. Quería tanto… lanzarme a ese precipicio.

Contarle lo de nuestro hijo.

Mi mano quiso moverse. Quiso ir a mi vientre aún plano, pero la mantuve donde estaba.

Alessio secó mi lágrima.

—No creo que vaya a ser fácil. Soy terco y, como ya ha quedado demostrado, a veces puedo ser estúpido —continuó, y reí—. Pero quiero ser el hombre que te escuche, Isadora. Quiero compartir el

peso. Compartir mi mundo contigo, en lugar de esperar que seas tú quien se rompa para encajar en él.

Cerré los ojos.

No podía ceder. Pero ¿cómo decir que no cuando decía todo lo que siempre había esperado oír?

—Entonces… —dijo, alzando mi mano para llevarla a sus labios en un gesto increíblemente íntimo— …dime, *tesoro*. ¿Por dónde empezamos a ser nosotros?

Respiré hondo, temblando.

El comienzo fue pequeño. Pero fue real.

—Por ti besándome. Ahora mismo.

Sonrió enormemente.

—Me encanta ese comienzo. Pero después tengo otra cosa que discutir contigo.

Y me besó.

***

Alessio me acercó la silla y me senté a la mesa preparada para el almuerzo, sintiéndome extraña.

La conversación en el despacho nos había retrasado y Luciana seguramente no estaría contenta conmigo por haber faltado al desayuno.

Mantuvo el rostro impasible mientras nos sentábamos uno al lado del otro, solo un leve gesto en sus labios delatando su insatisfacción.

—Buenas tardes —dije en italiano.

Ya conseguía comunicarme por la casa casi por completo en la lengua materna de Alessio. Ahora, eran raras las ocasiones en las que necesitaba la ayuda del traductor de Google.

—Buenas tardes —respondió Luciana—. Espero que se esté sintiendo mejor.

Fruncí el ceño y busqué la mirada de Alessio.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó ella, confusa.

—Supongo que ese habrá sido el motivo por el que te ausentaste de la mesa esta mañana. Sería el único motivo aceptable.

Se me secó la boca y, aunque la abrí, no conseguí decir nada. ¿Qué iba a responder?

No tuve que averiguarlo.

—Isadora no se encontraba mal, *nonna* —respondió Alessio por mí—. Simplemente estaba cansada, y ningún protocolo se va a colocar por encima de su bienestar. Creo que ya hemos superado esa etapa.

Parpadeé, aún más sin palabras que antes.

Umberto alzó la copa de agua y dio un sorbo, ocultando una pequeña sonrisa tras el gesto. Luciana, en cambio, no sonreía.

—En esta casa, los protocolos importan —insistió.

—Que importen, entonces —concedió Alessio, y sentí el estómago caer… pero aún no había terminado—. Pero no importarán más que el bienestar de mi mujer.

Todo mi cuerpo se erizó con la posesividad implícita en esas dos últimas palabras.

—Y eso no es negociable. Si supone un problema, podemos buscar otro lugar donde vivir los próximos meses.

Me sentía como una espectadora en un partido de tenis, con la mirada saltando de Luciana a Alessio.

No esperaba aquello. Quiero decir, sí, él había dicho que la farsa había terminado, pero ni en mis sueños más audaces había imaginado que eso se extendiera también a su abuela.

Era a ella a quien Alessio siempre había querido convencer, en primer lugar.

—Muy bien —fue lo único que respondió Luciana.

Apenas podía creerlo.

Hizo un gesto con la mano y los empleados comenzaron a servir el almuerzo.

—¿Los eventos sociales siguen permitidos o también están por debajo de la presencia de tu mujer? —pinchó cuando ya habían servido los entrantes.

Me atraganté.

Alessio me ofreció la copa de agua y la acepté. Los ojos de Luciana no se perdieron ni un solo movimiento.

—Si ella quiere participar, sí, están permitidos —respondió él—. Pero será consultada. Todos ellos.

—Esto es un absurdo —bramó Luciana.

Alessio se limitó a inclinar la cabeza.

—Si va a ser una D'Amico, debe comportarse según el peso que exige ese apellido, y no voy a aceptar este tipo de falta de respeto.

—*Nonna…* —empezó Alessio.

Busqué su mano bajo la mesa y la apreté suavemente. Él me miró.

Moví la cabeza apenas, pidiéndole en silencio que me dejara librar esa batalla por mí misma.

Sus ojos gritaban que no, pero apretó la mandíbula y asintió.

Sonreí, aun sabiendo que no debía hacerlo delante de Luciana, pero no pude evitarlo.

Compañero. Estaba siendo mi compañero.

Y quizá era demasiado pronto para ilusionarme, pero simplemente no podía evitarlo.

—¿A qué evento se refiere, señora Luciana? —pregunté.

—Como si eso tuviera que importarte —respondió ella, aunque miraba a Alessio—. Hablo del evento benéfico de la Fundación Florencia, la próxima semana. No puedes llegar tarde, y no puedes llevar el mismo diseñador que Beatrice Visconti. Es una serpiente.

—Eso es irrelevante, *nonna* —empezó Alessio a responder por mí.

Volví a apretar su mano.

Luciana se detuvo, los ojos entrecerrados cuando él guardó silencio. Nadie interrumpía a la *Nonna*.

—La Fundación Florencia es la que apoya a niños huérfanos, ¿verdad? —pregunté.

—Exactamente —respondió Luciana.

Alessio elevó nuestras manos entrelazadas hasta que quedaran visibles para todos en la mesa, y el calor de su gesto fue un desafío silencioso. Ese gesto valía más que un millón de palabras.

—Quiero ir, sí —continué—, pero no me importa en absoluto qué diseñador lleve. No me preocupa. Usted puede elegir a quien quiera. De hecho, en las próximas semanas voy a estar ocupada con otras cuestiones.

—¿Otras cuestiones? —preguntó.

Miré a Alessio y asentí, indicándole que ahora sí, podía hablar por mí.

Él sonrió y se inclinó ligeramente para besarme el cabello.

—Isadora está reorganizando el calendario interno de nuestra fundación. Ha detectado que el calendario de subastas está chocando con el de la familia Mancini en Milán, y eso dispersa a los inversores.

Empujó una hoja doblada sobre la mesa, en dirección a su abuela, ignorando la comida.

Era el calendario de la fundación, con anotaciones a bolígrafo.

Yo había hecho esas notas de manera discreta la noche anterior, sin ninguna pretensión. Ni siquiera pensé que alguien las vería. Fue solo algo que noté y señalé.

Alessio encontró mis anotaciones esa mañana y, después de besarme profundamente, me preguntó si creía tener tiempo —entre mis estudios— para ayudar con la fundación de la familia.

Era otra forma de decirme que ya no era solo un accesorio.

Y estuve a punto de llorar cuando dije que sí.

—Mañana por la mañana presentará una nueva propuesta logística al consejo —continuó—. El diseñador, la hora de llegada y quién se sienta junto a quién son decisiones suyas.

Miró a su abuela con una frialdad que no admitía réplica.

—Está centrada en las decisiones, *nonna*. La ropa vendrá después.

La autoridad en la sala cambió de eje.

Luciana estaba visiblemente furiosa por haber sido desplazada y por ver a su nieto romper la regla más sagrada de la familia: las mujeres —con la excepción de ella misma— no intervienen en logística ni en dinero.

Pero no podía desafiarlo públicamente. No cuando él estaba utilizando su máxima autoridad para protegerme.

Mientras Alessio comía, no soltó mi mano ni un solo instante, hasta el punto de tener que cortar la carne con la mano equivocada.

Me había blindado socialmente y me había dado poder real sobre los intereses de la familia. La Fundación D'Amico era un gran vehículo de influencia.

Y aunque sentía el peso de esa nueva responsabilidad arder en mis manos, lo sentía arder aún más fuerte en el pecho… y de una forma buena.

Había sido ascendida de activo a socia.

Y aquel compromiso podía ser falso, pero la relación estaba empezando a adquirir contornos de verdad.

No pude evitar, sin embargo, un miedo sutil.

Si Alessio estaba confiando en mi mente hasta ese punto… ¿qué haría cuando descubriera que yo había ocultado la decisión más importante de su vida?

Con cada contacto, con cada mirada de complicidad, la cuerda de mi omisión se tensaba un poco más.

Tenía que contárselo.

No por mí. Sino porque me había ganado su respeto.

Y el respeto, para Alessio, valía más que el amor.

58.

ALESSIO D'AMICO

Abotoné el puño de mi camisa, pero mis pensamientos estaban a cincuenta kilómetros de distancia, en la Villa, anidados en la forma dormida de Isadora.

Era inaceptable.

Me apresuré a la reunión, di órdenes y cerré contratos. Pero con cada apretón de manos, con cada decisión de millones de euros, la voz de ella —Isadora riéndose de mi ego, Isadora defendiendo el calendario de la Fundación— resonaba más fuerte que cualquier consejo de mis abogados.

Aquella mañana, cuando me preguntó si lo nuestro era un "noviazgo", me reí. Me reí de la ingenuidad de la palabra. Pero, en el fondo, esa palabra me golpeó con una verdad brutal.

El compromiso era un papel. Lo que teníamos ahora era algo crudo, desordenado y, por primera vez en mi vida, algo que yo quería.

Había cedido. Y no solo en la cama o en el desayuno. Cedí poder. La protegí de Luciana en público, y lo hice porque la idea de verla encogerse o ser humillada por culpa de un protocolo estúpido era insoportable.

Le había entregado las llaves de la Fundación, y no para que interpretara un papel, sino porque la idea de no tener su mente trabajando a mi lado, de no tener su intuición guiando mis pasos, era impensable.

Estaba fuera de control. Y me gustaba.

—El helicóptero está listo —dijo Marco, plantado frente a mí con su rigidez habitual.

—¿Y el restaurante?

—Cerrado. Exclusivamente para usted. La cocina espera sus instrucciones.

Asentí. Era mi protocolo para una cita íntima: control total del entorno. Vacío. Seguro. Perfecto.

—No hace falta que vengas conmigo. Conduciré de vuelta.

Marco parpadeó, visiblemente confundido, pero no preguntó. No necesitaba que me guiara. Necesitaba privacidad.

El helicóptero aterrizó en la Villa al final de la tarde. Isadora estaba en mi despacho, inclinada sobre los documentos de la Fundación que le había dejado. Llevaba unas gafas de lectura en la punta de la nariz y hacía anotaciones con una caligrafía elegante.

Parecía una académica, no la chica que adoraba las películas de terror. Y el estómago se me revolvió de admiración.

—Estás trabajando —observé, deteniéndome en la puerta.

Se sobresaltó, quitándose las gafas y frotándose los ojos.

—Solo estaba… vi un error en los cálculos de gastos operativos. No es nada grave, pero pensé que debía corregirlo.

Me mostró la hoja de cálculo y ni siquiera necesité mirarla para creerla. El hecho de que hubiera invertido su tiempo en algo que era responsabilidad de otra persona ya lo decía todo.

—Ven. Tienes diez minutos.

—¿Para qué? Tengo que ducharme y…

Me acerqué. Su olor era una mezcla de papel antiguo y el perfume cítrico que usaba. Fui directo al grano.

—No necesitas ducha. Ni alta costura. Ponte solo el vestido que más te guste, pero hazlo con los ojos cerrados. Y quiero que los mantengas así hasta que yo te diga.

Frunció el ceño, pero la curiosidad y el brillo divertido en sus ojos vencieron la duda.

—Eso es peligroso, Alessio. Puedo elegir algo terrible.

—No me importa.

Diez minutos después bajó. Llevaba un vestido azul marino sencillo, de tela ligera que ondeaba apenas, y tuve que usar toda mi disciplina para no besarla allí mismo.

Le cubrí los ojos con una máscara de seda oscura. Suave, lisa, pero que le impedía ver por completo.

Me sentía un idiota por hacer aquello, pero no podía detenerme. Era como si cada fibra de mi cuerpo estuviera determinada a trabajar para que Isadora no volviera a alejarse de mí.

La quería feliz, satisfecha, sonriéndome. Quería coleccionar sus risas y conocer cada pequeño problema que tuviera solo para resolverlo. Y, al mismo tiempo, quería sentarme y observarla resolverlos sola, como había hecho con mi abuela, como la había encontrado trabajando en mi despacho.

—No me vas a secuestrar, ¿verdad? —preguntó, en tono bajo y juguetón.

Besé la punta de su nariz.

—Ya fuiste secuestrada, *tesoro*. Ahora estás siendo celebrada.

La guié hasta el coche y la hice sentarse en el asiento del acompañante. Se acomodó, apoyando la mano en mi brazo, confiando en mí por completo.

Ese nivel de confianza, después de todo, era más embriagador que cualquier poder.

El coche salió de la Villa y ella se movió, intentando adivinar la dirección.

—¿A dónde vamos? ¿Estamos ya en carretera? No noto los badenes de la propiedad.

Joder. Me gustó demasiado oírla decir eso.

—Mmm… ¿será que sí? No lo sé.

Se rió y protestó, pero vibraba con una excitación casi infantil. Mi propio corazón también vibraba.

Llegamos a mi destino: uno de los restaurantes más exclusivos de Milán, famoso por su terraza panorámica y su cocina de vanguardia. Marco estaba allí, preparado, pero con la orden de permanecer a cincuenta metros de distancia, invisible.

La ayudé a bajar del coche y la guié. A cada paso sentía su ansiedad y su expectativa. Abrí la puerta del restaurante y la conduje hasta el centro de la terraza, bajo el cielo estrellado del invierno.

—¿Lista?

—¡Sí! —su voz era un susurro excitado.

Le quité la venda.

Parpadeó, adaptándose a la luz suave de las velas sobre la mesa y al panorama de la ciudad extendiéndose a nuestros pies.

—Alessio… —murmuró, con la voz llena de asombro—. ¿Has cerrado el sitio?

—Lo he cerrado. No soporto el ruido.

—¿Pero… para mi cena?

—Para la nuestra.

Se sentó y yo hice lo mismo. El camarero, entrenado para la máxima discreción, sirvió el primer plato: *cappellacci* de ternera con trufa blanca.

Isadora tomó el tenedor y probó. Sus ojos se abrieron de par en par.

—Dios mío, esto es increíble.

La observé mientras comía y me descubrí sonriendo. La sonrisa que no dedicaba a mis enemigos, ni a mi familia, ni a mis consejeros. Sonreía para la mujer que devoraba trufa blanca.

La cena avanzó en un silencio cómodo, roto solo por comentarios sobre la comida y la vista. En el plato principal, el chef presentó su obra maestra: un *filetto* envuelto en jamón de Parma, cocinado a la perfección.

—¿Está bueno? —pregunté.

—Está perfecto. Pero…

—¿Pero? —levanté una ceja, esperando la crítica gastronómica.

Dejó los cubiertos y se inclinó sobre la mesa, conspiradora.

—Sinceramente, es perfecto. Pero me hace echar de menos mi hamburguesa. Es grasienta, inapropiada y… honestamente, más satisfactoria.

Solté una carcajada. Una risa alta, completa, que resonó en el espacio vacío. Yo nunca reía así. Nunca.

—¿He cerrado el restaurante más caro de Milán y me dices que preferirías un bocadillo de carne y grasa? —pregunté, aún riendo.

—¡No me juzgues! ¡Es la verdad!

La risa cesó, pero la sonrisa no. Miré a la mujer frente a mí. Veinte años más joven, con un curso técnico y un gusto cuestionable por la comida rápida, pero con el corazón más honesto que había conocido jamás.

Y en ese instante, mientras las luces de Milán brillaban y ella hablaba con pasión sobre mayonesa casera, el mundo se detuvo.

Lo entendí.

No era posesividad. No era la necesidad de un heredero. No era la conveniencia de una prometida controlada.

Era una droga. Era una dependencia. Era la necesidad de tenerla cerca, de oír su voz, de ver el mundo a través de su honestidad ingenua y de su fuerza inesperada.

El control había desaparecido. El CEO había sido sustituido por un hombre capaz de hacer cualquier cosa por verla sonreír de nuevo.

Yo era Alessio D'Amico. Negociaba con ministros, derribaba imperios. Mi vida estaba hecha de mármol, contratos blindados y control absoluto. Y allí estaba yo, sintiéndome ridículamente estúpido por haber pasado el último mes y medio intentando imponer una estructura de mentira a una mujer que acababa de admitir que su felicidad vivía en un sitio llamado "El Gordo".

El hombre que yo había sido me miró con desprecio. Y no me importó.

Seguí mirando a Isadora, y su vulnerabilidad, su honestidad, era el único trozo de verdad que había tocado en décadas.

Esa sensación, ese calor en el pecho, era la prueba de que no solo estaba vivo, sino, por fin, libre de ataduras.

El CEO estaba vacío. El hombre que quería llevarla a São Paulo para comprar una hamburguesería entera por una sonrisa… ese sí

era real.

Estaba enamorado.

La revelación me golpeó como un puñetazo en el estómago, tan inesperada como el aroma de menta que llevaba bebiendo en lugar de mi café amargo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, preocupada por mi repentino silencio.

Tomé su mano sobre la mesa, ignorando la copa de cristal entre nosotros.

—Soy un idiota —dije, con la voz ronca, incapaz de apartar la mirada de la suya.

—Lo sé, ya me lo dijiste. ¿Pero por qué ahora?

—Porque he tardado veinte años en encontrar a la única persona en el mundo que me haría cerrar el restaurante más caro de la ciudad… solo para hacerme desear cerrar un antro en São Paulo. Y lo peor… quiero comprar el restaurante más caro de São Paulo y llevarte allí.

Parpadeó, su sonrisa ensanchándose.

La atraje hacia mí, el movimiento brusco y desesperado. El beso fue profundo, una confesión de todo lo que había negado.

Era el beso de un hombre que por fin había entendido que, para tener a Isadora, tendría que bajar del trono y saltar al abismo con ella.

59.

ISADORA MENEZES

Tres semanas.

Habían pasado tres semanas desde que Alessio D'Amico, el hombre de mármol y acero, confesó que yo lo hacía sentirse como un idiota y me besó en lo alto de Milán, entregándose al abismo que éramos nosotros dos.

Fueron tres semanas de una vida que parecía salida directamente de mis sueños más secretos. El contrato seguía vigente, el compromiso seguía siendo público, pero la representación había desaparecido.

Alessio me besaba cuando y donde quería, me incluía en las decisiones que me afectaban, me dejaba formar parte real de la Fundación y, cada mañana, me llevaba una taza de té de menta.

Estaba siendo un compañero, un cómplice, un amante. Un padre presente, incluso sin tener la menor idea de ello.

Yo estaba aprendiendo a confiar en esta nueva versión suya, pero con cada día que pasaba, el secreto que guardaba en mi vientre se volvía más pesado.

Cuando el jueves por la noche me dijo que hiciera una maleta pequeña, no hice preguntas. Solo sonreí, sintiendo la adrenalina de un secreto compartido.

A la mañana siguiente, un helicóptero nos esperaba en el césped perfectamente cuidado de la Villa.

—No me digas que… —empecé, señalando la aeronave elegante.

—Sí, *tesoro*. Pensé que te gustaría —dijo, mitad afirmación, mitad pregunta, con una ligera sonrisa.

Casi tropecé al acercarme al helicóptero. Era mi primer vuelo en uno.

No era solo un vuelo; era una demostración de poder y comodidad que solo Alessio podía orquestar, y lo hacía únicamente para llevarme a un fin de semana de descanso.

—¡Es solo un medio de transporte que la mayoría de la gente solo ve en las películas, Alessio! ¡Y yo nunca he subido a uno!

Se detuvo y me miró. La frialdad profesional había desaparecido, sustituida por un brillo divertido en sus ojos azules.

—¿Es tu primera vez? —preguntó, con una sonrisa genuina.

—Absolutamente.

Me tomó de la mano y me guió hasta el asiento, colocándome los auriculares con un cuidado sorprendente. El gesto era delicado, casi tierno, y la sensación de que estaba priorizando mi comodidad resultaba embriagadora.

—Creo que estoy desarrollando una adicción peligrosa —dijo, con la voz grave y cercana, después de comprobar mis auriculares—. Coleccionar tus primeras veces. Cada sorpresa, cada mirada de asombro. Eso me fascina más que cualquier contrato de miles de millones de euros.

La turbina arrancó y la vibración recorrió mi cuerpo. La emoción era abrumadora.

El vuelo fue distinto a todo lo que había imaginado. El mundo parecía alejarse con cada metro que ascendíamos y Florencia se convirtió en un dibujo geométrico elaborado. Alessio señalaba lugares con el dedo, hablándome a través de los auriculares.

—Ahora estamos sobre el lago de Como. ¿Ves la curva de la orilla? —inclinó ligeramente la aeronave para darme mejor visión.

Me incliné hacia la ventanilla, observando el azul profundo del lago y las villas alejándose rápidamente.

—Es surrealista. Parece un mapa.

—El mundo es un mapa para ser conquistado, Isadora. Y me gusta verte desde arriba —me tomó la mano en mitad del vuelo, un contacto inesperado y reconfortante—. ¿En qué estás pensando?

—En lo extraño que es tener que subir a mil metros de altura para, por fin, sentir los pies en el suelo. Aquí, nada parece importante… excepto tú.

La tensión con Luciana, la culpa del embarazo, todo parecía diminuto allá abajo.

—Ese es el propósito, *tesoro*. Dejar atrás todo lo que no seamos nosotros.

El vuelo sobre la Toscana fue la parte más hermosa. Las colinas verdes y doradas parecían hechas de terciopelo, y las hileras de viñedos se extendían en patrones perfectos.

—¿Qué ves? —preguntó, observando mi expresión.

—Orden. Y belleza. Es tan… pacífico.

Apretó mi mano y, poco después, la aeronave aterrizó suavemente. El trayecto fue corto y el destino me dejó sin aliento: una bodega histórica en el corazón de la Toscana.

No la parte turística, sino una zona privada, con colinas suaves cubiertas de viñedos y un bungalow de piedra aislado en lo alto, con una vista que se perdía en el horizonte.

—Sorpresa —murmuró junto a mi oído en cuanto aterrizamos, antes de besarme con la urgencia a la que ya me había acostumbrado.

El beso era caliente, pero el aire toscano era fresco y olía a tierra y vino.

El bungalow era rústico, pero con el confort extremo de Alessio: chimenea encendida, muebles de madera pulida y una cama con dosel vestida con sábanas de seda.

—Alessio, esto es… perfecto —me giré hacia él, con la mano en su rostro—. Sé que has estado ocupado con el acuerdo Valenti esta

última semana. No pensé que tendrías tiempo para algo así.

Se encogió de hombros mientras me desabrochaba el abrigo y lo colgaba.

—Valenti, el consejo, los contratos. Todo puede esperar.

—Pero… la reunión con Valenti es crucial para frenar a Falconi.

Se detuvo. Sus ojos azules encontraron los míos con una intensidad que borró el nombre de Falconi de mi mente.

—Nada es más crucial que tenerte a ti, *tesoro*. El control me estaba matando. Tú eres mi caos necesario, Isadora. Y este fin de semana es para reconectarnos con nuestro caos.

Me atrajo hacia él y el mundo se redujo al olor de su perfume y al calor de su abrazo. La prioridad de su vida había cambiado, y no había forma de negarlo.

Pasamos la tarde recorriendo la propiedad a pie. Él, en vaqueros y chaqueta de cuero, relajado de una forma que nunca le había visto.

Yo reía y hablaba de la universidad y de la Fundación. Él escuchaba y hacía preguntas que demostraban que prestaba atención de verdad. Valoraba mi mente, no solo mi cuerpo.

Por la noche, cenamos en la terraza, bajo un manto de estrellas increíblemente brillantes. No había camareros, solo lo que la gobernanta había dejado para que calentáramos: pan recién hecho, quesos regionales y una botella del vino de la bodega.

Alessio se negó a beber.

—Quiero tener todos mis reflejos en su sitio para lo que tengo en mente más tarde —bromeó, mientras me abría la botella.

Sonreí, aceptando una copa y dando un sorbo. Yo solo podía beber un poco, pero la atmósfera me embriagaba más que cualquier alcohol.

Mientras la chimenea crepitaba y la luz suave iluminaba su rostro, empezó a hablarme de la historia de la bodega, de cómo su abuelo

había comprado la propiedad como forma de blanquear dinero, y yo me reí.

También habló de cómo se había convertido en el único lugar que *Nonna* Luciana amaba de verdad. Me estaba regalando fragmentos de su historia que jamás había compartido con nadie.

—¿Sabes? Cuando era niño odiaba venir aquí. Era ruidoso, *Nonna* me hacía vendimiar…

—¿Tú vendimiabas? —reí, imaginándolo con una cesta.

—Me obligaban. Pero ahora… me gusta.

Me miró y su confesión fue simple, pero profunda.

—Me gusta estar aquí contigo. No me siento vigilado. No tengo que preocuparme por lo que dirá mi abuela si te beso delante del personal.

Se inclinó y me besó, con un gesto cargado de gratitud.

—Quiero que nuestro mundo sea así, Isadora. Solo nosotros. Lejos del control y de las expectativas de cualquier otra persona que no seamos nosotros mismos.

Apoyé la mano en su antebrazo, sintiendo el músculo firme bajo la tela. El miedo desapareció, sustituido por una oleada abrumadora de amor y urgencia.

Me estaba dando justo lo que más deseaba. Se estaba abriendo a mí. Y yo le estaba mintiendo sobre lo más importante.

Tiene que saberlo.

La copa de vino empezó a temblar en mi mano.

—Alessio —empecé, con la voz ronca, casi inaudible—. Necesito decirte algo.

Dejó de beber agua y me prestó toda su atención. El fuego iluminaba sus ojos azules.

—Dime, *tesoro*.

—Yo… yo… —la garganta se me secó y el pánico me golpeó como un rayo.

Si lo decía ahora y las cosas salían de forma distinta a como yo deseaba, destruiría ese momento. Lo obligaría a volver a la armadura. Haría que se sintiera manipulado, aunque no fuera mi intención.

Todo mi cuerpo se negaba a arruinar aquella primera vez nuestra, porque si todo se salía de control, quería poder recordar ese fin de semana como un pequeño tesoro.

Respiré hondo, obligándome a tragarme la verdad.

—Yo… amo este lugar. Amo estar aquí contigo.

Me miró durante un largo instante. Un brillo de algo no dicho cruzó sus ojos, pero no me presionó. Sonrió, sincero.

—Yo también amo estar aquí, Isadora.

Se levantó, rodeó la mesa y me tomó en brazos. Dejé escapar un pequeño grito de sorpresa.

—Vamos dentro. Hay cosas que no se pueden aplazar hasta el lunes. Y no necesitas vino para embriagarte.

Me aferré a su cuello mientras me llevaba al interior del bungalow. La chimenea, la seda, la vista… todo se mezclaba en una promesa de intimidad.

Estaba amando a Alessio D'Amico más de lo que jamás imaginé posible. Vivía los mejores días de mi vida y, con cada contacto y cada beso, la culpa de la omisión se volvía más insoportable.

Pero ese fin de semana, bajo el velo de una bodega secreta, me permitiría ser solo la mujer que él, por fin, había elegido.

El futuro que nos esperaba lo afrontaría el lunes.

***

La chimenea ya había consumido la mitad de la leña y el crepitar era tan constante que parecía respirar con nosotros. La bodega, afuera, era silencio absoluto; solo el viento arañando las ventanas y el aroma dulce de las uvas dormidas.

Alessio estaba tumbado boca abajo en la cama, hojeando un libro antiguo que había encontrado en la estantería del bungalow, un volumen grueso de cuero con letras doradas y páginas amarillentas.

Movía los labios mientras leía, concentradísimo.

—¿Estás leyendo una enciclopedia del siglo XIX sobre viticultura? —pregunté, conteniendo la risa mientras el vino giraba suavemente en mi copa.

—No es una enciclopedia cualquiera —replicó sin alzar la vista—. Es italiana —explicó, como si eso lo justificara todo.

Me eché a reír. Él levantó la mirada, fingidamente ofendido.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó, cerrando el libro despacio.

—Nada. Es solo que… el hombre más controlador del mundo está estudiando producción de vino como si fuera a examinarse.

—Puede que esté estudiando solo para impresionar a alguien —respondió, arqueando una ceja de forma felinamente calculada.

—Cero impresión hasta ahora —di un sorbo al vino—. Aún no he oído ninguna palabra difícil.

Cerró el libro de golpe y lo dejó a un lado con un *thump* teatral.

—Muy bien, señorita Menezes. ¿Quiere una palabra difícil?

Asentí, fingiendo solemnidad. Se aclaró la garganta.

—Enófilo.

Parpadeé.

—¿Salud?

Sonrió, esa sonrisa arrogante que, aun así, parecía… enamorada. El estómago me dio un vuelco.

—Enófilo, *tesoro*, significa "amante del vino".

—Ah. Entonces yo también soy enófila.

—¿Ah, sí? —arqueó una ceja, provocador—. ¿Desde cuándo?

—Desde que empezaste a darme estos vinos tan buenos y decidí que fingir que entiendo algo es una idea excelente.

Soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás.

—Es la primera vez que alguien admite que solo se hizo enófilo por mi culpa.

—Créeme, Alessio, si dependiera del precio de esos vinos, seguiría siendo "la chica del zumo de uva".

—Pero sigues siendo mi favorita —respondió, apoyando la mano en mi pierna—. Eres imposible.

—No —repliqué, sentándome en el borde de la cama y pinchándole la cintura a propósito—. Imposible eres tú intentando ser normal.

Me sujetó el dedo y tiró de mí con un movimiento rápido que me arrancó un gritito. Caí sobre él, algo torpe, y Alessio volvió a reír, el pecho vibrando bajo mi oreja.

—Ven —murmuró contra mi cabello, rodeándome con los brazos.

Nos quedamos así un instante largo, sin prisa. Acaricié su camiseta con la punta de los dedos, un contacto leve pero cargado de una necesidad silenciosa.

Él hizo lo mismo, subiendo la mano por mi espalda con una caricia lenta que me desarmaba por completo.

—¿Eres feliz? —preguntó en voz baja, como si fuera un secreto.

Cerré los ojos.

—Lo soy.

Soltó el aire, como si llevara años esperando esa respuesta.

—Yo también.

La frase cayó caliente entre nosotros. Simple. Honesta. Demasiado peligrosa.

Una vez le había preguntado a Alessio qué creía que lo haría feliz. No supo responderme. ¿Y ahora, allí, en el silencio de aquel bungalow, estaba admitiendo que yo lo hacía feliz?

Levanté un poco la cabeza. Él también. Nuestras narices casi se tocaron. El mundo se hizo pequeño. Ridículamente pequeño.

—Alessio… —empecé, sintiendo las palabras subir, indomables. Era eso. La frase. La primera de las dos verdades más importantes de mi vida que llevaba tiempo tragándome.

Él sostuvo mi rostro con una mano, el contacto caliente en mi piel erizada. Parecía tan preparado como yo.

—Isadora… —murmuró, con la voz ronca.

Nos quedamos allí, atrapados el uno en el otro, el *te quiero* atorado en mi garganta mientras compartíamos calor, respiración y una esperanza tan grande que dolía.

Pero ninguno de los dos dijo nada.

En lugar de eso, apoyó la frente en la mía, nuestros labios a punto de tocarse, y sonrió de una forma que nunca le había visto.

—Te estás poniendo roja —me provocó.

—¡No lo estoy! —mentira descarada.

—Sí lo estás —susurró, deslizando el pulgar por mi mejilla—. Y me encanta.

Le empujé el hombro suavemente.

—Deja de ser encantador. No pega contigo.

—Curioso… creo que me pega perfectamente —replicó, atrayéndome más hacia él.

Y antes de que pudiera protestar, me besó.

No era uno de sus besos hambrientos ni uno de los besos posesivos de la Villa. Era algo nuevo: suave, lento, profundo. Un beso que decía absolutamente todo lo que ninguno de los dos se atrevía a poner en palabras.

Deslicé la mano hasta su nuca. Él sujetó mi cintura. Nuestros cuerpos encajaron como si hubieran sido moldeados para eso.

Cuando el beso terminó, sonreíamos como dos adolescentes idiotas, tumbados en un bungalow de piedra en medio de la Toscana, fingiendo que teníamos todo el tiempo del mundo para ser felices.

—Te estás riendo solo —observé, riendo también.

—Estoy viviendo mi peor pesadilla —respondió.

—¿Cuál?

—Ser ridículo. Por tu culpa.

Escondí el rostro en su cuello para no llorar.

Me apretó con más fuerza, como si pudiera impedir que el mundo nos alcanzara. Y por primera vez desde que llegué a Italia, creí que podía existir un mundo donde Alessio y yo viviéramos sin miedo.

Sin contrato. Sin plazos. Sin guerra.

Solo nosotros dos.

Pero el *te quiero* que casi escapó aquella noche quedó guardado dentro de mí, quemándome el pecho.

Al día siguiente. Se lo diría al día siguiente.

Junto con la verdad sobre nuestro hijo.

Al día siguiente.

60.

ISADORA MENEZES

El olor a pino y el cuerpo de Alessio, pegado al mío, fueron las primeras cosas que sentí al despertar.

Las sábanas estaban enredadas en nuestras piernas y el crepitar tibio de la chimenea era el único sonido. Si ese era nuestro abismo, yo estaba lista para caer para siempre.

Me giré, con la sonrisa tonta aún en el rostro, y vi a Alessio despertar. Sus ojos azules encontraron los míos y el amor que sentí por él en ese instante fue tan puro que la culpa de la omisión estuvo a punto de hacerme llorar.

—Buenos días —susurró, con la voz grave y ronca.

—El mejor de todos.

Estaba a punto de decir la frase. La frase que me había tragado la noche anterior. El *te quiero* estaba en la punta de la lengua, listo para ser intercambiado por el beso que siguió, cuando el silencio del bungalow fue desgarrado por el timbre estridente del teléfono de Alessio.

Maldijo en italiano; el sonido áspero me hizo encogerme. Contestó, y la expresión de su rostro cambió en segundos, regresando a la máscara del *Capo*.

—*Sì. Sono sveglio.* —escuchó, y su cuerpo se tensó—. *Merda.* Dile que llegaré lo antes posible. Prepara el helicóptero.

Colgó. El libro de viticultura quedó olvidado.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, incorporándome y cubriéndome el cuerpo con la sábana.

—Problemas en Florencia. El consejo está forzando una reunión anticipada sobre Valenti. Es el momento, Isadora. Necesito estar allí.

La burbuja estalló. La realidad invadió nuestro refugio.

Se levantó, poniéndose el pantalón de vestir y abotonándose la camisa con una velocidad impresionante. El hombre enamorado fue sustituido por el CEO.

—Lo siento, *tesoro* —dijo, besándome la frente—. No era así como había planeado nuestro regreso.

—Está bien —lo tranquilicé, rozando mis labios con los suyos y acariciándole el rostro, aunque me sentía levemente rechazada.

Eran las hormonas, y obligué a mi cerebro a imponerse con la razón. Alessio podía ser mío cuando estábamos a solas, pero eso no era todo lo que era. El padre de mi hijo era un hombre de negocios que había pasado la vida entera preparándose para el momento que estaba viviendo ahora.

Aquello era importante para él y yo iba a apoyarlo.

—¿Puedes vestirte en cinco minutos? —preguntó.

Me mordí el labio y asentí.

—Prometo que te compensaré.

Le robé otro beso rápido y me levanté.

El vuelo de regreso fue silencioso, apresurado. El aire enrarecido del helicóptero parecía demasiado frío ahora y las colinas de la Toscana, a lo lejos, parecían una ilusión.

Aterrizamos en la Villa de Milán, en medio del césped. Alessio me abrió la puerta y me atrajo para un beso breve, pero profundo.

—En cuanto resuelva toda esta mierda —dijo, con el ceño fruncido por la frustración—, vuelvo. Tengo algunas cosas que necesito decirte, Isadora. Pero quiero hacerlo con calma. Con el tiempo que mereces.

Sus palabras me llenaron de un calor renovado. Quería hablar conmigo. Quería tiempo.

Eso solo podía significar una cosa: estaba listo para romper el contrato y vivir nuestra verdad. Tenía que ser así. Yo, desde luego, lo estaba.

—Estaré esperando —dije, con una sonrisa que iluminó mi rostro.

Asintió, sus ojos azules brillando con una promesa silenciosa, y se dio la vuelta, regresando al helicóptero. La aeronave se elevó, llevándose a Alessio a su guerra, y yo entré en la Villa sintiéndome ligera.

Flotaba. La felicidad me impulsaba. El embarazo, Luciana, la universidad… todo parecía manejable. Porque ahora nos teníamos a nosotros.

Alessio me amaba. No había dicho las palabras, pero sentía esa verdad en los huesos.

Me había elegido y tendríamos un hijo juntos. No sería fácil, pero su amor era la única seguridad que necesitaba.

No veía la hora de darme una ducha y llamar a mi madre.

Aún no podía contar toda la verdad, pero quería que supiera que era feliz. Muy feliz. Las cosas por fin habían encontrado su lugar. Por fin estaban saliendo bien.

Abrí la puerta del dormitorio que compartía con Alessio, aún riendo al pensar en cómo Rafa enloquecería al descubrir que iba a ser tío… pero la risa murió en mi garganta.

Luciana D'Amico estaba sentada en el sillón del dormitorio, frente a la puerta.

Mi cuerpo se detuvo antes de que mi mente lo entendiera.

Fue como chocar contra una pared invisible. El aire se me quedó atascado en la garganta con tanta fuerza que sentí un sabor metálico subir. Ella no me estaba esperando. Me estaba observando.

Su mirada era glacial, pero en su mano sostenía algo que hizo que la sangre se me congelara en las venas.

No era un papel ni un objeto familiar.

Era el pañuelo de seda que había escondido en el cajón de los calcetines.

Y sobre el pañuelo, pequeño y blanco, yacía el test de embarazo positivo.

—Bienvenida de vuelta, querida Isadora —dijo Luciana, con la voz fría y educada, sin una pizca de emoción.

El aire abandonó mis pulmones. Di un traspié hacia atrás, los ojos fijos en el objeto.

—T-tú… —apenas podía hablar.

—¿Yo? Ah, sí. Arreglo el cuarto de mi nieto desde que era pequeño, Isadora, ¿sabes? Claro, no con frecuencia. Me gusta darle la sensación de privacidad que todo hombre aprecia. Así que solo aparezco cuando percibo que ha llegado el momento de sacar la basura.

Apoyé la mano en el marco de la puerta porque mis piernas… mis piernas simplemente olvidaron cómo funcionar.

La habitación giró. No metafóricamente. Literalmente.

El sillón se duplicó, luego se triplicó y solo después volvió a su sitio.

Mi estómago se contrajo con la violencia de quien ya había avisado que no soportaba otro golpe más y tragué saliva para no vomitar allí mismo.

Mi corazón empezó a latir mal. Mal de una forma peligrosa, descompasada, como si hubiera entrado en pánico antes que yo.

Una punzada aguda atravesó mi bajo vientre: nerviosismo, miedo, hormonas, todo mezclado en un caos biológico que mi mente no lograba acompañar.

—Fue un error. No es mío —intenté, con una mentira débil y patética.

Ni siquiera sabía por qué mentía, pero la forma en que me miraba, sentada allí, me hacía sentir diminuta y aterrorizada.

Luciana sonrió. No era una sonrisa. Era la exhibición de los dientes de un depredador.

—No pierdas el tiempo con mentiras. Yo nunca lo hago. Sabía que el embarazo era una posibilidad, dada tu… predilección por mi nieto. Pero confieso que esperaba más inteligencia por tu parte a la hora de ocultar las pruebas.

Se levantó y caminó hacia mí, deteniéndose a un metro de distancia. El olor de su perfume caro me sofocó.

—¿De verdad pensaste que un hombre como Alessio le daría la espalda a la familia? ¿Al poder que ha esperado toda su vida?

—Él me ama —susurré, la frase convertida en una oración desesperada.

Ella rio.

—¿Te lo dijo? —preguntó, inclinando la cabeza. Y al no responder, su sonrisa se ensanchó—. Me lo imaginaba. Alessio puede ser muchas cosas, pero frívolo con las mentiras no es una de ellas. Miente, sí, pero siempre con un propósito. Y decir que te ama no serviría para ninguno.

Negué con la cabeza una y otra vez. El corazón me latía en la garganta y cada centímetro de mi piel estaba helado. Temblaba, aterrada, sin saber siquiera de qué.

La simple invasión de Luciana en aquella mañana de felicidad, el aura que desprendía, había sido suficiente para llevarme a ese estado. Y sus palabras… estaban haciendo el resto del trabajo.

—Alessio siempre ha sido un hombre de lógica —continuó—. Imaginé que, en algún momento, acabarías convirtiéndote en una válvula de escape. Una fase. Nada más. Belleza tienes, nadie puede negarlo, aunque sea una belleza barata. Pero ese escape ya no es necesario. Te elegí para un propósito, y ese propósito se ha cumplido. Ya no eres necesaria.

—¿Q-qué? ¿De qué está hablando?

Luciana volvió a reír.

—¿Qué? ¿Pensaste que la idea de elegir a una chica miserable y sin opciones había sido de Alessio? —inclinó la cabeza como una leona—. Mi nieto es un hombre inteligente e incluso despiadado, pero aún no ha entendido que no se puede meter solo un pie en este tipo de decisiones, así que, a veces, necesita un empujón. Soy yo quien suele dárselo.

Negué con la cabeza con vehemencia. Mis ojos se abrieron de par en par y empecé a retroceder, porque no. Lo que ella estaba insinuando… no podía. No podía ser verdad.

Mi espalda chocó contra la pared y me di cuenta de que, en algún momento, había entrado en el dormitorio. En otro, Luciana había ido hasta la puerta y la había cerrado.

Estaba tan concentrada en ella que no había percibido que nos movíamos: ella rodeándome y yo girando para huir de su proximidad. Y ahora estaba allí, atrapada con una mujer cuya única intención visible era destruirme.

—Es mentira —repliqué, expulsando las palabras con toda la fuerza que me quedaba.

Sabía que a la abuela de Alessio no le gustaba, sabía que sería un obstáculo para cualquier futuro que quisiéramos tener, pero nunca imaginé que llegaría tan lejos, que…

—Beatriz y Helena —pronunció los nombres como si fueran viejas amigas, con una sonrisa condescendiente—. Elegidas por mí también. Tus profesoras.

Luciana soltó un largo suspiro.

—Imagino que todo esto es un shock para ti, pero las cosas serán mucho más fáciles si simplemente aceptas. Tú, querida mía, fuiste elegida por mí cuidadosamente, desde el momento en que recibiste aquella llamada para la entrevista.

—¿L-la entrevista? —la pregunta salió de mi garganta horrorizada.

¿Cómo… cómo podía saber lo de la entrevista?

Sentí una punzada aguda en el costado del abdomen, como si mi cuerpo reaccionara con dolor ante aquella posibilidad absurda.

El cuero cabelludo me hormigueó, la visión se me nubló por un segundo y tuve que apoyar la mano en la cómoda.

No, no, no. Mi mente repetía en pánico, pero el cuerpo reaccionaba como si aquello fuera verdad, como si reconociera a un depredador mucho antes de que yo pudiera racionalizar.

Una náusea caliente me subió por la garganta, de las que me atacaban cada mañana, pero ahora acompañada de un terror tan intenso que las manos empezaron a temblarme.

No era posible. No podía ser.

Mi cuerpo estaba rechazando aquella mentira como se rechaza un veneno.

—Sí. La entrevista. El ascensor. Y, por supuesto, la aparición de Alessio como tu salvador después —respondió como si fuera obvio.

Las piernas me fallaron.

—No —repetí, pero esta vez la palabra salió débil—. ¡No! —dije de nuevo, obligándome a decirlo con fuerza—. ¡Tú no me elegiste!

—Sí, lo hice. Y te observé. Una chica pobre, sin lazos familiares ni futuro, con una ambición ciega. Perfecta. Alessio jamás se habría involucrado contigo por voluntad propia —gesticuló con desdén—. Tuve que convencerlo. Pero obedeció. Eso es lo que hace Alessio. Siempre obedece.

Me dolía el pecho. Cada detalle que citaba —Beatriz, Helena, la entrevista, el ascensor; el comienzo que yo creí escrito por el destino con líneas torcidas— era un martillo golpeando mi esperanza.

Luciana no podía saber esas cosas. No había manera.

—Estás mintiendo, yo… yo conozco a Alessio, él… sé que no sería capaz de engañarme así. Él nunca…

—Entonces, ¿dónde está ahora? —preguntó ella.

—¿C-cómo?

—Si estás tan segura de que conoces a mi nieto, dime, Isadora. ¿Dónde está ahora mismo?

Parpadeé y mis ojos recorrieron el dormitorio que, en algún momento, se había vuelto familiar para mí. Solo entonces noté algo.

El olor de Alessio, que antes impregnaba todo, había desaparecido.

El único aroma en el espacio era el de una limpieza sofisticada.

—En la sede de la compañía. Convocaron una reunión extraordinaria para hablar de la adquisición de la empresa de Alessandro y…

La risa de Luciana me interrumpió. Tomó un periódico de encima de la cómoda y me lo tendió. No lo acepté, pero mis ojos —que ya leían italiano— se clavaron de inmediato en el titular que gritaba:

«LA SUCESIÓN D'AMICO AVANZA: ALESSIO D'AMICO ASUME HOY, OFICIALMENTE, LA PRESIDENCIA DEL CONSEJO A LOS 42 AÑOS».

El mundo giró.

Fue como si alguien hubiera arrancado el suelo bajo mis pies. Mi respiración falló —no se ralentizó, falló— un hipo silencioso de aire que no entró… y luego no salió.

El pecho se me cerró y, por un instante, estuve segura de que iba a desmayarme.

No pude tocar el periódico porque ya no sentía los dedos. Estaban entumecidos, helados, como si ya no me pertenecieran.

El bebé. Nuestro bebé.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi razón: una presión extraña, una tensión en el bajo vientre, como si mi instinto gritara *protege*. Pero yo no podía proteger nada. Ni a mí. Ni a él.

¿Y lo peor? Una punzada de culpa atravesó mi pecho con tanta fuerza que mi cuerpo se dobló hacia delante. Estaba trayendo a un niño a un mundo que me aplastaba aún más rápido que antes.

—La sucesión… —susurré.

Mi cabeza explotó en flashes, pensamientos y recuerdos. Empecé a moverla de un lado a otro, sin entender, sin creerlo, y las lágrimas brotaron de mis ojos y rodaron por mis mejillas.

No podía creerlo. No quería.

Pero… lo había conseguido. El acuerdo con Valenti, la reunión urgente… todo era por eso. Me había besado, me había amado, y había subido al trono justo cuando yo estaba más vulnerable.

Y me había mentido.

Él… él dijo que no estaba planeado.

Pero si no lo estaba, ¿cómo lo sabían los periódicos?

—El viaje de fin de semana… —mi voz falló incluso cuando el pensamiento debería haber sido solo mío.

—Fue una cortina de humo —completó Luciana—. Una forma de tener su "último baile" mientras yo adelantaba los preparativos. En este momento está recibiendo la silla de la presidencia. Y ya no necesita tu distracción.

—¡No! —grité sin fuerza—. ¡No! ¡Quiero verlo! ¡Quiero hablar con él!

—No volverás a verlo —declaró Luciana, con tono definitivo—. Lo que ocurrió en este dormitorio, Isadora, nunca existió. Tú eras el contrato, y el contrato terminó. O, al menos, lo que vosotros teníais. No te preocupes. Las garantías que exigiste en caso de rescisión unilateral serán pagadas. Y firmarás un nuevo contrato.

—¿Un… nuevo contrato? —murmuré, regresando a mí misma con una rabia fría—. ¡No voy a firmar nada!

—Oh, pero firmarás. Porque tu ambición no puede estar por encima de la historia de esta familia. Ese bebé nunca será un D'Amico. Es una mancha. Y tu única salida es el silencio.

Fue como recibir una patada. No emocional. Física.

Mi cuerpo se dobló, literalmente, como si el aire hubiera sido arrancado de mis pulmones con brutalidad.

Mis manos fueron a mi vientre sin que yo lo ordenara.

Un gesto instintivo. Primario. Animal.

Sentí la piel del abdomen arder bajo mis palmas, como si el bebé pudiera oírme, como si pudiera pedirle perdón por haberlo puesto en esa situación.

—No… —salió de mí como un gemido. No como una palabra—. No…

La visión se me nubló por las lágrimas que luché por no derramar. El útero se contrajo de nervios; no era dolor, era miedo. Un miedo que se expandió por mis costillas y me impidió respirar hondo.

Ella se inclinó, y su siguiente frase fue un susurro helado:

—Tus maletas ya están hechas. Tomarás el coche hasta Milán, donde esperarás como una buena niña la hora de tu vuelo privado a Brasil y te someterás a un procedimiento. Tu nombre será borrado, recibirás una suma generosa por tu silencio y nunca volverás a acercarte a Alessio. Todo lo que ganaste mientras nos fuiste útil es tuyo y está en tu equipaje.

Miré mis manos. Estaban temblando.

—No —dije, con la voz firme pese al dolor—. Voy a hablar con Alessio. Voy a contarle lo de nuestro hijo.

Luciana negó con la cabeza, con una falsa compasión.

—No hay "nuestro hijo", Isadora. Hay el futuro D'Amico y la mujer que intentó usarlo para chantajear a la familia. Alessio no atenderá tus llamadas.

Un clic seco sonó en la puerta. Dos guardias altos, con trajes oscuros, entraron.

—El conductor la espera, *Signora* —dijo uno de ellos, con voz neutra.

Estaba destruida. Devastada. El dolor era tan grande que sentí el impulso de gritar hasta quedarme sin voz. Pero lo último que Luciana me robaría era mi dignidad.

—Firme —ordenó, tendiéndome un bolígrafo y un fajo de papeles.

Bajé la mirada hacia las líneas impresas, pero no tenía fuerzas para leer. ¿Y qué más podían quitarme ya? Nada. No quedaba nada de mí.

Firmé.

Tomé el pañuelo de seda y lo guardé en el bolsillo, dejando el test de embarazo sobre el sillón, para que Luciana tuviera que limpiar su "error".

Pasé junto a Luciana sin mirar atrás, la cabeza alta. Mi cuerpo estaba erguido, pero el alma hecha pedazos.

Con cada paso lejos de ella, mi valentía disminuía. El pasillo parecía estrecharse, el aire volverse más fino.

Las rodillas me fallaron en la primera curva. En la segunda, mis pies estaban tan fríos que ya no los sentía. Un mareo espiraló, comenzando en la nuca y descendiendo como hielo líquido por la columna.

Apoyé la mano en la pared. Por un segundo, pensé que caería allí mismo, que doblaría el cuerpo alrededor de la vida que llevaba dentro y lloraría hasta perder el conocimiento. Pero seguí en pie, no por fuerza, sino por inercia.

Mi respiración se volvió corta, rápida, casi jadeante.

Necesitaba aire.

Necesitaba a Alessio.

Necesitaba… necesitaba… Pero todo el pasillo olía a su ausencia.

Bajé la gran escalinata, la misma que había subido con tanto miedo y bajado con tanta alegría. Miré la puerta de la Villa y supe que estaba dejando mi corazón atrás.

Alessio nunca me amó. Todo había sido una mentira. Una trampa finamente calculada.

Yo no era la actriz. Era el público.

El suelo se movía bajo mis pies cuando entré en el coche oscuro, escoltada.

No conseguía llorar. El dolor era tan grande, tan anestesiante, que sabía que, si me permitía sentirlo, moriría allí mismo. Me iba. Sin luchar. Dejando atrás al hombre que amaba y al hijo que esperaba, en el infierno que era la familia D'Amico.

El último vistazo que tuve de la Villa fue el mármol frío e imponente, y mi cuerpo supo, antes que yo, que estaba dejando atrás al padre de mi hijo y toda una historia que solo había existido dentro de mi propia cabeza y mi corazón.

El mundo no terminó allí.

Pero algo dentro de mí, sí.

El coche aceleró, llevándome de vuelta al anonimato y a la soledad.

61.

ALESSIO D’AMICO

El aire en mi despacho de la sede de Florencia era denso, pesado con la promesa de la victoria. El sol del mediodía, que se colaba por los grandes ventanales, iluminaba el humo de un puro que apenas había empezado.

Estaba en la cima del mundo.

La reunión de emergencia del consejo había sido un éxito rotundo. La maniobra de Luciana de adelantar la sucesión, aunque arriesgada, había funcionado como un reloj suizo.

El acuerdo con Valenti se cerraría la semana siguiente y, como resultado, la votación para la presidencia del consejo —el último paso formal para que yo asumiera el control total— ya estaba fijada.

El poder. El legado.

Lo tenía todo. Y, extrañamente, lo único en lo que podía pensar era en lo que había dejado atrás en la Villa, en Milán.

Isadora.

Miré el reloj. Una hora. Una hora y media de burocracia y estaría de vuelta en el helicóptero. El tiempo apremiaba. Debería estar revisando los últimos detalles del acuerdo Valenti, pero mis dedos tamborileaban con impaciencia sobre la mesa de caoba.

Necesitaba verla. No solo para cubrirla de besos y llevarla de nuevo a la vinícola. Necesitaba decir la verdad. La verdad que me había tragado la noche anterior.

Amaba a Isadora Menezes. La amaba con una ferocidad estúpida que desmontaba toda mi lógica. Era mi caos, mi adicción, la mujer que me había hecho sentir ridículo. Y nunca había sido más feliz.

—*Te amo* —ensayé la frase en voz baja, sintiendo la tensión familiar en la mandíbula.

Era fácil decirlo en el silencio de mi despacho. Pero frente a ella, la vulnerabilidad me ahogaba.

La haría mía. Sin contratos. Sin reglas de Luciana. Sin juegos.

—*Signore* D'Amico —la voz educada de mi secretaria sonó por el interfono—. Leonardo Falconi está en recepción. Insiste en que es urgente y que necesita verle.

Mi cuerpo se tensó. Falconi.

Golpeé el bolígrafo contra la mesa y ladeé la cabeza. Era un rival digno, tenía que admitirlo. Había logrado mantenerse en el juego mucho más tiempo que cualquier otro que se atreviera a enfrentarme.

Y eso era precisamente lo que me decía que alguien como él no vendría a mi territorio, a mi sede en Florencia, a menos que sostuviera una carta muy, muy valiosa. Y a esas alturas, no toleraría ninguna mano que no estuviera a mi favor.

—Dígale que suba —ordené, apagando el puro.

Odiaba la interrupción. Cada minuto perdido con él era un minuto lejos de Isadora y de la conversación crucial que nos esperaba. Pero no podía ignorarlo. La ambición era mi naturaleza y necesitaba saber qué estaba tramando mi enemigo.

Minutos después, Leonardo Falconi estaba frente a mí, impecable con un traje gris, una sonrisa burlona en los labios y un sobre sencillo en la mano. Ninguna carpeta.

—Alessio —dijo, con la arrogancia habitual que me daba ganas de golpearlo—. Enhorabuena. He oído que la reunión fue provechosa.

—No has cruzado Italia para felicitarme, Falconi —repliqué con voz dura—. Ve al grano.

Rió y se sentó sin ser invitado.

—Claro. Yo también lo prefiero así. Hablemos de tu último gran negocio. Valenti. Crees que tienes el monopolio, ¿verdad? Crees que porque has conseguido el apoyo de unos cuantos viejos cansados del consejo, el camino está despejado para sentarte en la silla de tu padre.

—El camino está despejado porque no soy un incompetente que intenta robar acciones a mis espaldas.

El sarcasmo brilló en sus ojos.

—No seas frívolo. Estoy aquí para darte una oportunidad de salir ileso. Renuncia ahora al acuerdo Valenti y te dejaré conservar un poco de dignidad. De lo contrario, la próxima semana será tu final.

Mi mano se cerró en un puño.

—Mi única respuesta es que salgas de mi despacho. Creí que podrías tener algo útil que decir, pero está claro que me equivoqué.

Sonrió de nuevo, pero esta vez la sonrisa no llegó a sus ojos. Estaba disfrutando.

—Lo entiendo. El imperio es más importante. Una pena. No para mí, claro. Para la chica. —Se inclinó hacia delante—. Isadora.

La mención de su nombre fue como una descarga eléctrica. Mi cuerpo se quedó rígido.

—Cuidado —le advertí, con la voz baja y peligrosa.

Leonardo sonrió aún más.

—Es una mujer excepcional, ¿no? Guapa, inteligente. Y esa forma de mirarte. Casi llegué a creer que estaba enamorada.

Me levanté de la silla; el sonido del movimiento resonó en el despacho.

—Ese es el segundo aviso. No habrá un tercero. Sal. Ahora.

Falconi permaneció sentado, imperturbable.

—¿Qué? ¿He dicho algo de más? Qué sensible… ¿Y todo esto porque he dicho su nombre? —Arqueó una ceja—. Quiero decir… ¿qué harás cuando todo el mundo esté pronunciando su nombre? Cuando digan cosas mucho menos elogiosas que que es guapa e inteligente. ¿Qué harás cuando el mundo descubra que tu prometida, la mujer que supuestamente te está convirtiendo en un hombre mejor, es solo un contrato?

La sangre me abandonó el rostro. La frase de Falconi me atravesó como una bala y su sonrisa se volvió insoportablemente más amplia. Forcé mi rostro a adoptar la máscara de indiferencia que había perfeccionado durante años.

—Eres, claramente, muy creativo.

Falconi rió.

—Creí que habías dicho que dejáramos las tonterías y fuéramos directos. Tengo pruebas. Negarlo no las hará desaparecer.

—Estás faroleando —dije entre dientes, el control que había construido durante años desmoronándose en un instante—. No sabes nada. Porque no hay nada que saber.

Deslizó el sobre que llevaba sobre la mesa.

—Lo sé todo. Sé del acuerdo económico, del plazo determinado y de tus… cláusulas de indemnización. No es un mal contrato, Alessio. Bastante generoso, de hecho. Es una compra, sí, pero una generosa. Me pregunté por qué. ¿Por qué el frío e implacable Alessio D'Amico invertiría tanto en una chica que probablemente se habría vendido por una porción de pizza?

Fue suficiente.

Ni siquiera sentí mi cuerpo moverse. No sentí levantarme ni agarrar a Falconi hasta que él también estuvo de pie.

Solo escuché el golpe seco del impacto, mis nudillos encontrando su rostro con una fuerza tan concentrada que sentí el chasquido recorrer mis huesos hasta el codo.

Leonardo dio un traspié hacia atrás, la cabeza girando con el golpe, la comisura del labio abierta y sangrando, la sangre corriendo demasiado rápido para alguien que fingía calma.

Pero rió. El desgraciado rió.

Despacio, saboreando el gusto metálico. Se limpió la sangre con el pulgar y me miró como si yo fuera un niño golpeando una pared.

—Ahí estás —sonrió, siniestro—. El verdadero D'Amico.

Mis manos temblaban. No de dolor. De rabia. De miedo.

De una violencia que nunca había sentido así, una furia feroz, primitiva, que venía de un lugar que no tenía nada que ver con el poder corporativo.

Era por ella. Todo dentro de mí gritaba: *protege a tu mujer*.

El corazón me latía con tanta fuerza que parecía que iba a romperme las costillas. La visión osciló en los bordes, una niebla roja, un instinto animal que no reconocía… pero que aceptaba con los brazos abiertos.

Lo agarré del cuello de la camisa y lo estampé contra la estantería de madera tras él.

—No vuelvas a hablar de ella —gruñí, escupiendo cada palabra—. No vuelvas a pensar en ella. No vuelvas a decir su nombre. Si te atreves… te destruyo. No solo aquí. En el consejo. En toda Italia. Desaparecerás. Tu nombre, tu empresa, tu familia, todo lo que hayas tocado se convertirá en polvo.

No retrocedió. No parpadeó. No mostró miedo. Solo ladeó la cabeza, aún sonriendo con desprecio.

—Esto es adorable, Alessio. Pero no cambia nada.

Lo empujé con más fuerza. La madera crujió.

—¿Creíste que me intimidarías? —continué, con voz baja, grave, peligrosa—. ¿Que renunciaría al acuerdo porque insinuaste… cualquier mierda sobre ella?

—Creí —dijo, limpiándose otro hilo de sangre— que renunciarías cuando entendieras el tamaño de la bomba que está a punto de estallar. Si esto se hace público la próxima semana, durante la votación del consejo y el evento con los accionistas, lo perderás todo. El consejo te destituirá por fraude y quiebra moral, yo me quedaré con Valenti y, además, tendré el placer de ver a Luciana D'Amico llorar en televisión.

Dudé. Y él lo notó.

—Cinco días —dijo, señalando el sobre como si fuera una invitación al infierno—. Cinco días para renunciar a Valenti.

Dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio, aunque mis manos seguían sujetándolo por el cuello.

—Porque cuando el reloj llegue a cero… todo el mundo sabrá cuánto cuesta Isadora Menezes.

Mi pecho se bloqueó y un silencio pesado ocupó todo el despacho, ahogando el sonido del aire acondicionado, del tráfico lejano, de las voces en los pasillos. Como si alguien hubiera pulsado pausa al mundo.

—Repite eso —pedí, con voz baja, fría como hielo recién quebrado.

—Con mucho gusto. —Inclinó el rostro, dejando que la palabra se derramara como veneno—. Compra. Venta. Cláusulas de indemnización. Valor cerrado. Plazo determinado. Una prometida perfecta… contratada.

La sangre me hirvió, pero antes de que pudiera golpearlo de nuevo, alzó una mano en falsa rendición.

—Puedes seguir, Alessio. Puedes golpearme hasta romperte la mano. No cambia nada. A la prensa le encantará. ¿Y tu consejo? Ah… el consejo te destruirá antes de que termines la primera frase de tu discurso de investidura.

Apreté los dientes, conteniendo el impulso de borrar esa sonrisa de su cara.

—¿De verdad crees que puedes chantajearme?

—Creo que puedo destruirte —se ajustó la corbata—. Por el corazón. Por el orgullo. Por el nombre. Elige cuál duele más.

Di un paso hacia él. No retrocedió. Lo quería.

Quería verme perder el control. Y lo vio. Porque cuando hablé, mi propia voz me sonó extraña:

—Si la tocas, Leonardo… te mato.

Sonrió.

—No necesito tocarla. —Sus ojos brillaron, crueles—. Basta con tocar la verdad.

Y entonces se zafó de mis manos, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta con una calma insolente, como si no acabara de declarar la guerra. Antes de salir, se detuvo y miró por encima del hombro.

—Cinco días, Alessio. Después de eso, pierdes a la mujer o el imperio. O ambos. Por cierto. La chica es realmente un talento. Merece un destino mejor que el anonimato que estabas planeando para ella. Si tú no la quieres, me la llevo a mi familia. Al menos yo sí la valoro.

Salió, cerrando la puerta tras de sí con un clic suave, dejándome solo en el mismo despacho donde, menos de media hora antes, me sentía victorioso.

Miré el sobre marrón sobre la mesa de caoba. En una mano, el destino de Isadora, a quien por fin había decidido amar. En la otra, el destino de todo mi imperio, el legado D’Amico.

Proteger a Isadora significaba renunciar a todo por lo que había luchado. Salvar el imperio significaba exponer a Isadora a la furia de Falconi y de Luciana.

Mi respiración se volvió corta, irregular, como si entrara por los lugares equivocados del pecho.

Todo mi imperio… o ella.

Todo mi cuerpo palpitaba como si estuviera atrapado entre dos fuerzas opuestas, cada una tirando de una mitad de mí.

Me pasé la mano por el rostro, intentando ordenar pensamientos que venían en espirales caóticas, como si hubiera bebido gasolina. La idea de Isadora herida… expuesta… difamada…

El corazón casi se me salió por la boca y caí en la silla, respirando con dificultad.

Solo tenía una semana para elegir entre Isadora y mi trono.

Y, incluso en ese instante, ya lo sabía: solo había una cosa que realmente podía hacer.

62.

ISADORA MENEZES

La habitación del hotel en Milán era todo lo que la Villa no era: estéril, impersonal y ridículamente cara.

Sentada en el borde de la cama, con el vestido de punto gris que me había puesto a toda prisa aún en el bungaló, miraba mi equipaje de lujo alineado cerca de la puerta. La etiqueta de papel atada al asa decía: «Vuelo privado – Brasil».

Yo era un paquete. Una mercancía devuelta.

La humillación era un peso físico que me impedía respirar hondo. No era solo la traición de Alessio; era la orquestación completa. La entrevista, el ascensor, Beatriz y Helena, incluso el acto de "enamorarse" de mí. Yo no había sido la protagonista, sino una actriz contratada para un papel que ni siquiera sabía que estaba interpretando.

Había sido el público, la tonta que aplaudía la obra mientras el decorado se derrumbaba sobre su cabeza.

La náusea regresó como un golpe seco. No un mareo delicado, sino un malestar devastador que subió por la garganta con la violencia de quien intenta escapar del propio cuerpo.

Apoyé las manos en la cama, pero los dedos no obedecieron; temblaban como si mi piel hubiera perdido la memoria muscular. Toda la habitación giró. Los bordes de la visión se oscurecieron y el pecho… el pecho parecía atrapado en un tornillo.

No lloré. Mi cuerpo no sabía si llorar, vomitar o simplemente apagarse. Era como si la realidad me estuviera arrancando la piel con uñas frías.

Me doblé sobre mí misma, el rostro presionado contra el colchón, respirando como si cada inspiración fuera una batalla perdida.

No sabía dónde dolía. Era por dentro. En la carne. En la mente. En el futuro. Y en el bebé. El bebé que nadie más que yo reconocía como real, al que querían extinguir incluso antes de existir.

Pasé la mano por el pañuelo de seda que llevaba en el bolsillo, lo único que quedaba de aquella mañana. El único trozo de tela que no había sido exigido por los D'Amico.

¿Dónde estaba el dolor? Estaba allí, pero era tan vasto que se había vuelto anestesiante. Un dolor que no gritaba, solo susurraba que yo estaba arruinada. No por el dinero que perdería, sino por la verdad que había construido sobre una mentira.

Alessio me amaba. Él me había elegido.

La frase vacía resonó en la habitación fría. No había amor. Solo una conveniencia calculada, un hombre manipulado por su abuela. Y él había obedecido. Siempre obedece. La frase de Luciana era la única verdad que tenía entre las manos.

La punzada de culpa regresó y encorvé el cuerpo hacia delante, abrazando el vientre liso. Estaba trayendo una criatura a un mundo de una familia que me veía como basura y que forzaría un aborto para preservar el linaje.

Procedimiento. Luciana había dicho la palabra como si hablara de una manicura.

El teléfono de la habitación sonó, un intento irritante de arrancarme de mí misma, y tuve que levantarme para colgarlo. Al pasar junto a la ventana, algo llamó mi atención.

Abajo, en la calle mojada por la llovizna, una madre y una niña de unos tres años intentaban cruzar la acera. La pequeña se soltó de la mano de su madre y echó a correr, riendo a carcajadas, esa risa que solo tienen los niños.

Y entonces giró en la dirección equivocada.

Un coche apareció en la curva. Demasiado rápido. Demasiado grande. Demasiado cerca.

—No… —el susurro salió de mí como si fuera sangre.

La madre no pensó. No gritó el nombre de su hija. No dudó. Simplemente corrió. Se lanzó. Se arrojó a la calzada. Se colocó delante, entre el coche y el cuerpo pequeño de la niña.

El conductor frenó con fuerza; los neumáticos chirriaron y resbalaron. El coche se detuvo a centímetros de ella.

La madre cayó de rodillas, desesperada, apretando a la hija contra el pecho. Le cubrió la cabeza con ambas manos, como si pudiera sujetarla entera con el cuerpo, como si pudiera convertirse en un escudo humano contra todo.

Golpeé la ventana, sin aire.

El mundo quedó en silencio. Terriblemente silencioso.

La madre levantó la cabeza. Sus ojos temblaban. Pero había fuego. El tipo de fuego que destruye ciudades. El tipo de fuego que construye mundos.

Un pensamiento se formó dentro de mí, no en la mente, sino en las entrañas: haría cualquier cosa por su hija.

Y otro llegó justo después, más brutal: y yo no estoy haciendo nada por mi bebé.

Mi bebé.

La náusea volvió, pero esta vez fue un milagro. Ya no era desesperación. Era decisión. Era vida.

Era como si mi cuerpo se estuviera preparando para una lucha que mi mente aún no había comprendido. El ardor en el bajo vientre ya no era miedo; era rebelión.

No podía quedarme allí. No podía rendirme al guion de Luciana. Ella había planeado mi salida, mi humillación y mi silencio. Me quería de vuelta en Brasil, silenciada, lo bastante rica como para no necesitarla nunca más, pero lo bastante pobre de espíritu como para no levantarme jamás.

Me convertirían en una nota a pie de página en la historia D'Amico.

No.

Me levanté, tambaleándome levemente, pero el mareo se disipó, sustituido por una claridad fría. Me miré en el espejo. Ya no era la chica ingenua que subió la escalinata de la Villa. Era una mujer traicionada, pero con un propósito: proteger.

No podía luchar por el amor de Alessio, porque nunca había existido. Pero podía luchar por la vida de mi hijo.

Mi cuerpo reaccionó como si recibiera una orden biológica, algo escrito en mí antes incluso de nacer. Las manos dejaron de temblar. El corazón se ralentizó. La respiración encontró su ritmo.

Me enderecé. Despacio. Con dolor. Pero en pie.

Una palabra resonó dentro de mí, tan nítida como el sonido del cristal rompiéndose:

Ahora.

Ya no podía esperar a nadie. No podía esperar a que Alessio me eligiera. No podía esperar a que Luciana cambiara. No podía esperar a salvar mi vida antes de salvar la suya.

El bebé. Nuestro bebé. Mi bebé.

Era mío. Solo mío. Y tenía que protegerlo con uñas, con sangre, con mentiras, con huida, con todo lo que fuera capaz. La madre de abajo casi fue atropellada y aun así no dudó.

Yo había dudado toda la mañana. Nunca más.

Nunca más.

No sería el paquete devuelto en el vuelo privado. No honraría ningún contrato nuevo. No sería la pieza que Luciana movía para limpiar la mesa.

El móvil estaba sobre la mesa, cargando, listo para ir a la bolsa de viaje. Un lujo que ella me había dado, una correa. Lo cogí y lo lancé

contra la pared con una fuerza que me sorprendió. El estallido fue el sonido más satisfactorio que había oído jamás.

Las maletas. El armario D'Amico. Todo lo que había sido una mentira. No podía llevar nada que me atara a esa vida, nada que me recordara a él. No podía llevar nada que Luciana creyera que me daba derecho a volver o que la hiciera pensar que aún tenía control sobre mí.

Cogí solo lo esencial: la cartera con mis tarjetas y los documentos brasileños. Ni siquiera miré los paquetes de euros que Luciana había dejado en la maleta para garantizar mi "indemnización inmediata".

El pañuelo de seda lo tomé como recordatorio. No podía olvidar. Nunca.

Con el cuerpo aún tembloroso, pero los pasos firmes, caminé hacia la puerta. Estaba sola en el pasillo. No había guardias patrullando; Luciana nunca creyó que yo fuera una amenaza, que fuera a huir.

En su mente, yo era una mujer pobre y ambiciosa que no arriesgaría el dinero de la indemnización. Se equivocaba.

El ascensor bajó y sentí cada latido del corazón como un golpe de dentro hacia fuera. Las piernas flaqueaban, pero avanzaban. Todo mi cuerpo clamaba por colapsar, pero lo obligué a continuar.

Salí al vestíbulo del hotel, abarrotado de turistas y empresarios. Nadie me miró. Nadie sabía quién era yo ni quién había sido. Yo volvía a ser Isadora Menezes, anónima e invisible.

Paré el primer taxi que vi.

—Aeropuerto internacional, por favor —le dije al conductor, con la voz ronca, pero controlada.

Asintió y aceleró.

Apoyé la cabeza en el cristal, observando Milán pasar como un borrón. Volvía al anonimato y a la pobreza, pero regresaba con el único regalo que no había sido comprado ni robado: mi bebé.

Llevé la mano al vientre, por primera vez ese día, no por miedo, sino por instinto.

—Te protegeré —prometí, con la voz quemada por lágrimas que no cayeron—. Te protegeré de todos ellos. Incluso de tu padre.

Alessio no me amaba. Tal vez nunca lo hizo. Pero mi bebé… él no podía pagar por eso.

Ya no había lágrimas. El dolor se transformó en una rabia fría y cortante. No podía protegerlo de Luciana ni del rechazo de su propio padre, pero podía sacarlo de allí.

Podía asegurarme de que el apellido D'Amico nunca fuera una maldición sobre su vida. Ya no era la Isadora enamorada. Era la madre que haría cualquier cosa.

Dejaba atrás la Villa, la vinícola, las sábanas, el amor que quizá existió y el amor que yo inventé. Dejaba atrás al hombre que habría elegido si él me hubiera elegido.

Pero no dejaría a mi hijo.

Nunca.

Pagaría el precio. Haría cualquier elección que lo mantuviera a salvo. Volvería a Brasil y reconstruiría una vida. Pero nunca tocarían a mi hijo. Nunca.

Erguí el mentón, sintiendo cómo el dolor se transformaba en acero.

Adiós, Alessio D'Amico.

Tú elegiste tu trono. Y yo elijo a mi hijo. Elijo nuestra supervivencia.

63.

ALESSIO D’AMICO

El helicóptero aterrizó en el césped de la Villa con el peso de una promesa cumplida.

Salí de la aeronave con el ceño fruncido, aún sintiendo la furia caliente de la conversación con Falconi, pero el pensamiento de Isadora era un bálsamo. Necesitaba verla, besarla y, entonces, tener la conversación. Decir lo que debía decir para desmantelar de una vez por todas el plan de Falconi. Haría lo que fuera necesario para protegerla. Ese era el único camino posible.

Pero algo estaba mal.

La Villa no estaba solo en silencio. Estaba vacía. Aquel silencio no era ausencia de ruido; era ausencia de vida.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Instintivo. Primitivo. Como si algo dentro de mí ya lo supiera. Ya gritara. Ya suplicara que corriera.

—¿Isadora? —llamé al entrar en la mansión.

Nadie respondió. La luz de la mañana inundaba el mármol, pero la casa estaba quieta, imponente, como un mausoleo.

—Alessio, querido. Qué bien que hayas vuelto tan rápido.

La voz de Luciana D’Amico sonó perfectamente pulida desde el fondo del pasillo. Emergiendo, impecable, con una expresión de seriedad maternal que no le encajaba en absoluto.

—¿Dónde está Isadora? —pregunté, impaciente, ignorando la formalidad. Ya estaba subiendo las escaleras—. Necesito hablar con ella.

—No está disponible ahora.

Mi corazón se detuvo. No se ralentizó ni dio un vuelco. Se detuvo.

Subí otro escalón. Luciana me sujetó el brazo con apenas dos dedos y, aun así, fue suficiente para inmovilizarme como un golpe.

Miré su mano —solo la mano— y sentí el impulso irracional y peligroso de romper cada uno de esos dedos por tocarme en ese momento. No sabía por qué, pero sentía que, si no llegaba a Isadora de inmediato… algo terrible iba a ocurrir.

—Tenemos asuntos más urgentes —continuó Luciana—. Asuntos de negocios. He sabido lo que ocurrió con Falconi en Florencia.

Mi cuerpo se tensó.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé todo, Alessio. No malgastes energía en esa sorpresa infantil. Ven al despacho. Ya he resuelto el problema.

La palabra *resuelto* activó todas las alarmas. Pero la urgencia en su voz, la mención de Falconi, me obligaron a seguirla.

Entramos en el despacho, el mismo donde años atrás mi padre me había forzado a tomar decisiones que moldearon mi vida. Luciana cerró la puerta con un clic sutil, que sonó como un sello de destino.

—Por supuesto que Falconi descubrió el contrato —empezó—. Has sido descuidado. Me llevó menos de veinticuatro horas rastrear vuestra historia en cuanto me dijiste su nombre. Desde la entrevista fallida por el problema del ascensor, hasta la madre enferma que necesitaba tratamiento médico. Sobornar a tus abogados personales para que me entregaran una copia del contrato fue más fácil que quitarle un caramelo a un niño. Te enseñé mejor que eso, Alessio.

—¿Tú… sobornaste a mis abogados? ¿Lo sabías todo desde el principio?

—Por supuesto. Nunca permitiría que alguien entrara en mi casa sin saber exactamente quién es. ¿De verdad pensaste que me estabas engañando? Ten un poco de sentido común.

—Entonces ¿por qué mencionarlo solo ahora?

—Porque ella era útil. Hasta que dejó de serlo. Hasta que se convirtió en un problema.

—¡Ella no es un problema! —gruñí.

—Ibas a ceder, ¿verdad? —acusó—. ¿Ibas a tirar Valenti a la basura por esa chica?

—Voy a casarme con ella —la corregí, con la voz baja y controlada —. Y no lo haré ahora solo para que Falconi no pueda usar el contrato. La amo, *nonna*. Es mía. Y Valenti, el consejo, todo eso… no vale la pena si implica exponer a Isadora. Nos casaremos cuando ella quiera, como ella quiera.

Luciana no se rió. Su rostro permaneció neutro, lo que era peor. Caminó hasta la mesa y lanzó una carpeta de papel pardo, idéntica a la que Falconi me había mostrado, sobre la superficie pulida.

—Ya no necesitas preocuparte por eso. El contrato ya no importa.

—¿Qué has hecho?

—He limpiado tu desastre —dijo, inclinando la cabeza—. Como siempre. Tu error fue creer que esa chica era diferente. No lo es. Es solo una mercenaria inteligente.

La sangre me subió al rostro, caliente como aceite hirviendo.

—Repítelo —gruñí—. Repítelo sobre ella. Te juro por todo lo que tengo que te haré tragar cada letra.

Luciana inclinó la cabeza, serena, como ante un animal enjaulado.

—Mercenaria —repitió—. Una chica pobre con las prioridades claras exa—

La silla salió despedida cuando golpeé la mesa con tanta fuerza que sentí la madera hundirse bajo mis dedos.

—¡No te atrevas!

Ella abrió la carpeta y la empujó hacia mí.

Dentro había un contrato nuevo, con cláusulas de compensación mucho más generosas que las originales.

—Isadora aceptó. Firmó todo antes de marcharse. Fue bastante fácil, en realidad. Sobre todo después de mostrarle un periódico que decía que la sucesión ocurría hoy. Era falso, claro. Pero no le importó. Cuando vio que su utilidad había llegado a su fin, su única preocupación fue conseguir más dinero antes de ser descartada, como predije.

El impacto me golpeó como una ola helada. Mis ojos recorrieron el contrato. Cláusulas de confidencialidad, indemnización vitalicia, una cifra obscena. Y su letra…

—Esto… —Luciana chasqueó la lengua.

—Antes de que empieces con "ella no haría eso", ahorrémonoslo. Porque claro que lo haría —dijo casi con lástima—. Estaba furiosa contigo. Dijo que la engañaste, que la usaste para acelerar la sucesión… y tiene razón. Así que simplemente le ofrecí lo que siempre quiso: dinero, en abundancia, para irse. Aceptó sin dudarlo. Su pasión por ti siempre tuvo un precio, Alessio. Yo solo lo aumenté. Está en el avión ahora.

La idea de que Isadora me abandonara por dinero fue un golpe brutal. Uno que sabía que no necesitaba aceptar como verdad.

Yo había visto la verdad en sus ojos en la vinícola. Había sentido su amor. Luciana estaba mintiendo, tejiendo una manipulación que solo tendría sentido para el Alessio de meses atrás. No para el hombre que era ahora.

—Estás mintiendo —dije, ronco—. Ella jamás aceptaría dinero para marcharse.

Luciana suspiró, cansada.

—¿Por qué no lo haría? Ha conseguido la universidad, el lujo, el contrato y ahora una fortuna para toda la vida. La hiciste millonaria. Lo único que lamentó fue no poder volver a ver a ese… Rafa. El bebé, sin embargo, fue una inconveniencia inesperada.

Todo se apagó. Solo quedó un pitido constante en mis oídos.

—¿Bebé?

Se encogió de hombros.

—No te preocupes. También está resuelto y atado en el contrato. El procedimiento se realizará en cuanto llegue a Brasil.

—¿Bebé?

El mundo no giró. Se derrumbó.

—¿Está embarazada? ¿Tú… tocaste a mi hijo?

Luciana parpadeó. No retrocedió. Pero parpadeó.

—Lo estaba —corrigió—. Eso ya es pasado. Olvídalo y aprende a no dejar cabos sueltos.

El aire desapareció de mis pulmones. El pulso golpeó mis sienes con violencia.

—¿Cabos sueltos?

Mi corazón se rompió con un dolor tan brutal que tuve que agarrarme a la mesa para no caer.

Mi hijo. Mi hijo. Mi hijo.

Golpeé la mesa y la carpeta cayó al suelo. No miré los papeles. Miré la mentira en aquellos ojos fríos.

Mi abuela no intentaba convencerme de que Isadora no me amaba. Intentaba convencerme de que Isadora era como ella.

—¿Dónde está? —exigí.

—Probablemente en un avión —respondió—. Rechazó el jet familiar. Dramática. Prefirió vuelo comercial. No importa. Lo importante es que la crisis está bajo control. Hay que convocar una reunión, controlar la narrativa, asegurar que alegues ignorancia sobre el contrato y—

No escuché más.

Isadora había huido para proteger al bebé. A nuestro bebé. De mi mundo. De mi familia.

Y Luciana pretendía borrar la vida de mi hijo para proteger mi trono.

Yo no la perdí porque ella no confiara en mí. La perdí porque yo no le di nada en lo que confiar.

Nunca le di certeza.

—Tocaste a mi mujer —susurré—. Hiciste huir a mi mujer. Tocaste a mi hijo.

Luciana retrocedió un paso. Por primera vez, su máscara se resquebrajó.

—No seas ridículo. Hice lo necesario.

—¡No me importa lo que hiciste! —rugí—. No me importa tu dinero, ni tu nombre, ni tu legado. ¿Crees que soy tan idiota como para no distinguir la verdad de una mentira? ¿Crees que no sé quién es la mujer que amo?

Di un paso hacia la puerta.

—¿Dónde. Está. Ella?

—¡Ya te lo he dicho! —alzando la voz—. ¡Ya no importa!

Avancé. Ella retrocedió.

—Escúchame bien, Luciana —dije con voz de ruina—. El trono que tanto protegiste, lo destruyo. El nombre que creíste que honraría, lo escupo. Esta familia… la derribo piedra a piedra. Y eso será misericordia comparado con lo que pasará si vuelves a tocar a mi familia.

Me giré en el umbral.

—Mantente fuera de mi camino. Tendremos cuentas pendientes. Para tu suerte, ahora tengo algo mucho más importante que hacer.

Salí.

Tenía un hijo. Y una mujer que había huido de mi infierno.

Yo ya no era el sucesor. Era el hombre que iba a buscar a la mujer que amaba y al hijo que le habían robado.

Marqué a Carla.

—Encuentra a mi mujer. AHORA. Cada cámara. Cada frontera. Cada maldito aeropuerto hasta Brasil. Y Carla… —mi voz se quebró —. Si está herida… destruyo todo lo que la haya tocado.

64.

ISADORA MENEZES

El aeropuerto era un laberinto de luces frías, voces apresuradas y el olor nauseabundo a café y miedo. Estaba sentada en la puerta de embarque hacia São Paulo, el asiento de plástico duro apenas soportando el peso de mi cuerpo agotado.

Habían pasado casi cinco horas desde que salí del hotel. Ya no lloraba. El dolor se había asentado en mí como arenas movedizas: silencioso, implacable y profundo.

Tenía el pasaporte en la mano. Un trozo de papel que me devolvía a la realidad, a un anonimato seguro, a una vida en la que mi valor no se medía en cláusulas contractuales.

Mi mente estaba vacía, salvo por una única y dolorosa pregunta: ¿Por qué no vino?

Había roto el móvil, huido como una ladrona, dejado atrás una fortuna… todo para demostrarme a mí misma —y a él— que no era una mercenaria. Lo había arriesgado todo: mi estabilidad, mi futuro, por nuestro bebé y por la esperanza estúpida de que, en medio del caos, Alessio D'Amico —el hombre que me besó en aquella vinícola— aparecería.

No para salvarme. Para elegirme.

Pero no vino. Claro que no vino.

La esperanza ingenua que brotó en mi pecho cuando la empleada de la aerolínea me dijo que el próximo vuelo a São Paulo saldría en cinco horas era absurda. Luciana había garantizado que mi precio estaba pagado. ¿Por qué le importaría cualquier otra cosa relacionada conmigo?

Él sabía lo del bebé. Sabía de nuestro hijo… y no le importó.

Ahora debía de estar en Florencia, celebrando su trono, probablemente aliviado de que yo hubiera aceptado todo en silencio. La idea de que yo no era más que un "problema resuelto" me obligó a tragar saliva.

Pasé la mano por el pañuelo de seda atado a mi muñeca, vestigio de una vida que nunca fue mía. Mi recordatorio: nunca más ser la pieza de ajedrez de nadie.

Miré el reloj digital del panel. La puerta se abriría en cinco minutos.

Volví a sentirme pequeña y mareada, pero ahora la náusea no era del embarazo, sino del agotamiento emocional. Necesitaba ser fuerte, pero la verdad era que estaba al límite.

Había pasado la última hora en un estado casi catatónico, observando a la gente a mi alrededor: familias felices, parejas cogidas de la mano, ejecutivos con sus maletines. Todas aquellas vidas parecían tan simples, tan libres de las cadenas de un legado construido sobre una riqueza brutal.

Nadie sabía que yo era la novia fugitiva del hombre más poderoso de Italia. Nadie sabía que estaba huyendo para proteger un secreto que, si se revelaba, destruiría a mi hijo.

—Vuelo con destino a São Paulo, puerta B14. Embarque del grupo prioritario.

La voz de la azafata resonó, clara y definitiva.

Tenía que irme. Cada minuto que permanecía en suelo italiano era un riesgo. No podía confiar en ningún D'Amico para que no me obligaran a someterme al "procedimiento" si me encontraban.

Y aun así, una parte de mí —tonta, ingenua, estúpida— quería ser encontrada. Por él. Por *mi* Alessio, no por el de ellos.

Me levanté. Las piernas me temblaban, pero mi propósito pesaba más que mi cuerpo.

Caminé hasta el mostrador y entregué el pasaporte. El sonido de la máquina leyendo el chip fue alto, final.

—Buen viaje, signora —dijo la empleada con una sonrisa amable.

Asentí, incapaz de devolverle la sonrisa.

Di unos pasos hacia el pasillo que conducía al avión, pero me detuve. Era un impulso patético, pero necesitaba ceder a él.

Miré hacia atrás, hacia el corredor que llevaba a los controles de seguridad y al resto del aeropuerto.

Esperaba el caos. Los hombres de seguridad de Alessio corriendo. Su traje impecable emergiendo entre la multitud. Sus ojos encontrando los míos, no con rabia, sino con la certeza del amor.

Esperaba un drama cinematográfico que validara mi elección.

Pero no había nada.

Solo gente corriente siguiendo con sus vidas corrientes. El ruido de una maleta arrastrándose. El anuncio de otro vuelo.

No había amor. No había seguridad. No había nada.

Solo el silencio que Alessio había elegido.

Respiré hondo, el aire seco del aeropuerto raspándome los pulmones. Llevé la mano al vientre.

Nunca más. Ahora somos solo nosotros dos.

Di la espalda a Italia, al imperio D'Amico y al hombre que casi me destruyó.

No estaba huyendo. Estaba reclamando lo único que me pertenecía.

Crucé la pasarela y entré en la oscuridad fría del avión, sin mirar atrás.

65.

ALESSIO D’AMICO

Atravesé el control de seguridad de Malpensa como un terremoto. El nombre D’Amico, que siempre había usado para cerrar puertas, ahora servía para derribarlas.

El mismo apellido que había intentado arrancar a Isadora de mi vida, ahora me daba todas las llaves necesarias para recuperarla.

Carla y su equipo de rastreo trabajaron rápido para reconstruir los pasos de Isadora, considerando las circunstancias, pero si ese maldito avión no se detenía, rápido podía no ser suficiente.

El vuelo de Isadora estaba en proceso de embarque y yo no iba a aceptar que mi mujer se fuera a ningún lugar sin mí a su lado. ¡Se ponía nerviosa con el despegue, joder!

Mis hombres estaban por todas partes, con trajes que parecían fuera de lugar bajo el brillo aséptico del aeropuerto. Uno de ellos, con una acreditación de empleado, me condujo por un pasillo de servicio, ignorando a los pasajeros atónitos.

Corrí como un hombre que huye de su peor pesadilla. Y eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Mi cuerpo latía de adrenalina y miedo, una corriente de pánico y furia que solo se disolvería cuando la tuviera entre mis brazos. Valenti, el consejo, Falconi… todo parecía una broma cruel.

Había perdido treinta minutos de mi vida con Leonardo Falconi, otros tantos con las mentiras de Luciana, y esos minutos podían costarme a mi mujer. Ya le habían costado lágrimas que nunca debieron derramarse, de eso estaba seguro.

Cuando entré en la pasarela de embarque, el olor a queroseno y metal era intenso, y el sonido de los motores me hizo vacilar. Yo estaba allí. El avión estaba cerrado.

—Ya ha embarcado —dijo mi hombre, jadeando—. La puerta de la cabina acaba de cerrarse, signore.

Mi corazón se hundió. Un naufragio silencioso.

—¡Entonces que la abran! —ordené con una violencia que hizo temblar al empleado—. ¡Y cierren este puto aeropuerto! ¡Ningún avión despega hasta que llegue a mi mujer!

Pensé que se resistirían, pero el D'Amico que llevaba dentro en ese momento no era solo un hombre; era un dios italiano que no aceptaba un no por respuesta.

Llegaron empleados del aeropuerto y mi pie golpeó el suelo sin parar durante todo el procedimiento de reapertura de puertas.

Entré en el avión, respirando el aire viciado de la cabina. La puerta se cerró a mi espalda con un silbido mecánico, sellándome en un tubo de aluminio con la única cosa que importaba en el mundo.

Mis ojos la encontraron de inmediato.

Isadora estaba sentada junto a la ventanilla en primera clase, sola, encogida, con el rostro vuelto hacia el cristal. Aún llevaba el vestido de aquella mañana, el cuello ligeramente arrugado.

Su postura no era de derrota. Era de ruina. Una cáscara vacía.

Su dolor me atravesó como un disparo. Puro, concentrado, y completamente causado por mí. Me paralizó en mitad del pasillo.

Vi lo que Luciana había hecho. Vi lo que mi cobardía había permitido.

Quise correr, arrancarla de allí, cubrirla de besos y prometerle, una y otra vez, que todo iba a estar bien. Pero ver su hombro temblar levemente me detuvo.

La Isadora que yo conocía no temblaba. Luchaba. Era fuego.

Lo que quedaba allí eran solo cenizas.

Intenté respirar, pero el pecho se me desgarraba como si mil clavos me atravesaran. Entonces, desde el centro de la cabina, un

bebé empezó a llorar. Un llanto alto, insistente, que rompió el silencio tenso.

Isadora reaccionó. Se giró hacia el sonido… y me vio.

Sus ojos se clavaron en los míos y el reconocimiento instantáneo fue aterrador.

Su expresión se retorció. Los ojos húmedos, pero no de lágrimas. De terror puro, primitivo.

Eso me sacó del shock.

No estaba feliz de verme. Estaba aterrorizada.

No pensé. Mi cuerpo se movió por instinto, corriendo por el pasillo estrecho, ignorando a los auxiliares de vuelo y a los móviles que empezaban a alzarse como luciérnagas.

Me detuve a su lado. Intentó levantarse, pero la detuve con un toque suave en el hombro.

—No. Quédate donde estás.

Me arrodillé en el pasillo helado, ignorándolo todo: la humillación, las miradas, el hecho de que Alessio D'Amico jamás se arrodillaba ante nadie.

El cuerpo de Isadora se tensó como si hubiera recibido una descarga. No dijo nada. Ni una súplica. Ni una protesta.

Sus ojos enormes, castaños y devastados, se fijaron en los míos con una mezcla tan cruel de emociones que casi me derrumbó: pánico, incredulidad, dolor… y algo que me destrozó por dentro.

Un resto de esperanza. Demasiado tímido para respirar.

No se movió. Sus labios se abrieron como si fuera a decir algo, pero no salió ningún sonido. Su respiración se aceleró.

El terror era casi físico. Un muro invisible entre nosotros. Y lo entendí.

Luciana la había hecho creer que yo venía a buscarla… para obligarla a abortar. Para arrancarle a nuestro hijo.

La idea convirtió mi estómago en lava.

Solté el aire con fuerza y me acerqué un poco más, despacio, sin volver a tocarla.

—Isadora… —mi voz salió rota—. Mírame.

Me miró.

Y vi.

Dios, la vi intentando descubrir si yo era el hombre de la vinícola… o el monstruo que la familia D'Amico había pintado para ella.

Su silencio me atravesó el pecho como una cuchilla, así que hablé con el único tono capaz de atravesar su miedo.

—Perdóname —le supliqué—. *Ti chiedo perdono.*

Negó con la cabeza, los labios apenas moviéndose.

—Isadora… lo que te hayan dicho…

—es mentira.

Su garganta vibró, pero no salió palabra alguna.

—Nunca te habría enviado lejos. Nunca te habría dejado cruzar un océano creyendo que estabas sola. Y nunca —nunca— tocaría al bebé que llevas como si fuera un problema.

Las lágrimas inundaron sus ojos. Se llevó la mano a la boca, sofocando un sollozo.

—Luciana… —susurró—. Ella dijo… tú…

—Luciana mintió —la interrumpí, con urgencia por arrancarle ese dolor del rostro—. En cuanto supe que te habías ido, vine a buscarte. Porque eres lo único en mi vida que no es negociable. El único contrato que jamás reescribiría. La única persona que nunca quiero perder.

Parpadeó, como si no pudiera creer lo que oía.

—Mírame, *Amore*. Mírame de verdad. Siempre me has leído como nadie. Léeme ahora: no eres un error en mi camino hacia el trono. Tú eres el camino. Desde aquel encuentro en el ascensor, desde tus bromas nerviosas, desde tus quejas ácidas sobre el dueño tacaño del edificio… eres el accidente más hermoso que la vida pudo darme, y yo fui lo bastante idiota como para seguir negándolo.

Me incliné más.

—Te amo.

Se llevó la mano al pecho, como si la frase le hubiera explotado por dentro.

—Y lo quiero todo. A ti. A nuestro bebé. A una vida que solo tiene sentido si tú estás en ella. Basta de contratos. Basta de farsas. Quiero la verdad completa y, para mí, solo existe si tú estás dentro de ella.

Los móviles estaban en alto ahora, grabando el instante exacto en que el alma de Alessio D'Amico era arrancada del cuerpo para ser depositada en manos de una chica brasileña incapaz de hablar.

Isadora pareció darse cuenta y, aun así, siendo la mujer más increíble que existía, se preocupó por mí.

—Alessio… levántate. Por favor. —Su voz era un susurro destrozado, entre sollozos—. No puedes hacer esto aquí. Te están grabando. Esto va a destruirte.

Alcé el mentón.

—Si destruirme significa quedarme a tu lado, que me destruya. Si el mundo quiere ver a Alessio D'Amico de rodillas, que mire. Este es el único lugar donde debo estar ahora: a tus pies, pidiéndote que me escuches, suplicándote que me perdones, implorándote que me des la oportunidad de amarte como mereces, Isadora. A la luz. Sin mentiras. Entera.

Intentó empujarme, pero su mano temblaba tanto que no tenía fuerza.

La culpa me atravesó como una cuchilla.

Saqué del bolsillo el primer montón de papeles que me había asegurado de llevar al aeropuerto.

—Este es nuestro primer contrato. El de fingir ser mi prometida en Navidad —dije, rompiéndolo—. Y este es el segundo. El adendo.

Lo rasgué también.

—El tercero no vale nada, porque jamás firmaría algo que te alejara de mí. Ni siquiera me molesté en traerlo, pero puedo ir a buscarlo y quemarlo si quieres.

Sus hombros cayeron. Las lágrimas ya no eran solo suyas.

—Alessio… —sollozó—. No sabes lo que estás diciendo…

—Sé exactamente lo que digo —respondí, con la voz tan firme que algunos pasajeros se sobresaltaron—. Y si aún te queda alguna duda, la arrancaré una por una.

Puse la mano sobre su vientre.

Isadora jadeó. Un sonido pequeño, precioso, desesperado.

—Yo no rechazo lo que es mío. Y tú, Isadora… siempre fuiste mía. —Me dolió el pecho como si se partiera—. Debí protegerte de mi familia. De mi cobardía. Debí amarte con valentía desde el primer día.

Cerró los ojos, las lágrimas cayendo sin parar.

—Alessio, por favor…

—Lo entiendo todo —mi voz salió baja y feroz—. Huiste porque creíste que no te elegiría. Porque mi abuela te hizo sentir descartable. Porque te di motivos para dudar de mí.

Su respiración se rompió.

—Soy un cobarde por no haberte dado certezas. Dije que te amaba en mi cabeza durante semanas, pero fui un D'Amico.

El peso del apellido cayó de mis hombros.

—No soy el hombre que ella contrató como sucesor. Soy el hombre que tú transformaste. Tú eres mi caos, mi adicción, lo único real, lo único verdadero, lo único bueno que este imperio me ha dado.

Le sostuve el rostro.

—Huiste para salvar a nuestro bebé, pero yo corría detrás de ti para decirte que nunca tendréis que temerme. Seré vuestro escudo, vuestra armadura, vuestra fortaleza. Contra el mundo, si hace falta. Te elijo a ti. Elijo nuestra supervivencia. Elijo a mi hijo. Y destruiré el trono de Luciana piedra por piedra, y a cualquiera que vuelva a amenazarte.

Respiré hondo, el aire pesado del avión, mi rostro mojado de lágrimas.

—Sé que todo empezó con un contrato de Navidad —dije—. Y sé que ahora cualquier papel firmado te repugna. Pero dame una oportunidad. Dame la oportunidad de hacer un último contrato. Uno real. Inquebrantable.

Saqué un estuche de terciopelo.

—Te amo, Isadora Menezes —declaré, mirándola al alma—. Te amo más que a mi nombre, más que a mi legado, más que a mi propia vida. Elegí el trono una vez y te perdí. No volveré a hacerlo.

Abrí la caja.

—¿Te casas conmigo, *Amore*? No por Luciana. No por Falconi. No por un contrato. Sino para ser mi mujer, la madre de mi hijo y la única soberana de mi corazón. ¿Me das la oportunidad de demostrarte que nunca volverás a estar sola?

Isadora lloraba sin control y yo me debatía entre verla hermosa incluso así y el deseo desesperado de que no volviera a derramar

una sola lágrima.

—El imperio… —intentó—. Lo perderás todo.

—Ya lo perdí cuando subiste a este avión. El resto es polvo.

Extendió la mano.

—Sí —dijo, y el sonido me hizo caer de alivio—. Sí, Alessio. Acepto.

66.

ISADORA MENEZES

La primavera olía a jazmín en Taormina.

No al jazmín frío e íntimo que yo asociaba con aquel baño caro de la Villa D'Amico, ni al perfume sintético del salón donde me habían convertido en una muñeca semanas antes de Navidad. Era jazmín real: cálido, dulce, nacido de flores vivas, arrastrado por el viento que subía desde los acantilados.

Mi vestido se movía con la brisa ligera. Una seda blanca sencilla, fluida, muy distinta de los vestidos rígidos que Beatriz eligió una vez para mí. Hecho para abrazar la curva suave que ahora exhibía, mi vientre antes liso era un secreto compartido y celebrado, guardando a nuestra pequeña Manoela, que llenaba la tela con orgullo y daba suaves pataditas, como si aprobara la ceremonia.

Estábamos casi en el sexto mes, y era lo más hermoso que había visto jamás. Ya no había escondites. Ya no había contratos. Ya no había miedo.

Solo existía el hoy.

Y hoy… iba a casarme con Alessio D'Amico. O, mejor dicho, con el hombre que Alessio D'Amico eligió convertirse.

Tres meses antes, estaba encogida en un avión, huyendo de Italia y del hombre al que amaba. Ahora, la brisa suave me envolvía, trayendo el olor del mar.

La pequeña capilla abandonada a la que me había llevado meses atrás —aquella donde gritamos amor con el cuerpo antes de atrevernos a hacerlo con palabras— estaba ahora transformada.

No por reformas. Sino por la primavera.

Las vides rastreras habían escalado las piedras antiguas, un verde brillante que contrastaba con la roca gris. El techo ausente permitía

que el cielo fuera nuestro invitado; las nubes color leche parecían querer presenciarlo.

Dos bancos de madera —solo dos— estaban colocados frente a un altar improvisado con flores silvestres.

La ceremonia tenía doce personas en total. Era todo lo que siempre quise y nunca supe pedir.

Mi madre lloraba como si el mundo entero hubiera sido reconstruido especialmente para ella, la cabeza apoyada en el hombro de Rafa, que llevaba un traje con una pajarita torcida.

Ellos eran mi fortaleza. Las únicas personas que no miraron a Alessio con miedo o juicio, sino con la certeza de que la verdad, por fin, había prevalecido.

La declaración de Alessio en aquel avión —grabada por decenas de pasajeros y viralizada en minutos— fue la chispa que incendió el mundo D'Amico.

Fue portada y contraportada durante semanas. El heredero que había cambiado el imperio por una mujer, admitiendo que el compromiso anterior era un «contrato falso» y que su único compromiso era conmigo y con el «bebé que se negaba a rechazar».

Valenti, por supuesto, canceló el acuerdo. El consejo de D'Amico me llamó «chica ambiciosa» y «amenaza para la estabilidad». Pero Luciana… ah, Luciana.

Ella fue la gran perdedora.

Perdió el negocio, la reputación y la confianza de todos, incluso de su propio nieto. Las acciones de la empresa se desplomaron y el imperio que había construido durante toda una vida empezó a resquebrajarse bajo el peso de su propia crueldad.

Alessio no intentó salvarlo. Vendió todas sus participaciones, fundó su propia holding de inversiones en energías renovables y dejó la gestión en manos de sus abogados y de un CEO de confianza.

Había cumplido su promesa: el trono no importaba.

Pasamos los últimos tres meses en un limbo delicioso, viviendo en una casa discreta en Taormina, lejos de Florencia y Milán.

Me obligó a hacer controles médicos cada quince días y pasó las mañanas leyendo guías de paternidad en italiano, refunfuñando sobre lo difícil que era montar la cuna que ya había comprado.

Era un hombre nuevo. Y yo también.

Sonreí cuando por fin mis ojos lo encontraron, de pie al final del corto pasillo, sin traje formal.

Solo una camisa blanca de lino, las mangas remangadas, abierta en el pecho lo suficiente para que el sol tocara su piel.

Pantalones claros. Pies firmes. La postura de un hombre que ya no pertenece a ningún trono que no sea el que construimos juntos.

Sonrió.

Y yo me derrumbé.

No lloré en el hotel, ni en el coche que me llevó hasta la capilla, pero lloré allí. Ante aquella sonrisa que me decía, sin una sola palabra, que todo lo anterior había valido la pena.

La música empezó a sonar y caminé hacia él con la respiración atrapada en la garganta.

Mi vestido arrastraba pétalos que mi madre había lanzado con la mano temblorosa, y cada paso resonaba con la certeza de que avanzaba en la dirección correcta.

Cuando estuve lo bastante cerca, Alessio tocó primero mi vientre, antes de tocar mi rostro. Manoela dio una patada.

—Lo sabe —susurré, con la voz quebrada—. Sabe que eres tú.

Él besó mi frente.

—Siempre da patadas cuando te ve —respondió—. Ya es celosa.

Reí entre lágrimas. Alessio tomó mis manos, sus dedos grandes y cálidos envolviendo los míos.

Levanté la mirada hacia su rostro, y allí estaba todo. No el deseo ni la posesión, sino una adoración pura e inquebrantable.

—Estás preciosa, *Amore* —susurró, la voz ronca, los ojos fijos en mi vientre durante un segundo breve, pero lleno de significado.

—Tú también estás guapísimo —respondí—. Y ridículo.

Rió, un sonido raro y precioso que había aprendido a amar.

—¿Por qué? ¿Por estar a punto de casarme con la única mujer que me hizo suplicar de rodillas?

—Por haber traído a Carla y a sus hombres para vigilar detrás de la capilla —ironizé, poniendo los ojos en blanco hacia los arbustos, donde juraría haber visto un destello de traje negro.

—Soy un hombre precavido. Además, Luciana sigue en el mundo. Y mi esposa merece seguridad.

El sacerdote empezó a hablar en italiano, pero yo no escuché. Mis ojos estaban fijos en Alessio. En su sonrisa que solo existía para mí, en el nudo que se formaba en su garganta cada vez que pronunciaba la palabra *familia*.

Y lo más importante no fueron las palabras del sacerdote. Fueron las nuestras.

Cuando llegó mi turno, respiré hondo.

—Alessio… —empecé, y mi corazón parecía inflarse dentro del pecho—. Cuando entré en aquel ascensor en São Paulo, pensé que estaba en el fondo del pozo. Que la vida había terminado. Hoy entiendo que ese ascensor estaba subiendo. Y que me llevaba hasta ti.

Sonrió con los ojos, aquella sonrisa pequeña que creí no volver a ver.

—Has visto lo peor de mí —continué— y aun así me elegiste. Me elegiste una y otra vez, incluso cuando el mundo entero quería que desapareciera.

Mi madre sollozó detrás de mí.

—Gracias por venir a buscarme a aquel avión. Gracias por arrodillarte cuando nadie imaginó que podrías hacerlo. Gracias por darme el regalo que más deseaba sin saberlo: la oportunidad de ser amada sin contrato alguno. Y gracias por Manoela. Por ella y por todo lo que representa. Te digo ahora lo que te diré todos los días que nos queden: te amo. Y elijo el caos contigo. Hoy y siempre.

Alessio sostuvo mis manos entre las suyas, grandes, cálidas y firmes, y sonrió de un modo que parecía derretir siglos de sangre D'Amico.

Cuando habló, el mundo pareció inclinarse a su alrededor.

—*Amore*… —Su voz era baja, pero firme como una promesa—. Tú me salvaste de mí mismo, Isadora. Yo era un hombre de contratos y mentiras, y tú me enseñaste que lo único que importa es la verdad. Juro, ante el mar y ante Dios, que tú y nuestra hija seréis mi prioridad. Nunca volveré a huir. Nunca volveré a dudar. Soy tuyo. Tú eres mía. Y Manoela es nuestra razón.

Acarició mi vientre y yo sonreí, empapada en lágrimas.

—Prometo ser mejor cada día —dijo—, por ti y por ella. Y prometo construir, piedra a piedra, un mundo donde ningún contrato sea más grande que el amor que siento ahora.

Silencio.

Y entonces:

—Te amo, Isadora. Te amo con todo lo que fui, con todo lo que seré y con todo lo que aún creo no merecer. Y te elijo. Hoy. Y en todos los amaneceres que vengan.

El viento sopló entre nosotros, suave, casi como un asentimiento.

Cuando el sacerdote pidió las alianzas, Rafa tropezó y dejó caer el cojín.

Fue perfecto.

Alessio rió, volvió a arrodillarse para recoger el anillo y mirar a mi hermano a los ojos con respeto, y luego deslizó la alianza en mi dedo con una delicadeza que me robó el aliento.

—Por fin, un contrato que quiero firmar —murmuró, besando mi mano, y deslizó la pluma sobre el papel que cambiaba su apellido a Menezes.

Coloqué la alianza en su mano, sintiendo el leve temblor de mis dedos.

Ya no era el CEO inflexible. Ya no era el heredero D'Amico. Era mi marido.

—Te amo —susurré—. Hoy y siempre.

—Siempre —respondió, y me atrajo por la cintura para el beso que selló toda la primavera dentro de mí.

La pequeña audiencia aplaudió. Mi madre lloraba. Rafa gritaba: «¡Uhuuuuuuuuul!».

El sol brillaba como un foco natural y Manoela dio otra patada, como si firmara su propia participación en el momento.

Mi cliché de Navidad tuvo su felices para siempre.

Y supe que nunca volvería a tener miedo de la vida, porque el amor que construimos era más grande que cualquier invierno.

EPÍLOGO

ISADORA MENEZES

SEIS AÑOS DESPUÉS

Siena parecía una postal viva aquella tarde.

Las luces de Navidad se reflejaban en las piedras de la *Piazza del Campo*, la nieve caía en copos tímidos y el aroma de castañas asadas impregnaba el aire.

Yo apretaba con fuerza la manita de Manoela. Saltaba como si tuviera muelles en los pies, el gorro rojo ladeado, a punto de caerse.

—¡Mamá, tenemos que darnos prisa antes de que vuelva papá! —me avisó muy seria, apretando contra el abrigo la bolsita dorada.

—Nos estamos dando prisa —respondí riendo—. Pero no podemos dejar que papá sospeche.

—¡Nunca sospecha! —Pausa. Frunció el ceño—. Vale… a veces sospecha un poquito.

Sospecha muchísimo, pensé.

Desde el día en que Alessio me sacó de aquel avión, nunca volvió a haber una Navidad sin significado. Nunca más una Navidad sin sorpresa. Nunca más una Navidad sin nosotros tres… ahora cuatro. Pero él todavía no lo sabía.

Manoela tiró de mi abrigo.

—Mamá, ¿crees que va a llorar como en mi cumpleaños?

Abrió los ojos de par en par, dramatizando.

—De ese llanto que parecía que alguien le había pisado el pie.

Solté una carcajada.

—Si haces bien la sorpresa, *principessa*, se desmaya antes de llorar.

Ella vibró como si hubiera oído "helado ilimitado".

—*Io sono la sorella maggiore!* —le gritó a una paloma que volaba bajo, y yo sonreí.

Era Alessio en miniatura, con la misma confianza excesiva y el mismo sentido dramático heredado. Pero también era mía: tenía mi

nariz, mis ojos y mi talento para convertir el desastre en relato.

Subimos los escalones hasta nuestro apartamento en la plaza. Era el ático de un edificio comercial, lo que significaba mucho espacio y ningún vecino. Y lo mejor de todo: estaba prácticamente al lado de la universidad.

Incluso después de tantos años viviendo aquello a diario, todavía me parecía irreal que Alessio siempre me colocara en primer lugar.

Seis años.

Seis años desde que subí a un avión para huir del infierno y Alessio detuvo el despegue para pedirme matrimonio. Seis años desde que entendí que un imperio entero puede derrumbarse y aun así reconstruirse, siempre que la piedra angular sea el amor.

Hoy, Alessio ya no era D'Amico. Ni quería serlo. Su nuevo apellido era *padre de Manoela* y, por extensión, *el hombre que introduce tentempiés clandestinos en el Hospital Universitario de Siena*.

Lo amaba más con cada semestre, con cada guardia en la que me esperaba con té de menta, y todavía más cada vez que fingía entender mis clases de bioquímica.

El aroma a canela escapaba por la puerta.

Alessio había encendido el difusor que decía usar "para convertir cualquier lugar en el hogar de Isadora".

Entré con cuidado, ayudando a Manoela a esconder la bolsita detrás del árbol. Las luces parpadeaban reflejándose en el suelo de madera y, por la ventana, la nieve empezaba a acumularse en los tejados de la ciudad.

Antes de que pudiera respirar, oímos pasos subiendo la escalera. Manoela y yo cruzamos miradas. Ella abrió los ojos de par en par.

—¡Es él!

Corrió detrás del árbol, tropezó, se levantó, volvió a tropezar y finalmente quedó escondida. Al menos… la mitad de ella.

Tuve ganas de reír, pero mi corazón latía tan fuerte que parecía que yo misma iba a caerme al suelo.

La puerta se abrió.

Alessio entró como si trajera el invierno a la espalda: abrigo oscuro, bufanda elegante, el pelo revuelto por la nieve. Estaba guapísimo. Irritantemente guapo.

—¿*Tesoro*? —llamó, quitándose los guantes—. Carla retrasó mi reunión y pensé que…

Me vio.

De pie en medio del salón, las manos en la espalda baja, intentando parecer normal cuando estaba a punto de explotar.

Su sonrisa apareció despacio. Esa sonrisa que todavía hacía que me temblaran las rodillas.

—Estás preciosa —murmuró, acercándose para besarme—. Y extrañamente nerviosa. ¿Qué has tramado?

Un gritito ahogado salió detrás del árbol. Alessio frunció el ceño.

—¿Qué…?

—¡Sorpresa! —gritó Manoela, emergiendo como un cohete infantil directo hacia su padre.

Él se agachó al instante, abriendo los brazos, riendo incluso antes de entender.

—¡*Principessa*, casi me matas del susto!

—Papá —dijo ella, muy seria, empujando la bolsita dorada contra su pecho—, tengo un *regalo di Natale* que es el más importante de toda mi vida entera.

Él sonrió.

—¿Más importante que el castillo de muñecas?

—Sí.

—¿Más importante que el vestido de Elsa?

Asintió con solemnidad infantil.

—Más importante que el panettone de chocolate.

Alessio jadeó, teatral.

—Eso es muy serio.

Ella le empujó la bolsita.

—*Apri.*

Él abrió.

Despacio.

Cuando su mano tocó el objeto que había dentro, el tiempo simplemente… se detuvo.

Un par de patucos de lana. Rojos. Con detalles blancos como la nieve.

Navidad. Vida nueva. Familia. Todo en la palma de su mano.

Su respiración falló. Alzó la mirada despacio, como si tuviera miedo de la respuesta.

—¿Isadora…?

Sentí los ojos llenarse de lágrimas.

—Sí, *amore*.

Su rostro se transformó. La dureza desapareció. Aquel hombre —el implacable, el estratega, el multimillonario— se derritió por completo.

Se llevó la mano a la boca y sollozó ahogado. Manoela se subió a su regazo.

—¿Papá está llorando? —me miró, escandalizada—. ¡Mamá! ¡Funcionó!

Alessio rió y lloró al mismo tiempo, abrazando a nuestra hija con un brazo y tendiéndome el otro.

Me acerqué.

Deslizó la mano por mi vientre todavía discreto, como quien reverencia algo sagrado.

—¿De cuánto…?

—Dos meses.

Cerró los ojos, como si estuviera escuchando una música solo suya. Cuando los abrió, estaba completamente enamorado.

—¿Otra niña? —se atrevió a preguntar.

—Aún no lo sabemos.

Manoela levantó el dedo.

—Pero yo sí lo sé. Ya lo he decidido. Será niña porque yo ya he elegido el nombre.

—¿Ah, sí? —preguntó Alessio, secándose las lágrimas.

—Sí. Se va a llamar Alessandra.

Yo reí. Él soltó una carcajada y nos atrajo a las dos contra su pecho.

—No os merezco —susurró contra mi cabello—. Pero Dios sabe que… os amaré a las tres hasta mi último segundo de vida.

Deslicé la mano por su rostro.

—¿Sabes qué es lo más bonito?

Negó con la cabeza.

—Que fuiste el primero en saberlo.

Sus ojos volvieron a llenarse.

Me besó allí mismo, con el salón iluminado por las luces del árbol, la nieve cayendo fuera y Manoela dando palmas como si estuviera viendo una película de princesas.

Era Navidad. Otra vez. Seis años después.

Y mi cliché navideño por fin se había convertido en lo que siempre debió ser:

Un hogar. Una familia. Una promesa que no dependía de ningún contrato.

—Feliz Navidad, *amore mio* —murmuró Alessio, apoyando la frente en la mía.

—Feliz Navidad, Alessio.

—¡Feliz Navidad, Mamá y Papá! —gritó Manoela, colándose entre nosotros.

Y agradecí al destino, a la vida, al caos y a todas las improbabilidades:

Por el hombre que me amó más allá de lo imposible. Por la niña que nos salvó. Y por esa pequeña vida dentro de mí, que estaría en nuestros brazos la próxima Navidad, la prueba de que los milagros existen.

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí… ¡enhorabuena! Has sobrevivido a Alessio D'Amico. Yo, sinceramente, no estaba segura de conseguirlo.

Gracias a todas las personas que acompañaron esta novela italiana completa con:

- un billonario mandón
- un contrato absurdo
- escenas que nos hacen querer llorar en posición fetal
- helicópteros (siempre hay un helicóptero)
- una chica brasileña que se merecía TODO

Al escribir este libro, descubrí que algunas historias llegan como tormentas: arrasan, desmontan, rompen… pero también abren espacio para que algo nuevo florezca.

Gracias a quienes se quedaron a mi lado mientras atravesaba cada página de este viaje.

A mi familia, gracias por la paciencia con mi rutina de *"ahora no puedo, Alessio e Isadora están discutiendo"*. Sufristeis conmigo, pero todo bien, sabíais perfectamente con quién estabais tratando.

A mis lectoras, que me mandan mensajes en mayúsculas y amenazas amorosas cuando subo el drama: sois absolutamente perfectas.

Y gracias a ti, lectora, que crees en los clichés. En los buenos, en los que calientan el corazón, en los que nos hacen suspirar, e incluso en los que nos dan ganas de lanzar el libro contra la pared… y luego abrazarlo.

Este libro fue escrito para ti.

Y gracias, por supuesto, a Isadora y a Alessio, por recordarnos que, incluso entre contratos fríos, familias poderosas y cenas tensas… siempre existe un espacio donde el amor insiste en nacer.

Que tu Navidad, estés donde estés, sea un poco más mágica después de leer esta historia.

Con amor,

Taylor McQueen